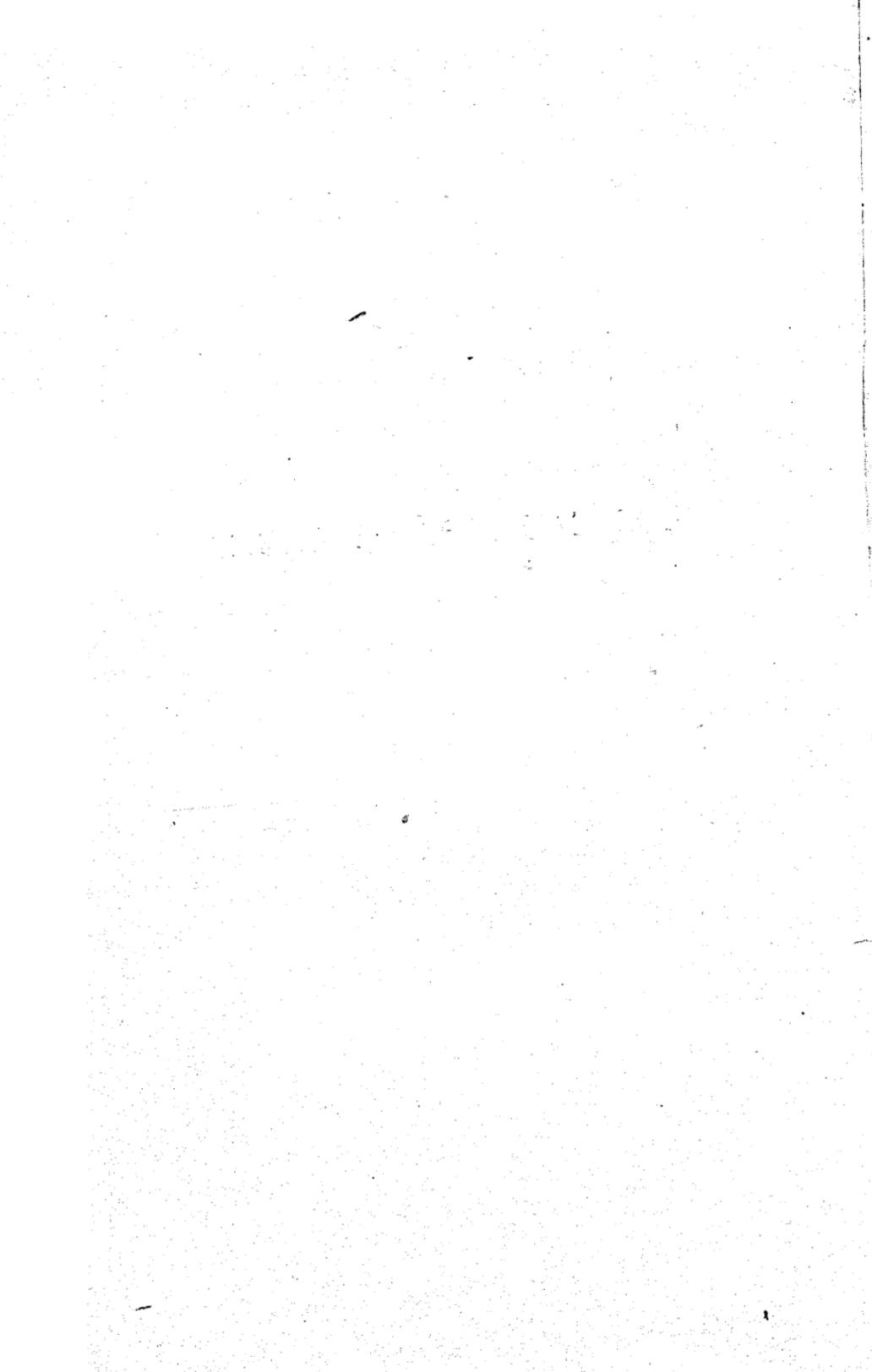


de Lepanto»)

en la era gloriosa del gran Rey
e II algo que pueda llamarse
obsesionante del Mediterrá-
es la piratería. Argel es el nido
aves rapaces, que, ya sobre las
ya en alta mar, han ejercido el
más inhumano que ha conocido
la Historia.

En las páginas de la presente obra se describen la vida y sufrimientos de los cautivos que consumían sus días en aquella ciudad africana por el tiempo en que estuvo cautivo también el inmortal Miguel de Cervantes. El exacto conocimiento que el autor tiene de las costumbres de los musulmanes, y en especial de los argelinos de la época, le ha permitido hacer una descripción difícilmente superable de los afanosos momentos porque hubo de pasar nuestro héroe y con él cuantos se hallaban sometidos a esclavitud en los *baños* de los grandes señores. Pocas veces, además, se ha dado novelísticamente la figura de un héroe tan simpático, tan grandioso, a veces hasta casi sobrenatural como Cervantes en estas páginas de M. Fernández y González. Ni tampoco se ha podido ofrecer un cuadro de desilusiones y penalidades más acabado que el que se comprende en los últimos capítulos, donde nos pinta la precaria vida del escritor más genial que han producido los siglos.

LOS CAUTIVOS DE ARGEL



MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

LOS CAUTIVOS DE ARGEL

(SEGUNDA PARTE DE «EL MANCO DE LEPANTO»)



EDITORIAL TESORO
Avda. José Antonio, 43
MADRID

DERECHOS RESERVADOS
ENERO 1954

IMPORTANTE

La Crítica Histórica contemporánea ha disipado tinieblas y deshecho errores y malentendidos, en torno a la figura inmortal de Miguel de Cervantes. Hace un siglo, cuando don Manuel Fernández y González escribió esta obra, eran aún atribuidas al hidalgo Complutense muchas de las aventuras novelescas y amorios que en ella se insertan, y que confiamos sabrá discernir el buen criterio del lector.

EL EDITOR

José Ruiz Alonso. Impresor. - Quiñones, 2. - Tel. 24 86 51. - MADRID

CAPITULO PRIMERO

Había en Argel, sobre la ribera del mar, un baño o prisión de cautivos cristianos, pertenecientes al dey. Este baño era un patio irregular, más largo que ancho, y las construcciones que alrededor de este patio se levantaban, de un solo piso. Una larga hilera de puertas bajas y estrechas que a este patio daba vuelta, eran cada una la entrada de una pequeña zahurda, húmeda y malsana, negra y deslabrada. En cada una de estas habitaciones, moraban algunos cristianos cautivos del dey. Al fondo de este patio o jardín, que diríamos hoy, había una iglesia, que los musulmanes permitían a los cristianos y en la que sostenían el culto algunos sacerdotes cautivos.

Adheridos a este patio había unos cuantos jardines y algunas casas pertenecientes al dey. En estos jardines trabajaban los cautivos. Tenían allí a los de más condición; a aquellos por los cuales se esperaba obtener mejor rescate.

Los desdichados pasaban una vida tristísima esperando su libertad, sujetos a tratamientos humillantes y aun crueles, en peligro siempre de la vida y con el temor de ser trasladados más lejos, a Constatinopla, donde su rescate se haría más difícil.

Entretenían sus pesares como podían. Muchas veces, en las grandes solemnidades religiosas, después de haberlas celebrado en la iglesia, representaban en un tablado que se levantaba al aire libre, comedias o autos sacramentales, a que acudían muchos de los habitantes de Argel, así moros como cristianos. Resonaban con mucha frecuencia las vihuelas y las sonajas y aun había aventuras de amores y bizarrías, porque no estaban tan esclavos los cautivos, que no pudieran tomar en alguna manera parte en la vida general del país.

Muchos renegaban, y de esta manera salían del cautiverio. Pero muchos más apuraban todos los sufrimientos, hasta morir, siendo fieles a su fe y a la memoria de sus padres y de su patria. Esto era consolador. Si había infames que se olvidaban de la primera oración que les enseñó su buena madre, o que,

no habiéndola olvidado, la envilecían, otros, y éstos eran los más, afrontaban la muerte y todo género de martirios antes que mancillarla y envilecerla.

Entre estos nobles cautivos que todo lo arrostraban por su fe estaba Cervantes. ¿Cómo había dado en la cautividad? Recurramos a la historia. Por el momento, la victoria de Lepanto alentó a los confederados para nuevas empresas. Pensóse en la inmediata campaña. Se estudió el plan entre los representantes de las naciones coaligadas y se procuró aumentar con nuevas lévas la fuerza de la *Liga*. Selim II, emperador de los turcos, se ocupaba entre tanto en repararse del desastre de Lepanto. Se entendía con el rey de Francia. Le instaba para que intentara entretener al poderoso rey de España en Flandes y en Italia. Procuraba, asimismo, apartar de la *Liga* a los venecianos.

Habiendo dado motivos el rey de Francia para inspirar recelos a Felipe II, éste mandó a su hermano natural don Juan de Austria que se fuese con la armada española a invernar a Mesina, para estar a la vista de Italia. Así empezó a contrariarse el proyecto para la campaña del año siguiente. Surgieron, además, dificultades entre las cortes de Roma y de Florencia. Murió el papa Pío V. Sin embargo, partió el general romano Marco Antonio Colonna para Levante, el 6 de junio de 1572, acaudillado por don Juan de Austria, con las veinte galeras que mandaba don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, y otras muchas, cargadas de víveres y municiones.

Con este auxilio, con muchos tercios españoles, entre los cuales iban el tercio de Moncada, y dos compañías del de don Lope de Figueroa, Colonna se embarcó en la parte meridional de Sicilia, trasladándose a Corfú. Desde allí, después de haber terminado sus aprestos, Colonna se hizo a la mar hacia Levante, y logró arribar, y apresar algunos galeones turcos que se habían atrevido a salir de sus puertos.

Calmáronse, entre tanto, por algunos tratados en Flandes, los recelos que respecto a Francia había concebido Felipe II, y de acuerdo éste con el nuevo Pontífice, creyendo que ya no era necesaria la presencia de una escuadra española a la vista de Italia, mandó a su hermano don Juan hiciera rumbo hacia Levante. Reunió don Juan todas sus fuerzas en Corfú donde, ni halló a Colonna, ni tuvo noticia del lugar dónde se encontraba. Perdió, esperándole, un tiempo precioso. Al fin logró encontrarle, y reunirse con él a últimos de agosto. El 8 de septiembre se hizo a la vela con todas sus naves y las de Colonna, en demanda de los turcos, que estaban a la vista de Navarino.

Indudablemente hubiera sorprendido a los turcos, sin un error de los pilotos que, habiendo equivocado la recalada, avisaron a los turcos que fueron a ponerse al abrigo de sus puertos. A pesar de esto, quiso acometerlos el bravo don Juan, pero le disuadieron sus capitanes.

Sin embargo, por complacer a los venecianos, se decidió a combatir a Navarino, aunque era una lucha de poco provecho, y a más de esto, peligrosa. Envió tropas bajo el mando de Alejandro Farnesio, que sitiaron la ciudad, y tan desastrado fué el éxito que, después de algunos días de sitio, se tuvo por muy buena fortuna el poder reembarcar la gente y la artillería, a favor de la noche y protegidos por la artillería de la armada.

Con esto se aumentó el coraje de don Juan, que quiso acometer a los turcos en el mismo puerto, ya que rehusaban salir a la mar, aceptando el combate. Pero se opuso a ello el consejo de guerra, y a más de esto, estaba la estación muy adelantada. Se determinó, pues, que cada uno de los coaligados se volviese a su puerto, y don Juan se trasladó a Mesina, para pasar allí la invernada.

Desembarcaron los tercios españoles de Nápoles y de Sicilia, entre los cuales estaban los de Moncada y Figueroa. Este último se había reforzado con tropas del de aquél. Por esta razón Cervantes, que después de curado de sus heridas en Mesina, había estado en Corfú, en las galeras que mandaba el marqués de Santa Cruz, se halló en la campaña de Levante que mandó Colonna y en la empresa de Navarino.

Preparóse durante el invierno la campaña para 1573. Felipe II pensaba aprestar para esta campaña trescientas galeras. Venecia reclutaba infantería para embarcarla en las naves, disimulando con estas muestras amistosas, los tratos secretos en que se empeñaba con Francia, en contra de España, puesto que estos tratos contrariaban los proyectos de Felipe II. Como que se trataba de la paz entre Venecia y el Gran Turco. Al fin, concluido este tratado, solapadamente y a traición, como quien dice, Venecia se separó de la *Liga*. Esto influyó poderosamente para la paz.

Querían los capitanes de la armada que las fuerzas españolas fuesen contra Argel. Don Juan, que fuesen contra Túnez. Decidióse por esto último Felipe II. Don Juan, que por su generoso aliento no podía menos de estar alentado por una noble ambición, acometió con gusto esta empresa, que tal vez podría procurarle una corona en Africa. Pero muy lejos de pensar en esto, Felipe II sólo pretendía echar del trono a Aluch-Alí, para

poner en él a Muley-Mohamed y destruir las fortalezas cuya ocupación constante no le convenía, y privar de este modo a los corsarios argelinos de sus guaridas.

Pasóse en consultas todo el verano, y la armada no pudo salir de Palermo hasta el 24 de septiembre. En ella iba el tercio en que servía Cervantes. Los primeros sucesos no pudieron ser más prósperos. Se desembarcó en la Goleta y, aturridos los moros, abandonaron Túnez y su alcazaba. El marqués de Santa Cruz, por orden de don Juan de Austria, tomó posesión de ellas. Para esta operación, sacó el prudente marqués de Santa Cruz, de la Goleta, dos mil quinientos soldados viejos, reemplazándolos con otros nuevos. Aquellos veteranos eran cuatro compañías del tercio de don Lope de Figueroa, *que hacían temblar la tierra con sus mosquetes.*

Se terminó felizmente la operación. Túnez y su alcazaba fueron ocupados y guarnecidos, así como la Goleta. Pero don Juan de Austria, continuando en su sueño de una corona de Africa, no obedeció las órdenes de su hermano, que le mandaba destruir los fuertes y retirarse, como lo aconsejaron el duque de Sesa y Marcelo Doria. Por el contrario, construyó un fuerte en el Estañ, capaz para ocho mil hombres. Ocupó a Viserta, que se rindió espontáneamente. Creyó, al fin, asegurada la fuerza española en aquella parte del Africa, y se volvió a Sicilia a fines de noviembre, para hacer allí la invernada y envió a Módena las catorce compañías del tercio de Figueroa, colocándolas en un lugar intermedio entre Sicilia y Africa.

En esta acción de la Goleta se halló Cervantes, y fué uno de los soldados viejos que el marqués de Santa Cruz llevó a Túnez para tomar posesión de ella y defenderla.

Entre tanto, don Juan de Austria, había ido con licencia del rey su hermano a la corte y solicitaba en ella, recomendado eficazmente por el Papa, a quien había enviado a su secretario Escobedo, no sólo su elevación a infante de España, sino también el que se le concediera la soberanía de un reino en Africa, del que debía ser el fundamento Túnez. Pero no terminó su viaje a la corte de España. Al llegar a Gaeta, recibió órdenes de Felipe II, que le mandaba a Lombardía, para que procurase vencer las desavenencias de los genoveses. Pasó don Juan al puerto de Specia a fines de abril de 1574 y allí encontró a Marcelo Doria, que iba con catorce galeras a sacar de Cerdeña al tercio de Figueroa, para llevarle a Génova y ponerle a las órdenes del duque de aquel Estado. Quejábase el duque de Génova, de la lentitud con que se hacían los aprestos de Nápoles y Sicilia, cuando

supo que innumerables turcos bajaban a libertar a Túnez y a la Goleta. Pidió auxilio a los virreyes inmediatos. Procuraron algunos auxilios don Juan de Cardona y don Ramón de Velasco. Se abandonó a Viserta, para aumentar las defensas de Túnez y la Goleta, así pudieron los españoles defenderse en sus muros contra un ejército poderoso.

La desmedida ambición de don Juan, por noble que hubiera sido, empezaba a dar funestos resultados. Conoció el mismo don Juan y, para remediar los malos efectos que ello produciría, se embarcó en Specia con la tropa de don García de Mendoza, con la de Figueroa y con algunas otras italianas. Se hizo a la vela para Nápoles y Sicilia. Envió al socorro de los sitiados por los turcos algunas naves, pero los temporales las destruyeron. Entonces decidió ir él en persona al salvamento de los españoles, y para esto reforzó sus galeras con los mejores soldados de los tercios de don Pedro de Paredes y don Lope de Figueroa.

Lo bravío de los temporales hicieron también inútiles estos esfuerzos. El mismo don Juan estuvo expuesto a perecer, y se vió obligado a tomar puerto en Sicilia.

Se había tenido hasta entonces por inexpugnable la Goleta. Resistió, en efecto, un tenaz y largo sitio, en que sus defensores sufrieron todas las penalidades imaginables. Pero al fin, cansados, extenuados, asaltados por un número enorme de enemigos, hubieron de rendirse. A los veinte días, Túnez cayó en poder de los enemigos, que entraron en ella sobre los escombros de sus murallas, que habían sido voladas por medio de minas. El pequeño fuerte del Estaño se vió obligado a rendirse también.

Estos desastres causaron la desesperación de don Juan de Austria, que en el momento en que acontecían se aprestaba a ir a socorrer a los sitiados. Dejó en Palermo al duque de Sesa, encargado de la armada y del tercio de Figueroa, y pasó a Nápoles para defender sus costas, que se veían amenazadas. Mandaba en aquellos momentos el tercio de Figueroa, que éste había ido a restablecer su salud a España, don Martín de Argote.

Por este tiempo fué también a España don Juan de Austria y solicitó de su hermano Felipe II le hiciese su lugarteniente en todo lo de Italia, con tratamiento de Infante. Llegó don Juan a Nápoles en junio de 1575 y se consagró a los asuntos de Génova y a los aprestos de la armada. Se decía que los turcos bajarían aquel verano con una numerosa flota a los mares de Italia.

Por lo que hemos expuesto, se deduce que Cervantes estuvo

desde fines de 1573, hasta principios de mayo del año siguiente, de internada en la villa de Verona; que desde allí pasó a Génova en las galeras de Marcelo Doria, y que luego quedó en Lombardía, a las órdenes de don Juan de Austria. Que después del fracasado intento de socorrer a Túnez y a la Goleta, quedó Cervantes con su tercio en Sicilia, a las órdenes del duque de Sesa, y que habiendo vuelto a Nápoles don Juan, en 18 de junio de 1575, concedió a Cervantes la licencia que éste le pidió para volver a España, después de una tan larga campaña, y de tan señalados merecimientos.

Pero después de haberse hallado en tan grandes empresas, *militando*, como él mismo decía, *debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos Quinto, de felice memoria*, y hallándose estropeado y enfermo de sus heridas, sus servicios no habían sido justamente recompensados, y por lo mismo, don Juan de Austria le concedió licencia para ir a España a solicitar una recompensa. Y no se limitó don Juan a darle la licencia, sino que le dió también eficacísimas cartas de recomendación para el rey, suplicándole le hiciese capitán de una de las compañías que se formasen en España para Italia, *por ser* (decían aquellas cartas) *hombre de valor y de mérito y servicios muy señalados*. Llevaba también Cervantes buenas cartas de don Carlos de Aragón, duque de Sesa y de Terranova, virrey de Sicilia, en las cuales recomendaba, no solamente al rey, sino también a los secretarios de Estado, *un soldado tan digno como desgraciado, que se había captado por su noble virtud y apreciable condición, el aprecio de sus camaradas y caudillos*.

Provisto de estas recomendaciones y lleno de esperanzas, se embarcó Cervantes en Nápoles, en la galera española el *Sol*, con su hermano Rodrigo de Cervantes, que había servido también en las anteriores campañas; con Pero Díez Carrillo de Quesada, que fué gobernador de la Goleta y después general de artillería, y de otros caballeros principales, y distinguidos militares.

No quería Dios que Cervantes llegase a sus esperanzas. El 26 de septiembre de 1575 la galera *Sol* avistó una escuadra de galeras argelinas. Aquella era la flota del arraez Arnaute-Mami, capitán de la mar de Argel.

Aunque la galera *Sol* se defendió heroicamente, dominada por el número, fué apresada, tomándola al abordaje una galeota de veintidos bancos, que mandaba en persona el arraez Dalí-Mamí,

que era un renegado griego, que tenía por sobrenombre el *Cojo*, porque lo era de la pierna derecha.

Todos los que iban a bordo de la galera fueron cautivados. Hecho el reparto de prisioneros Cervantes cupo en suerte al mismo arraez Dalí-Mamí, el *Cojo*, y con él un joven y hermoso soldado que aparecía en los papeles de la galera con el nombre de Juan Pérez de Dávalos. Ya sabemos (1) que bajo este nombre se ocultaba Abigail, que no se había separado un momento de Cervantes y había servido como soldado, pero como uno de aquellos soldados pajes o lacayos, que llevaban consigo los soldados ricos; que también había caballeros que en aquellos tiempos servían en los ejércitos como simples soldados, y sólo por afición a las armas.

Vivía constantemente con Cervantes, ya en tierra, ya a bordo. Y era lo más extraño que, viviendo también con Cervantes su hermano Rodrigo, que por acompañarle y correr su fortuna había ido a Italia y tomado plaza en el mismo tercio, asistiendo con él y a su lado a la batalla de Lepanto, era muy extraño, repetimos, que habiendo vivido tan íntimamente Rodrigo con su hermano Miguel, no se hubiese apercibido de que el paje de éste, Juan Pérez de Dávalos, era mujer. Con Miguel y con Rodrigo Cervantes y otros diez soldados había estado Abigail en el lugar del esquiife de la galera *Marquesa*, puesto de honor, por ser el más peligroso, durante la jornada de Lepanto, hasta el punto en que Cervantes fué herido en la mano izquierda y en el pecho.

Abigail sintió un horror mortal, una agonía infinita, cuando vió caer herido a Cervantes. Y, sin embargo, no gritó, no lloró, no vaciló, mostró una entereza admirable y, cogiéndole en sus brazos, ayudada por Rodrigo, en medio de una lluvia de balas, le llevó bajo cubierta y allí asistió inalterable a la primera cura. Una vez efectuada esta cura, y para que no se dijese aprovechaba un pretexto, volvió al lugar del esquiife con Rodrigo Cervantes, y allí estuvieron ella y él, combatiendo hasta el momento de la victoria.

Cervantes, fascinado por tanto valor, por tanto amor, por la grandeza de aquella alma bravía, había acabado por amar de una manera singular a Abigail, y porque el amor de ésta dominara en él a todos sus otros amores. Habían sido, además, aquellos amores muy desgraciados. En el ejército, tal vez porque

(1) Véase *El Manco de Lepanto*, primera parte de esta novelesca narración. (N. del E.).

lo había procurado Abigail, Cervantes había recibido noticias de Beatriz. Había muerto en Granada o, a lo menos, por muerta había podido tenerla Cervantes. Paulina había muerto en Roma o por muerta también había pasado para Cervantes. La noticia de la muerte de Paulina había llegado al par de la de Julio de Aquaviva, de la que no podía dudar. De doña Magdalena de duquesa de Puente de Alba, Cervantes se había olvidado completamente. Nada había, pues, que rivalizara con Abigail en el corazón de Cervantes. Había sido, además, muy desgraciado, y parecía como que había adquirido esa terrible resignación para la desgracia que alguna vez se encuentra en los viejos.

Abigail, que sólo había sido fiera, ambiciosa, capaz de todo, hasta del crimen, por el amor, se había transformado por el amor; se había ennoblecido su alma; se había alzado a las grandes aspiraciones; se había, en fin, convertido en un ángel fuerte y extraordinario para Cervantes. Estaba tranquila; era dichosa; Cervantes ni aun miraba a las mujeres. Además, la vida activa de campaña, las fatigas militares y el poco tiempo que se estaba en tierra, hacían difíciles, cuando no imposibles, los enamoramientos.

De estas mujeres varoniles terribles, que han asistido en los ejércitos a una y otra ruda campaña, sin que nadie haya conocido su sexo, se han dado muchos ejemplos, y ahí tenemos el de la monja-alférez, que asistió con Pizarro a la conquista del Perú, y de la cual no se supo que era mujer hasta que la mataron. De la misma manera, nadie pudo ni aun sospechar, tanto en el tercio de Figueroa como en los otros que con él estaban, que el soldado Juan Pérez de Dávalos era una mujer.

Pero en el momento en que, apresada la galera *Sol*, los que en ella estaban a bordo y la habían bizarramente defendido fueron cautivados y pasados a la galeota de Dalí-Mamí, la ficción de Abigail no pudo sostenerse. A medida que los cautivos eran metidos por la escotilla de la sentina, se les registraba para quitarles lo que sobre sí llevaban. A Cervantes se le encontró, no sólo en una cartera las cartas de recomendación que para el rey don Felipe II llevaba de don Juan de Austria y del duque de Sesa, sino además, en un cinto, muchos escudos de oro y mucha y rica pedrería, proveniente de las alhajas que Beatriz había dado a Miguel. Esto fué bastante para que Dalí-Mamí tuviese por una persona principalísima a Cervantes, por no menos que un príncipe, y para que, pensando obtener por él un cuantiosísimo rescate, le cargara de hierros, con mucho más

rigor que a los otros, a fin de que lo duro de los tratamientos le obligara cuanto antes a hacer que su familia le rescatase.

Un renegado español al servicio de Dalí-Mamí, a quien tocó por acaso registrar a Abigail, se encontró con que ésta le hacía una tenaz y vigorosa resistencia. Pero esta resistencia fué inútil. Abigail fué atada. Entonces, al quitarle la coraza, al abrirlle el colete, se encontraron con un bello seno de mujer. El renegado, sin embargo, fué prudente. Condujo a Abigail al camarote de Dalí-Mamí. Una vez allí, pidió a su amo que cerrase la puerta y se quedase solo con él y aquel cautivo. Dalí-Mamí, sorprendido, porque veía que se trataba de un asunto grave, cerró la puerta. Entonces el renegado, sin que Abigail pudiera, a causa de estar atada, resistir, dijo a su amo, abriendo de improviso el colete de Abigail:

—Mira, señor.

El hermoso seno de Abigail había aparecido.

—Vete—dijo Dalí al renegado, abriendo la puerta del camarote.

Abigail y Dalí-Mamí quedaron solos.

Dalí-Mamí era un hombrecillo rechoncho, casi obeso, pero fuerte, y de una fisonomía cínica, brutal, feroz. Había en ella algo del tigre, pero mezclada con una expresión de astucia. Cojeaba grandemente de la pierna derecha y la arrastraba.

Había motivo para presumir que durante mucho tiempo había sufrido, sujeto al banco y adherido a uno de los remos de una galera, el grillete de galeote y así era, en efecto. Dalí-Mamí había sido hecho cautivo en su juventud y agobiado por los sufrimientos, maltratado por el rebenque, había renegado para obtener de este modo la libertad. Los duros, los impíos, tratamientos de que había sido víctima le habían hecho contraer contra la humanidad una crueldad insaciable. Había combatido como soldado en las galeotas corsarias de Argel donde antes había andado al remo; y de tal manera se había distinguido por su valor temerario y por su feroz crueldad, especialmente en la jornada de Lepanto, donde salvó la vida a Uluc-Alí, que éste, cuando volvió a Argel fugitivo, le recompensó, haciéndole arreez o capitán y confiándole el mando de la galeota, con la cual debía un día abordar a la galera Sol, en la cual iba Cervantes

Se ponía el sol, y entraba por las ventanas en el camarote, iluminando de lleno a Abigail, cuyo seno permanecía al descubierto, en el momento en que Dalí-Mamí se quedó solo con ella. No era el amor la pasión del terrible arreez. Sin embargo,

sus ojos se encarnizaban asombrados en la hermosura de Abigail. Los negros ojos de ésta, fijos de una manera terrible y suprema en él, aumentaban su fascinación. Abigail comprendió el dominio que sobre él ejercía, y que podía muy bien no ser su esclava, sino su señora.

—Desátame—le dijo en la algarabía que hablan para entenderse los moros y los costeños de Levante.

Giraron extraviados los ojos de Dalí-Mamí. Hacía mucho tiempo que no oía una orden tan decidida, tan llena de imperio, como la que acababa de oír. Pero en vez de irritarse sonrió y acercándose a Abigail la quitó las esposas que unían sus brazos y la soltó de los cordeles. Abigail se cubrió el seno, y fué a sentarse en el diván que había en el camarote.

—¿Quién eres tú?—dijo Abigail.

—Yo soy Dalí-Mamí, arraez del dey de Argel—respondió el renegado, con la voz alterada por la emoción que sentía—. Y tú, ¿quién eres?

—Ya lo has visto: una mujer.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Pérez de Dávalos.

—Pero ese es un nombre de hombre.

—No quiero tener otro.

—Se sabrá que eres mujer.

—No se sabrá, porque tú callarás.

—Lo dirá el que te ha descubierto.

—Ese hombre me ha descubierto a solas, y me ha traído aquí sin comunicar su descubrimiento a nadie. Ese hombre callará; llámale.

Miró con extrañeza a Abigail Dalí-Mamí.

—Llámale—dijo ésta con acento más acentuado y de todo punto imperativo.

Dalí-Mamí se fué a la puerta del camarote, la abrió y llamó al renegado, que estaba sentado sobre un rollo de cuerdas en la cubierta, y a poca distancia. El renegado entró.

—Cierra la puerta—dijo Abigail a Dalí-Mamí.

Cerró el arraez.

—Ese hombre callará—prosiguió ella; y dirigiéndose al renegado español, le dijo—: ¿Tú no has dicho a nadie que has descubierto en mí a una mujer?

—No—respondió el renegado—; yo no sabía si mi amo quería que esto se supiese o no.

—Pues nadie guarda mejor un secreto que un mudo—dijo Abigail; y arrancando de repente del cinto de Dalí-Mamí su gu-

mía, de un solo tajo formidable, de improviso, degolló al renegado, que cayó instantáneamente.

—¡Ya no hablará!—dijo, devolviendo la ensangrentada gumia a Dalí-Mamí, que estaba absorto.

Contempló durante algunos segundos, con una expresión indefinible a Abigail. Entretanto el renegado, de cuya garganta salía un surtidor de sangre, se agitaba en sus últimas convulsiones.

—¿Y por qué no me has herido también?—dijo al fin Dalí-Mamí.

—Porque no quiero que mueras.

La verdad era que Abigail conocía demasiado que era inútil matar al arraez. Llevaba mucha y fiera gente en su galeota, y además, otras galeotas le acompañaban.

—Haz que saquen ese cadáver—dijo Abigail—; en el mar le espera una gran sepultura.

Abrió Dalí-Mamí, llamó y mando arrojar el cadáver del renegado al mar. Sus órdenes fueron cumplidas inmediatamente. Quedó allí sobre el suelo del camarote, empapada, la mancha de sangre.

—Tú eres una diosa—exclamó sonriendo de una manera feroz el terrible cojo.

—Yo soy Juan Pérez de Dávalos—dijo Abigail.

—Tú serás lo que quieras ser—dijo Dalí-Mamí, cuya fascinación no podía ser mayor.

—Yo seré tu señora—dijo Abigail.

—En hora sea venturosa—dijo Dalí-Mamí—; pero dime: ¿sabe alguno de los que contigo han sido cautivados que tú eres mujer?

—Ninguno.

—Y dime por tu vida: ¿cómo es que te encontrabas en la galera Sol, vestida de soldado?

—Yo he asistido a todas las campañas de Levante, en estos tres años.

—¿Estuviste en Lepanto?

—Sí; bajo las órdenes del señor Marcelo Doria.

—¿En qué galera?

—En la *Marquesa*.

—¡Maldita ella sea!—dijo Dalí-Mamí—. Ella fué una de las que abordaron a la capitana de Argel.

—¿Qué importa? Siempre hay una esperanza de salvación en la fuga.

Palideció de cólera Dalí-Mamí. Pero aquella cólera se apagó

apenas encendida. El predominio absoluto de Abigail sobre él era indudable.

—Si con la galera *Sol* hubieran venido la *Lola* y la *Aventura*—dijo Abigail—, yo te aseguro que no seríamos nosotros los cautivos, sino vosotros.

—¿Y crees tú que yo no soy cautivo?—dijo dulcificándose y dejando ver algo que se parecía a una sonrisa de amor el *Cojo*,

—Si eres mi cautivo, obedéceme.

—Ya te he dicho que serás lo que tú quieras.

—Puen bien; cárgame de cadenas y ponme con los otros cautivos en la bodega.

—Tú puedes vivir libre a mi lado—dijo Dalí-Mamí—; yo te pondré sobre mi cabeza.

—Más tarde; por ahora es necesario que nadie vea que para conmigo eres piadoso, cuando tan cruel te muestras para con mis compañeros.

—Yo no tengo que dar cuenta a nadie de mis acciones.

—Haz lo que yo deseo, o creeré que no quieres complacerme.

—Yo voy a sentir sobre mi corazón tus cadenas.

—Así me tendrás en más estima.

—Tú amas a alguno de los cautivos—exclamó Dalí-Mamí, encolerizándose de nuevo.

—Te juro—exclamó Abigail—, que ninguno de mis compañeros sabe que soy mujer; pero creerán, si ven que de tal manera me favoreces, que te he prometido renegar y yo no renegaré jamás.

—Yo pensaba como tú, y he renegado—dijo Dalí-Mamí—; tú renegarías también si sufrieras lo que yo he sufrido; tú no tienes en mí un amo tan cruel como el que yo tuve.

—Antes de renegar de Jesucristo sufriría yo el martirio—dijo Abigail, manteniendo una fe que no tenía, porque era judía.

—¿Dónde estaban mis hermanos los cristianos—exclamó Dalí-Mamí—cuando yo sufría la afrenta y el dolor del rebenque? ¿Ves? Soy cojo; pues bien, quedé cojo un día en que, desesperado, traspuesto de furor, quise arrojarme al mar, para librarme del dolor insoportable y del ultraje insufrible. Renegué.

—Fuíste cobarde.

—Tú no probarás nunca sufrimientos como los míos—dijo Dalí-Mamí, cuya mirada se dulcificaba más y más.

—El dolor no mata—dijo Abigail, sonriendo con desprecio.

Dalí-Mamí la miraba asombrado.

—Hay en los espíritus fuertes—dijo Abigail—algo tan poderoso que se sobrepone a todos los dolores. La cautividad es men-

tira; se puede aherrojar el cuerpo, pero no se puede aherrojar al alma.

—¿Y tú dices que no se puede ser cautivo?—exclamó con un acento singular el arraez.

—Sí; cautivo del alma, pero cautivo por la felicidad.

—No te entiendo.

—El amor es por sí mismo una felicidad. ¿Qué importa que no nos amen, si nosotros amamos?

—Tú eres un arcángel de fuego.

—Yo soy una mujer de alma fuerte.

—El cautivo soy yo—exclamó Dalí-Mamí—; tú, no

—Obedéceme, puesto que eres mi esclavo.

—Manda, pues, sultana; que yo haré lo que tu voluntad sea, aunque me mandes arrancarme las entrañas.

—¿Y para qué quiero yo tus entrañas? Morirías, y yo no lo quiero.

Dalí-Mamí gimió al sentir la mirada con que Abigail había acompañado sus últimas palabras. Había visto en aquella mirada algo sobrehumano, irresistible. Era un maldito, del cual se apoderaba un demonio.

La tarde caía. La galeota se deslizaba meciéndose sobre la banda de babor, al impulso de sus grandes velas latinas. La chusma, recogidos los remos inútiles, comía en sus bancos la pitanza de la tarde y hablaba y reía. Las otras seis galeotas iban extendidas en línea, llevando entre sí la vencida galera Sol, en la que por escarnio habían dejado los corsarios ondeando la bandera española.

La flotilla corsaria llevaba las proas al Levante. Al día siguiente, al amanecer, debía arribar a Argel. En el mar que gemía, en el viento que zumbaba entre las jarcias, en el rumor de la chusma y de los corsarios que vagaban sobre la cubierta, había algo de poética melancolía. Todo esto influía de una manera poderosa en el enamorado Dalí-Mamí.

Abigail había observado todo esto y mucho más, que aparecía en la mirada de aquel terrible cojo renegado.

—Ya oscurece—le dijo Abigail—; llama a los tuyos; muéstrate irritado conmigo; haz que me pongan los hierros y que me bajen a la sentina con los otros.

—Pondréte yo las cadenas, puesto que lo quieres—dijo Dalí-Mamí—. Ninguno ha de tocarte; podrían descubrir tu sexo—y el corsario llamó.

Hizo que le llevasen al camarote cadenas. Las puso él mismo a Abigail. Hacía esfuerzos para no gemir cuando colocaba sobre

los hermosos pies de Abigail los grilletes. Se estaba poniendo aquellas cadenas en el corazón.

Cuando Abigail estuvo cargada de hierros, de los que apenas podía tirar, Dalí-Mamí con acento áspero, porque en la escota había algunos de los suyos, la mandó que le siguiese. Abigail le siguió agobiada. Dalí-Mamí la condujo por sí mismo a la sentina. La llevó luego a un rincón de ella, y la puso junto a una argolla que en un poste había. Allí la sujetó por un candado.

No se podía mover de aquel sitio; pero le importaba muy poco. A la luz de un triste farol que había llevado uno de los corsarios que con Dalí-Mamí había bajado a la sentina había visto que inmediatamente a ella estaba Cervantes.

Después de haberla asegurado a la argolla, Dalí-Mamí con los corsarios que le habían acompañado salió de la sentina. Se sintieron los cerrojos de la escotilla. Luego los pasos de los que se alejaban. Después nada más que el rechinar de las maderas de la galeota, y el ruido sordo del mar, que se deslizaba por sus costados. La sentina había quedado a oscuras. Los cautivos estaban hacinados en un extremo de ella.

CAPITULO II

Cervantes, que había sufrido imponderablemente al ver que Abigail no se contaba en el número de los encerrados en la sentina, porque suponía, y no se engañaba, que al ser registrada Abigail había sido descubierto su sexo, se tranquilizó en cuanto a su amor cuando la vió llegar encadenada y maltratada en la apariencia; pero se desesperó y necesitó de toda la fuerza de su valor y de su fe, al ver en aquel tristísimo estado a la que había llegado a ser todo el amor de su alma.

Sin embargo, fué prudente. No estaba solo con Abigail. —Ese condenado—respondió—, ese lobo cojo, me ha creído sin duda el más a propósito para preguntarme acerca de vosotros; le he dicho vuestros nombres y vuestro estado, a fin de que, sabiendo quiénes sois, os trate con menos dureza; es decir, he dicho menos de lo que sois cada uno de vosotros, para que por el interés de un gran rescate, y por obligaros a pedirlo a los vuestros, no os maltraten demasiado.

—Habéis hecho bien—dijo Cervantes—; que yo he oído a otros que han estado en Argel cautivos, que, porque sus amos creían que tenían gran hacienda en su tierra, los maltrataban dándoles todos los días de palos y matándolos de hambre, a fin de que apretasen en lo de su rescate; y que muchos que eran pobres, y que no tenían quien los rescatase, habían muerto del mal trato que les habían dado.

—Verdaderamente que debemos de haber cometido algún gran pecado, cuando Dios nos ha traído a este estado —dijo Rodrigo Cervantes, que estaba más allá de su hermano.

Abigail inventó una conversación que dijo que había tenido con Dali- Mami, y logró inspirar a sus pobres compañeros alguna esperanza. En cuanto a Cervantes, se tranquilizó algún tanto. Medía el corazón ajeno por el suyo. No había vivido ni sufrido bastante. Veía las cosas al dorado sol de la juventud. Y las penalidades habían empezado ya para aquellos desventurados. En primer lugar, el despecho de ser vencidos por aquellos mismos a los que estaban acostumbrados a vencer, y que eran sus mayores enemigos, porque lo eran del nombre cristiano. Luego, aquellos infamantes hierros de que estaban cargados; aquella sentina oscura e infecta en que estaban hacinados, sintiendo el agua que hay siempre en el fondo de los barcos, y las ratas que saltaban sobre ellos, y las inmundas cucarachas. Después, el hambre, que empezaba a afligirlos. Habían combatido largamente, y les rendía la fatiga. A más de esto, muchos de ellos estaban heridos, y sólo se les había hecho una cura ruda.

A estos padecimientos físicos, había que añadir los padecimientos morales. Pensaban en sus familias. En sus padres, en sus esposas, en sus hijos o en sus hermanos. Tal vez alguno, en la hermosa de su alma, que con toda su alma amaba, prendas queridas que tal vez no volverían a ver. Y sin embargo, todos contenían sus quejas y sus gemidos por no parecer débiles. Todos mostraban el valor de la resignación, aunque verdaderamente no le tenían. Eran bravos y valientes soldados españoles.

Aún hubo alguno que tuvo valor para chancearse. Entre ellos, Cervantes. Y lo hacían para aliviar a sus compañeros. Fue avanzando la noche. Las conversaciones se fueron disminuyendo. Al fin, la fatiga pudo en los más de ellos más que el dolor, que el hambre, que las heridas, y se durmieron.

Abigail reclinó su cabeza sobre el hombro de Cervantes. Lloró largamente. Era la primera vez que Cervantes sentía llorar a Abigail.

El arraez Dalí-Mamí había pasado una noche más terrible aún. Aquella noche fué un infierno para el sorsario *Cojo*.

Al amanecer, cuando la primera luz de la aurora penetró en el camarote, Dalí-Mamí saltó de su diván. Ardía su cabeza, se abrasaba su pecho. El recuerdo de Abigail le trasponía. La fresca brisa no era bastante para templar el calor febril de su frente.

A lo lejos, se veían ya de una manera distinta los muros y las torres de la Alcazaba de Argel. Un primer rayo de sol doraba ya las cumbres de los altos montes. Dalí-Mamí llamó a dos de sus corsarios y bajó con ellos a la sentina. Sacó a Abigail.

Estaba pálida; en sus ojos, en sus mejillas, se veían señales de llanto. Se le apretó el corazón a Dalí-Mamí. La llevó a su camarote, y se quedó solo con ella. Por algún tiempo Abigail permaneció en silencio, y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Tú sufres demasiado—dijo Dalí-Mamí con la voz temblorosa. Alzó enérgicamente la cabeza Abigail, y dijo:

—No sufro por mí.

—¡Ah..., sí...!—exclamó roncamente Dalí-Mamí—. Tú sufres porque amas a alguno de los cautivos.

—Los amo a todos—exclamó Abigail—; qué, ¿no son mis prójimos? No nos ha mandado Dios que amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos?

—¡Pero no se ama al prójimo hasta llorar por él!

—Yo he llorado por ti.

—¡Por mí!...

—Sí; por ti— y Abigail miró de una manera tan candente, tan lúcida, tan suprema a Dalí-Mamí, que éste se sintió como arrebatado por una nube de fuego a espacios desconocidos.

—¿Que has llorado por mí?

—Sí; por ti, que llamas sobre ti la cólera de Dios..., que pierdes tu alma.

Dalí-Mamí gimió. No era aquel el amor que él anhelaba de Abigail; su caridad no le satisfacía. Se arrodilló delante de ella y se puso a quillarle las cadenas.

—Puesto que hablas de caridad—le dijo—, tú no volverás a llevar más estos hierros.

—En verdad que son muy pesados—dijo Abigail—; pero yo no te agradeceré el que libre de ellos me tengas, sino libras de ellos también a todos mis compañeros.

Miró de una manera sesgada y terrible a Abigail, Dalí-Mamí.

En aquella mirada había cólera y celos. Abigail sostuvo con una gran serenidad la terrible mirada del corsario.

—Tú estás loco—le dijo.

—¡Loco, sí, loco!—respondió Dalí-Mamí—. Y receloso de que tú ames a alguno de los que están cautivos.

—Yo no amo más que a Dios; no puedo amar más que a Dios—dijo Abigail.

Se desarrugó la frente del *Cojo*. Continuó desarmando los grilletes, las esposas, la argolla, el cinturón. Al fin, Abigail quedó libre de sus cadenas.

—¿Y ellos?—dijo.

Dalí-Mamí mandó a unos de los suyos que se quitarán los hierros a los cautivos. Se quedaron de nuevo solos Abigail y Dalí-Mamí.

—Yo estoy desfallecida de hambre—exclamó Abigail.

Lanzó un rugido de indignación contra sí mismo, y se dió un puñetazo en la frente el bravo Dalí-

—¡Ah..., sí, sí!...—dijo—. ¡Yo estoy loco!... ¡Me he olvidado de todo!...—y llamó a grandes voces.

Mandó que se trajese de comer al camarote.

—No—dijo Abigail—; yo quiero comer con ellos.

—Con ellos comerás.

—La bodega de la goleta es infecta; allí se respira mal; déjanos que comamos, que recuperemos nuestras fuerzas, sintiendo la hermosa y fresca brisa del mar.

No parecía sino que Dalí-Mamí había nacido para someterse a la voluntad de Abigail. Mandó se subiese a los cautivos a la cubierta.

—Yo iré por ellos—dijo Abigail.

—¡Ah!... ¡Tú no quieres que el hombre a quien amas vea que estás sola conmigo en el alcázar de popa!

—Yo permaneceré contigo; yo comeré contigo—dijo Abigail, que vió que Dalí se desesperaba, y llegaba casi a punto de romper por todo.

El renegado se tranquilizó. Sus órdenes se cumplieron. Poco después subían a la cubierta ocho cautivos; los dos hermanos Miguel y Rodrigo Cervantes, y los otros seis que con Abigail habían cabido en parte a Dalí-Mamí. Los otros cautivos que iban en la *Sol* se habían repartido entre el dey de Argel, a quien correspondía el quinto; el tercio, a Arnaute-Mamí, y luego por igual entre los cinco arráeces de las cinco galeotas que seguían a la capitana.

Cervantes vió a Abigail en el alcázar, a la parte de popa, en el camarote y al lado de Dalí-Mamí. Pero no se inquietó. Abigail le había prevenido. Le había encargado el más profundo disimulo. Así convenia para sus proyectos.

Apenas se había acabado el almuerzo cuando entraron en el puerto. Los cañones de la flotilla de Arnaute-Mamí, los de la galera apresada *Sol* y las baterías de la Alcazaba hicieron salvas. El dey de Argel, Hassan-Agá, que había bajado al puerto en cuanto se había puesto a la vista de él la escuadrilla de Arnaute, avanzó hasta la misma playa. Entonces empezó el desembarco, que se hizo inmediatamente y en muy poco tiempo.

El puerto rebosaba de gente. Todo Argel estaba en la playa. No se veían más que banderolas de todos colores. La mayor parte de aquella multitud estaba armada de espingardas y hacía con ellas continua salva. La alegría y el orgullo rebosaban en todos los semblante. Como que el gran Arraez Emir de la mar, Arnaute-Mamí, había apresado una soberbia galera del rey de España.

—¿Por qué tienes tú sin cadenas a tus cautivos?—preguntó severamente el dey Hassan-Agá a Dalí-Mamí.

—Porque Dios lo quiere, noble y poderoso señor—contestó humildemente Dalí.

—¿Desde cuándo acá te has hecho tú caritativo?—dijo con sorpresa Hassan.

—Cuando Dios lo ha querido, Emir vencedor.

—El alto profeta ha preceptuado en nombre de Dios la caridad para con los creyentes, pero no para ejercitarla en los enemigos de Dios.

—Esta es gente dócil—dijo Dalí-Mamí, no pudiendo decir otra cosa.

—Pues parecenme fieros como leones cogidos en trampa—dijo el dey. Y como entonces reparase en Abigail, exclamó—: Este cautivo es muy hermoso y muy gentil; debe ser un gran caballero; el reparto está mal hecho. Yo me quedo con él. Y asió de la mano a Abigail y la puso entre los esclavos que le rodeaban.

Palideció mortalmente Abigail. En cuanto a Cervantes, tembló de cólera. Dalí-Mamí estuvo a punto de rebelarse. Pero Hassan era el dey. Había que resignarse a su voluntad. Abigail le siguió a su alcázar, que estaba en la Alcazaba. Llevaba el corazón deshecho. Era la primera vez, después de cuatro años, que se separaba de Cervantes.

Cuando estuvieron en el alcázar, Hassan-Agá hizo que le lle-

vasen al hermoso caballero. Se le presentó Abigail. Conservaba completo su traje de soldado de infantería del tercio de Figueroa. No le faltaban más que el casco, la gola, la coracina y las armas.

—¿Quién eres tú?—le preguntó el dey.

—Yo soy, para servirte, poderoso señor, un caballero español.

—¿De qué parte de España eres?

—De la Andalucía.

—¿De cuál ciudad?

—De Granada.

Suspiró Hassan-Agá.

—Aún no se han cumplido cien años desde que la perdimos —dijo Hassan-Agá—; aún existen aquí viejos que eran niños cuando de Granada salieron con sus padres, y aún de ella acuérdanse; y aún hay aquí moros que de las Alpujarras fueron arrojados por ese rayo de la guerra, que Dios maldiga, don Juan de Austria, que nos venció en Lepanto. ¿Estuviste tú en aquella funesta jornada?

—Sí.

—¿En qué galera?

—En la *Marquesa*.

—Esa estaba con las de Roma..., con las de Doria.

—Sí, poderoso señor.

—¿Hay algún otro cautivo con vosotros de los que estaban en Lepanto en la galera *Marquesa*?

Se animó Abigail.

—Sí, noble señor—dijo—; dos hermanos muy principales.

—¿Cómo se llaman?

—Miguel y Rodrigo de Cervantes.

—A mí me gustan mucho los valientes; porque me has parecido valiente a maravilla, te he quitado a Dalí-Mamí.

—Pues los dos hermanos de que yo te he hablado, son tan bravos como leones—dijo Abigail.

—¿Y tú, cómo te llamas?

—Juan Pérez de Dávalos—mintió con gran aplomo Abigail—. Por mi madre vengo de los Venegas.

—Entonces, eres por tu madre de la familia real de Granada.

—En efecto; mi madre venía del infante don Pedro de Granada Venegas.

—Entonces, debes tener aquí parientes, porque hay aquí muchos de la antigua familia de los Beni-Egas.

—Yo no los conoceré; me quedé huérfano cuando niño, y

el tutor a quien me confió mi padre, que fué el último que murió, me crió en la corte, donde he sido paje del rey.

—¡Del gran rey don Felipe!—exclamó con asombro el reyzeuelo de Argel.

—Sí; del gran rey don Felipe—respondió con altivez Abigail, siguiendo su historia.

—¿Y cómo es el rey don Felipe?

—¿Conoces tú a don Juan de Austria?

—Sí; le he visto bien..., muy bien, en Lepanto, cuando el abordaje de la capitana turca con la capitana cristiana; le he visto tanto, como que he disparado tres tiros de arcabuz contra él y no he podido herirle. ¡Satanás le protege!...

—Pues bien; poco más o menos, el rey don Felipe es como su hermano don Juan de Austria; los dos se parecen a su padre, el gran emperador don Carlos Quinto.

—¿El que en años pasados fué a Túnez y degolló a sus pobladores?

—Ese.

—¡Maldígale Dios!

—Era el rayo de la guerra: el César; el monarca más poderoso del mundo.

—¿Cuánto rescate darán por ti los tuyos?

—Yo no tengo *míos*; estoy solo en el mundo y he gastado toda mi hacienda en la guerra.

—Todos los cristianos decís lo mismo—exclamó Hassan-Agá, cuyo rostro se había fruncido—; os hacéis los pobres, los mendigos, para que nos contentemos con un mezquino rescate por vosotros.

—Yo no quiero rescatarme—dijo Abigail.

—¿Cómo!

—Yo no quiero volver a mi tierra.

—¿Y por qué?

—Porque he matado en ella a un caballero muy principal, a quien amaba mucho el rey; y, si a mi tierra fuera, me prenderían y me matarían.

—¿Pues no has estado en las galeras del rey de España?

—Sí; pero en ellas no me conocían.

—¿Cómo?

—Sí; voy a decirte la verdad: yo no me llamo Juan Pérez de Dávalos, sino Pedro de Venegas, como mi abuelo, el infante de Granada; pero guardaré el nombre supuesto que llevo, que así me conocen los cristianos que han sido cautivados conmigo.

—¿Con que tú no quieres rescatarte?

—No; ni aunque se sepa que yo estoy en Argel, porque me rescatarian mis enemigos, los parientes del que maté, para entregarme a la justicia, que me ahorcaría.

—Yo no te daría en rescate para que te ahorcaran, mancebo—dijo con nobleza Hassan-Agá.

—Yo te serviré de tal manera—dijo Abigail—, que tú estarás contento de que yo sea tu esclavo.

Meditó un momento Hassan-Agá.

—¿Por qué no te vuelves al Señor único y altísimo?—dijo.

—Yo no te pediría que renegaras de tu Dios; temerías que tu Dios te castigase; yo espero que tú me trates con benignidad.

—Yo no sé por qué me arrastras a complacerte, mancebo. Quédate en mi casa. Si has dicho verdad, no serás mi esclavo, sino mi hijo; has hallado gracia en mis ojos; pero si has mentido..., ¡ay de tí..., no te lo perdonaré.

—Pregunta a todos los que han sido cautivados en la galera *Sol*, y todos te dirán que yo soy Juan Pérez de Dávalos, paje del buen caballero Miguel de Cervantes Saavedra, y soldado de la compañía de Diego de Urbina, del tercio de don Lope de Figueroa.

—¿Y ese noble caballero Miguel de Cervantes, ¿es muy rico?

—Riquísimo, y muy calificado—respondió Abigail—; como que se trataba mano a mano con el ilustre don Juan de Austria, y con el gran duque de Sesa, don Carlos de Aragón; y una prueba de ello es que llevaba a España muchas y buenas cartas de recomendación de don Juan de Austria y del duque de Sesa, para el rey y para los señores del Consejo del rey, recomendándole para que le diesen una compañía de infantería.

Irradiaron los ojos de Hassan-Agá.

—¿Así, pues—dijo—, por esos dos hermanos dará su familia un gran rescate?

—Grandísimo—exclamó Abigail—, y tanto que te satisfagas de que yo no me haya rescatado, y con creces. Pero te repito que espero me trates con benignidad.

—Yo te hago desde ahora wazir de mi casa; tú correrás con los gastos y las atenciones del harem; todos te respetarán como si fueses mi propia persona; pero cuenta que una sola mirada impura tuya no vaya a buscar los ojos de las mujeres, ni de las hijas o parientas del dey tu señor.

—Todo lo que te pertenece, señor, será para mí sagrado.

—Y dime—exclamó volviendo por un momento a sus recelos Hassan-Agá—, ¿si tan en peligro de muerte estabas volviendo

a pisar el suelo de España, por qué te encontrabas en la galera *Sol*, que a España iba?

—Yo pensaba quedarme en Francia.

Volvió a serenarse Hassan-Agá. Le había complacido Abigail, y más que todo, las noticias que le había dado de la gran riqueza de los dos hermanos Cervantes, por los cuales esperaba un gran rescate, porque, aunque habían tocado por suerte en el reparto a Dalí-Mamí, era potestativo en el dey invalidar el reparto, siempre que fuese su voluntad.

—Pues ya que no reniegues de tu Dios—dijo Hassan-Agá—, necesario será por lo menos que lleses el traje y las armas de los moros, mis servidores.

—¿Y por qué no?—respondió Abigail—. Y aun asistiré a las *azalaes* en tus mezquitas; que vuestro Dios es el mío; únicamente que vosotros no reconocéis la Trinidad y llamáis Profeta a Jesucristo, en vez de llamarle Dios; pero creéis en la pureza de la Santa Virgen Maria, su madre.

Hassan-Agá sonrió.

—¡Veo harto claro—dijo—que antes de mucho tú te convertirás al verdadero Dios! Ahora voy a llamar a uno de mis esclavos, para que vayas con él a ordenar al arraez Dalí-Mamí venga con sus dos cautivos Miguel y Rodrigo de Cervantes.

Media hora después, Dalí-Mamí, que reposaba en su casa, que estaba en lo mejor de la Alcazaba, se inmutaba al ver aparecer ante sí a Abigail. Esta dejó fuera al esclavo de Hassan-Agá y se encerró con Dalí-Mamí.

—¿Has tenido compasión de mí, hurí divina?—exclamó—. ¿Has comprendido cuánto te amo y que sin tí moriré?

—Guarda mi secreto, Dalí—exclamó con acento breve e imperativo Abigail—; guárdalo, si quieres guardar tu cabeza: tú no sabes que yo soy mujer.

Dalí-Mamí estaba pálido como un muerto y temblaba. Fijaba con espanto sus ojos extraviados en Abigail. Demostraba claro, de una manera evidentemente cierta, cuánto la amaba, y el horrible temor que sentía de perderla. Permaneció mudo.

—Yo seré tu amiga, tu hermana—dijo Abigail dulcificándose—, si guardas mi secreto; he hallado gracia en los ojos del dey; si el dey sabe que yo soy mujer, me amará, y yo, para vengarme de tu traición, le pediré, a cambio de mi amor, tu cabeza.

Tembló el mísero Dalí-Mamí. Al fin dijo, mesándose las barbas:

—¡Maldita de Dios sea la hora en que apresamos a la galera *Sol*!

—Estás loco, y te perderás—dijo Abigail.

—¿Serás tú mi amiga?

—Sí.

—Serás tú mi hermana?

—Sí; tu hermana querida.

—Pues bien: yo guardaré tu secreto; pero que te vea yo alguna vez, sultana, porque si no te veo, moriré de dolor.

—Yo vendré a verte con frecuencia.

—¿Te deja en libertad el dey?

—Sí; me ha hecho wazir de su casa y de su harem.

—Contigo va la bendición del Señor; tú hallas gracia en los ojos de todos.

—Pues mira tú lo que será, si el dey sabe que yo soy mujer.

—No lo sabrá jamás por mi boca.

—En eso harás bien; porque guardando mi secreto, guardas tu vida.

—Y dime, así Dios te prospere, y haga tu vida venturosa a placer tuyo: ¿has venido a verme, sabiendo que yo por ti moría?

—Sí; y además, el dey me ha mandado te diga que vayas al momento a verle, con tus dos cautivos Miguel y Rodrigo de Cervantes.

—¡Ah!—exclamó el iracundo y enamorado Dalí-Mamí, mesándose de nuevo la barba—. ¡Tú amas a uno de esos dos!

—¡Tú estás loco!—dijo Abigail con voz sombría—.

Tembló Dalí-Mamí.

—Ya has oído las órdenes del dey—le dijo Abigail.

—¿Y si yo digo al dey que he ahorcado a esos dos cautivos porque habían querido resistir?

—Entonces me descubriré yo al dey; le diré: «Yo soy mujer; yo te amo; yo quiero ser tu esposa; pero quiero también como regalo de boda la cabeza y el corazón del arraez Dalí-Mamí.»

Se encogió aquel tigre. Luego se puso a dar vueltas por su aposento. Rugía sordamente. Al fin se detuvo delante de ella y le dijo:

—Dios o Satanás te amparan; tú harás lo que querrás de mí, y si me matas, moriré bendiciéndote; pero tú me has dicho que serás mi hermana, mi querida hermana, que vendrás alguna vez a verme, para que yo cobre algo de vida.

—Sí—dijo Abigail—, seré para ti más que tu hermana; procuraré honras del dey; te ayudaré en cuanto pudiere, si eres bueno para conmigo; yo te lo pido por Jesucristo y su Santa Madre.

—Pues bien—dijo Dalí-Mamí—, vuélvete y dile al dey que yo voy al momento con esos dos cautivos que me pide.

—No; llámalos aquí; con ellos has de salir de aquí conmigo. Dalí-Mamí se dobló. Mandó que trajeran a los dos hermanos. Poco después estaban allí Miguel y Rodrigo. Aparecían tristes, pero resignados y dignos. Miguel, aprovechando un momento, miró anhelante a Abigail. Esta le tranquilizó con una mirada. Luego dijo a Dalí-Mamí:

—Es necesario que lleves también al dey, no los dineros y las pedrerías que quitaste al señor Miguel de Cervantes, sino las cartas que llevaba del señor don Juan de Austria y del duque de Sesá para el rey de España y para los señores de su Consejo.

Cervantes no comprendía bien. En el momento en que Dalí-Mamí salió para buscar aquellas cartas, se acercó a Abigail y le dijo:

—¿Pero no ves que van a creer que somos muy ricos y que esto dificultará nuestro rescate?

—Eso es lo que se necesita, señor Miguel de Cervantes—dijo Abigail, que delante de gentes y aun del mismo Rodrigo trataba con un gran respeto a Cervantes—; así os tendrán en mucho y os respetarán; yo os conozco; os lanzaréis, de seguro, a más de una gran empresa, y pondréis a riesgo vuestra vida; es necesario que estos bárbaros tengan un gran interés en no quitárosla.

—Es necesario hablar despacio acerca de esto—dijo Miguel.

—Ya hablaremos todo cuanto queramos en la casa del dey—dijo Abigail.

En aquel momento, y vestido con nuevas ropas, más ricas, apareció Dalí-Mamí. Poco después llegaban al alcázar. Inmediatamente fueron presentados a Hassan-Agá. Este anunció a Dalí-Mamí que había resuelto quedarse con aquellos dos cautivos y que por ellos, para que no tuviese razón para quejarse, le daba tres.

Dalí-Mamí se mostró grandemente complacido. Dió al dey las cartas que se habían encontrado a Cervantes y, recibiendo los tres cautivos, se fué. Hassan-Agá mandó que Miguel y Rodrigo fuesen conducidos a su baño, pues al ver el continente grave y sereno de los dos hermanos los tuvo por principalísimos caballeros, por los cuales podía obtener un crecidísimo rescate.

Tenía en el baño de que ya hemos hablado por lo menos doscientos cautivos cristianos.

CAPITULO III

Hassan-Agá encargó a Abigail que cuidase de los cautivos de su baño, como wazir que era, o mayordomo de su casa, y que procurase principalmente que los dos hermanos fuesen tratados de tal manera que se apresurasen a buscar su rescate. Esto era lo mismo que encargar que se les tratase con rigor, puesto que con cuanto mayor rigor se les tratase, tanto más habían de procurar ser rescatados.

Abigail, o mejor dicho, el señor Juan Pérez de Dávalos, substituyó en la jefatura del baño de los esclavos del dey a un mozo etíope, que era una especie de canibal, que trataba como bestias a los cautivos. Para el etíope fué una desgracia el que el señor Juan Pérez de Dávalos encontrase gracia en los ojos del dey, hasta el punto de que éste le encargase no sólo de la economía de su casa, sino también del cuidado del baño de sus esclavos. Se irritó cuando se vió depuesto, blasfemó de Dios y del Profeta y aun se atrevió a decir que el dey era un pobre hombre a quien engañaba cualquiera y que ya se lo contaría a su alteza. Oído lo cual por Abigail, hizo que a él arremetiesen algunos esclavos del dey, le cargasen de cadenas y le empozasen en uña de las mazmorras que en el baño había.

Estas mazmorras eran horribles. Estaban a quince o dieciséis pies debajo de tierra. Se bajaba a ellas por medio de una cuerda al encerrado y luego se cerraba la boca del pozo, de tres o cuatro pies de ancha, en los dos tercios de la profundidad, que en la parte inferior era de ocho o diez pies superficiales de extensión, y cinco o seis de altura. En estas mazmorras, necesariamente fétidas, se encerraban cargados de cadenas a veces cuatro o seis hombres, y cada día dos veces, por la mañana y a la tarde, se les bajaba un cántaro de agua y un pedazo de pan negro para cada uno. Cuando enfermaban, que esto sucedía con mucha frecuencia, allí se les dejaba, abandonados a su miseria y a su enfermedad, y si alguno moría, se le sacaba no tan pronto como hubieran querido sus compañeros.

El etíope no debía padecer mucho en la mazmorra. Cuando volvió a la presencia del dey, Abigail le contó el delito, o más bien los delitos de sacrilegio y de lesa majestad que el etíope

había cometido y que por consecuencia de ellos le había enmazmorrado.

—Descabézale—dijo Hasson-Agá, apenas hubo oído el relato de Abigail.

Volvióse ésta al baño, hizo sacar de la mazmorra al etiope y, prestándose otro esclavo, etiope también, a desempeñar el oficio de verdugo, le cortó la cabeza por un sencillísimo procedimiento. Le tiró al suelo, le puso una rodilla en el pecho y luego le degolló de un solo tajo de gumia, separándole después la cabeza del tronco, no sabemos en cuánto tiempo y con cuánto trabajo. Después, el cuerpo fué llevado a larga distancia del baño, a la marina, y arrojado en un hondonada, en una especie de muladar donde se arrojaban los animales muertos. Los grajos se encargaban de dejar blancos sus huesos, y cuando subía la marea dejaba sobre ellos una capa de arena que, repitiéndose, los iba sepultando lentamente. En cuanto a la cabeza del etiope, fué presentada al dey para que se certificase de que se había hecho justicia en aquel traidor.

Tal fué la toma de posesión de la alcaidía o jefatura del baño de los esclavos del dey por Abigail.

Cervantes no sabía qué pensar de la posición que Abigail había tomado en la casa del dey, y ella, por prudencia, no hablaba en el baño con Miguel ni con Rodrigo ni más ni menos que con cualquiera de los otros cautivos. Se mostraba severa y rigurosa. Pero los cautivos eran mejor tratados. Las legumbres cocidas que les servían de alimento estaban mejor condimentadas y el pan era de mucha mejor calidad. Se les había sacado de las mazmorras al aire libre y se les había dado celdas en el baño a muchos infelices. Las mazmorras, que arrojaban de sí un olor insoportable, se habían limpiado. La capilla católica que allá en el fondo del patio había, estaba mejor asistida: no faltaba nunca una luz en el altar de la Virgen de los Aflijidos, y vino, hostias y velas todos los días, para la misa cotidiana. A los cautivos que se habían quedado completamente desnudos se les había buscado ropas, malas o buenas, como se había podido. Abigail se las había procurado de limosna de los cristianos que residían libres en Argel y aun de algunos moros caritativos, porque Abigail no podía hacer nada por sí misma. Era completamente pobre.

Comía la ración que como wazir de la casa del dey se la daba y recibía en dinero un mezquino salario que apenas la bastaba para vestirse. Debemos advertir que Abigail había dejado el traje cristiano para tomar el musulmán. Este traje, mucho

más amplio, le convenía perfectamente. Se componía de un alquicel blanco con capuz, rodeado por una toca o turbante; de una túnica de lana roja y en el interior de una camisa y de unas calzas; unas botas altas de taflete amarillo completaban este traje. Pendiente de un tahalí de seda y plata, llevaba un corvo yatagán, y a la cintura una gümia. Para los días de gala y de solemnidad, tenía un ostentoso traje de rica tela, sobrecargado de bordaduras de oro y que había heredado del difunto etíope, como aquel lo había heredado de otro. Aquélla era una especie de librea. Llevaba asimismo, constantemente, Abigail una varita negra con las extremidades de plata, insignia de su oficio de wazir de la casa del dey.

Las atenciones de su cargo eran tantas que apenas le dejaban algún tiempo libre. Era este tiempo el que transcurría entre la oración o *azalá de adohar* (del mediodía) hasta la de *almagreb* (oración de la tarde o de puesta del sol). Tres o cuatro horas cuando más. Abigail se iba a la ciudad; se metía en las barberías o en los *fondacs* o paradores; oía cuentos de los juglares, las conversaciones del vulgo, y aun así servía a Hassan-Agá, porque era una especie de polizonte secreto al servicio del dey.

Cuando terminaba la oración de la tarde, Abigail se iba al baño, hacía repartir la comida a los cautivos, los encerraba en sus celdas y de allí se iba al harem del dey, donde hacía cosa semejante. Mandaba se diese la comida a aquellas señoras y cuidaba luego de que cada cual se retirara a su respectivo apartamento. Todo estaba en un orden admirable. No podía darse más. Hassan-Agá era servido con una economía mayor que nunca y mucho mejor.

Había entre las mujeres del harem una admirable morena que había dado al dey no menos que catorce hijos, aunque apenas si llegaba a los treinta años. Se llamaba Noemí. Era un tanto obesa, pero dentro de su obesidad ostentaba las formas más voluptuosas del mundo. Era la favorita de Hassan-Agá por la sola razón de que, entre sus mujeres, ella era la que más carnes tenía. Pero Noemí estaba muy lejos de amar a Hassan-Agá.

En vano Hassan-Agá la había elevado de cautiva a favorita, de favorita a esposa, de esposa a sultana. El durísimo corazón de la admirable morena, que cada día estaba más gorda, no se conmovía con los amores ni con los favores de su regio esposo. Hassan-Agá no encontraba en ella más que sumisión y lealtad hasta cierto punto.

En el harem no entraba más hombre que el wazir de la casa

del dey, y aun así, rodeado de las viejas guardianas de las esclavas, de las esposas y de las sultanas. Abigail observó que Noemí le trataba con gran deferencia y se propuso aprovechar esta influencia. Si había algo que Hassan-Agá adorase en el mundo, era Noemí. Por ella tenía casi en olvido a todas las otras señoras del harem. Cuando salía a piratear en jefe con las galeras de Argel, o a dar socorro a su señor feudatario, por decirlo así, el sultán de Constantinopla, se le hacían insupportables los días que tardaba en volver a los fenomenales brazos de su crasísima Noemí. Y estaba escrito que padeciese siempre por su desvío. Noemí le recibía con una frialdad inmensa. Aquella especie de Cleopatra elefante era una cosa, no una mujer, para el enamorado Hassan-Agá.

Pero con Abigail cambiaron las cosas. Hassan-Agá estaba contentísimo con su wazir, porque con su wazir estaban contentísimas sus señoras y le hablaban de él con elogio. Particularmente Noemí se hacía lenguas hablando del nuevo wazir. Los manjares que se la servían eran más suculentos y mejor condimentados. Los perfumes que en sus pebeteros se quemaban, más exquisitos. El opio que fumaba, de mejor calidad. Los colores con que se teñía las uñas y las mejillas, y reforzaba lo negro de las cejas, y aumentaba la sombra de sus ojos, mucho más finos. Las ropas estaban mucho más limpias y mejor cuidadas. Los tapices, las alfombras y los utensilios de su aposentamiento eran mucho mejores. Sobre todo, en medio de su profundo respeto, Sydi-Agá-Wazir no podía ser más amable. Noemí estaba encantada y el encanto de Noemí se transmitía a su real esposo.

¿Cómo no tener el dey sobre su cabeza a un tal servidor, que tan arreglada le tenía la casa y tan contenta a la luz de sus ojos, a la hermosísima Noemí, hermosa hasta en el nombre, porque Noemí significa hermosa? Además, que Hassan-Agá había tenido confianzas con Abigail. ¿Y cómo no obtener el consuelo de comunicar las penas, cuando se tiene un lealísimo servidor, que por su afecto ha de partir con nosotros los dolores? Parece que así los dolores se disminuyen.

A los seis meses de pertenecer a la servidumbre del dey Abigail, ya el dey la había admitido completamente en su confianza. Había en Abigail un imperio misterioso que fascinaba a Hassan-Agá y que éste no podía explicarse. La recordaba continuamente y atribuía una gran importancia a aquel incesante recuerdo.

—Es extraño—decía Hassan-Agá para sí con mucha frecuen-

cia—; este cristano debe ser hechicero; le amo como si fuera mi hijo, mi padre, mi hermano; no sé lo que él podría pedirme que yo no le concediera.

Abigail comprendía perfectamente cuál era la causa del afecto que le profesaba el dey. Su exageración de la crueldad hacia de ella una especie de fiera que hablaba admirablemente a los instintos de aquel dey terrible. Una ligera desobediencia de uno de los esclavos de la servidumbre bastaba para que Abigail le hiciese azotar. Una falta un poco mayor daba con un desdichado en una mazmorra donde se pudría. Si la falta era más grave, una sentencia de muerte, que inmediatamente se aprobaba, era sometida al dey.

Abigail se ensañaba en aquella horda de caníbales feroces, sin remordimiento alguno. Había llegado a inspirar espanto. Esto encantaba al dey; entusiasmaba a Noemí.

Abigail iba ganando rápidamente terreno. Lo preparaba todo para poder libertar a su adorado Miguel. Para liberarse con él y con Rodrigo. Pero había una pasión que dominaba en Hassan-Agá todas las otras pasiones, y le preocupaba más que la crasa Noemí.

Esta pasión, o más bien este pecado mortal por donde Satanás le tenía cogido, era la avaricia. Por una dobla de oro era capaz Hassan-Agá de ir al fin del mundo y aun de pelear con los ejércitos infernales. Esta era la gravísima dificultad que se oponía al rescate de Miguel y de su hermano. En tanto los tenía Hassan-Agá que esperaba por ellos un crecidísimo rescate. Pero esto era imposible de todo punto, si se había de contar con su familia. Empobrecidos ya antes de salir Miguel de España, su aportación debía ser insuficiente. Y lo fué, en efecto.

¿Qué hacer en este caso? Recurrir al rey, a los nobles, a quien quiera que fuera, era vano. Eran tantos los que eran constantemente cautivados, que la caridad no bastaba ni hubiera podido el Estado sobrellevar semejante carga.

Abigail había hecho que Onofre Exarque, un mercader valenciano que se había establecido en Argel, escribiese a un corresponsal suyo en Granada, a fin de que se informase de si en aquella ciudad existía una señora extranjera que se llamaba doña Beatriz de Aquaviva.

El objeto de Abigail era que Beatriz pagase cuanto fuese necesario para alcanzar el rescate de los dos hermanos. El amor de Abigail hacía el sacrificio de que Beatriz fuese la que redimiese a Miguel, ya que ella no podía redimirle. El corresponsal

de Exarque contestó inmediatamente que, en efecto, en un carmen, por debajo de la Alcazaba, había vivido una señora extranjera y muy hermosa, pero que ya no existía en Granada. Que había pedido noticias. Que unos le habían dicho que había muerto, y otros que se había ido. En fin, que el carmen había pasado, vendido por un administrador de aquella señora, que tampoco aparecía, a un nuevo poseedor.

Abigail acabó por alegrarse. Se había arrepentido de haber recurrido a Beatriz. Se recibió por los Padres de la Redención de esclavos en Argel el dinero que para rescatar a los dos hermanos habían recibido los Padres de la misma Orden, residentes en Madrid. Pero aconteció que Hassan-Agá no quiso ni aun siquiera oír hablar del rescate de dos tan principales caballeros y tan ricos por tan poco dinero.

Entonces, Abigail, desesperada, recurrió a la gruesa Noemí. Pero tanto como en Hassan-Agá había en su predilecta esposa una avaricia que nada podía vencer.

Se hacía de todo punto imposible sacarles un solo zequí. Hassan-Agá estaba muy lejos de ser un rey magnífico. Su real casa hubiera parecido miserable a cualquier europeo acostumbrado a algunas comodidades. El dey corsario era una especie de animal bravo a quien basta con una caverna, con tal que tenga en ella algo que devorar.

Cuando se entraba en la Alcazaba de Argel, se pasaba por un arco sombrío situado entre dos torres robustas. Algunos corsarios feroces, brutales, de piel cobriza, de ojos de lobo, aviesos y dispuestos a todo género de brutalidad y de horror, guardaban esta poterna. Se pasaba a un patio de mediana extensión, rodeado de mechinales, en los cuales anidaban aquellos primeros bravíos guardianes. En aquel patio había un aljibe. A ambos lados del aljibe y mirando a la poterna, como en batería, se veían tendidas sobre sus carretones dos enormes piezas de artillería, de aquellas que se llamaban bombardas, de calibre de ochenta por lo menos, y que se cargaban con balas de piedra. Era una artillería ruda: la del siglo xv.

Este patio tenía alrededor una galería, sostenida por arcos árabes, de herradura, de ladrillo agramillado, que no dejaban de tener cierta grandeza monumental, pero de todo punto ruda. Estaba aquello muy lejos de la exquisita delicadeza de la Alhambra de Granada; pero acusaba tan fuertemente como ella el gusto árabe.

Un alto minarete se veía al ángulo occidental de este patio. Desde él se veía a Argel tendido sobre un repecho que descen-

día hasta la mar; la playa, los cárabos varados en ella; en el puerto las galeotas, y a la lengua del agua las baterías.

Por la mañana y por la tarde, a las horas de la salida de los copos, había en la playa una gran animación. En las otras horas, una soledad absoluta, rota únicamente por alguno que otro de los guardianes de las baterías, que aparecían indolentemente sentados en la cureña o carretón de alguna pieza con la espingarda al lado y el yatagán a la cintura.

Las casas que descendían en anfiteatro, aisladas casi todas, separadas por estrechas callejuelas polvorientas en el verano y lodosas en el invierno, eran bajas, desmochadas, cuadradas, con terrados almenados algunas de ellas, alternados con tejados rojizos o verdi-negros y, adherido a cada una de ellas, un huerto de mayor o menor extensión, todos con su alberca, sus nopales y sus hortalizas.

Acá y allá, en este hacinamiento de casas se abrían algunas plazuelas, y en todas ellas se alzaba un minarete de mayor o menor altura, perteneciente a una mezquita. Había, además, algunos que podían llamarse *calcos* de la población. Esto es: terrenos en que nada había construído, y que no podían llamarse plazas; sucios, infectos; una especie de muladares en que crecían libremente las ortigas y los jaramagos, entre nopales y pitas.

La policía urbana era una cosa desconocida entonces, y desconocida aun entre los moros. Con mucha frecuencia en estos muladares que hemos indicado había animales muertos, en un completo estado de putrefacción. Abundaban, sin embargo, las fuentes públicas y los aljibes. Cada una de las mezquitas tenía uno dentro de sí, a causa de la necesidad de la ablución.

Junto a estos aljibes había casi siempre grupos de muchachas robustas, morenas como el sol, de ojos negros como la noche, de sonrisa candorosa y bravía a un tiempo, y de formas esbeltas y acentuadas, provistas cada una de su cántaro. Al olor de las muchachas acudían los mozos, y se suscitaban frecuentes y sangrientas riñas, que no asombraban a nadie y que nadie evitaba.

Ellos y ellas tenían la sangre de fuego, y el amor (a la musulmana, se entiende, y a lo corsario) volaba por todas partes y era casi siempre la causa de las reyertas que ensangrentaban harto frecuentemente las calles de Argel. Pero no dejaba de haber su punto de galantería. Desde la Alcazaba, era seguro oír por la noche, en las oscuras y profundísimas calles, el monótono y lánguido rasgueo de la guitarra y cantos que tenían

mucho de semejante con el *fandango* y con la *soledad*. Pero no se veía ni una sola luz en aquellas sombrías calles. A veces una música se interrumpía con el ruido de pelea y un grito de muerte rompía el silencio, que se restablecía a poco lúgubre y siniestro.

Volvamos a la Alcazaba. Pasando del primer patio por otra puertecilla se entraba en otro patio pequeño embaldosado de ladrillos rojos y orlado de azulejos ordinarios. Al frente había un gran arco de herradura, con ornamentaciones muy sencillas de estuco, pintadas con colores muy vivos. A cada costado una puerta más pequeña. En los cuatro muros había ajimeces con celosías, y en la parte superior de ellos, almenas.

La puerta de la derecha de la entrada, conducía a las habitaciones del alcázar, en que podían entrar todos los que iban a visitar al dey. La de la izquierda, pertenecía al harém, donde no entraba más que la servidumbre mujeril y el dey. Por el gran arco del fondo se pasaba a un salón de una magnificencia y de un lujo relativos a la rudeza y mezquindad general del edificio. En este salón daba sus audiencias públicas el dey, todos los *giumas* o viernes, después de la primera oración de la mañana.

Desde aquel salón se pasaba por una puerta a la mezquita real, de cuyo minarete nos hemos ocupado ya, y por la otra a las habitaciones del dey. En este salón no había otro asiento que un diván, compuesto de almohadones de damasco carmesí, con rapacejos de oro, harto mal traídos, despellejados, por decirlo así, pero que eran bastante ricos para el dey-pirata.

En el harém había algo de lujo. Pero lujo pesado, sucio, descuidado. Ellas, las odaliscas, el corazón multiplicado del señor, que eran lo más gruesas que podían serlo, por aquello de que, para los moros, la gordura de las mujeres era la mayor hermosura, vestían telas de seda y oro; pero sucias, descuidadas. Sólo en Noemí se encontraba una excepción, tanto en su traje como en su apartamento. La sultana, a pesar de ser obesa, era pulcra, y enamorada de lo verdaderamente bello. Dominaba a Hassan-Agá, y se hacía servir. Como que era hija de un bajá rico de Constantinopla, y se había criado en el lujo y en las comodidades y con las delicadezas del harém de su padre. Se necesitaba de todo el amor que Hassan Agá la tenía, para que éste, avaro por excelencia, se prestase a los costosos caprichos de Noemí.

Esta era también extraordinariamente avara. Pero por lo mismo comprendía los tormentos que sufre un avaro cuando

se ve obligado a gastar; y, como aborrecía o había aborrecido a Hasan-Agá, le atormentaba, o le había atormentado en su avaricia.

Estaban cautivos con Cervantes en el baño del dey de Argel, muchos españoles de buen linaje, que vamos a nombrar a continuación: El alférez Gabriel de Castañeda, natural de Salaya, en el valle de Carriedo, en las montañas de Santander. (Este asistió también a la batalla de Lepanto, y fué cautivado antes que Cervantes.) Antonio Godínez de Monsalvo, natural de Madrid, sargento de la compañía de don Juan de La-Cárcel. Don Beltrán del Salto y de Castilla, natural de Madrid, que fué cautivado en La Goleta. Alonso Aragonés, natural de Córdoba. Juan Blanco de Paz, fraile dominico. El alférez Diego Castellano, natural de Toledo. El capitán Domingo Lopino, natural de Cerdeña. Rodrigo de Chaves, natural de Badajoz. El doctor Domingo Becerra. Hernando de Vega, vecino de Cádiz. Juan de Valcázar, que fué cautivado al mismo tiempo que Cervantes. Fernando de Vega, natural de Toledo. El sargento Yepes. Martínez. Cristóbal de Villalar, natural de Olmedo, en Valladolid. Don Diego de Benavides, natural de Baza. El alférez Luis de Pedrosa, natural de Oviedo. Fray Feliciano Enriquez, carmelita, natural de Yepes, y el doctor don Antonio de Sosa.

Todos estos cautivos no eran del dey, aunque estaban en el baño real. Muchos eran de moros principales, a quienes el dey, para más seguridad, consentía tuvieran en su baño a aquellos cautivos de quienes esperaban sacar mayores rescates. Por lo mismo, Cervantes había sido cargado de cadenas desde su llegada al baño. Las cartas de recomendación que se le habían encontrado habían hecho se le tuviera por un gran caballero, por el cual se podía exigir un gran rescate. Abigail, como saben nuestros lectores, había contribuido a esto en gran manera, pues quería que Cervantes le debiese su libertad.

Hassan-Agá se negaba a tomar el rescate que se había enviado para los dos hermanos, haciendo un inmenso sacrificio a la familia. Dalí-Mamí, aunque era riquísimo, aunque sentía por Abigail amor y miedo a un tiempo, no consentía en soltar una sola dobla. Se hubiera dejado primero cortar la cabeza.

La libertad, pues, de Miguel, por medio de un rescate, se hacía imposible. Se pensó en que se rescatara a Rodrigo solo, que volviera a España y viera de allegar recursos. No había otro medio que adoptar.

Hassan-Agá se mostró también duro para dar la libertad a Rodrigo por el dinero que se le ofrecía. Pero como se le dijese

que era necesario que fuese a España para buscar el crecido rescate que por Miguel se pedía, consintió y Rodrigo fué rescatado.

No había que esperar un buen suceso de la ida de Rodrigo a España: la familia había agotado los recursos y, en cuanto al rey, pesaban tantas y tan graves atenciones sobre el erario que no había que esperar gran cosa. Se pensó, pues, que sería mucho mejor intentar la fuga. Para ello se encargó a Rodrigo Cervantes, ya libertado, aprestase y enviase desde las costas de Ibiza o de Valencia una fragata armada, que fuese al lugar que se le señalaba, inmediato a Argel, para tomar a su bordo a Cervantes y a otros cautivos. Diéronle cartas de recomendación, para que pudiese allegar dineros, dos nobles cautivos. Don Antonio de Toledo, de la casa del duque de Alba, y don Francisco de Valencia, natural de Zamora, ambos caballeros de la orden militar de San Juan de Jerusalén. Estas cartas eran para los virreyes de las Palmas y el de Valencia, a fin de que facilitaran el armamento de la fragata.

Hacia mucho tiempo que Cervantes, conociendo la gran dificultad del rescate, había pensado en la fuga. A la parte de Levante de Argel, como a tres millas de la ciudad, había un jardín, propiedad de un moro principal, alcaide de Argel, que se llamaba Asán-Kadí, un griego renegado. Cuidaba de este jardín un esclavo suyo llamado Juan, natural de Navarra. El jardín estaba en la orilla del mar, y en una situación muy a propósito para llevar a cabo el proyecto de Cervantes.

Cervantes supo catequizar a Juan y se puso de acuerdo con él. Juan había preparado una cueva que en el fondo de aquel jardín había, y en la cual estaban ya refugiados algunos cautivos compañeros de Cervantes. Fueron acudiendo otros, de modo que, cuando partió para España ya rescatado Rodrigo Cervantes, los escondidos en la cueva, que eran todos personas principales, llegaban al número de catorce.

Como era natural y preciso, Abigail ayudaba en esta empresa a Cervantes. Ella era la que procuraba los víveres con que se mantenían los escondidos, la que hacía que se los llevase con toda seguridad y secretamente. Juan y otro cautivo llamado el *Dorador*, natural de Melilla, renegado, eran los únicos que servían a Cervantes.

Juan estaba siempre en acecho, para que los fugitivos no fuesen sorprendidos en la cueva. El *Dorador* cuidaba de los víveres y de llevarlos a la cueva. De ésta no salía ninguno de los

escondidos sin cierta precaución y estando de atalaya Juan y el *Dorador*.

Estando ya reunidos en la cueva los cautivos que habían de escapar con Cervantes y creyendo éste ya próxima la arribada de la fragata, huyó del baño y se despidió de su amigo el doctor Antonio de Sosa, después de haberle rogado repetidamente que le siguiera. Pero esto no pudo ser, porque el pobre doctor Sosa, a causa de los crueles tratamientos que había sufrido, estaba tan enfermo que no podía moverse. Cervantes se refugió en la cueva donde ya estaban sus compañeros, el 20 de septiembre de 1577.

Rodrigo, entre tanto, había desempeñado admirablemente su comisión. Había obtenido del virrey de Mallorca, a quien había conmovido con el patético relato de los sufrimientos de los cautivos en Argel, mandase aprestar con gran diligencia una fragata que, mandada por el capitán Viana, que acababa de rescatarse y que era muy activo y valiente, debía llegar a las costas de Argel. A su llegada, se mantendría lejos de la costa para no ser descubierta. Se acercaría en cuanto cerrase la noche.

Arribó, en efecto, a Argel, el 28 de septiembre. Se acercó, cuando la noche sobrevino, al paraje de la playa más próximo al jardín. Pero unos moros que iban en una barca de pesca descubrieron la fragata. Conocieron, a pesar de la oscuridad, que era de cristianos. Gritaron, alarmando la costa, retiróse la fragata mar adentro, pasó el alboroto, se alejaron los pescadores.

Pareció que todo quedaba tranquilo. La fragata volvió a aproximarse a tierra y echó al agua su esquife. Los cautivos, anhelantes, esperaban en la ribera. Tocaban ya su libertad. De improviso, Juan, que estaba en acecho, acudió corriendo.

—Volveos a la cueva—dijo a los anhelosos cautivos—; acuden moros por la parte de tierra y por la parte de mar. Dios tenga compasión de los que vienen en la fragata.

Todos escaparon a esconderse. Juan y el *Dorador* se metieron también en la cerca del jardín. Entre tanto, los del esquife continuaron acercándose a fuerza de remos. La mar estaba picada. El capitán Viana venía al gobernalle del esquife, alentaba a los remeros.

—¡Avante, hijos, avante—les decía—, muy pronto habremos salvado a esos desdichados!

Al fin embistieron en la arena. Pero en vez de encontrar a los cristianos que esperaban libertar, encontraron un crecido número de moros que, cargando de improviso sobre ellos y cogiéndolos desprevenidos, los cautivaron. Al mismo tiempo, tres galeotas, por la parte de la mar, apresaban a la fragata.

Afortunadamente los moros que habían apresado la fragata y cautivado sus tripulantes, no habían sospechado que aquel barco hubiese ido a libertar cautivos escondidos en la cueva del jardín de Asán-Kadí. Se llevaron con gran alborozo la fragata al puerto, y los nuevos cautivos por tierra a Argel. Cuando supo Hassan-Agá que se había apresado en las costas de Argel una fragata cristiana armada, no sospechó tampoco que aquella fragata había ido para libertar a los cautivos que se habían escapado de su baño. Sólo Abigail se heló de espanto y se preparó a resistir, si era posible, las desgracias que preveía.

Nuestros pobres cautivos, ya desalentados, soportaban sin embargo valientemente la humedad de la cueva, que les tenía a todos enfermos. A Cervantes se le habían renovado las heridas. Sin embargo, se mantenía firme, y alentaba a sus compañeros. Cuando, pasados dos días del apresamiento de la fragata, no habían venido a buscarles a su escondite, era indudable que este escondite no se conocía.

El leal Juan continuaba vigilando. El *Dorador* llevando víveres. Pero este último, o se arrepintió de los servicios que había hecho a los cristianos, sus compatriotas, o tuvo miedo y, volviendo a renegar, se presentó el último día de septiembre a Hassan-Agá y le reveló el lugar en que estaban escondidos Cervantes y sus compañeros. Hassan-Agá, que se había irritado extraordinariamente, no tanto por la fuga de los otros cautivos como por la de Cervantes, perdonó al *Dorador* de su traición, en gracia a su denuncia, y dijo a Abigail:

—Voy a encargarte un negocio muy importante.

—¿Y qué encargo es ése?—preguntó ella.

—El gran cristiano (así llamaba Hassan-Agá a Cervantes, porque los moros dan el calificativo de grande a toda persona que les inspira respeto), está escondido en una cueva, en el jardín que tiene en la costa a media jornada de Argel, Asán-Kadí. He resuelto empalar a ese miserable.

Como la frase *ese miserable* era ambigua, Abigail, no sabiendo si para lo del empalamiento se refería Hassan-Agá a Cervantes o al alcaide Asán-Kadí, dijo, disimulando su ansiedad con aquella fuerza de disimulación prodigiosa que la hacía impenetrable:

—¿Y cuál es el miserable a quien piensas empalar?

—A Asán-Kadí—contestó, sonriendo ferozmente, Hassan-Agá.

—Sí—dijo Abigail—; Asán-Kadí es un traidor; hace frecuentes viajes a Constantinopla; pretende, sin duda, que el Gran

Emir de los creyentes te desposea del trono de Argel, como desposeyó a Aluch-Alí, para dárselo a él.

Abigail acababa de tocar una de las cuerdas sensibles del corazón de Hassan-Agá. Había en Argel algunos moros principales que sufrían mal el dominio de Hassan-Agá. Entre estos, los más temibles por su valor feroz y por sus riquezas, eran Arnaute-Mamí, Dalí-Mamí el *Cojo* y Asán-Kadí el *Tuerto*. Ya habían tenido entre sí algunos conciliábulos, que no habían pasado desapercibidos para Hassan-Agá. Bien es verdad que desde más de dos años antes, desde que con Cervantes había sido cautivada Abigail, Hassan-Agá había tenido en ella, lo que hoy llamamos un gran jefe de policía.

Resguardada por su admirable disfraz, auxiliada por su gran ingenio y por su gran astucia, protegida por su maravilloso valor, como por su belleza y por su buena manera, conociendo ya perfectamente la lengua árabe, Abigail se había abierto todas las casas; en todas partes se había hecho buenos amigos. No había barbería en Argel donde no se recibiese con gran contento, y teniéndolo a gran honra, al wazir de la casa del dey. Ahora bien: las barberías son, entre los moros, los *mentideros* donde todo se cuenta, todo se habla, todo se sabe, todo se abulta. En ellas, en los atrios de las mezquitas, en las casas de los moros ricos, Abigail recogía las noticias públicas y secretas y, usando de ellas, servía a veces a Hassan-Agá, pero la mayor de las veces a sí misma.

Abigail necesitaba asegurarse de Dalí-Mamí. El arraez *Cojo* no había podido olvidarse de ella. Por el contrario: por ella había enloquecido y aun había enfermado. Pero dominado, aterrado por Abigail, continuaba guardando el secreto de su sexo. Temía Abigail, sin embargo, que la locura se apoderase completamente de Dalí-Mamí. Si llegaba este caso, era de temer que aquel grave secreto se hiciese público. Así, pues, Abigail se había prevenido para poder dar un golpe en firme cuando le fuese necesario, creando recelos en el ánimo de Hassan-Agá contra Arnaute-Mamí, contra el *Cojo* y contra Asán-Kadí.

Aprovechó, pues, Abigail la ocasión. Era necesario dar el golpe, y de una manera tan rápida, que Dalí-Mamí no pudiera defenderse de él, y tan contundente que se concluyese de una vez. Así es que, en vez de calmar a Hassan-Agá, le excitó.

—Siempre ha sido soberbio y rebelde Asán-Kadí—le dijo—; pero no es él solo el que se atreve a hacerte traición.

—¿Te refieres a Arnaute-Mamí?—dijo Hassan-Agá.

—Ese, no tanto: es un buen capitán de mar, un tigre inven-

cible, y aunque sea un tanto ingrato y otro tanto más soberbio, un escarmiento le tendrá sumiso a tu voluntad.

Abigail no temía absolutamente nada de Arnaute-Mamí. Este, además, la favorecía, la honraba, viendo las honras que le hacía y el favor en que la tenía Hassan-Agá. Para Arnaute-Mamí era el mejor muchacho del mundo, el pequeño *rumy* (el cristianito) como él llamaba cariñosamente a Abigail.

—No—dijo Abigail—; no es tu capitán de mar, Arnaute-Mamí, del que debes desconfiar; pero témelo todo de dos traidores.

—¿Asán-Kadí?—dijo Hassan-Agá.

—Sí; Asán-Kadí, y su grande amigo el renegado *Cojo*.

—¿Los has cogido tú en traición?

—Acaba de cogérseles en traición manifiesta—dijo Abigail—. Pues qué, ¿no ha amparado Asán-Kadí a Cervantes y a los otros cristianos, ocultándolos en una cueva de su jardín? ¿No se apresó hace tres noches una fragata armada que venía de España, cerca del jardín de Asán-Kadí? ¿Sabes tú si esa fragata venía únicamente para libertar a los cautivos o para desembarcar gente armada y esconderla y volver luego y traer más gente y continuar así hasta que hubiera tanta que pudiera arrebatarte con ella la corona y la vida? No lo dudes: esto es sin duda lo que han pretendido Asán-Kadí y Dalí-Mamí.

La intriga de Abigail era audaz. Comprometía, perdía a Asán-Kadí y al *Cojo*, pero comprometía al mismo tiempo a Cervantes y a sus compañeros. Abigail contaba con salvarlos, y por salvarlos daba buen empleo a la saña de Hassan-Agá, en el renegado *Cojo* y en Asán-Kadí. Por otra parte, hemos de advertir que Asán-Kadí ignoraba la ocultación de los cautivos del baño del dey, en la cueva de su jardín.

Abigail no había dado el golpe en vano. Hassan-Agá montó en cólera y le dijo:

—Toma cien beduínos de mi guardia y cincuenta turcos: vete a las casas de Asán-Kadí y de Dalí-Mamí y no los prendas.

—¿Pues qué he de hacer, poderoso señor?—dijo Abigail.

—Tráeme sus cabezas—y después de esta cruenta orden, Hasan-Agá se fué al apartamento de la obesa Noemí.

CAPITULO IV

Era de noche cuando Abigail recibió la terrible orden de ir por las cabezas de Asán-Kadí y de Dalí-Mamí. Eligió los cien beduínos más feroces de la guardia de Hassan-Agá, y los cincuenta turcos más crueles de los que tenía a sueldo, y con ellos salió de la Alcazaba, bajó a la ciudad y en el barrio de la Axarquía, cerca de la gran mezquita de Sáyda-Fátimah, rodeó con su gente un hermoso palacio que, aislado, a la parte occidental de la mezquita había. Aquella era la morada de Asán-Kadí. Como Asán-Kadí, por ser alcaide de Argel era la segunda persona después del dey y tenía una gran autoridad, tenía siempre a su puerta una guardia de cuatro beduínos con un *kaid* o capitán.

Una vez cercada la casa, Abigail llamó a la puerta. Respondió desde adentro el beduino que velaba, y Abigail mandó, en nombre del dey, que se le franquease la puerta.

—Esta puerta no puede abrirse sino al dey en persona—respondió el *kaid*, a quien había llamado el beduino que estaba de guardia.

—Yo soy el wazir de la casa del dey, y al dey represento ahora.

—No se abrirá esta puerta mientras no venga el mismo dey—contestó con una feroz altivez el *kaid*.

Abigail, que era impaciente e impetuosa, no dijo ni una sola palabra más. Mandó a los suyos echasen la puerta abajo. Aquellos atléticos y fortísimos beduínos forzaron en un momento la puerta. Salieron del zaguán algunos tiros de espingarda, que por fortuna no hirieron a Abigail. Pero cayó muerto un beduino y otros dos quedaron heridos.

Aquellos tigres habían olfateado ya la sangre. No se les podía contener. Se lanzaron tras Abigail, que había avanzado resueltamente y atagán en mano. El *kaid* cayó el primero, de un fendiente en la cabeza. En cuanto a los cuatro beduínos de la guardia de Asán-Kadí, aquello no fué visto ni oído en cuanto entraron los tigres que consigo llevaba Abigail. Fueron hechos pedazos.

Se encontraron dueños del zaguán. En las casas de los moros, cerradas como un convento a causa de lo ocultas que deben estar

sus mujeres y sus hijas o parientas, el zaguán es el recibimiento, la única pieza de la casa donde pueden entrar los extraños. Pero para Abigail y los fines que la seguían no había vallas y siguieron adelante, allanándolo todo a su paso.

Asán-Kadí, que dormía, borracho de opio, se despertó al estruendo producido por las puertas al ser forzadas. Se lanzó a una galería, medio desnudo y sin armas. Llegó a unas escaleras. En ellas le encontró Abigail, que subía al frente de sus tigres. El yatagán de la terrible judía se abrió paso por el pecho del desdichado Asán-Kadí. La punta sangrienta salió por la espalda.

Pasó de la luz del hacha de viento que llevaba inmediatamente detrás de Abigail uno de los beduinos, a la eterna sombra, sin tener tiempo de conocer que hacía el gran viaje. Tuvo una muerte feliz.

—Cortadle la cabeza y echadla en el saco—dijo Abigail brevemente y con una voz horrible por su serenidad después de lo que había acontecido.

La sangre corría en un espeso raudal por los estrechos pedregales de mármol de la escalera. Un beduino concluyó rápidamente la operación que Abigail había mandado. Inmediatamente se salieron a la calle.

Las mujeres, las hijas, las parientas, las esclavas y los esclavos que habían acudido, aunque tarde, por su fortuna, al estruendo, se encontraron en las escaleras con el mutilado tronco de Asán-Kadí. Hallaron las puertas forzadas. En el zaguán, los cuerpos despedazados del *kaid* y de los cuatro beduinos de la guardia.

Dalí-Mamí tenía su casa un poco más allá, a la parte de Levante de la mezquita de Sáyda-Fátimah. Era esta casa muy semejante a la de Asán-Kadí. Pero en ella no había guardia. Llamaron y Dalí-Mamí en persona se asomó a un ajimez que había sobre la puerta. Al ver a la luz del hacha de viento con que se alumbraban, a los beduinos y a los turcos, y que éstos llevaban los alquiceles pavorosamente ensangrentados, se sobresaltó. Pero se tranquilizó cuando le habló amistosamente Abigail.

¿Qué podía recelar de ella? Se llevaban muy bien. Además, nunca recela un hombre de la mujer a quien adora. Bajó, coji-tranqueando, las escaleras. Abrió tranquilamente. Su feroz semblante se iluminó de alegría, como siempre, a la vista de Abigail, y se sonrió.

Pero aquella sonrisa, apenas nacida, se heló. Abigail no creyó

prudente notificarle la sentencia de muerte. Bastaba con que el dey le hubiese sentenciado. En cuanto lo tuvo junto a sí, le tiró un formidable corte con su gumiá en la garganta y le degolló. Dalí-Mamí cayó, sonriendo aún. Como el otro, no había tenido ni aun siquiera tiempo para conocer que le lanzaban a la eternidad.

Los beduinos estaban asombrados y miraban con un pavoroso respeto a aquel mancebo a quien parecía no había criado Dios sino para matar de la manera más rápida y para hacerlo con la mayor tranquilidad del mundo. En muy breve espacio había despachado tres aquella noche, delante de ellos. Estas criaturas *que dan* sin previo aviso y a muerte se hacen terribles. Espantan a todo el mundo.

—Cortadle la cabeza y al saco.

Esta operación se llevó inmediatamente a cabo. Una vez puesta la cabeza en el otro de los sacos de cuero que se habían llevado, salieron. Abigail encajó la puerta. Como todo esto se había hecho en silencio, nadie de la casa se despertó. Pero la sangre corría por debajo de la puerta y salía a la calle. Pasó, rondando con algunos alguaciles (waazires), un kadí o alcalde de los inferiores. El alguacil, que iba delante con un farolillo, vió la sangre que venía a empaparse en el polvoriento suelo de la calle. Observó que salía por debajo de la puerta de la casa de Dalí-Mamí.

Al ir éste a llamar, notó que la puerta no estaba más que encajada. La empujó, abrió, y a poca distancia encontró, tendido sobre el pavimento de mármol del zaguán, un cuerpo decapitado, en el que, por sus vestiduras, por su pata coja y por la casa en que en un tan miserable y sangriento estado le encontraba, reconoció a Dalí-Mamí. El alcalde, por lo que podía trinar, no se anduvo en vacilaciones. Entróse. Llamó a grandes voces. Acudieron. Hizo venir a todos los de la casa. Les mostró el descabezado cuerpo de Dalí-Mamí, lo que a todos causó un gran horror, pero a ninguno lástima. Dalí-Mamí no tenía en su casa más que esclavos y esclavas, que había tratado muy mal, y no tenían por qué sentir su muerte. Pero no pudieron menos de espantarse cuando el alcalde, con una gran severidad, les dijo:

—Yo no sé quién ha sido el que ha cometido el horrendo crimen que tengo ante los ojos; y como podéis haberlo cometido vosotros, o algunos de vosotros, os ato y a la cárcel os llevo.

Y así lo hizo el alcalde. Embargó, además, la casa, con todo

lo que contenía. Como Dalí-Mamí no tenía herederos, debía heredarle el dey.

La intentada fuga de Cervantes y de sus compañeros había fracasado. Habían sido descubiertos. ¿Quién los había descubierto? El *Dorador*. Abigail lo sabía, porque Hassan-Agá no tenía secretos para ella. Al llegar, de regreso, al alcázar, encontró a Hassan-Agá irritado hasta un límite espantoso, y preparándose a ir al jardín de Asán-Kadí con algunos turcos. Esperaba a Abigail para añadir a su gente los turcos y los beduinos que había llevado consigo. Presentóle ella las cabezas de Dalí-Mamí y de Asán Kadi. Sonrió de una manera horrible Hassan-Agá.

—Que las pongan sobre la poterna de mi Alcazaba—dijo—; cada una de ellas en una torre; así dará mi justicia los buenos días a los buenos creyentes que vengan a mi mezquita a la oración de *Azobhi* (de la mañana).

Después añadió, dirigiéndose a Abigail y tomando un fuerte casco de manos de uno de sus pajes y poniéndosele:

—Ahora, mi buen Agá-Wazir, vamos por las cabezas de esos perros rumíes (cristianos).

Y salió impetuosamente. Abigail le siguió. Antes de salir de la Alcazaba, Hassan-Agá se detuvo, como si hubiera olvidado algo.

—¡Ah!—exclamó volviéndose a Abigail—: ¿Por qué no te has traído a mi baño todos los hombres que has encontrado en las casas de esos traidores, y a mi harem todas las mujeres?

—Porque no me lo habías mandado, poderoso señor—contestó Abigail.

Hassan-Agá dió órdenes a algunos de sus tigres de mar para que con algunos de los turcos de su guardia fuesen a las dos casas y trajesen a su baño y a su harem los hombres y las mujeres que encontraran en ellas. Después se prosiguió la marcha. Hassan-Agá iba irritado y en silencio, espoleando a su caballo. A caballo también Abigail, y como él silenciosa, iba detrás. Los beduinos y los turcos, de los cuales sólo como una docena iban a caballo, seguían a la carrera, e hijadeando, a los jinetes.

Se hizo el camino en poco más de media hora. Los jinetes adelantaron a la deshilada, y rodearon el jardín del mísero Asán-Kadí. Juan no había podido menos de apercibirse. Le acompañaba el *Dorador*, que había vuelto, para así ocultar su traición.

Juan y sus compañeros fueron avisados al momento del peligro. Sin embargo, Cervantes, cuya presencia de ánimo crecía

a medida que era mayor el peligro, advirtió a sus compañeros, y les rogó que le culpasen a él solo de aquel intento de fuga. —Porque yo—les dijo—saldré bien, y a vosotros os podría costar caro.

Sin embargo, si Cervantes hubiera podido aterrarse, se hubiera aterrado; había arrostrado heroicamente el peligro, asumiendo toda la responsabilidad, llamando sobre sí toda la ira del feroz Hassan-Agá.

Este y Abigail y la gente de a pie que los seguía entraron como una inundación por el jardín, y penetraron en seguida en la cueva. Delante iban dos esclavos beduinos con hachas de viento. Inmediatamente, y yatagán en mano, Abigail, que cuidó de ponerse entre Cervantes y Hassan-Agá y los suyos, para evitar que disparasen por temor de herirla a ella.

La forma del lugar permitía esta protección de Abigail. La cueva tenía en el primer término un espacio ancho, extenso por lo alto del suelo, y despeñándose por uno de los costados, caía en catarata un copioso raudal, que era el que hacía húmeda y malsana la cueva. Al fondo había una estrecha abertura. La boca de una mina, que se torcía y se entraba en un laberinto. Gracias a este laberinto, aunque Asán-Kadí había ido algunas veces con sus parientes y sus amigos al jardín, y había pasado largas horas de calor en la cueva, gozando de su frescor, no había podido apercibirse de los cautivos fugitivos que estaban escondidos en el oscuro laberinto.

Cervantes, con su viejo colete amarillo, que ya estaba inserrible, con sus andrajos, permanecía inmóvil a la entrada de la mina. Una mirada inmensa se cruzaba entre él y Abigail. Esta le decía con aquella mirada:

—No temas; te protejo yo.

En la mirada de Cervantes aparecía el desprecio de la vida y el fuego del heroísmo.

Hassan-Agá asió por un brazo a Abigail como para apartarla, como para remover el obstáculo que le impedía matar a aquel aborrecido cristiano. Abigail se mantuvo firme y se volvió a Hassan-Agá y le contuvo, con una mirada profunda. Hassan-Agá retrocedió: nunca había visto tan brava ni tan hermosa a Abigail.

—Ya que tú, señor, has querido matar a este cautivo—le dijo—, y que por estar yo impidiendo el golpe no le has matado, perdónale y déjamelos, que yo te agradeceré como una gran merced el tesoro que me darán por su rescate: por lo

demás, yo te aseguro que le trataré de tal manera que no volverá ni aun a pensar en la fuga.

—¡Un tesoro!... ¡Sí!... es verdad!...—dijo Hassan-Agá—; el placer de castigarle no vale el dinero que se pierde matándole; y bien, ¿no me quedan los otros?

—Los otros son inocentes—exclamó con un valor supremo Cervantes—; si quieres castigar, castígame a mí solo, porque yo solo soy el culpable, si es que puede culparse a un hombre porque procura su libertad y la de sus hermanos.

Rugió de cólera Hassan-Agá, blandió su terrible gumía y dió un paso hacia Cervantes; pero Abigail contuvo de nuevo al dey corsario con una mirada más profunda que la anterior. Volvió a retroceder Hassan-Agá; le pareció haber visto en Abigail un arcángel terrible. Cervantes permanecía inmóvil, tranquilo, como si no le hubiese amenazado el menor peligro, como se había mostrado en tantas graves situaciones de la vida, particularmente en la batalla de Lepanto, en el lugar del esquiife de la galera *Marquesa*. Esta bravura sobrenatural en la que no había pretensiones, contribuía también a dominar al sanguinario y colérico Hassan-Agá.

—¡Tú!, ¡tú!—exclamó, y su voz era ronca y lúgubre, y temblaba. Sus feroces sicarios se agrupaban detrás de él. Esperaban con impaciencia la orden de caer sobre aquel cristiano aborrecido y despedazarle. De los otros cristianos que en la mina se encontraban, no se veía uno solo. Estaban estremecidos, escuchando con toda su alma en la primera revuelta del laberinto. Y eran valientes. Pero, ¿qué valor basta cuando no se tiene número, ni armas, ni medio alguno de defensa, y se temen, o más bien, se creen inevitables, no sólo horrorosos martirios, sino también insoportables afrentas? Si la cautividad era demasiado dura, los suplicios que se hacían sufrir a los cautivos que se rebelaban excedían a toda ponderación, y se les sujetaba a tratamientos que se resisten a la pluma.

Cervantes los asombraba. En aquellos momentos les parecía un Dios. El llamaba sobre sí todo el castigo. No podían darse más honor, más valor, más caridad.

—¡Sí, sí; yo solo!—exclamó Cervantes con entereza y con la voz de todo punto serena—. Dios nos ha dado la libertad para que la defendamos de injusticias y traiciones.

—Vosotros sois los enemigos del Dios Altísimo y Unico—gritó traspuesto de furor Hassan-Agá—; los crueles insultadores de los creyentes; los lobos de Lepanto, que tantas muertes hicisteis; todo lo que contra vosotros se haga estará bien hecho,

será acepto a los ojos de Dios y nunca lo bastante para castigar vuestra impiedad y vuestros crímenes... ¡Perros que sois todos..., infames rumies!...

—Si crees tener razón—dijo Cervantes—, tenla sólo contra mí, pero no contra éstos; ellos no se hubieran atrevido a nada si yo no los hubiera incitado.

—¡Basta ya..., señor Miguel de Cervantes!—dijo Mateo de Santisteban, saliendo del recodo de la mina—; no es justo que vos carguéis con todo; cada cual lleve su parte, y no nos deis el desconsuelo de ver que vos solo la costa pagáis, que esto será para nosotros más cruel que la muerte y que todos los martirios que puedan hacernos padecer; ni vos ni nosotros somos culpables, que obligación y necesidad tiene el hombre de procurarse la libertad y de cuidar de no ser tratado como una bestia; pero si este dey Hassan-Agá culpables nos cree, caiga sobre todos el castigo.

—No le creas, señor, no le creas—dijo Miguel—; que esto no es más sino que ellos son nobles y buenos, y no quieren librarse de tus castigos si yo no me libro; es que los cristianos tenemos caridad y sabemos ser hermanos los unos de los otros y arrostrar los unos por los otros todas las penalidades, todos los peligros y todos los tormentos; pero yo te digo en verdad que si yo no hubiese imaginado esta fuga, que ha estado tan a punto de lograrse, que a maravilla tengo que no se haya logrado, ellos no hubieran intentado nada, ni hubieran podido; que si yo no hubiera enviado eficacísimas cartas a mi tierra, no hubiera podido venir la fragata que han armado poderosos amigos míos.

—Ya lo ves, poderoso señor—dijo Abigail—; él confiesa lo mucho que puede y lo mucho que vale. ¿No sería un gran desacierto matarle? ¿Qué te darían por su cuerpo ensangrentado? Viva, y no sea libre sino cuando por él tuvieres lo que tener debes.

—En cuanto a eso—dijo Cervantes—, Dios dirá; pero como estoy seguro de que si no nos matas, no nos has de dejar sin castigo, ruégote, señor, encarecidamente y por mi Dios y por el tuyo, que un mismo Dios son el Dios de Moisés y el de Abraham, de Agar y de Ismael, que a mí solo me castigues, que gran lástima sería estropearas a los que no son culpables, y si lo son, levemente, porque se les ha convidado a recuperar lo que el hombre más estima, su libertad, su familia y su patria.

Sucedió un altercado heroico. Todos los otros cautivos salieron. Todos ellos decían a voces que tan culpables eran todos

como Cervantes y que si Cervantes era castigado ellos querían serlo lo mismo, o por deshonrados se tendrían, y que antes que la deshonra querían la muerte.

Replicaba Cervantes y volvían a replicar ellos. Aquello era el cuento de nunca acabar del heroísmo.

Hassan-Agá se sentía dominado no sólo por la avaricia que Abigail había sabido despertar, sino por aquel valor inaudito que en todos veía. Esto le irritaba por una parte, porque le obligaba a reconocer grandes a sus aborrecidos enemigos, y por otra parte le desarmaba, porque la grandeza tiene el privilegio de hacerse admirar y respetar de todo el mundo. Al fin Hassan-Agá terminó aquella situación, ordenando que a todos se les llevase al baño, se les encerrase en mazmorras y se les acortase la ración, que ya era de por sí bastante menguada, y que a Cervantes se diesen tantos palos cuantos pudiera resistir sin morir.

Quisieron todavía cuestionar los compañeros de Cervantes. Pero Hassan-Agá había salido ya de la cueva con Abigail. Los beduinos y los turcos ataron a los cautivos, y los sacaron fuera. Para el pobre Juan no había habido piedad. Él era indisculpable, él había favorecido y ocultado a los cristianos. Hassan-Agá le había sentenciado y delante de él uno de los beduinos le había cortado la cabeza.

Era el amanecer cuando salieron del jardín. Delante de los míseros cautivos iba un turco a caballo, que llevaba en la punta de su lanza la sangrienta cabeza del desventurado Juan. Hassan-Agá y Abigail con algunos de los de la guardia habían partido a la carrera.

Hassan-Agá iba satisfecho. Esperaba que el terror obligaría a Cervantes a darle cuanto antes un crecido rescate. Además, con aquel intento de fuga de Cervantes y sus compañeros, y por su ocultación en el jardín de Asán-Kadí, había tenido ocasión para descabezar al arraez Dalí-Mamí y al Kadí Asán, apoderándose de este modo de sus bienes y haciendo cautivos suyos a sus familias. No podía, pues, menos de estar grandemente alegre el corsario reyezuelo de Argel.

CAPITULO V

La vista de las cabezas de Asán-Kadí y de Dalí-Mamí, que estaba cada una en una de las dos torres que flanqueaban la poterna de la Alcazaba, colmó la alegría de Hassan-Agá. Asistió con un gran fervor religioso a la oración de la mañana. El Altísimo le favorecía visiblemente. Comió con un gran gusto y con un extraordinario apetito su alcuzcuz. Despachó al alcalde que había ido a darle parte de haber metido en la cárcel a todos los que había encontrado en la casa de Dalí-Mamí, donde había encontrado, siguiendo el rastro de un raudal de sangre, su cadáver, regalando al alcalde dos gallinas y un gallo, que aquel funcionario agradeció extraordinariamente.

Mandóle sacara de la cárcel a los que había preso en casa de Dalí-Mamí y se fuese a prender todos los que encontrara en casa de Asán-Kadí y los llevase, los hombres, al baño, como esclavos; las mujeres, al harem.

Para colmar su contento, no le faltaba más que presenciar la aplicación de los palos a Cervantes. Estaba acabando de almorzar con Abigail, a solas con ella, en uno de los más bellos apartamentos del alcázar. Habían hablado de cosas indiferentes, si es que podía haber algo indiferente en aquellos momentos para Hassan-Agá y para Abigail. El dey había estado afable, incluso había reído. Cuando terminaron volvió a su habitual seriedad, a su aspecto terrible. Después de un corto silencio, dijo:

Pero, en fin, hemos acabado ya de almorzar; estoy cansado; necesito reposo; pero antes de reposar quiero ver cómo aguantan los palos el *gran cristiano*.

—Tú no harás eso—dijo Abigail—; basta con que, cargado de cadenas, se le haya empozado en una mazmorra.

La voz de Abigail era seca, trémula. Sonaba en ella el imperio y amenazaba la cólera. Abigail conocía que no había término medio, que era necesario imponerse. Tan clara era la intención de Abigail, que Hassan-Agá, en quien por el momento dominó la soberbia a la fascinación que sentía por la belleza, por el alma, por el ser entero de Abigail, exclamó:

—¡Por los *siete durmientes!*... ¿Quién es el señor? ¿Quién es el esclavo?

—Tú no harás sufrir esa afrenta al *gran cristiano*—repitió Abigail sin atenuar en nada lo imperativo, lo amenazador de su acento, antes bien aumentándolo.

—¡Ira del infierno!—exclamó demudado y letal Hassan-Agá—. Ese hombre...

—No sólo no recibirá el *gran cristiano*—dijo Abigail—los palos que has mandado se le den, sino que se le sacará de su mazmorra; basta con que estén encerrados y con hierros algunos días sus compañeros. Tú te olvidas de que el *gran cristiano* es un tesoro.

Se animaron con la sórdida expresión de la avaricia los ojos de Hassan-Agá. Pero se defendió aún.

—Los palos que sufra—dijo—no me quitarán ni uno solo de los escudos de oro que me darán por su libertad.

—Nadie te dará nada por su cadáver.

—No se le apaleará a muerte.

—Un solo ultraje causará en él una tal y tan terrible cólera, que, si no puede matar para vengar su afrenta, morirá.

—¿Y ese hombre ha de burlarse de mí?

—¿No crees bastante castigo la pérdida de la esperanza, en el momento que creía tocar la libertad, y la terrible miseria en que continúa?

—No, no es bastante, puesto que sus parientes no se apresuraron a darme el precio de su libertad.

—Les parece exorbitante; creen que, cuando pase algún tiempo, cuando tú creas que nada tendrás mientras no aceptes el precio, tomes lo que por él te den.

—Yo no le daré por menos de mil doblones españoles, de aquellos del gran emperador que tomó a Túnez.

—Te los darán si eres prudente; déjalos que reconozcan que tú eres más tenaz que ellos.

Abigail había ido dulcificando su acento, y a la par había ido menguando la cólera de Hassan-Agá, que salió sombrío y sañudo de la cámara.

Abigail salió también a paso lento, pensativa, con la cabeza inclinada sobre el pecho, primero del gabinete en que se encontraba, y luego del alcázar. Iba tan abstraída, que no reparaba en los lugares por donde marchaba. Al fin la detuvo una imposibilidad material. Había dado en un portón del recinto del alcázar, cerca de la playa. Aquel portón pertenecía al baño de los cautivos del dey. Por él salían los pobres cautivos, que nin-

guna esperanza daban de rescate, y a los que se hacía trabajar rudamente en la construcción o en el reparo de las averías, o en el carenaje de las galeotas del dey.

Abigail se recobró. Reconoció el lugar en que se encontraba. —Yo estoy loca—dijo—; yo he perdido el conocimiento de lo que hago; he venido aquí sin saber cómo; yo tengo miedo. Si no me hubiera arrastrado el corazón trayéndome aquí, como una mano poderosa que me conduce por medio de las tinieblas, yo, a ciencia cierta no hubiera venido; es demasiado pronto; Hassan-Agá está receloso; ha podido muy bien mandar que se sigan mis pasos, que se observe mi semblante, que se escuchen mis palabras; estamos rodeados de traidores. Confiábamos en el *Dorador*, y el *Dorador* nos ha vendido; y yo no puedo castigar a ese infame; esto sería aumentar las sospechas del bárbaro Hassan-Agá. ¡Pero esto es terrible, Dios mío!... ¡Castígame, pero no para castigarme con la más dura pena que me podrías imponer, hagas que me estremezca de terror por él..., exterminame entre los más crueles tormentos, pero que él se salve, Señor!—y Abigail, creyendo que si era vigilada, cometía retirándose de allí una imprudencia mayor que la cometida por haber llegado en aquellos momentos, llamó al portón, que abrió inmediatamente un esclavo negro, y entró.

El baño tenía el aspecto más triste del mundo. El sol, ya bastante alto, le dominaba casi por completo. Los cautivos estaban metidos en sus celdas y atados. Cuando volvieron al baño los fugitivos, presenciaron la crueldad con que se les maltrató en tanto que se les ponían los pesados hierros para encerrarlos en las mazmorras.

Se había apaleado cruelmente a aquellos desdichados. Se les había puesto a cada uno delante de la cara, a dos dedos de las narices, la miserable cabeza del desdichado Juan. A muchos se les había chafarrinado el rostro con la sangre pegajosa de la cerviz. A uno de ellos que, desesperado, se había dejado llevar de la cólera y había colmado de denuestos, no pudiendo hacer otra cosa, a aquellos verdugos, un turco le había dado una cuchillada en la cabeza, de la que había caído sin vida. Había habido palos, y coces, y bofetadas aun para los que no habían escapado.

Por un milagro, Cervantes no había recibido ninguno de estos insultos. No quería Dios sin duda que además de lo horrible de su miseria se sintiese afrentado. No importaba, sin embargo: le dolían como propias las injurias que sufrían sus compañeros.

Callaba, sin embargo. Aparecía impasible. No hizo resistencia alguna cuando fueron a ponerle los hierros. Aunque le hubieran apaleado, abofeteado, acuchillado, hubiera sufrido del mismo modo. Su grande alma estaba a la altura de la situación.

El, por sí solo, no hubiera sufrido la más leve injuria. Pero él no se pertenecía, sino a sus desventurados amigos. Ninguno tenía la inteligencia, la elevación y el valor que él. Si él sucumbía, podían perder toda esperanza de salvación, porque no había que pensar ni remotamente, por ninguno de ellos, en el rescate: todos eran pobres. Muchos de ellos ni aun tenían familia. Los Padres de la Redención de cautivos de la Trinidad y de la Merced, por más que en España predicaban, pidiendo limosna para los españoles cautivos en Africa; por más que recurrieran al rey y a los grandes, como aquella era una necesidad continua, como las piraterías mal reprimidas de los argelinos aumentaban enormemente el número de los cristianos cautivos, no bastaban casi para nada las limosnas que recibían.

¿Quién duda que si Cervantes hubiera querido escapar solo hubiera encontrado muchas más facilidades que proponiéndose llevarse consigo un buen número de sus amigos? Pero Cervantes, más que para sí, vivía para los demás, y más que por sí mismo, por los demás sufría. Era una de esas raras criaturas que pasan por la vida sin que nadie comprenda la grandeza de su alma. Un alma dulce y caritativa, como que era extraordinariamente impresionable y sensible, y que cuando buscaba el consuelo en el sueño de lo infinito, producía el canto maravilloso de los grandes poetas.

Tan duros habían sido los sucesos de aquel día, de tal manera habían sido maltratados por los feroces esclavos de Hassan-Agá los cautivos, aun los que no se habían fugado, que los que no estaban sumidos en las mazmorras se habían recogido tristes y temerosos a sus celdillas. Sólo se veían algunos de los esclavos negros de la guardia, tendidos acá y allá, bajo los soportales del ancho patio, cuando entró Abigail, y que se levantaron para saludarla.

Después de aquellos sucesos, Abigail necesitaba una explicación con Cervantes. Estaba sufriendo horriblemente. Por esto, al salir de la Alcazaba se había dirigido instintivamente y demasiado pronto al baño. Una vez en él pidió al kaid de la guardia del baño las llaves de los subterráneos donde se encontraban las mazmorras. El kaid, acompañado de dos esclavos que lle-

vaban las herramientas con que se desarmaban los grilletes, la argolla y el cinturón de las cadenas, se fué al ángulo occidental del patio, donde había una larga compuerta forrada de hierro y cerrada por dos largos y fuertes cerrojos. Corrió los fiadores de la cerradura y luego los cerrojos. Los esclavos levantaron la pesada compuerta. Quedaron descubiertas unas estrechas, húmedas, pendientes y lóbregas escaleras, por las cuales descendieron todos. Uno de los esclavos llevaba un farol encendido. Al fin de las escaleras se extendía una mina estrecha, muy baja de bóveda, y de pavimento viscoso y resbaladizo por la humedad. De trecho en trecho, aquella mina tenía un ensanchamiento circular. En el centro de este ensanchamiento había uno como brocal de pozo de poca altura. Cerrábase este brocal por una fuerte reja de hierro. En la bóveda del ensanchamiento había una abertura circular, cerrada por otra reja, que recibía la luz del día. Estos brocales superiores estaban en el patio.

Estas eran las mazmorras, cuya altura apenas si llegaba a seis pies. En cada una de estas mazmorras se encerraban a veces diez, doce y hasta quince cautivos. Se las llenaba, en fin, materialmente, hasta el punto que los desventurados no podían tenderse para reposar. Se sentaban sobre las piernas, y se reclinaban los unos en los otros para abrigarse, porque en aquellas sepulturas de vivos la humedad y el frío eran insostenibles.

El alimento, es decir, un pan negrísimo de centeno y maíz, se les arrojaba desde lo alto. El cántaro se hacía descender con una cuerda, y de igual manera, cargados ya de cadenas, se descendía a los cautivos.

Para sacarlos, se les arrojaba una cuerda, a la cual el cautivo se ataba difícilmente, impedido por las esposas que le sujetaban las manos. Los guardianes no descendían jamás. Subía de estos infiernos un olor fétido, agudo, insostenible. A veces, a este olor se mezclaba el de la descomposición del cadáver de algún desventurado que allá había fallecido, y que por crueldad se tardaba en sacar.

Pero no se hacía sino con los cautivos que no daban esperanzas de ser rescatados, y que habían cometido por desesperación algún acto de rebeldía. En cuanto a los cautivos de quienes, como Cervantes, se esperaba un buen rescate, y por lo mismo no se les atormentaba, se tenía algún más cuidado. Se les encerraba solos en mazmorras menos infectas, se les echaba paja en abundancia para que pudiese servirles de lecho, y una manta para que se abrigaran. Los alimentos eran mejores. En

fin, se les sacaba una vez al día y se les tenía al aire libre, aunque cargados de cadenas.

Cuando salían, los desdichados se ponían al sol a dormir, aunque fuese en medio de un día de los más sofocantes de la canícula. Sentían el frío en los huesos. Así tenían al doctor Antonio de Sosa, que no había podido rescatarse, y que, sacerdote heroico, había preferido el martirio a renegar de Jesucristo. A tal grado de debilidad, de enfermedad, había llegado aquel justo, que no había podido acompañar, como ya se ha dicho, a Cervantes y a sus compañeros en su intentada fuga. En aquellos momentos, y desde hacía algunos días, habían sacado al doctor Sosa de su mazmorra, para que no desfalleciese completamente. Por resultado de la fuga de sus compañeros, el doctor Sosa y algunos otros cautivos a quienes se creía cómplices de los fugados fueron apaleados y empozados de nuevo.

En el cuarto brocal, o sea en la cuarta mazmorra, se detuvieron Abigail, el kaid y los dos esclavos. El kaid abrió la reja. Cuando fué abierta, el mismo kaid dejó caer una cuerda y dijo en arábigo aljamiado:

—¡Ah, tú! Miguel de Cervantes, gran cristiano.... ¿Duermes?

—No duermo, aunque bien quisiera—exclamó Cervantes con la voz serena y clara, pero triste y sombría.

Abigail se estremeció. Comprendía que se revolvía un infierno en el alma de Cervantes.

—Pues átate esa cuerda—dijo el kaid—, que vamos a sacarte a la luz.

—No puedo—dijo Cervantes—, que me habéis puesto las esposas muy juntas.

A esta respuesta, uno de los esclavos negros, obedeciendo a una señal del kaid, aseguró a la reja un extremo de la cuerda y descendió por ella con una gran agilidad, llegando en dos segundos al fondo de la mazmorra.

—¿Quién está arriba?—dijo Cervantes, mientras el negro le ataba un extremo de la cuerda por debajo de los brazos.

—Sidy-Agá-Wazir—respondió el esclavo—y Sidy-Aben-Abbas, el kaid.

Después de haberle atado, el esclavo volvió a subir por la misma cuerda. En seguida, los dos esclavos tiraron. Se oyó un crujimiento de cadenas. Aquella ascensión debía ser dolorosa para el desdichado, a causa del peso del hierro. Al fin Cervantes salió.

—Guárdeos Dios, y Dios os lo pague si venís a hacerme algún bien—dijo cuando tomó tierra fuera de la mazmorra.

Había envuelto en su saludo general a Abigail. Ni aun la había mirado. Mejor dicho, ni aun la había buscado. Abigail estaba a alguna distancia, casi envuelta en la sombra de la mina.

—Vengo a sacarte al baño, de orden del misericordioso Hassan—Agá—contestó Abigail, disimulando bajo la firmeza de la voz la agonía que sentía en el alma.

Veía que Cervantes estaba irritado, celoso.

—Quitadle los hierros—dijo Abigail.

Inmediatamente resonó el martillo sobre los grilletes. Cinco minutos después, Cervantes estaba libre de los hierros. Uno de los esclavos se echó al hombro las cadenas y salieron al patio del baño.

Cervantes aparecía ágil. Aún no había tenido tiempo de entumecerse en la mazmorra. Pero temblaba de frío, sin poder contener su temblor. No estaba andrajoso, pues para la fuga le había procurado Abigail un traje a la española, que había comprado en casa de Onofre Exarque, el mercader valenciano que estaba establecido en Argel, del que ya hemos hablado y al cual conoceremos largamente más adelante.

—Sígueme—le dijo Abigail, sin mostrar con él intimidad alguna a causa del kaid y de los dos esclavos que estaban presentes.

—Obedezco—respondió Cervantes, y siguió a Abigail.

Aquella palabra única de la seca y dura respuesta de Cervantes se clavó como un puñal en las entrañas de Abigail.

—No puede darse mayor fortuna que la del *gran cristiano*—dijo el kaid Aben-Abbas, viéndolos alejarse.

—Yo creo que es hechicero—dijo uno de los esclavos.

—Hechicero debe de ser—observó el otro—; si no lo fuera, por lo que ha hecho el señor le hubiera descabezado.

Abigail salió con Cervantes del baño. Ella tiró hacia la marina. Cervantes la siguió.

Hacia un calor sofocante. Abigail se dirigía a la misma orilla del agua, a ganar la sombra de un cáрабо varado en la playa. Junto a él había una larga y gruesa estera y algunas barricas. Abigail se sentó en la estera.

—Ven y siéntate a mi lado, Miguel—le dijo con voz dulce y enamorada.

—Aún no necesito la sombra—dijo Cervantes—; aún tengo frío y me viene bien estar de pie, porque aún me dura el entumecimiento.

Contestó Cervantes estas palabras con acento breve y con un cierto desdén agresivo.

—Tú desconfías de mí, Miguel—dijo Abigail—, y eres injusto.

—Yo no quería hablar—dijo Cervantes—; pero ya que tú me provocas, hablemos: ¿quién nos ha vendido a mí y a mis compañeros?

—¿Crearás acaso que os he vendido yo?

—¿Quién sabe?—exclamó Cervantes.

—No había yo creído que llegaras a tanto—dijo Abigail.

—Sí—exclamó Cervantes—; tú no podías negarnos los medios para nuestra fuga; pero ni tú querías que yo me separase de ti, ni tú querías separarte de Argel.

—¿Qué dices, Miguel?

—Digo lo que siento y lo que veo.

—Tú sientes y ves lo que no existe.

—El bárbaro dey argelino te ama; sabe, pues, que eres mujer.

—Es verdad—dijo Abigail, pronunciando lentamente y con un acento extraño sus palabras—; Hassan-Agá sabe que soy mujer y me ama.

—Así, pues—dijo Cervantes—, ¿por qué te atreves a ponerte delante de mí? ¿Por qué me dejas oír tus palabras? ¿Por qué fijas en mí tus miradas?

—¡Porque te amo!... ¡Porque eres mi vida y mi alma!—exclamó con vehemencia Abigail.

—¿Dices lo mismo al bárbaro Hassan-Agá?—preguntó con un despreciativo sarcasmo Miguel.

—Hassan-Agá es mi esclavo—contestó con altivez Abigail.

—¡Tu esclavo! Y si tú eres la señora de Hassan-Agá, ¿cómo yo soy de Hassan-Agá cautivo?

—Yo puedo vencerlo todo en Hassan-Agá, menos la avaricia; él espera recibir por ti un gran rescate.

—Si yo hubiese sabido hace algunos días lo que sé ahora, no me hubiera valido de ti para nada; no aceptara la libertad que de tu mano viniese; yo... no quiero nada de ti; por lo mismo, adiós; voy a buscar a Hassan-Agá y a pedirle que vuelva a encerrarme en la mazmorra; que me mate; estoy cansado de vivir; más aún: aborrezco la vida.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, Miguel de mi alma!...—exclamó Abigail, absorbiendo en una delirante y embriagadora mirada de amor a Cervantes—. ¡Cuánto me amas!

—Yo no sé lo que por ti siento—dijo Cervantes—; yo no sé por qué no te echo las manos a la garganta y te ahogo, y te arrojo al mar, y tras de ti me arrojo yo para perecer contigo.

—¡Ah, Miguel de mis entrañas!—exclamó Abigail—. ¡Y qué venturosa soy!... ¡Yo desfallezco de amor!...

—Siempre has sido tú solapada y traidora—dijo Cervantes—; siempre has tenido un arte infernal para engañar a cuantos te oyen, para hacerles creer lo que tú quieres que crean.

—¡Ah! ¡Tú estás mortalmente celoso!—exclamó Abigail—. Si me despreciaras, no tendrías celos, porque los celos provienen del amor y no se ama lo que se desprecia.

—Sí, sí; tengo celos y celos de muerte—exclamó Cervantes.

—¡Celos!... ¿Y de quién? ¿De Hassan-Agá? ¿De ese lobo carnívoros? ¿De esa bestia brava?

—Ese hombre es un rey.

—Un rey que vale menos que un soldado del rey de España.

—¿Por qué obstinarte en engañarme?—exclamó Cervantes—. Tú me amas, sí; tú me amas, pero amas también el poder; tú fuerzas a Hassan-Agá, le dominas; pero mancillándote, ofendiéndome, siendo indigna de ser amada por ningún hombre honrado.

—Cada palabra tuya me hace más venturosa, Miguel—respondió Abigail—. ¡Ah! Tú tendrás muy pronto la prueba de lo que yo soy para el dey, de lo que el dey es para mí.

De una manera tan vehemente hablaba Abigail, con tal amor, con tal ternura, con tal decisión por Cervantes; tan verdadero era su amor, tan resuelto a sacrificarse por él, que Cervantes ni pudo menos de reconocer que se había dejado llevar demasiado lejos por sus celos. Volvió su amor y con él volvieron su consuelo y su esperanza. Había que esperar todo del predominio que sobre Hassan-Agá tenía Abigail. No pudiendo esperarse que el bárbaro argelino soltara graciosamente a Cervantes y a Abigail, era necesario proporcionarse de una manera segura la fuga.

Hablando de su amor y de sus esperanzas pasaron las grandes horas del calor, a la sombra del cárbano, refrescados por una leve brisa que del mar venía, y cuando el sol empezaba a descender, tomaron la vuelta de Argel.

Cuando llegaron a la Alcazaba, Abigail llevó secretamente a Cervantes a su aposento, le encerró en él y se fué a ver a Hassan-Agá.

Al denunciar el *Dorador* a Cervantes, le había dicho que uno de los principales cómplices que Cervantes había tenido para su evasión y la de los otros cautivos lo había sido el Rdo. P. fray Jorge Olivar, comendador de Calatrava, de la Orden de la Merced y redentor de cautivos en Argel, por la corona de Aragón.

Necesitaban poco la maldad y la avaricia de Hassan-Agá para

excitarse. Vió que, echando mano de fray Jorge Olivar, obtendría por él una suma enorme, y aquel día tomó tales medidas que no faltó de entre los cristianos que en Argel vivían quien avisase al religioso Mercedario.

Dándose éste por perdido, se fué a ver aquel mismo día al doctor don Antonio de Sosa, que, como se ha dicho, estaba preso y encadenado, y le llevó las vestiduras, los ornamentos y los vasos sagrados que para el servicio de la capilla católica de los padres de la Redención tenía, temeroso de que los moros se apoderasen de estos preciosos objetos y los profanasen. Pero como Cervantes no había denunciado a nadie, cargando valientemente sobre sí toda la responsabilidad de la fuga, Hassan-Agá no tuvo más fundamento que la denuncia del *Dorador* y dejó en paz a fray Jorge Olivar. Pero Abigail le encontró entregado a su furor.

—¿Qué has hecho del *gran cristiano estropeado*?—le preguntó Hassan-Agá cuando la vió.

—Le he traído a tu casa—contestó con una audacia sin límites y con una serenidad suprema Abigail.

—¡A mi casa!...—respondió Hassan-Agá.

—Sí—respondió Abigail—; en ella te servirá a mi lado y te será muy útil.

Sobrevino una escena violenta entre Hassan-Agá y Abigail, y al fin ésta, como siempre, acabó por vencer a aquella bestia brava.

Cervantes fué admitido como siervo de la casa del dey. Entre tanto el *Dorador*, temeroso de que se le imputara la infame delación, se fué a ver al doctor don Antonio de Sosa, que continuaba cargado de cadenas y encerrado. Procuró excusarse y ponerse a cubierto, pero la disculpa era de todo punto imposible; nadie podía creer en ella; él había guiado al dey hasta el jardín de Asán-Kadí; él había sido el autor de todas las desgracias que habían sobrevenido; por él había sido descabezado el pobre esclavo Juan y Cervantes lo hubiera sido de igual modo a no ser por la intercesión de Abigail y por la avaricia de Hassan-Agá, que esperaba de él un crecido rescate.

Tan cruel, tan bárbaro era para con los cautivos Hassan-Agá, que éstos se aterraban sólo de oír su nombre. Horroriza la historia de los crímenes y de las atrocidades que escribió el padre Haedo. Cervantes mismo, relatando los trabajos que en el baño de Hassan-Agá pasaban los cautivos, dijo:

Aunque el hambre y desnudez pudieran fatigarnos a veces, y casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y

ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba a alguno, empalaba a éste, desorejaba a qué, y esto por tan poca ocasión, y tan sin ella, que los otros conocían que lo hacía no más que por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano.»

CAPITULO VI

Durante algún tiempo Cervantes pudo vivir en paz; no sólo había perdido el cruel Hassan-Agá la ojeriza que le tenía, sino que se había agradado de él. Pero Cervantes no podía resignarse a vivir en la esclavitud, y no dejaba de conspirar, ayudado por Abigail, para recobrar su libertad y la de ella.

En su calidad de servidor de la casa del dey, Cervantes, como Abigail, andaba libre y vestía bien, aunque a la morisca (que Hassan-Agá no hubiera consentido en su casa el aborrecido traje cristiano), y mantenía relaciones con todos los españoles que vivían en Argel, libremente establecidos. Por medio de ellos halló arbitrio para despachar secretamente a un moro con cartas para el gobernador de Orán, que lo era entonces don Martín de Córdoba, y para otras personas que en Orán residían, rogándoles enviasen algunos espías o personas de confianza con quienes pudiesen huir él y otros caballeros españoles que estaban cautivos en el baño del dey.

El moro portador de estas cartas hizo felizmente su viaje hasta las inmediaciones del territorio de Orán. Pero cerca ya de Orán, algunos moros campesinos sospecharon de él, le prendieron, le cogieron las cartas que llevaba y le llevaron preso a Argel, presentándolo a Hassan-Agá. Vió éste las cartas. En ellas la firma y letra de Cervantes. Interrogó y amenazó al moro, pero éste tuvo la honradez y el valor de no hacer revelación alguna para no comprometer a nadie.

Irritado Hassan-Agán, mandó empalar a aquel desdichado, que murió con la firmeza de un mártir. Pocos días antes, Hassan-Agá había hecho matar a palos en su presencia a tres pobres cautivos españoles que habían escapado por tierra a Orán, y

que habian sido cogidos en la fuga por los morcos montaraces.

Una vez empalado el mensajero, Hassan-Agá mandó llamar a Cervantes. Acudió éste. Con él acudió Abigail.

—¿Has escrito tú estas cartas?—le preguntó con acento irri-tado Hassan-Agá.

—No puedo negarlo—dijo con firmeza Cervantes.

—¿Y así me pagas los beneficios de que te colmo, perro cris-tiano?—exclamó transportado de cólera Hassan-Agá.

—Yo te los agradezco—dijo Cervantes—; pero amo más mi libertad y la de los míos.

—¿De qué personas te has valido para enviar estas cartas al gobernador de Orán?

—No lo sabréis por mí—dijo Cervantes.

—Ven—le dijo el dey, y llevándole a un ajimez le mostró en una pequeña explanada vecina al pobre moro mensajero empalado.

—Dios tenga compasión de su alma, y también de la tuya, dey—exclamó horrorizado Cervantes.

—Tú vas a morir como él—exclamó frenético de furor Has-san-Agá.

—Cúmplase la voluntad del Señor—respondió tranquilamen-te Cervantes.

—¿Quiénes son esos tres caballeros cristianos, cautivos míos, de que tú hablas en esta carta?

—No lo diré.

Hassan-Agá, furioso, echó mano a su gumia. Abigail, que pre-senciaba esta escena en silencio y que estaba alerta, dió un paso hacia Hassan-Agá.

Hassan-Agá retiró la mano de la gumia, pero estaba traspuesto de cólera. Llamó a sus esclavos.

—Dad dos mil palos delante de mí a este perro cristiano—ex-clamó.

Abigail asió entonces a Cervantes por la mano, y dijo a Has-san-Agá:

—No ha de sufrir el señor Miguel de Cervantes ese castigo sin que yo lo sufra con él.

Quedóse Hassan-Agá estático de furor contemplando a Abigail. Esta le miraba serena e infiltraba en él la profunda mirada de sus grandes ojos negros.

—Idos—dijo Hassan-Agá a los esclavos.

Salieron éstos, dejando de nuevo a solas al dey con Cer-vantes y Abigail.

—Si tu furor ha de cebarse en alguno, señor—dijo Abigail—, cébese en mí solo, porque sólo yo soy el culpable.

—¡Tú!...

—¡Sí, yo!...

—¿Que tú eres el único culpable?

—Sí; yo he tenido compasión del señor Miguel de Cervantes y he querido procurarle la libertad; yo he sido quien ha buscado y pagado al moro portador de las cartas a quien has castigado a muerte.

—¡Tú mientes!—exclamó Hassan-Agá en el colmo de su furor. Y olvidándose en su furor de todo, añadió:

—Tú expones tu vida por salvarle, porque le amas.

—Y bien, sí—exclamó Abigail—; ya que delante de él has pronunciado esa palabra; ya que delante de él has dejado conocer que yo no soy hombre, sino mujer, no quiero engañarte: éste es el adorado de mi alma; ahora, ya que has oído mi confesión, mátanos a los dos.

No podía darse más audacia que la de Abigail. Y sin embargo, esta audacia los salvó. Aquel bárbaro no pudo menos de reconocer la grandeza de la situación. Se conmovió y dijo:

—Valiente eres, ¡oh, tú, la más hermosa de las huries!... Noblemente cumples con tu amor. Allah se enojaría contra mí, si yo castigara con la muerte un tan gran amor y un tan gran sacrificio; pero no quiero sufrir el despecho de verle a tu lado y en mi propia casa, ni he de dejarle libre, para que contra mí siga conspirando—y después de estas palabras, llamó, acudieron algunos de los esclavos y les mandó cargasen a Cervantes de cadenas y le encerrasen en una mazmorra.

Abigail rogó, pero sus ruegos fueron en vano. Cervantes fué empozado. Hassan-Agá conservó en su casa, como *chaya* o mayordomo, a Abigail. No podía librarse de su influencia. Pero le quitó toda intervención en el baño de los cautivos.

Una ansiedad mortal acometió a Abigail. No sabía lo que podía ser de Cervantes en el baño. Hassan-Agá era, por la primera vez, inflexible con ella. No la permitía ver a Cervantes, ni aun tener noticias de él. Los guardianes del baño guardaban una absoluta reserva, por temor a las crueldades de su amo. De día en día iba Abigail palideciendo, enflaqueciendo. Al fin la acometió la fiebre y cayó en el lecho. Entonces se desplomó la crueldad de Hassan-Agá: temió por la vida de Abigail. Comprendió que no había otra medicina que de la muerte pudiera salvarla, que llevar a su lado a Cervantes y, después de seis días de durísimo encierro, Cervantes fué sacado de la mazmo-

rra y conducido por el mismo Hassan-Agá hasta el lecho donde Abigail deliraba, devorada por la fiebre.

Hassan-Agá exigió juramento a Cervantes, por su Dios y por la vida de su esposa, de que no intentaría de nuevo la fuga. Cervantes juró con los labios, obligado por la fuerza, y rogando a Dios no oyese aquel juramento que por fuerza había pronunciado.

Abigail fué recobrando lentamente la salud. Pero urgía procurarse la libertad. Era de temer que la influencia de Abigail sobre el ánimo del bárbaro se gastase.

Había en Argel por aquel tiempo (septiembre de 1759) un renegado granadino, que se llamaba el licenciado Girón. Al renegar, había tomado el nombre de Abderramán. Arrepentido de su apostasía, asediado por el remordimiento, dijo en confianza a algunos cristianos residentes en Argel que estaba determinado a volver a su religión y a su patria.

Súpolo esto Cervantes, y se propuso aprovecharse de ello. Se entendió con el licenciado Girón, se aseguró de su sinceridad por medio de noticias que le dieron acerca del modo de ser y del carácter del licenciado, por medio de algunos cautivos parientes de aquél y, ya seguro de que no trataba con un traidor, le exhortó y le animó a que pusiera en planta su salvadora resolución de volver a la fe católica. A más de que Cervantes hacía esto por deber, por caridad, contaba con lo útil que podía serle.

Puesto de acuerdo con el licenciado Girón, Cervantes trató con dos mercaderes valencianos residentes en Argel, llamado el uno Onofre Exarque, de quien ya hemos hablado, y el otro Baltasar de Torres, para que facilitasen al licenciado los dineros suficientes para comprar una fragata y armarla. Aprontaron los dos mercaderes una suma de mil quinientas doblas, y con ellas y a nombre de los mercaderes, una fragata de doce bancos, y la armó, y la preparó para hacerse a la mar.

Todo esto lo dirigía ocultamente Cervantes, que había prevenido secretamente a sesenta cautivos españoles, toda gente principal, a fin de que estuvieran preparados para embarcarse al primer aviso.

Entre los que debían escapar de Argel, era uno el doctor Juan Blanco de Paz. Resentido y envidioso de Cervantes, por la loa y la influencia que éste tenía entre sus compañeros, en el momento en que iba a verificarse la evasión lo reveló todo a Hassan-Agá. Este le agradeció su denuncia, y mandó que le diesen un cordero y media docena de conejos. ¡Ridículo precio

de su infamia!... Pero por esta vez Hassan-Agá, que no podía librarse de la influencia de Abigail, que comprendía que en vano querría volverse contra ella, o lo que era lo mismo, contra Cervantes, disimuló, reduciéndose únicamente a guardar con una gran vigilancia día y noche la marina, de modo que se hiciera de todo punto imposible el embarque de los fugitivos.

Esta vigilancia del dey, aunque el dey había disimulado profundamente para con Cervantes y Abigail, demostró harto claramente a éstos que alguno los había vendido y que el dey conocía sus proyectos de fuga. Sospecharonlo igualmente el mercader Exarque y su compañero Torres. Cervantes y Abigail, puestos en gran cuidado por la mucha disimulación de Hassan-Agá, se habían escapado de la casa del dey y se habían refugiado en casa de un alférez, antiguo compañero de Cervantes, que se llamaba Diego Castellano.

Receloso particularmente Onofre Exarque de perder la libertad, la hacienda y tal vez la vida, si prendían a Cervantes y le obligaban con tormentos a declarar quién le había procurado los dineros para comprar la fragata, le propuso se embarcase para España en unos navíos que estaban para darse a la vela, y ya libre, porque él estaba dispuesto a pagar a Hassan-Agá lo que éste le pidiese por su rescate y el de Abigail.

—Yo no haré eso en todos los días de mi vida, ni por cuanto hay en el mundo—contestó magnánimamente Cervantes—, que no he de salvarme yo dejando en peligro a mis desdichados compañeros.

Y como insistiese Exarque por el miedo que tenía, díjole Cervantes:

—Estad tranquilo, señor Onofre Exarque, que aunque yo no os estuviera, como os lo estoy tan agradecido por lo mucho que habéis hecho por mí, yo no os vendería, ni a nadie, aunque me despedazaran con los más crueles tormentos; y decid esto mismo a mis compañeros para que estén tan tranquilos como vos debéis estarlo después de lo que os he dicho y que os confirmo con mi palabra de hidalgo y mi fe de cristiano.

Hassan-Agá se desesperaba, no tanto por la fuga de Cervantes, sino por la desaparición de Abigail. Mandó, pues, preguntar, que castigaría a muerte a aquel que tuviese oculto a Cervantes. Recobrando a Cervantes, estaba seguro Hassan-Agá de recobrar a Abigail.

Temroso Cervantes de comprometer a Diego Castellano, o de que cualquiera otro de sus amigos fuese, si se trataba de una averiguación, sujeto al tormento, resolvió presentarse con Abi-

gail al dey. Valióse para ello de un renegado murciano, llamado el arraez Morato-Maltrapillo, gran amigo de Hassan-Agá.

Gestionó el arraez Morato con el dey y al fin se presentó a este último Cervantes. Le seguía Abigail. Espantóse ésta al ver la mirada de tigre que en ella fijó Hassan-Agá. Este le preguntó mañosamente, y mostrándose blando y humano, y aun cariñoso, acerca de sus cómplices. Ni Cervantes ni Abigail respondieron. Viendo que eran inútiles sus ruegos, pasó Hassan-Agá a las amenazas. Como éstas tampoco le aprovecharon, porque ambos persistieron en su negativa de revelar quienes fuesen los que sus proyectos secundaran, Hassan-Agá hizo venir uno de sus verdugos, y le mandó atase los brazos a Cervantes y le echase un dogal al cuello como para ahorcarle. Pero tanto Cervantes como Abigail se mantuvieron firmes, manifestando que ellos solos habían sido los que se habían procurado los medios para la fuga.

En fin; tan sagaz y tan acertado estuvo en sus respuestas Cervantes, que si no convenció a Hassan-Agá, por lo menos le hizo vacilar, y contentarse con desterrar al renegado Giron al reino de Fez. Gran blandura en él, que por la más mínima cosa castigaba con horribles suplicios. En cuanto a Cervantes, le mandó encerrar en la cárcel de los moros, donde, cargado de cadenas, estuvo cinco meses.

Aquella cárcel estaba en la misma Alcazaba. En una torre de esta misma Alcazaba encerró a Abigail, pero ésta no sufría cadenas.

Hassan-Agá sentía un cierto respeto supersticioso por Cervantes. Tal concepto había llegado a formar de él que decía a todo el que quería oírle que, mientras él tuviese bien asegurado a su cristiano estropeado, ni temía nada por Argel ni por su propia persona. Y había cometido la torpeza de decir esto mismo a Cervantes, lo que fué causa de que éste concibiese el más atrevido y grande pensamiento que darse puede y que si lo lograra, pusiera su nombre sobre las estrellas. Este pensamiento fué el de alzarse con Argel.

Llegaron por este tiempo a Argel dos cristianos, recientemente cautivados, que preguntaron por Cervantes. Dijéronle al dey que aquellos dos cautivos conocían a Cervantes y el dey los llamó. Preguntóles sus nombres. Aparecieron dos de nuestros antiguos conocidos. Era el uno don César Esteban de Chouzan. El otro Baltasar Carreño. Los dos habían escapado de sus heridas, y por una sucesión de aventuras, sólo a ellos pertenecientes, y que nada importan, habían acabado por encontrarse.

Enemigos eran. Pero puestos ambos fuera de la ley, imposibilitados de volver a España e iguales ambos en la pérdida de Abigail, de la cual no sabían qué había sido, trocaron su antiguo odio en amistad y alianza.

Don César había hecho dinero su hacienda; pero en una y otra aventura, en la disipación y el juego, estos dineros se habían reducido y amenazaban con acabarse. Para don César, como ya sabemos, no era cosa nueva el bandidaje. Ocurrióle, pues, para no dar en la pobreza, volver a la vida terrible. Pero esta vez, consultándolo con Baltasar Carreño, se decidió a ser ladrón de mar. Esto es: corsario.

Baltasar, que había sido un poco de cada cosa, sabía lo bastante para gobernar una galeota. Pero esta galeota no podía ampararse en las costas de Italia. Pasaron, pues, nuestros dos criminales a Orán, y allí se hicieron construir y armaron con cuatro cañones una galeota de veinte bancos. Tomaron el traje de los moros, para que con los piratas argelinos se les confundiese cuando con los piratas diesen, y con corsarios y galeotes a sueldo se hicieron a la mar para empezar sus piraterías. Pero con tan mala fortuna, que al acercarse a las costas de Francia, dieron con dos galeones del capitán Arnaute-Mamí, que conociendo la moneda falsa, se fué sobre la galeota, la apresó y se llevó a Argel, a su baño, a los dos amigos y a todos los corsarios que la galeota tripulaban.

Una vez en Argel, preguntaron por Cervantes, y esto fué causa de que, sabiéndolo Arnaute-Mamí, lo dijese al dey y éste mandase que aquellos dos cautivos le fuesen presentados. Preguntóles quién era Cervantes y cuál su familia y su riqueza, a lo que ellos contestaron que Cervantes era natural de Alcalá de Henares, cerca de Madrid, corte del rey de España; que era hidalgo de buen abolengo, pero pobre y de tal manera que su familia sufría una durísima miseria.

No se podía dudar de la verdad del dicho de los dos. Habían sido presentados a Hassan-Agá al día siguiente de haber sido cautivados. No podían, pues, haberse puesto en connivencia con Cervantes, que estaba preso a su vez, ni con Abigail, también presa y guardada por el propio Hassan-Agá. Este sufrió una decepción en sus esperanzas. Si Cervantes no se había rescatado, había sido porque no había podido. Todo el esfuerzo que había sido dado a hacer a su familia, se había invertido en rescatar a su hermano Rodrigo. Cambió, pues, de proyectos Hassan-Agá, y empezó una nueva y durísima prueba para Cervantes. Cuando fué a verlo Hassan-Agá, después de haber oído

a don César Esteban de Chouzan y a Baltasar Carreño, le preguntó por sus parientes, por sus nombres y por su hacienda. Cervantes le dijo exactamente lo mismo que él mismo había dicho otras veces, y que acababan los otros de decir a Hassan-Agá. Este se convenció más y más de lo quimérico de sus esperanzas de un fuerte rescate.

—Y bien—dijo—: tú no te rescatarás nunca. ¿Para qué te quiero yo cuando sólo eres para mí un continuo peligro?... Pero si tú oyeras mis consejos, tú serías entre nosotros más grande que lo hubieras podido ser nunca en tu tierra: el esclarecido y vencedor Emir de los creyentes, el Gran Sultán de Constantinopla, ama mucho a los hombres esforzados; tú llegarías a ser muy pronto Agá como yo, sólo con que te convirtieras al Dios Altísimo y único; el solo Dios verdadero.

Sintió no sabemos qué desabrimiento y dolor en las entrañas, y se le crisparon los nervios y se le despegó la carne de los huesos a Cervantes, al solo pensamiento de lo imposible; esto es: que él pudiera renegar de la fe de Jesucristo.

—Si yo fuera capaz de una tal vileza—dijo—, de un tal horrendo pecado, de una tal abominación, creería que había merecido todas mis desgracias, y aun las tendría por pequeñas; y a proponerme no vuelvas un tal horror, que con sólo proponérmelo, suponiéndome capaz de ello, me has hecho sufrir el tormento mayor que por tu voluntad he sufrido.

Irritóse terriblemente Hassan-Agá y se salió, amenazando de muerte a Cervantes. Y estas escenas se repetían con frecuencia. Pero ni se cumplían sus amenazas, ni se maltrataba a Cervantes.

Este, entre tanto, meditaba en su proyecto de alzarse con Argel por el rey don Felipe II. Al fin, un día entró Hassan-Agá acompañado de su carcelero. Cervantes se preparó. Creyó que Hassan-Agá había determinado hacerle sufrir un crudo tormento. Pero con gran sorpresa oyó que Hassan-Agá mandaba al carcelero le quitase el grillete. Acabada que fué esta operación, Hassa-Agá le dijo:

—Sígueme.

Ya se sabe que la cárcel de los moros estaba en la misma Alcazaba. Por galerías y escaleras, Hassan-Agá llevó a Cervantes a la parte que podía llamarse alcázar. Entraron en una cámara, la que había servido de habitación a Abigail.

Hassan-Agá se retiró desde la puerta. Cervantes entró. En aquel mismo punto, delirante de alegría, se arrojó en sus brazos Abigail, que estaba demacrada, pálida, débil; que en sus

ojos tenía algo de espantosamente febril. Entonces y sólo entonces comprendió Cervantes por qué le había soltado Hassan-Agá. Estaba fuera de dudas que Hassan-Agá no había querido que Abigail muriera. Y así era en verdad. El dolor, la ansiedad por Cervantes habían alterado de una manera gravísima la salud de Abigail. Si no había empezado aun la tisis, amenazaba. Los médicos habían dicho a Hassan-Agá que Abigail moría de tristeza. Hassan-Agá, pues, que conocía cuál era la causa de la tristeza de Abigail, se apresuró a hacerla cesar.

Desde el momento en que había concebido el proyecto de alzarse con Argel por Felipe II, su cautividad había dejado de ser horrible para Cervantes. Es más, se le había hecho grata, porque su cautividad era el medio mejor para llegar a sus proyectos.

Si Cervantes hubiera concebido una idea descabellada, hubiera sido indigno de la gloria que corona su memoria. Hubiera dado en una insensatez. Pero no era así. En Argel había veinticinco mil cautivos. Un ejército, en una palabra. Pero era necesario organizar este ejército, entenderse con todos, hacer correr la voz de una manera cauta. Conspirar, en fin, y conspirar de una manera segura. La más leve imprudencia, la más leve contrariedad, cuando no una traición, podían producir una situación terrible.

Cervantes, sin embargo, no se arredró por la magnitud de la empresa. Y adviértase que en la situación en que se encontraba, protegido por Onofre Exarque y por los Padres de la Redención de Cautivos, y prevaleándose de la libertad en que le dejaba su amo Hassan-Agá, hubiera podido fugarse, a pesar de la vigilancia a que estaba sujeto. Pero había concebido un gran pensamiento, y se obstinaba en realizarlo.

Exponía su vida. Pero ¿qué importaba? Si conseguía llevar a cabo su plan, había hecho un gran servicio a Dios, a su patria y a su rey. Habría emancipado asimismo a millares de infelices que no tenían esperanzas de redención, y que eran tratados como bestias por los argelinos.

Una de las mayores glorias de Cervantes es la de haber intentado la posesión de Argel y la libertad del Mediterráneo sin otros elementos que el de los míseros esclavos que con él gemían lejos de su patria y en la mayor de las miserias.

CAPITULO VII

Había en Argel, cerca de la Alcazaba, en la parte que miraba al mar, y en una irregular plazuela en que se alzaba la pequeña y bella mezquita de los Beni-al-Samah, en un ángulo entrante que formaba otra plazuela más pequeña, y bajo un tupido emparrado, con sus celosías y las doradas vacías colgadas sobre la puerta, una barbería; ya lo hemos dicho antes de nombrarla.

Era el interior de la barbería, un si es no es melancólico, a causa de la luz, por decirlo así, filtrada, que en ella entraba, y tenía no sabemos qué encanto poético. Era cuadrilonga, de una altura bastante capaz, y con el techo de viguetas y bovedillas. Las paredes blancas, y se procuraba mantener siempre su blancura nítida. Las viguetas del techo estaban labradas y perfiladas de vivos colores, y en cuanto a las bovedillas, cuajadas de arabescos.

Corría alrededor de las paredes un poyo de piedra labrada, alzado del pavimento como pie y medio, y de dos y medio de ancho, cubierto por una alfombra de paño carmesí, con arabescos gruesos, bordados en amarillo y negro; y en cuanto al pavimento, de rojos ladrillos, descubierto en el verano, dejaba ver en el centro una fuente de mármol rebajada, que por medio de un arriate o atargea también de mármol, desaguaba su surtidor en la calle, produciendo en ella un arroyo, que iba a morir en el aljibe o cisterna que había para las abluciones en la plazuela mayor contigua, frente a la puerta de la mezquita. En el invierno se cubría el pavimento por una gruesa estera, y en los días crudos, en el lugar de la fuente, aparecía un brasero de azofar, lleno de brillante brasa.

En el poyo correspondiente al frente de la barbería, había un cojín más largo y más alto que los otros, con la cubierta de grueso tejido de cáñamo y seda negra, con grandes arabescos verdes y rojos. En este cojín se sentaba, como en un trono, el anciano dueño de la casa, que hacía ya veinte años que no afeitaba. Cuando se le veía con su larga barba blanca sobre el pecho, en un continuo movimiento convulsivo, que se notaba asimismo en sus descarnadas mancs, en las que siempre había uno de los rosarios cortos o camándulas sin decenas, de que usan

los moros, se comprendía por qué no afeitaba ya Sidy-Jacob-el-Galaní, que así se llamaba el barbero.

Para servir la barbería había cuatro jóvenes y hermosos manebos, que tenían las manos más suaves del mundo para afeitar, pero que no eran asimismo suaves cuando aplicaban ventosas sobre un espacio de la cerviz, dejado rasuradamente con anterioridad por medio de los herrajes, o cuando ponían vejigatorios o sacaban muelas, o hacían cualquiera de las rudas operaciones quirúrgicas que practicaban los moros en aquel tiempo y que aun practican hoy.

La tienda de Sidy-Jacob-el-Galaní, no era solamente una barbería; era también una farmacia y un gabinete de medicina y cirugía. Si no rasuraba ni hacía operación alguna quirúrgica, Sidy-Jacob, a causa de su perlesía, en cambio ejercitaba la medicina y lo que podía llamarse entre los moros la farmacia, con un rarísimo acierto. Era, además, astrólogo judiciario.

A cada lado del poyo, que podía llamarse el trono de este sabio y venerable anciano, había dos pequeñas puertas, deliciosamente labradas y perfiladas de colores vivos, que generalmente estaban cerradas. Por la de la derecha, en relación con la entrada, se pasaba a los baños, que casa de baños, pero medicinales, era también la barbería. Esta sala de baños era un regular espacio cuadrado, con bóveda de arista, en la cual había agujeros, determinados por cañones en forma de estrella, vidriados de verde y de violado por las cuales entraba una luz suave. A este cuadrado correspondían diez celdillas o alhánias, en el fondo de cada una de las cuales había, al nivel del suelo, una estrecha pila de mármol blanco, extremadamente limpia. Estas alhánias se cerraban con cortinas. Al fondo de este espacio, entre dos alacenas, había una pequeña puerta revestida de azulejos (de azulejos era asimismo el pavimento) por la que se pasaba al laboratorio farmacéutico, es decir, al lugar donde se filtraban los ingredientes medicamentosos y donde se cocían las hierbas aromáticas y salutíferas, con las cuales se componían los baños.

La otra puerta, situada a la derecha del asiento de Sidy-Jacob, conducía a un bello gabinete iluminado asimismo por arriba por las perforaciones de la bóveda, donde ya el anciano, ya uno de los manebos, a quien el anciano había transmitido su ciencia, recibían a las damas argelinas, que, muy cubiertas con sus albornoces, iban a consultar la ciencia.

No había en Argel nada más alegre, nada más de moda, nada más concurrido que la barbería de Sidy-Jacob. Desde que sa-

lía el sol, hora en que el establecimiento se abría, hasta que se ponía, en cuyo punto indefectiblemente se cerraba, no cesaba de resonar la guitarra, a no ser cuando uno de los concurrentes contaba un cuento, o refería una acción, o se libraba alguna sabrosa cuestión. A veces, ociosos los cuatro mancebos, adormilados a la hora de la siesta los concurrentes por el opio que allí se mascaba y se fumaba en gran cantidad, el uno con una guitarra, el otro con una handurria, el tercero con una bandolina, y el cuarto con una guz'a, tocaban y cantaban al unísono, y las mozas de las casas inmediatas se arrimaban a las celosías para gozar de la regalada música.

Cervantes, para rasurarse unas veces, para divertirse otras, iba frecuentemente a la barbería, en las horas que le dejaba francas de servicio su amo. Concurrían allí también con suma frecuencia el alférez Diego Castellano, Gabriel de Castañeda y Mateo de Santisteban y otros muchos cautivos del cercano baño del dey, a quienes, por los buenos oficios de Cervantes y de Abigail, dejaba en cierta libertad y en cierta comodidad el feroz Hassan-Agá. Algunas veces el anciano sacerdote Antonio de Sosa, aliviado de sus hierros y de su mazmorra porque no muriera y para volverle luego a su cruel esclavitud, asistía y gozaba aquel triste rayo de sol, que, por decirlo así, se dejaba caer sobre aquellos infelices. Concurrían también los dos mercaderes valencianos, Onofre Exarque y Baltasar de Torres y, a más de ellos, se descolgaba con mucha frecuencia Pedro de Ribera, escribano y notario de todos los cristianos residentes en Argel y que en Argel residía.

Con estos cristianos, cautivos los unos, libres los otros, entre los cuales solía contarse el padre fray Juan Gil, de la orden de la Santísima Trinidad, redentor de esclavos, residente en Argel por orden de Felipe II y de su Consejo, iban muchos de los moros principales, no sólo por la conveniencia de estar en la barbería algunas horas al día, sino también atraídos por el buen trato, la buena manera y la ingeniosa e interesante conversación de Cervantes, a quien todo el mundo tenía un verdadero afecto y simpatía.

Entre estos, y más asíduos que otros, iba un anciano venerable que de Constantinopla había sido desterrado por recelos de Selim II, del que había sido hagib o ministro encargado de las cosas de la guerra. Amargado Selim II por la derrota de Lepanto, desfogó su cólera en sus ministros, culpándoles a éste porque no había cuidado de tener prontos los abastos

para que sus escuadras hubieran podido hacerse a la mar antes de que hubieran podido abastecerse cumplidamente las escuadras de la *Liga*; al otro, porque no allegó los víveres que hubieran sido necesarios, y por fin, al hagib Morato, porque, a pesar de los ministros y del mismo Sultán, no había organizado bien las fuerzas de Turquía, ni había dotado las naves de la artillería y de los hombres que hubieran sido necesarios, y que habían faltado para la victoria.

Acontecía, como siempre que tiene lugar una gran desgracia, que se busca a alguno para desfogar la furia que la desgracia causa. Milagro fué que Selim II no descabezase al hagib Morato, y se contentase con enviarle a Argel. El hagib Morato era, como creemos haberlo dicho ya recientemente, un renegado murciano, que por un lance en que había matado a un hombre, huyó al moro, renegando para que no le cautivasen; y como era hombre mozo y muy arrojado, no sólo para vivir, sino para que no desconfiasen de él y le respetasen, se echó a piratear en una pequeña almadía y con tan próspera fortuna que al poco tiempo la almadía se cambiaba en fusta, y la fusta en galeota, llegando a ser uno de los más terribles corsarios del Mediterráneo. Le pusieron sus soldados por mote, y a causa de su mal genio, el arraez Maltrapillo, lo que, por ser el apodo español, demuestra que estos soldados que consigo llevaba en sus primeras piraterías Sidy-Morato, eran renegados españoles y tal vez paisanos de sus arraez.

Casóse y establecióse en Fez el hagib Morato y dió el ejemplo de no tener más que una mujer, al uso cristiano. Y fué, que se casó con aquella misma que había sido la ocasión de su desgracia: esto es, de la siniestra riña con otro caballero de Murcia, que pretendía a doña Blanca de Salazar, que así se llamaba la amante primero, y después la esposa en Africa, de Morato, y que era favorecido por el padre de ella.

La mayor hazaña que en su larga carrera de corsario hizo Pedro Morato, que así se llamaba este renegado, fué la de acercarse una noche a las costas de Valencia, desembarcar en la oscuridad y, acompañado de diez hombres, también renegados murcianos, vestidos como él a la morisca, irse a la hacienda que cerca de Valencia tenía don Juan de Salazar y robar de ella a su amada doña Blanca.

Tal fama había adquirido con sus piraterías el arraez Maltrapillo, que el Sultán le llamó. Trasladóse a Constantinopla Sidy-Morato y tantas mercedes le hizo y de tantas honras le colmó el Sultán que se vió obligado a trasladar su domicilio a

Fez, donde al poco tiempo Selim II le nombró su hagib para lo de la guerra.

Ya por este tiempo el arraez Maltrapillo era de edad madura, y doña Blanca frisaba en sus treinta y cinco, que muy joven se había casado. Se hubiera podido decir, si los esposos no hubiesen sido muy prudentes, que no habían renegado de Jesucristo más que en las apariencias; porque en secreto, en el silencio de la noche, ambos, ante una cruz, que sacaban de un secretísimo escondite, lloraban y se afligían, temerosos de que Dios no les perdonara su apostasía, aunque aparente.

Algo hubiera podido sospecharse, al ver que el arraez Maltrapillo era muy humano con sus cautivos cristianos; que no los cargaba con cadenas, que los alimentaba bien y que les concedía el rescate por muy poco precio, y muchas veces bajo su palabra de que en llegando a su tierra le enviarían la pequeña suma en que habían convenido, lo que era lo mismo que darles la libertad de balde. Si se había enriquecido grandemente, era no con los rescates que éstos le habían producido, sino con los cargamentos de las naves apresadas por él, por el dinero que en estas mismas naves había encontrado y por la venta de estas mismas naves.

No habían tenido los esposos más que una hija, y esta hija había causado la gran desgracia, el gran castigo del renegado español. La razón de que esta hija hubiera sido un castigo en el hagib Morato, la explicaremos más adelante. Desterrado a Argel por el irritado Selim II, con su mujer, con su hija, y con sus esclavos, el arraez Maltrapillo, hagib Sidy-Morato se retiró completamente de todos los negocios, permaneciendo inactivo en su casa, no obstante lo cual, se hizo gran amigo del bajá Hassan. Desde el momento en que Cervantes conoció en la barbería de Sidy-Jacub a Sidy-Morato, se fijó instintivamente en éste. No podía explicarse el por qué de lo que sentía cuando contemplaba el semblante, generalmente meditabundo y triste del arraez Maltrapillo; pero una voz secreta le decía que aquel renegado había de tener gran participación en la arriesgada empresa que meditaba de alzarse con Argel. Maltrapillo le trataba con una gran deferencia, y había en él, para con Cervantes, algo semejante a la conducta que pudiera haber tenido para con él uno que en otra ocasión le hubiera conocido y estimado y del cual se hubiese olvidado.

Una tarde, en el momento en que el *muecín* o sacristán de la inmediata mezquita, voceaba la oración de *Al-magreb* (de la tarde, o puesta del sol), hora en que se cerraba la barbe-

ría, al atravesar todos la plazuela de la mezquita, Maltrapillo dijo a Cervantes, en buen castellano y con voz baja:

—Señor Miguel, yo espero que esta tarde me honraréis viniendo a comer el alcuzcuz conmigo, pero fuerza será que vayáis solo.

—No he de faltar a vuestro convite, señor Morato—dijo Miguel de Cervantes a Maltrapillo, de la misma manera que si hubieran estado en España.

—A mi casa id, que allí os recibirán como si fuerais mi pariente, y allí esperadme; yo iré en cuanto rece mi oración—y el hagib Morato se entró en la mezquita.

Comunicó Cervantes lo que le acontecía a Abigail, que se hallaba allí, y ésta, contenta porque veía que aquella cita podía ser favorable para la empresa que tenía ya entre manos, le dejó ir, y se volvió sola a la Alcazaba.

La casa de Maltrapillo, levantada entre unos hermosos jardines que miraban a la marina, estaba casi inmediatamente detrás de la mezquita de los Beni-al-Samah. Cervantes llegó muy pronto. Llamó al gran portón de su arco, que inmediatamente se abrió, dejando ver un gran patio, a cuyo fondo se levantaba la fachada principal de la casa o, más bien, palacio del renegado. Dijo quién era y el esclavo que había abierto le hizo tres profundas zalemas, le condujo a la casa, le hizo pasar por el vestíbulo, abrió una puertecita dorada que en él había y, después de un corredor tortuoso, Cervantes se encontró en un bellissimo patio de arcos de estuco labrado, sostenidos en columnas de alabastro.

Era profunda la soledad de aquel patio. El sol poniente tenía de un bello color anaranjado, en su último rayo, la parte superior de un esbelto minarete que en un ángulo del patio se veía. El esclavo llevó a una sala de aquel inmenso patio a Cervantes, le hizo otras tres zalemas y allí le dejó solo.

Se sentía Cervantes consolado por una dulce melancolía. Parecía sentir algo dulce, algo amigo, algo más que amigo, cerca, muy cerca de él. Su viva imaginación le atormentaba sin embargo, aunque un secreto instinto le aseguraba de todo peligro, de toda contrariedad. Sin embargo, su reflexión, su prudencia, decía a Cervantes que debía estar sobre aviso.

Tal vez el astuto Maltrapillo había sospechado algo de aquella asidua reunión de cautivos cristianos en la barbería de Jacob. Tal vez, gran amigo de Hassan-Agá, le había anunciado sus sospechas, y Hassan-Agá, dominado siempre por aquel in-

curable amor que por Abigail sentía, le había encargado de disuadirle.

En estas y otras imaginaciones, y sintiendo siempre un recóndito y dulcísimo consuelo, cuya causa no podía explicarse, pasó Cervantes el tiempo que tardó en llegar el arraez Maltrapillo. Era ya el crepúsculo. Entró Sidy-Morato, precedido de un esclavo, que llevaba una lámpara de plata. Todo representaba un gran lujo en la casa del hagib. Lo delicioso de los perfumes se sentía por do quiera. Claras fuentes refrescaban el espacio en aquella estación, todavía calurosísima en Africa.

Tomó Sidy-Morato la lámpara de manos del esclavo, le despidió, y haciendo a Cervantes seña de que le siguiese, pasó un bellissimo arco de herradura, se entró por un corredor, sin decir una sola palabra y, llegando a una puerta pequeña, pero riquísima, de ébano, sándalo, granadillo, pórfido y nácar, con filetes y cordoncillos de oro, plata y cobre, la abrió con una llave dorada que sacó de debajo de su caftán, abrió, y dijo con acento sombrío a Cervantes:

—Pasa y sigue solo: tú eres el único hombre, a excepción de mí, que ha pasado por esta puerta: Dios lo quiere—y sin esperar la respuesta de Cervantes, le empujó adentro, y cerró la puerta.

Cervantes se encontró solo en un pequeño patio. Sus altas paredes estaban demasiado elevadas. Pero en un vestíbulo con un pórtico de triples arcos calados, sostenidos por columnas, ardía una lámpara amortiguada, opaca. Aquella luz tenue producía un efecto bellissimo, poético, de todo punto fantástico. Cervantes estaba lleno de confusiones. La expresión sombría que había visto en el semblante de Sidy-Morato había sido muy poco a propósito para tranquilizarle. Sin embargo, le había dejado solo en la parte más íntima, más inviolable de su casa.

Cervantes cruzó el patio. Subió las tres gradas del vestíbulo y al fondo de él abrió las cortinas de seda que cerraban un bello arco. Se encontró en un corredor de gran extensión y ricamente ornamentado, iluminado también por otra lámpara de luz tenue. Al fondo del corredor había otro arco, cubierto por cortinas como el anterior. Se paró Cervantes. A medida que adelantaba sentía más fuerte el perfume de las resinas olorosas que queman continuamente en las casas ricas de Africa, en los apartamentos de las mujeres.

Encontróse Cervantes en un gabinete exágono de una riqueza extraordinaria, en cuyo centro murmuraba una fuente.

Frente a él se veía, con las celosías abiertas, un ajimez por el cual se descubría la mar, argentada por la primera luz de la luna, cuyo disco parecía medio hundido aún entre las aguas.

En el cercano puerto se veían balancearse los velámenes y los esbeltos palos de un sinnúmero de goletas corsarias. Había, además, dos puertas; la una a la derecha y la otra a la izquierda. ¿Por cuál debía tomar? Por una corazonada, Cervantes tomó por la puerta del lado de su corazón. Parecía que algo le atraía a través de ella. Y algo dulcísimo. Pasó por aquella puerta. Se encontró en una galería que daba sobre un jardín. A través de sus arcos penetraba la luna, que batía sobre el labrado muro que Cervantes tenía a su izquierda. Se veía desde aquella galería, y ya completamente al descubierto, primero un bello jardín; después la playa y la concha del puerto; por último, la mar ancha.

Aún no había recorrido la mitad de la galería cuando a su lado sintió el ruido de una llave en la cerradura de una puerta. Luego apareció una sombra alta, esbelta, gentil, blanca. Una sombra hechicera, que avanzó leve y rápida, sin producir el más leve ruido y llegó hasta él. Pero el traje de esta beldad, que se había detenido junto a él y le había asido las manos, no tenía nada de oriental. Era más bien un traje español. Una especie de túnica o bata de verano de Cambray, ricamente bordada y adornada de encajes, bastante escotada, de mangas abullonadas y cuya longitud no pasaba del codo, y de luenga y amplia falda. Tenía los espesísimos cabellos peinados en largas trenzas que le caían sobre los hombros y sobre la espalda. Flores en el lado izquierdo de la cabeza. En la garganta, un collar de riquísimas perlas. En los puños, brazaletes carmesíes con perlas también. En las manos, sortijas.

—¿Quién eres?—exclamó Cervantes, procurando en vano reconocerla, y le parecía, sin embargo, que alguna vez la había visto; es más, que había anhelado por ella.

—El tiempo pasa—dijo melancólicamente la hermosa—y las imágenes se borran.

—Yo no te recuerdo, por mucho que lo sienta—dijo Cervantes.

—Es verdad—dijo ella tristemente—; tú no me has amado nunca—y guardó silencio.

Permaneció algún tiempo muda, contemplando con una profunda ansiedad a Cervantes. Este se irritaba contra sí mismo, porque no podía recordar dónde había visto aquella beldad divina.

—Yo soy hija—dijo ella—del hagib Morato; sígueme, por tu

alma; tengo que decirte algo que te será muy provechoso—y condujo de la mano a Cervantes a la cercana puerta que se veía en el extremo de la galería.

Entraron en un bello gabinete lánguidamente alumbrado por una lámpara que pendía de la cúpula, encerrada en un globo de alabastro.

—Espera aquí—dijo la hermosa, y separándose de Cervantes, dejando tras sí un ambiente de ambrosía, salió.

Cervantes oyó a poco dos voces de mujer, que hablaban en voz baja y de manera ininteligible. Poco después volvió la hermosa joven.

—Ven—dijo a Cervantes, y le hizo pasar por otra pequeña galería a otro gabinete fresco y perfumado.

Llevó la joven mora a Cervantes junto a un diván. Le indicó que se sentase. Luego se sentó ella a su lado. Volvió a cogerle las manos, las llevó a sus labios y las besó de una manera leve, pero hechicera.

—Yo te amo como ama la hermana al hermano—dijo.

—Yo, señora—dijo Cervantes—, siento junto a ti algo de tal manera no sentido, que no sé cómo llamarlo; porque no es amor y más que el amor me deleita, ni es amistad que más que la amistad me interesa, ni es deseo como no sea el de parecerte tal que como amigo me tengas y como cosa de tu alma.

—Yo me llamo Saruh-Yemal—dijo ella.

—Hermoso nombre tienes, sultana—dijo Cervantes.

Saruh-Yemal, en árabe quiere decir *flor de la hermosa*.

—Me llamo también Miriam—dijo ella, que continuaba mirando de una manera anhelante y dolorosa a Cervantes.

—Más hermoso es ese tu otro nombre—dijo Cervantes.

Miriam quiere decir en árabe *María*.

—Sí—dijo ella—, yo soy cristiana—y sacó de entre su hermoso seno una cruz de oro y diamantes que pendía de una de las sargas del magnífico collar de perlas que traía en la garganta.

—¡Ah—dijo Cervantes—; yo te reverencio y te admiro.

—Yo te conozco desde hace mucho tiempo—dijo ella con un acento singular.

—Y si desde hace tanto tiempo me conoces, ¿cómo he sufrido yo sin saberlo hasta ahora la desventura de no conocerte?

—¿No has visto tú alguna vez, cuando te paseabas cerca del baño del dey, por la plaza, delante de la mezquita, que una mora, acompañada de otra mora más anciana, envueltas ambas en sus albornoces y servidas por esclavos y que de orar de la

mezquita salían, se detenían un momento junto a ti y te miraban?

—Tan tristes son mis sucesos—dijo Cervantes—que siempre voy distraído pensando en ellos.

—Sí—dijo Miriam—, yo lo conocía y, por lo mismo, sentía compasión por tu desgracia. Supe al fin, porque mi padre me lo dijo, que el dey Hassan te estimaba en gran manera y que te llamaba el *cristiano estropeado*. Ya sabes tú que mi padre es gran amigo del bajá.

—Sí que lo sé y creo también que tu padre es gran parte para que Hassan-Agá me mire con misericordia.

—Es que tú, sin saberlo y sin pretenderlo, dominas, Miguel; es que cuando se te ha visto una vez no se te olvida.

Cervantes volvió a sentir el rudo combate de un recuerdo vago con su memoria. Estaba seguro de que conocía a aquella hermosa cristiana y no podía sacar en claro dónde ni cuándo le había visto. Ella le miraba, sin que Cervantes pudiera dudarle, como una antigua conocida y como una conocida que le había amado.

—Sí, sí; no se te puede olvidar si una vez se te ha visto—dijo ella—; no eres hermoso y, sin embargo, hay en ti algo que seduce más que todas las hermosuras; algo que te hace amar de las mujeres y temer y respetar de los hombres, aunque estos hombres sean tus verdugos. Así es que Hassan-Agá, irritado contigo, en ti no se atreve a descargar su ira; así es que mi padre, fiero con todos, te ama. Pues que, si mi padre no te amase y si no me amase a mí sobre todas las cosas de este mundo, estarías aquí? Aquí no entran más que la luz y el aire, las esclavas que nos sirven y mi padre—y Miriam se arrojó de nuevo en la contemplación de Cervantes.

Un nuevo amor germinaba o, por mejor decir, rebrotaba en el corazón de éste. Se sentía presa de un vértigo, de una inquietud mortal. Tan apoderado estaba de él el amor de Abigail, que todo lo que contrariaba aquel amor se hacía doloroso para Cervantes. Procuró dominar aquella situación en que una beldad incomparable, de improviso ante él apareciendo y que en otro tiempo y en otro lugar creía haber conocido, sin poderse explicar cómo ni cuándo, empezaba a enloquecerle.

—Y si eres cristiana—dijo Cervantes, por no decir lo que sentía, y mudando con un pretexto la conversación—, ¿cómo es que vas a orar en la mezquita?

—Yo entro en la mezquita con el signo de la Redención pendiente de la garganta, sobre mi pecho, en el que alienta la fe

de Jesucristo; la mezquita es para mí la iglesia: en la mezquita se adora al Dios de Moisés, y el Dios de Moisés es el Dios de los cristianos.

A estas palabras sucedió el silencio de los dos. La conversación se les hacía difícil. Miriam continuaba teniendo entre las suyas las manos de Cervantes.

—Mi padre te ha convidado a cenar con él—dijo después de algunos instantes de silencio—, pero no ha sido ése su objeto; es necesario que antes de la cena te hable yo.

—Habla, sultana; yo te escucho—exclamó con vehemencia Cervantes.

—Tú eres imprudente—dijo Miram—; pretendes salvar a todos los cautivos cristianos que en Argel hay; tú crees que nadie recela y, sin embargo, eres constantemente acechado; pues, ¿cuándo mi padre ha ido con la frecuencia que ahora a la barbería de Jacub-el-Galaní, a donde tú todos los días concurre con el wazir de la casa del dey, a quien tú llamas tu amo, cuando realmente ese hermoso wazir es tu esclava muriendo por tu amor?

—¡Oh! ¿Qué dices?...

—Sí, yo conozco mucho mejor que a ti a la hermosísima judía Abigail.

—¿Sabe tu padre ese secreto?

—No.

—¡Ah!—exclamó Cervantes.

—No; por mucha amistad y confianza que tenga con mi padre el bajá, éste es muy prudente y, más que prudente, receloso y no confía sus secretos a nadie; pues qué, ¿acaso no te conozco yo? ¿No velo por ti desde la sombra? ¿No te amo?

Miraba Cervantes con ansiedad a Miriam.

—Hassan-Agá ha querido hacerme su esposa—continuó ella—. Mi padre quería este matrimonio, porque Hassan-Agá es uno de los más queridos del Grande Emir de los creyentes, el sultán de Constantinopla, y mi padre esperaba que por mi casamiento con Hassan-Agá el sultán le volvería su gracia.

—¿Y tú, sultana de la hermosura, has dado alguna esperanza a Hassan-Agá?—dijo con un involuntario acento de celos Cervantes.

—No; pero era necesario no irritarle—contestó Miriam—y he ido a su harem cuando me ha convidado a tomar parte en una fiesta con sus esposas, con sus esclavas, con sus hijas.

—¡Ah!—exclamó Cervantes—; Dios quiera que no entres un día en su harem para no volver a salir.

—No—dijo Miriam—; yo soy cristiana; yo no puedo amar a un esposo que tenga muchas esposas; además, no he nacido yo para unirme a un bestia brava. Pero por haber asistido con otras muchas damas moras a algunas zambras en el harem de Hassan-Agá, he conocido a su *chaya* Agá-Wazir. Desde el momento en que la vi, no pude menos de reconocerla: era Abigail, una de las hijas naturales del señor duque de Atri, de ese buen señor que tiene una historia más negra que una noche de tempestad.

—¡Ah!—exclamó Cervantes, como si hubiera recibido un rayo de luz—. ¡Sois vos..., vos..., doña María Ponce de León!

—¡Gracias a Dios que me habéis reconocido, señor Miguel de Cervantes!—dijo doña María—; os perdí de vista en Madrid; volví a encontraros en Roma; os saqué de un atolladero y volví a perderos de vista.

Doña María pronunció estas palabras en buen español.

—¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!...—exclamó Cervantes—. ¿Qué queréis de mí, Señor?

—Dios os guarda para algo grande, señor Miguel de Cervantes—dijo doña María—; de otro modo no tendría siempre a punto su Providencia para sacaros de las arriesgadas y casi siempre insuperables aventuras en que el valor de vuestro gran corazón os mete. Yo he contribuido tanto como Abigail a salvaros; y puesto que podéis llamaros esposo de mi hermana Abigail y que yo os amo como una hermana, como si fuerais mi hermano amadme.

—¡Esto parece un sueño del infierno!—dijo Cervantes.

—Esto no es más que una dolorosa verdad de la vida—dijo suspirando doña María.

—Pero si sois hija natural del viejo duque de Atri, hermana de Julio de Aquaviva, no sois hija de Hagib-Morato.

—No.

—¿Y lo sabe él?

—Sí.

—¿Y sin embargo?...

—Sin embargo me ama como si fuese su hija; hasta mi madre, a la que amo tiernamente, se ha olvidado ya de la sombría historia, por resultado de la cual yo he venido al mundo.

—No os pido que me reveléis esa historia.

—Aún no es tiempo. Ahora, señor Miguel de Cervantes, oíd. Yo no he podido menos de decir a mi padre que os conocí en Madrid y en Roma y que os amé. No debéis sólo a Abigail el haber salido bien de todas vuestras rebeldías a Hassan-Agá;

lo debéis también a la gran amistad que mi padre tiene con el dey, y a que yo imponía a mi padre el mandato de que dominase la cólera del dey contra vos. No os digo esto porque me lo agradezcáis, que si yo lo hacía, si yo lo hago, era porque tenía..., porque tengo..., porque tendré siempre en el corazón la necesidad de hacerlo. Ahora bien, mi padre lo sabe todo; conoce a todos aquellos con quienes estáis en conjuración contra Hassan-Agá; pero éste no sabe nada, porque mi padre (yo le doy este nombre de corazón, por costumbre y por agradecimiento) no hará nunca nada que pueda enojarme y yo no quiero que nada de lo que pensáis lo conozca el dey.

—Pues yo no dejaré mi proyecto, aunque haya de costarme la vida—dijo Cervantes.

—No lo dejéis: yo os ayudaré; pero como era necesario decirlo lo que acontece para que seáis prudente, necesitaba yo hablaros, y por eso sólo sois venido a mi casa, traído por mi mismo padre.

—¿Y de qué pretexto os habéis valido para decidir a vuestro padre a que a su casa me traiga y me deje en ella a solas con vos?

—Le he dicho que en Madrid y en Roma nos conocimos; que nos amamos; que vos sois el elegido por mí y que necesitaba veros y hablaros. Mi padre no sabe negarme nada; por ahorrarme una sola lágrima sería capaz de incendiar el mundo. Hay, además, una cosa que nos protege: mi padre no ha apostatado verdaderamente y teme que Dios le castigue, que todas las desgracias que le han sobrevenido han sido a causa de su apostasía, y se resigna a la voluntad de Dios. Ahora, señor Miguel de Cervantes, que ya lo sabéis todo y que mi padre os ha convidado a cenar, venid y cenaréis con mi padre, con mi madre y conmigo; después os volveréis a la casa del dey y mañana nos veremos de nuevo.

CAPITULO VIII

Poco después Cervantes entraba con doña María en una cámara donde estaba el hagib Morato y con él una dama como de cuarenta y cuatro a cuarenta y seis años, pero todavía muy hermosa.

Era esta dama de tal manera parecida a doña María que se la hubiera tomado por su retrato. No había otra diferencia que alguna en la edad aparente. Más que otra cosa parecían hermanas. Doña Blanca de Salazar (ya sabemos que así se llamaba la esposa del hagib Morato) estaba vestida a la morisca, como no podía menos de estarlo, y sobrecargada de joyas, como todas las mujeres de los moros ricos. Pero recibió a Cervantes ni más ni menos que como le hubiera recibido una dama española. Le dió la mano, que Cervantes besó. Le hizo sentar junto a ella en el diván y le miró con una profunda atención, con una gran curiosidad. Al cabo de algunos instantes dijo:

—Veo que mi hija no se ha engañado en el retrato que me ha hecho de vos; en cuanto a mí, yo me alegro de conoceros.

—No me alegro yo menos—dijo también en español Morato—, aunque bien quisiera que no nos hubiéramos conocido aquí y manchado yo por mi aparente apostasía.

—Desgracias nos han acontecido a todos—dijo doña Blanca—que de todos nuestros actos nos disculpan; en fin, y para no pensar en esto, que ya no tiene remedio, sabed, señor Miguel de Cervantes, que, a pesar de las apariencias, estáis en una casa de cristianos y que esta casa es muy vuestra.

—Y yo, señora—respondió Miguel de Cervantes—, cautivo o no, soy y seré vuestro más humilde y respetuoso criado.

—Alzad el vuelo, señor Miguel de Cervantes, que más que criado mío os quiero yo—dijo sonriendo doña Blanca—; y puesto que es ya tarde, y por haber pasado la hora de costumbre tendréis apetito, a cenar vamos, y de sobremesa, sin que nadie que pueda denunciarnos pueda oírnos, hablaremos a nuestro placer.

—Tanto más—dijo Morato—que yo le he convidado.

—No me quitéis el mérito del convite, padre mío—dijo doña María. Y besó a Morato en la frente.

El renegado se estremeció y besó a doña María en la mejilla. Luego todos siguieron a doña Blanca. Llevólos ésta a una cámara magnífica, aunque de poca extensión, en medio de la cual había una mesa redonda, de la altura de las de España, y servida completamente a la española. Tal vez esto era porque Cervantes había sido convidado. Hacía ya años que Miguel no había visto una cosa semejante, y se le entristeció el alma.

—Antes de que nos sentemos a la mesa, y porque comáis con más gusto—dijo doña Blanca—, venid conmigo, señor Miguel de Cervantes—y entrando con él en una cámara inmediata oprimió el resorte de una puerta secreta, y tan disimulada, que nadie hubiera podido apercibirse de ella, y entraron en un pequeño oratorio, en que había tres altares.

—He aquí lo que os dice bastantemente, señor—dijo doña Blanca con acento melancólico y triste—, que estáis en una casa de cristianos y que nuestra fe nos tiene constantemente en el peligro de ser martirizados; pero no importa: una vez descubiertos, sufriríamos con resignación el martirio.

—Dios os sacará triunfantes por vuestra fe de todas vuestras desgracias—dijo Cervantes.

—Esta capilla está consagrada—dijo doña Blanca—, y en una pequeña sacristía, a que conduce aquella puertecilla, hay ornamentos y vasos sagrados. Alguna vez que su cruel amo libra de sus hierros al virtuoso y santo sacerdote don Antonio de Sosa y por la ciudad andar le deja, viene aquí y celebra para nosotros, secretamente, el santo sacrificio de la misa. El día que esto sucede, sentimos una felicidad inmensa.

Doña Blanca se arrodilló. Cervantes se arrodilló también. Ambos oraron durante algunos minutos. Se alzaron en fin. Algo conmovedor lucía en el semblante de doña Blanca. Salieron. Doña Blanca cerró la puerta secreta y volvieron a la cámara donde la mesa estaba servida.

—Ahora que no podéis dudar de que estáis en casa de cristianos, aunque con todas las apariencias musulmanas, cenemos. Podemos hablar libremente. Todos los esclavos y esclavas están recogidos, y lejos, y quien nos va a servir es una cristiana como nosotros y parienta nuestra.

Doña Blanca hizo sentar a Cervantes sobre cuatro o cinco cojines que daban la altura de una silla. A su derecha se sentó ella. A su izquierda, doña María. Frente a él, Morato.

Doña Blanca llamó y apareció en el momento, vestida a la morisca, con su luenga túnica parda y una toca blanca en la cabeza, una señora, que tal podía llamársela por la distinción, y

ya de edad provectora. Era aquella doña Inés Gómez de Salazar, que había ido a España, pasando por parienta de doña María, o doña Magdalena, como queramos llamarla.

Llevaba en las manos una gran fuente de plata, que puso sobre la mesa y estaba llena de alcuzcuz. El alcuzcuz es una pasta hecha con flor de harina, manteca y miel de abejas, hecha granos más o menos grandes, cocidos después con leche, plato exquisito cuando está bien hecho y viene a parecerse al arroz con leche español.

Doña Blanca llenó las copas de un admirable vino tinto de Baza. Bebieron sin empacho alguno, como que cenaban a la usanza cristiana y nadie los veía.

Tras el alcuzcuz, que bien se hubiera podido dejar para postre, vinieron los *antes* (lo que después se llamó *principios*, porque se servían no después, sino antes de la olla podrida). Estos *antes* consistían en carne, pescados y aves. Luego salió a la luz una magnífica empanada de olla podrida, a la que no faltaba nada: ni aun chorizos y la albóndiga. Después las ensaladas, las frutas secas, los quesos, las frutas frescas, las confituras. Se sirvieron con los postres exquisitos vinos generosos de España, Italia y Francia.

No sólo había cenado a la española Miguel de Cervantes, sino que también de una manera suculenta, como en una casa rica donde se sabían tratar bien. Durante la cena hablaron libremente de las cosas de Argel, de los propósitos que podía tener España sobre el turco, y de las esperanzas de Morato de salir con bien de aquella tierra, en que todos ellos, aun los que no lo eran, podían considerarse como cautivos. Doña Inés Gómez de Salazar, que los escuchaba, era persona de confianza y echaba también su cuarto a espadas.

Era ya muy avanzada la noche. Cuando se levantaron de la mesa, ambas señoras se despidieron de Cervantes para recogerse. Este quedó solo con Morato. Le condujo a través de la enorme y rica casa al mismo lugar en que le había dejado anteriormente.

—Aquí os quedaréis—le dijo—; quien os ha de guiar por el camino que falta no tardará en venir. Y con el gesto profundo como la vez anterior, salió.

Cervantes se quedó solo e impaciente. Esperaba a doña Magdalena. En efecto, poco después, doña Magdalena llegó, vestida de hombre.

—¿Qué es esto?—dijo Cervantes, al ver con aquel traje a doña Magdalena.

—Esto es, amigo mío—dijo ella—, que yo quiero demostraros que no os he ofrecido en vano ayuda; vamos a ir a un lugar en el que os alegraréis de encontraros. Seguidme.

Cervantes se fué en seguimiento de doña Magdalena, que le sacó de la casa, abriendo y cerrando por sí misma las puertas. Cuando estuvieron fuera, doña Magdalena dijo:

—Vamos a la Alcazaba. Debéis hacer que Hassan-Agá os vea antes de que se recoja.

—Ya se habrá recogido y Abigail me habrá disculpado.

—Es necesario que salgáis con Abigail.

—¿Con Abigail?

—Sí; necesito hablar con ella. Y andemos de prisa, que es ya tarde y necesitamos llegar antes de que se recojan a la casa del arraez Arnaute-Mamí.

Poco después llegaron a la Alcazaba.

—Aquí os espero—dijo doña Magdalena—; no tardéis en volver, y con Abigail.

Los alrededores de la Alcazaba no eran muy seguros. Estaba rodeada, por la parte de la ciudad, de callejuelas estrechas y tortuosas, cruzadas acá y allá por arcos, que las hacían de todo punto sombrías. Entre aquellas callejuelas había una plazuela, conocida por la de Ain-al-nossur (*fuentes de las Águilas*), y en ella, al lado de la fuente, que estaba en un ángulo, se alzaba un caserón de ladrillo y madera que, a pesar de las ordenanzas de la ciudad, que mandaban que después de la oración de la noche estuviesen cerradas todas las casas y apagadas todas las luces, continuaba franca, como si fuese de día, para todo el que quería entrar y salir, que no tenía necesidad de otra cosa que empujar la puerta, detrás de la cual, acurrucado en una especie de nicho o agujero, había un negro, cojo y jorobado, al que se daban algunos tarines, merced a los cuales se podía penetrar en el interior de aquella casa.

Una vez en su patio, que precedía a las habitaciones, se veían en el alto muro algunos ajimeces, por cuyas celosías se dejaba ver el leve resplandor de una luz. Con mucha frecuencia estas luces iban y venían. No era tampoco raro oír el sonido de una guzla, acompañando a una voz de mujer más o menos fresca, más o menos sonora, que cantaba canciones no muy edificantes. Alguna vez era un hombre el que se oía cantar, a la manera de nuestros *cantaos* de Andalucía. Ni era raro que se oyese dentro estruendo de zambra, ni tampoco el que saliesen arremolinados dándose de puñaladas algunos hombres revueltos con mujeres, que no lograban ponerlos en paz.

Aquella casa era la fonda de Benadux.

Concurrían también rufianes y ladrones y allí se proyectaban la mayor parte de los robos que con gran frecuencia en la ciudad se hacían. Por esto Cervantes, que conocía harto bien las costumbres de Argel, había dejado con inquietud a doña Magdalena fuera de la Alcazaba, en una callejuela inmediata a la plaza de Ain-al-Nossur.

Doña Magdalena sabía también el lugar en que se encontraba y no temía.

Apenas había pasado la poterna de la Alcazaba Cervantes, se oyó el agudo sonido de un silbato. Aquel silbido, que se había extendido penetrante y poderoso en el silencio de la noche, lo había producido doña Magdalena, vuelta hacia el fondo de la callejuela que iba a desembocar en la plaza de Ain-al-Nossur, y apenas había resonado cuando de entre la sombra salió una especie de fantasma, que se acercó.

—¿Quién eres tú que llamas a los *hermanos del Tigre*?—dijo aquel fantasma, con una voz gutural, ronca y destemplada.

—La eternidad es oscura, y en su fondo, invisible a los hombres, arde la ira de Dios—dijo Magdalena.

Estas palabras eran una seña.

—Dios te bendiga, enviado de Allah—dijo el fantasma.

—Estad prontos—dijo doña Magdalena.

—Poderoso señor, manda; tu siervo está ante ti.

—Vete con cincuenta *hermanos* a ocultarte junto a la casa del arraez Arnaute-Mamí.

—Iré, señor invencible.

—Deja entrar a los que llegaren—dijo Magdalena—, pero apodérate de todo el que saliere y no te dejare oír la seña de la hermandad.

—Muy bien, poderoso señor.

—Vete.

No pasó mucho tiempo desde que el *hermano del Tigre* se separó de doña Magdalena, hasta que sobrevinieron Cervantes y Abigail. Esta venía cuidadosa. Como doña Magdalena no le había encargado el secreto, y Cervantes no sabía mentir, había contado a Abigail su visita a casa del arraez Maltrapillo, lo que en ella le había acontecido y que doña Magdalena, en traje de hombre, los estaba esperando.

Doña Magdalena ordenaba como un general y no era menos, a pesar de su condición de mujer, que el segundo jefe de una sociedad o grupo muy numeroso de conspiradores.

Abigail había conocido en Roma a doña Magdalena en casa

de Julio de Aquaviva y como hermana suya. Abigail y doña Magdalena se habían llevado muy bien hasta el momento en que en el palacio de Atri la había obligado, junto con Staglioni, a tomar el narcótico que la había hecho pasar por muerta a los ojos de doña Magdalena. Por lo demás, Abigail no había tenido anteriormente ocasión de tener celos de doña Magdalena. Esta, viendo a Cervantes consagrado a su hermana Beatriz, había devorado su amor. Sin embargo, la presencia de doña Magdalena en Argel, como hija del hagib Morato, había puesto muy en cuidado a Abigail. Podía suceder muy bien que doña Magdalena se hubiese enamorado de Cervantes, y Abigail sabía muy bien cuánto era hermosa y tentadora doña Magdalena. Sin embargo, astuta siempre, y siempre dueña de sí misma, cuando se acercó a doña Magdalena, tendióle las manos y le dijo:

—Dios os guarde, hermana mía; no creía yo, ciertamente, que tendría la felicidad de encontraros en Argel.

—Pues aquí me tenéis, gracias a la misericordia de Dios que nos favorece, porque yo puedo mucho y haré mucho por vosotros.

—Muchas gracias, hermana mía—dijo Abigail—. Ahora permitidme que os manifieste mi asombro: yo os creía hermana natural de Julio de Aquaviva, y ahora, según Miguel me ha dicho, os encuentro hija del hagib Morato.

—Esas son historas—dijo doña Magdalena—que conoceréis en mejor ocasión, hermana mía. Lo que importa mucho es que cuanto antes vayamos a la casa de arraez Arnaute-Mamí, que esto conviene para la buena prosecución de la empresa en que os habéis metido.

—¿Sabéis que nosotros estamos empeñados en una empresa?—dijo con cuidado Abigail.

—Por fortuna para vosotros, porque sin mí, esta empresa os sería muy difícil y tan peligrosa que tal vez os llevaría a la muerte. Pero no perdamos tiempo; seguidme, y silencio—y se puso en marcha.

Cervantes y Abigail la siguieron. Ambos iban profundamente preocupados. Doña Magdalena tiró hacia la parte baja de la ciudad. Un bulto que había salido de la Alcazaba, sin ser notado de Cervantes ni de Abigail, les siguió. Ya sabemos que estaban vigilados.

Doña Magdalena llegó, en la parte baja de la ciudad, a la plaza de los *Alfaracés* (caballeros), y llamó a una gran casa que en ella había, cerrada por la parte de afuera por un alto

muro almenado, y en el cual no había más perforaciones que una puerta de herradura, y sobre ella un doble ajimez. Era la casa del arraez Arnaute-Mamí.

Doña Magdalena llegó decididamente a la puerta de la casa y tiró de una cuerda que pendía por la parte exterior. Sonó inmediatamente una pequeña campana. Poco después se abrió la puerta y apareció un esclavo.

—¿Qué queréis?—preguntó con un feroz gruñido.

—Vengo a ver a tu amo, con estos mis amigos—dijo doña Magdalena—. Yo soy de la casa del arraez Maltrapillo.

A este nombre, que conocían harto todos los argelinos, que sabían que el otro dey de Argel era el hagib Morato, la expresión grosera y amenazadora del esclavo desapareció para trocarse en la más profunda humildad.

—Pues vienes a mal tiempo, noble señor mío—dijo el esclavo—, porque mi amo está en el baño de los cautivos, donde ha ido a mandar empalar a dos perros cristianos que nos traen a mal traer.

—¡Ah!, pues llévanos, llévanos al momento, y de orden del dey—dijo doña Magdalena—, al baño de tu señor.

El esclavo cerró la puerta. Encendió un farol, y se puso en marcha, seguido de doña Magdalena, de Abigail y de Cervantes. Atravesaron un patio y un cuerpo de edificio, que en su piso bajo se mostraba, no menos rico que el palacio del hagib Morato, y salieron muy pronto a los jardines que estaban a la espalda de la casa, hacia la parte de la marina.

Allí el farol era inútil. La luna bañaba de lleno con su dulce luz el bello jardín. Más allá se veía la mar, argentada por aquella luz pálida. Al fondo del jardín se veía un muro de poca altura. Aquel era el baño. Llegaron y entraron.

—La eternidad es oscura, noble arraez—le dijo doña Magdalena, entrando—, y la ira de Dios arde en su fondo, sin que puedan verla los hombres.

—Dios sólo es Dios, y Dios sólo es creador—dijo Arnaute-Mamí, volviéndose y mirando de una manera afable a doña Magdalena—. ¿Y quién eres, joven?

Conocía demasiado a doña Magdalena, y tanto, como que se había enamorado de ella y con ella había querido casarse. Pero en aquel traje la había desconocido.

—Yo soy Saruh-Yemal—dijo de manera que nadie pudo oír estas palabras más que el almirante Arnaute-Mamí.

Púsose éste pálido, tembló de emoción, se le encandilaron los ojos, y le dijo:

—¿Y a qué vienes aquí tú, sultana, y en este traje, a buscar a tu esclavo?

—Vengo a buscar al *Tigre de los tigres*—dijo doña Magdalena con serena voz.

Esto significaba que Arnaute-Mamí era el jefe de aquella sociedad secreta de los *Hermanos del Tigre*.

—Ven conmigo si quieres, estrella de la mañana—dijo Arnaute-Mamí.

—No será sin que antes mandes quitar esas palas; cuando yo vengo a tu casa, no ha de descender a ella la muerte.

—Sea como tú lo quieres—dijo Arnaute-Mamí—; que vivan los traidores una noche más—y mandó que todos los cautivos se fueran a recoger en sus celdillas.

—Diles, antes de que se recojan, que no se va a ejecutar a nadie, ni ahora ni mañana, ni de aquí en un mes, para que esos tristes puedan reposar tranquilos.

Arnaute-Mamí se plegó a este nuevo deseo de doña Magdalena. Los cautivos supieron que de allí en un mes no tendría lugar en el baño de Arnaute-Mamí crueldad alguna. Quedó el baño abandonado, sin más personas que el arraez, doña Magdalena, Abigail, Cervantes y los esclavos que empezaban a desarmar los horribles patíbulos.

—Vamos a un lugar más propio de ti, rosa de Hiram—dijo el almirante, tomando con una exquisita galantería una mano a doña Magdalena.

La condujo. Detrás se fueron Cervantes y Abigail. Atravesaron los jardines y entraron en el piso bajo. Allí, en un gabinete, del cual daba al jardín una bella arcada, por la que penetraba la luna y las brisas del mar que se veía a lo lejos, se detuvo el almirante. Una lámpara de seda verde claro, pendiente de la cúpula, esparcía por el gabinete su luz amortiguada, produciendo bellísimos efectos en las labores doradas sobre blanco del tapiz de los muros y del rico artesonado.

Como en todas las cámaras de verano de los palacios árabes, en el centro de aquella brotaba una clara fuente. Al testero principal había un ancho y magnífico diván flanqueado por dos pebeteros, y acá y allá, sobre pequeñas y bellas alfombrillas, se veían ricos cojines.

Llevó Arnaute-Mamí a doña Magdalena al diván y la hizo sentar en él. Sentóse él en un cojín. Hizo seña a Abigail y a Cervantes de que se sentaran. Estos lo hicieron a poca distancia del diván, quedando uno a un lado y otro a otro de Arnaute-Mamí. El esclavo portero había desaparecido. El almi-

rante llamó. Inmediatamente se presentaron algunas hermosas esclavas.

—Traed—les dijo—leche, confites y frutas.

Desaparecieron las esclavas.

—Inútilmente has pedido eso—dijo doña Magdalena—, pero te lo agradecemos; acabamos de cenar todos y no traemos otro objeto sino el de que nos sirvas en lo que tenemos que pedirte.

—¿Y qué tienes que pedirme, hada del amor?—exclamó Arnaute-Mamí.

—Dos cautivos tuyos—dijo doña Magdalena.

—Llévate todos los de mi baño, si así te placiere—dijo Arnaute-Mamí—; todos ellos no valen lo que mi amigo el gran cristiano estropeado, que fué un tiempo cautivo de tu padre—y saludó a Cervantes.

—Tú eres un buen caballero, Emir-al-má (almirante)—dijo Cervantes—; y yo te estoy muy agradecido de la buena voluntad que siempre me has mostrado.

—No ha sido todo lo que tú mereces—dijo Arnaute-Mamí—, ni lo que merece ese hermoso mancebo que te acompaña.

Abigail saludó.

—Mucho debéis valer, cuando de tal manera os distingue y honra Hassan-Agá, mi señor—dijo Arnaute-Mamí—; que ya sé yo que sois inquietos y que no está muy tranquilo por vosotros el dey.

—Nosotros le servimos cuanto mejor podemos—dijo Abigail—, y, si recela de nosotros, será a causa de alguna lengua mal-diciente.

—Ya más de una vez—dijo con un tono de severidad Arnaute-Mamí—, el gran cristiano estropeado ha pretendido fugarse con otros cautivos. Hassan-Agá me dice a cada paso: «Yo no sé cómo esto es; pero yo debía empalar a mi cristiano estropeado y, en vez de empalarle, cada día le pongo más sobre mi cabeza.»

—Hassan-Agá—dijo doña Magdalena—es un lobo.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó Arnaute-Mamí, mirando de una manera vaga a doña Magdalena.

—Hassan-Agá—continuó ésta—cree que todos somos esclavos suyos.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó creciendo en vaguedad el almirante.

—Argel estaría mucho mejor gobernado si le gobernaras tú—dijo doña Magdalena.

—¡Silencio!...exclamó Arnaute-Mamí, que aparecía muy conmovido—. No sabemos si alguno nos escucha.

En aquel momento entraron seis hermosas esclavas mulatas. Dos de ellas traían una mesa redonda de poca altura, cubierta con un mantel muy limpio y en ella servidas jarras con leche y vino de naranja, confituras y frutas secas. Dos de ellas traían guzlas, y las otras dos parecían, por su traje y por sus adornos, *bayaderas*, esto es, bailarinas.

—Tomad, aunque no sea más que por cortesía, algo de mi refresco—dijo el almirante.

Y llenó cuatro copas de leche y otras cuatro de zumo de naranjas. Todos tomaron. Las esclavas de las guzlas se sentaron en el suelo, y tocaron y cantaron. Las dos bailarinas se entregaron a un baile muy semejante al fandango. Pero más pausado a veces; más precipitado otras. Al fin, las otras dos que habían llevado la mesa, sin que nadie se lo mandara, y como arrastradas por un impulso irresistible, se entregaron también al baile. Entonces este baile se animó de una manera extraordinaria. Las cuatro giraban alrededor de la mesa, y se inclinaban hacia los convidados y hacia su señor, sonriendo de una manera voluptuosa y agitando dulcemente los brazos, balanceando sus talles, dejando admirar la redondez de sus caderas. Al fin aquel baile fué un vértigo.

De improviso, el almirante dió una palmada. Cesaron las guzlas, cesó el canto, cesó la danza.

—Llevaos eso—dijo Arnaute-Mamí.

Las esclavas se llevaron la mesa y desaparecieron. Arnaute-Mamí quedó solo con los convidados, que habían tomado muy poco del agasajo, como por no desairar a Arnaute-Mamí. En cambio éste lo había hecho muy bien: se había comido casi todo lo que ellos no habían tocado. Luego se levantó y salió por uno de los extremos de la sala. Se oyó a poco el rechinar de un cerrojo. Apareció de nuevo, atravesó la sala y desapareció por el otro extremo. Se oyó otro cerrojo que se corría. El almirante se encerraba para no poder ser escuchado. Apareció de nuevo, y fué a sentarse junto a doña Magdalena.

—La traición nos cerca por todas partes—dijo Arnaute-Mamí, que parecía no tener ojos más que para doña Magdalena—; el recelo ha llegado a tal punto que Hassan-Agá nos corrompe nuestros mismos esclavos para que le cuenten lo que pasa en nuestra casa. Ninguno puede saber cuánto tiempo tendrá la cabeza sobre los hombros.

—El sultán prepotente y vencedor—dijo doña Magdalena—oiría nuestras quejas, si las enviáramos a sus oídos.

—¿Y por qué hemos de quejarnos?—dijo el prudente Arnaute-Mamí, que sabía bien, y por ello sentía una gran envidia, que el arraez Maltrapillo, padre, según todo el mundo creía, de la hermosa Saruh-Yemal, era el gran amigo, el favorito de Hassan-Agá—. ¿Acaso el dey de Argel no sirve fielmente al sultán vencedor, que Dios prospere? ¿No es un rayo en la pelea? ¿No tiemblan por él aterradas las playas de los cristianos?

—Hassan-Agá es cruel sobre todas las crueldades—dijo doña Magdalena—. Ha llegado ya hasta la locura del exterminio; no puede pasar un solo día sin matar a un hombre; mi padre, a pesar de que el dey le llama su gran amigo, ha llegado a sentir terror por él.

—¿Te envía tu padre?—dijo con una mal contenida ansiedad Arnaute-Mamí.

—Ya sabes que lo que yo digo, mi padre lo respeta—contestó doña Magdalena.

—Sí, ya sé que en tu casa no hay otra voluntad que la tuya—dijo Arnaute-Mamí—. Si así no fuera, hace ya algunos años, desde antes del día en que partiste, yo no sé para qué, a tierra de cristianos, serías mi esposa.

—No lo ha querido Dios—dijo doña Magdalena—, puesto que, aunque yo te respete y te reverencie, no he sentido por ti el amor que era necesario que yo sintiese para ser tu esposa.

Suspiró profundamente Arnaute-Mamí y miró con una mayor intensidad a doña Magdalena. Cervantes se sentía incómodo. Abigail, celosa. Veía que a Cervantes le sentaban muy mal las enamoradas galanterías que, sin rebozo alguno, prodigaba a Saruh-Yemal Arnaute-Mamí. Observaba también que las miradas de doña Magdalena se volvían con demasiada frecuencia hacia Cervantes, impregnadas de un no sé qué de dulce y ardiente. Abigail se iba convirtiendo en demonio, como siempre que se sentía contrariada en el alma, y sobre todo en su amor a Cervantes.

—Yo no creo que un arcángel como tú quiera armarme una trampa de lobo—dijo el almirante.

—Para perderte, Emir-al-má—exclamó doña Magdalena—, no tendría yo necesidad de otra cosa que de pedir tu cabeza a mi padre; para dármela, se la pediría mi padre al dey, que no se la negaría.

—Es verdad, huiré del paraíso—exclamó Arnaute-Mamí—; tú

eres señora de la vida y de la muerte, para mí y para todos los que en este Argel vivimos y aun más allá; debo creer, pues, en la sinceridad de tus palabras.

—Harás bien en creer en ellas, como yo he creído que podía confiarme a ti, contando con tu lealtad.

—Antes de perderte, si eso fuese posible, sultana—dijo Arnaute-Mamí—, me dejaría yo atenacear y despedazar luego por cuatro potros.

—Nosotros somos poderosos—dijo doña Magdalena—; nosotros somos los hermanos mayores de la terrible *Hermanidad del Tigre*. Hace mucho tiempo que tú conspiras contra el dey; pero no tienes bastante fuerza. Tú deseas que el sultán cifia a tu cabeza la corona de Argel.

—¡Calla!... ¡Calla!...—exclamó el almirante—; que nos puede oír el aire.

—No podemos rebelarnos contra él—dijo doña Magdalena—, porque esto sería rebelarnos contra el Gran Señor a cuyo nombre reina en Argel; no podemos matarle, ni por el puñal ni por el veneno, porque el Gran Señor, que por su valor de león le ama, nos pediría cuenta de su muerte; pero podemos quejarnos en justicia; podemos poner ante los ojos del sultán las crueldades y las tiranías de ese hombre y, más aún, sus latrocinios, que no son en provecho del sultán, sino en el suyo propio; y el sultán, que es justo y prudente, le llamará a Constantinopla y, teniendo que nombrar otro dey para que en su nombre gobierne a Argel, no hay duda alguna de que tú serás el elegido.

—¿Y por qué no tu padre?—dijo, afectando la mayor sinceridad el almirante.

—¿Tú o mi padre, qué más da?—dijo doña Magdalena.

—Es verdad—dijo Arnaute-Mamí.

—Además—continuó doña Magdalena—, mi padre tiene la ambición satisfecha, y sabe bien que el que reina sufre más que goza; feliz se está en su casa, al lado de su mujer y de su hija; tú eres otra cosa; a ti te deslumbra el reinar.

—Por ti, porque he creído que viéndome dey, me amarías.

—Yo no quiero ser reina más que de un corazón, y ese corazón no es el tuyo, Arnaute-Mamí. En mi corazón, para ti, no hay más que amistad.

Sucedió un momento de silencio. Arnaute-Mamí estaba muy excitado. Cervantes no sabía a dónde quería ir a parar doña Magdalena. Abigail se sentía a cada momento más y más celosa.

—Mucho debes confiar en el cristiano estropeado y en su amigo el Agá-Wazir—dijo al fin el almirante—, cuando ante ellos hablas de cosas que pueden traer la muerte.

—Confió yo en ellos como en mí misma—dijo doña Magdalena.

—Pues si tú confías, ¿por qué no he de confiar yo?—dijo Arnaute-Mamí.

—Dejemos esto por ahora, que ya, y no tardando, hablaremos largamente de ello, y vengamos a lo que principalmente me ha traído a tu casa.

—Te ha traído el Altísimo para contento mío—dijo el almirante.

—Nada sucede sin que el Altísimo lo quiera—dijo doña Magdalena—; he venido a pedirte dos cautivos tuyos.

—Ya te he dicho, alegría de Dios, que puedes llevarte todos los cautivos de mi baño.

—Me basta con solo dos, que son cristianos y españoles.

—¿Cómo se llaman?

—Se llama el uno don César Esteban de Chouzan.

Cervantes se irguió, y a Abigail le dió un salto el corazón. ¿Para qué quería a don César doña Magdalena?

—¡Don César Esteban de Chouzan!—exclamó de una manera profunda Arnaute-Mamí—. Me pides más de lo que yo creía. ¿Y quién es el otro?

—Un amigo del primero: un español que se llama Baltasar Carreño.

—¡Otro infame!—exclamó Arnaute-Mamí—. Ellos eran los que yo quería empalar esta noche.

Abigail se había irritado más y más. El asombro de Cervantes crecía.

—¿Y qué han hecho esos dos para que determinaras empalarlos, tú, que no eres tan cruel como el dey; tú, que no matas a un hombre si no tienes razón para ello?

—Los he sorprendido en el jardín de mi harem, donde les esperaba, para escapar con ellos, una de mis cautivas más hermosas, y habían ya escalado el muro del jardín del baño.

—¿Y es cristiana esa cautiva?—dijo doña Magdalena.

—¡Y tan cristiana!, como que es de Roma, cabeza de la cristiandad.

Se sobresaltó Cervantes. Abigail sintió arder en su alma la ira y un odio de demonio.

—¿Y es hermosa esa cautiva?—dijo doña Magdalena.

—Después de ti, portento de belleza, yo no he visto otra mujer más hermosa que ella en el mundo.

Cervantes se acongojó más y más. El corazón y la cabeza de Abigail eran un infierno. Doña Magdalena notaba la perturbación de Cervantes y de Abigail.

—Quiero esa cautiva—dijo doña Magdalena—; mi padre te pagará por ella y por los otros dos lo que estimes por ellos.

—Estimo únicamente el deseo que por ellos tienes—dijo Arnaute-Mamí—. ¿Qué puedes tú querer, arcángel, que yo no quiera darte?

—Pues bien: dame esos cautivos.

—En el momento—dijo, levantándose el almirante.

—No, ahora no—dijo doña Magdalena—. Envíalos mañana a mi casa.

—Los enviaré.

—Ahora, mi buen amigo Arnaute-Mamí—dijo doña Magdalena, levantándose—, adiós.

—Deja, sultana, que yo franquee la salida y que vaya sirviéndote—y se levantó y los precedió.

Salió de la sala. Abrió una puerta. Poco después, habiendo atravesado un patio extenso, llegaron a la puerta de la casa. Allí se despidieron.

—No olvides lo que te he dicho—dijo doña Magdalena a Arnaute-Mamí—; mañana al amanecer espero a esos tres cautivos en mi casa.

—Los tendrás.

—Que vaya tu *chaya* con una buena bolsa para el dinero.

—Llevará una rica bolsa con un presente para ti—dijo el almirante.

Salieron. El almirante quedó en la puerta, hasta que los tres se perdieron por una oscura callejuela.

CAPITULO IX

Apenas habían entrado en aquella callejuela, cuando cayeron sobre ellos en tropel un gran número de hombres. Toda defensa era imposible. Fueron cercados, dominados, sujetos e inmediatamente los separaron.

Abigail, conducida a una callejuela inmediata, fué metida en uno de esos palanquines cerrados que usan las moras ricas. Sus raptos caminaban muy de prisa. Ella no veía nada. Sólo sentía, por el movimiento del palanquín, el rápido paso de los que la conducían.

Las puertas de la ciudad no estaban cerradas aún. Los raptos de Abigail se lanzaron al campo.

Una vez fuera de la ciudad por la parte de Levante, los raptos de Abigail descendieron rápidamente el repecho que, en suave declive, llegaba hasta la marina, y en llegando a ella, siguieron a gran paso, a la lengua del agua.

Caminaron así de prisa largo rato, hasta llegar a una pequeña ensenada. En ella aparecía un barco negro, largo y estrecho, de muy poca borda, con dos palos y dos grandes velas latinas. Este barco estaba pegado a las rocas, como atracado a ellas.

Los del palanquín continuaron y entraron al barco. Abigail fué sacada del palanquín y metida en el tabuco de proa, que era poco mayor que el palanquín. La puerta del tabuco, o más bien la escotilla, se cerró inmediatamente.

—A la palamenta—dijo entonces el hombre que parecía jefe de aquella gente.

Los galeotes, que dormían sobre los dieciséis bancos de la almadía, despertaron bajo el corbacho del capitán y se asieron a los remos. Poco después la almadía, rápidamente impulsada, salía del barranco y ganaba el mar. Una vez allí, los remos eran inútiles. La brisa era bastante para impulsar rápidamente al barco. Los galeotes recogieron la palamenta. La almadía costó hacia el Levante y pronto se perdió tras los accidentes de la ribera.

En cuanto a Cervantes, los que le conducían en peso le llevaron dando vueltas por las solitarias callejuelas de la ciudad. Al cabo de media hora se detuvieron con él cerca de la Alcazaba. Allí le dejaron en tierra.

—Señor Miguel de Cervantes—le dijo uno, que sin duda era renegado, porque hablaba el español como si hubiera sido su lengua nativa, y con un marcado acento de castellano viejo—: se os va a desatar; no os dejéis llevar de vuestro valeroso aliento, porque nada conseguiríais; somos diez contra vos, y no tenéis armas. Cuando nos hayamos alejado, encontraréis vuestro yatagán, vuestra guma y vuestros pistoletes a la vuelta del cabo de la Torre Negra. La Alcazaba no se ha cerrado aún. Meteos en ella, y haced como si no supierais nada de lo

que ha acontecido. Esperad a que se os avise. Alentad. Estáis en muy buenos términos.

El hombre que acababa de decir estas palabras a Cervantes era de elevada estatura. Le envolvía un albornoz pardo y con su capuz se cubría completamente el semblante. Apenas acabó de hablar, cuando, así como los otros, volvió a Cervantes las espaldas, y todos dieron a correr.

Cervantes permaneció por algún tiempo inmóvil. La aventura que por él acababa de pasar era de tal manera grave que no sabía qué pensar de ella. La importancia de esta aventura dominaba a la cólera que le había causado el verse acometido de improviso por un número de hombres a que no había podido resistir, y tanto más, cuanto que le habían sujetado, cogiéndole de improviso, antes de que hubiese podido echar mano a sus armas.

¿A quién habían obedecido aquellos hombres que le habían sujetado, y arrebatado y conducido en peso y que habían acabado por llevarle a la misma puerta de la Alcazaba? Al ser sorprendido Cervantes había creído que aquellas gentes eran de Hassan-Agá. Pero no podía continuar creyendo esto, cuando sus raptos le habían dejado libre a la puerta de la Alcazaba. Además, se le había hablado con respeto, y se le había dicho que todo iba bien.

Dándole vueltas a su pensamiento, Cervantes creyó que aquella aventura había sido cosa de doña Magdalena. Tal vez enamorada de él y celosa de Abigail, había querido librarse de ella. O tal vez había temido que Abigail pudiese vender el secreto y se había asegurado, apoderándose de ella, para lo cual se había apoderado también, aunque momentáneamente, de él. Cervantes estaba extraordinariamente preocupado. Sonó entonces el redoble de un tambor dentro de la Alcazaba. Iban a cerrar. No se podía detener. Se le había avisado de que se entrase en la Alcazaba e hiciese como si absolutamente no tuviese noticias de lo que había acontecido. Tal vez era prudente seguir este aviso.

Se fué a la vuelta del cabo de la Torre Negra, y allí, en un oscuro rincón, encontró su yatagán, su guma y sus dos pistoletes. Se ciñó sus armas, y entró en la Alcazaba a tiempo que el alcaide cerraba la puerta. Nada había que extrañar de que uno de los cautivos del dey, que pertenecía a su servidumbre inmediata y que gozaba de su favor, volviese de afuera a la misma hora en que la puerta de la Alcazaba se cerraba.

Es necesario convenir en que lo que le acontecía a Cervantes

era para volver loco a otro que no hubiese tenido la sangre fría y el gran valor que tenía él. Pensó en sí, para cubrir las apariencias, debía avisar o no a Hassan-Agá, de que Abigail no estaba en la Alcazaba. Consultando estaba esto consigo mismo, cuando llamaron muy quedo a la puerta. Se levantó Cervantes del lecho donde se había arrojado, fué a la puerta y la abrió. Entró una ruin persona. Un negro, viejo y jorobado, vestido completamente de rojo. Aquel negro servía en el harén de Hassan-Agá. Se llamaba aquel jorobado Alí-Kaber, y por sobrenombre, a causa de su figura, el *Ximio*.

Entró y miró en torno suyo con aire misterioso.

—¿Qué es del buen Sidy-Agá-Wazir?—dijo el *Ximio*, fijando sus penetrantes y móviles ojillos en Cervantes.

—¿Quién te envía?—le preguntó éste.

El *Ximio* dilató los largos y gruesos labios de una manera extraña.

—Tú eres heclícero, gran cristiano—dijo Alí-Kabur.

—Bien... ¿y qué?...—contestó Cervantes.

—Haz que Sidy-Agá-Wazir duerma el sueño de los *siete durmientes*, a lo menos por esta noche, como lo duerme el invencible Hassan-Agá, nuestro señor.

—Explicate—dijo Cervantes.

El jorobado miró en torno suyo con recelo.

—Es necesario que nadie nos oiga—dijo.

—Nadie puede oírnos—respondió Cervantes.

—Pero Agá-Wazir...

—No hay que pasar cuidado alguno por él; Agá-Wazir está donde le retendrán largo tiempo.

—Sígueme entonces—dijo el *Ximio*.

—¿A dónde?

—No puedo decírtelo; pero eres muy afortunado. Yo creo que vas al paraíso.

—¿Me llama acaso la hermosa Fátimah?

—Tú lo has dicho; sígueme.

Cervantes reflexionó.

—Te sigo—dijo al fin, colgándose el yatagán y metiendo en su faja la guma, y salió con el *Ximio*, cerró la puerta de su aposento y guardó la llave.

El jorobado se puso de nuevo en marcha. Pero no tomó hacia las habitaciones del harén, sino que se dirigió al muro del jardín que comunicaba con el jardín del baño de los cautivos del dey. Avanzaba por una senda, entre altos rosales cargados de rosas, dejando sentir un delicioso perfume, que se mezclaba-

ba con el olor marino que traía la brisa. Al salir de aquel florido sendero, se encontró Cervantes en un pequeño espacio despejado, rodeado, a alguna distancia, de frondosos vallados. En el centro de este espacio había un gigantesco nogal. Sentada a su pie, iluminada de lleno por la luna, había una mujer, cuyas joyas, que eran muchas y ricas, lanzaban pálidos destellos. Aquella mujer era Noemí. Al ver a Cervantes se puso de pie. Su alta estatura hacía que el desarrollo de sus formas no perjudicase a su belleza.

—¡Ah! ¡Bendito sea Alláh, que me permite que al fin te vea!...—dijo, yendo a Cervantes y cogiéndole las manos.

—Sí; pero si quieres hablar tranquilamente con el cristiano estropeado—dijo el *Ximio*—, necesario será que los dos venzáis conmigo al lugar que os tengo prevenido.

Cervantes vió venir otra nueva aventura y gravísima. Noemí fijaba en él una mirada profunda y candente. Parecía como extraviada.

—¿Tienes confianza en este hombre?—le preguntó Cervantes.

—Sí—contestó Noemí—; él ama la libertad; quiere volver a ver a los hijos que dejó en su tierra.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡La libertad!...—exclamó el *Ximio*—; ¡qué hermosa es la libertad!... Tú y el gran cristiano seréis libres también...

—Guíanos—dijo Noemí.

Alí-Kabur siguió el muro de los jardines, hacia el Levante. Llegó a un estrechísimo postigo. Se detuvo ante él.

—Yo he limado—dijo—los cerrojos y las cadenas de este postigo, y nada puede impedirnos ya la salida; esperad, sin embargo, voy a sacar de donde lo tengo escondido el saco de cuero que tú me entregaste anoche, sultana—y se alejó.

Desapareció entre los arbustos.

—¿Es esto una fuga, Noemí?—exclamó Cervantes.

—Sí, una fuga y una fuga conmigo—exclamó Noemí, que se mostraba muy agitada—. Tengo miedo. ¡Cuánto tarda el *Ximio*!

En aquel momento apareció éste. Venía cargado con un saco de cuero, que debía ser muy pesado, porque le agobiaba. Esta aventura contrariaba todos los proyectos de Cervantes. Había saltado de repente delante de su paso. Pero, ¿cómo abandonar a Noemí, que había tomado ya una resolución decisiva? Por más que esta resolución causase una gran extrañeza a Cervantes, por más que terriblemente le contrariase, no po-

día abandonar en una situación tal a Noemí. El *Ximio*, sin dejar su carga, abrió el postigo y salió.

—Seguidme—dijo—, pronto estaremos en seguridad—y echó a andar a gran paso, como si absolutamente no hubiese sentido el gran peso que soportaba.

Bajaron por un estrecho y pendiente barranco hacia la marina. Al llegar a la mitad de aquel barranco, el *Ximio* silbó. De una de las quebraduras del barranco salió un beduino con un camello. El animal se arrodilló como para recibir la carga. El *Ximio* puso sobre su aparejo el saco. Pendientes a uno y otro lado del aparejo había dos asientos.

—Subid—dijo a Noemí y a Cervantes.

Ocuparon los dos asientos. Entonces el camello se levantó. El beduino dió al *Ximio* una de las dos espiñargas que llevaba al hombro, asíó el rozal del camello e inmediatamente se empuñó la marcha, siguiendo por la costa hacia el Levante.

Cervantes había acabado por creerse presa de un sueño. Eran demasiadas aventuras. No veía a Noemí, que iba en el asiento de la derecha; pero la oía gemir y suspirar profundamente. No se explicaba aquella situación; no sabía por qué se encontraba envuelto en ella.

El beduino marchaba con una gran velocidad, para no hacer tarda la marcha del camello. Con no menos velocidad iba tras ellos el *Ximio*.

Al fin, el beduino se detuvo en la punta de una ensenada. Allí había una galeota. El *Ximio* lanzó un grito agudo, replicáronle con otro grito semejante desde la galeota y lanzaron en seguida el esquife al agua. Llegaron y atracaron. Noemí y Cervantes entraron en el esquife.

El *Ximio* puso en él el pesado saco, dió algunas monedas al beduino y saltó dentro también. El beduino montó en su camello y se alejó rápidamente hacia el Levante.

—Bogad, y cuanto antes, a las costas de España—exclamó Noemí, impaciente y ansiosa.

Cervantes se aturdiría más y más. Sentía alegría, de una parte; tristeza, de otra. Se acordaba de Abigail; recordaba a doña Magdalena. Y en medio de estos recuerdos, saltaban los de Paulina y Beatriz.

El esquife avanzaba raudo, impulsado por cuatro remeros. Parecían griegos. Al fin llegaron a la galeota y saltaron a bordo. Un joven corsario salió al encuentro de los fugitivos y les condujo al camarote de popa. Poco después la galeota zarpaba con rumbo a España.

Apenas estuvieron en el camarote donde el *Ximio* había depositado su saco, cuando Noemí se arrojó llorando en los brazos de Cervantes.

—¡Ah! ¡Yo te amo!—exclamó—. Yo soy tuya, yo soy libre contigo.

Cervantes la separó blandamente de sí y la hizo sentar en un diván que había en el camarote, que estaba adornado de ricos tapices. Se había hecho todo lo posible para que en aquella galeota corsaria hubiese comodidades y aun lujo.

—Yo no te comprendo, Noemí—dijo Cervantes—; pues qué, ¿no amabas tú a Hassan Agá?

—Yo no he sentido por él nada que se pareciera al amor—dijo Noemí—, hasta que me hechizaste tú.

—¡Yo!—exclamó Cervantes.

—Sí, tú eres un poderoso hechicero; los ángeles buenos y los ángeles malos obedecen a tus conjuros.

Cervantes no sabía que Abigail, para aliviar su suerte, para arrancarle del baño y llevarle junto a sí, había hecho creer a Noemí que él era hechicero. Por eso su asombro. La preocupación que le dominaba crecía. Se encontraba libre, con una mujer hermosísima que huía con él, enamorada, y trayéndose consigo un tesoro, no sólo en las riquísimas joyas que con profusión la cubrían y que la hacían aparecer deslumbrante, heridas por la luz de la lámpara de nácar que pendía del techo del camarote, sino también con las riquezas que debía contener el saco de cuero que el *Ximio* había dejado a los pies del diván.

Dios al fin se compadecía de él y le sacaba de Argel. Pero él no hubiera querido salir de aquella manera. Hubiera querido que le acompañara Abigail, a quien tanto debía, y sus amigos. Aun así, después de haber contraído el pensamiento de apoderarse de Argel por España, le hubiera sido doloroso verse libre con las más ventajosas y halagüeñas condiciones. Además, pensaba en doña Magdalena, en Beatriz, en Paulina. ¡Cuántas emociones a un tiempo! Y, a pesar de esto, la aventura en que se encontraba le aturdió. Sentía una especie de embriaguez.

Tenía junto a sí, conmovida, palpitante, ansiosa, una mujer de una hermosura excepcional, joven y tentadora, que le miraba con un amor infinito y le decía:

—No nos separaremos nunca, ¿no es verdad, amado mío?—sonriendo y dejando ver en su sonrisa y en su mirada el cielo.

—¡No, nunca!—exclamó Cervantes.

—¡Oh!... ¡Y qué venturosos seremos!—exclamó Noemí—.

Mira, yo adoraré a tu Dios para poder ser en tu tierra tu esposa. ¿Cuándo llegaremos a tu tierra? ¿Tardaremos mucho?

—Si continúa este viento largo—dijo Cervantes, que por los balanceos y los crujimientos de las maderas de la galeota calculaba la velocidad de su marcha—, mañana a la caída de la tarde habremos visto el sol dorando los picos más altos de las montañas de mi patria.

—¡Oh! Yo sé que tú eres de los buenos de tu tierra; solo que tus parientes han empobrecido y de tal manera que no han podido dar el crecido rescate que por ti pedía el avaro Hassan-Agá. ¿Y qué importa? ¿Ves estas joyas que llevo sobre mí? Pues mira, valen montones de oro. ¿Ves ese saco que tenemos a nuestros pies? Está lleno de doblas de oro. Pero, ¿qué son esas doblas comparadas con el valor de las joyas que también el saco contiene? ¡Oh, amado mío! ¡Amado mío!... Yo he robado por ti a mi avaro señor. ¡Oh! Hassan-Agá era muy rico. Ahora es muy pobre. Yo se lo he arrebatado todo para ti y para mí. Si quieres ser dey de Argel, dinero tienes para armar cien bajeles, llenarlos con brava gente como aquella que venció al gran Turco en Lepanto, venir de improviso una noche, desembarcar con tu gente y acometer la ciudad.

—¡Ah!—exclamó Cervantes, como si hubiese recibido un rayo de luz—. Tú eres mi ventura, Noemí, y la salvación de miles y miles de desdichados. Dios lo quiere. Lo que su divina voluntad decreta es siempre justo. ¡Yo te amo!

Y en aquellos momentos no mentía Cervantes. Aquella criatura tan poderosamente hermosa, a pesar de su obesidad, y tal vez a causa de ella, resumía la satisfacción de todas las aspiraciones de Cervantes en aquel momento. No había más que ver las joyas que sobre sí tenía Noemí, suponer que eran en mayor número e iguales en valor las que se contenían en el saco de cuero y este saco lleno, además, de doblas de oro, para saber que se contaba con muchos cientos de miles de ducados.

Cervantes abarcó en un momento un proyecto de éxito seguro. El no necesitaba de muchas naves ni de mucha gente para llevar a cabo un golpe de mano sobre Argel. Seis fragatas armadas eran para él bastantes. En seis fragatas podía llevar hasta tres mil hombres, soldados viejos escogidos. Conocía demasiado a Argel, Cervantes. Le había mirado un día y otro día, no con ojos de soldado, sino con ojos de general práctico. Sabía dónde, llegando en las altas horas de una noche oscura a la costa de Argel, podía con seguridad desembarcar. Una

vez dentro, conocía perfectamente los puntos que debían ocuparse y cuánto número, para degollar a los argelinos que a las calles saliesen. Sabía cómo podía apoderarse de la Alcazaba y prender al dey y degollar su guardia.

La posesión de Argel era cuestión de un golpe rápido y Cervantes tenía la seguridad de preparar este golpe de tal manera que su resultado fuese la victoria. Contaba, después de ello, con veinticinco mil cautivos cristianos, la mayor parte de los cuales estaban en estado de tomar las armas y eran soldados viejos. Con este ejército y con las galeotas del bajá y de los arráezes de Argel, podía tenerse firme mucho tiempo contra los de Fez, que eran los primeros que podían acudir, y contra los ejércitos y la armada que enviase el sultán de Constantinopla. Entre tanto, el rey don Felipe II podía enviar una flota y un ejército que le asegurase a Argel, y aquel nido de piratas habría dejado de infestar los mares de Levante.

Y la galeota seguía navegando a toda vela, impelida por la brisa, a cada momento más fresca.

¡Oh!... ¡Llegaremos, llegaremos pronto, muy pronto!—exclamó Cervantes. Y continuó anegándose en sus sueños y en la hermosura y en la mirada de Noemí.

—Oye—le dijo ésta—: vas a saber por qué estoy a tu lado; vas a saber por qué he llegado a ser la esposa de tu alma. ¡Ah! ¿Por qué no conocí yo antes, cuando te conocí, que el amor de mi alma, el amor que yo siempre había ansiado, estaba en ti?

Luego, Noemí, con la voz opaca, dulce y ardiente, prosiguió:

—Un día me dijo Hassan-Agá: «Voy a mostrarte un tesoro. Yo creí que se trataba de oro, o perlas, o piedras preciosas. Y el tesoro que me mostró eras tú. «¿Y tú llamas a ese estropeado un tesoro?», le dije. «Sí—me respondió—; mientras yo tenga tan asegurado como ahora mi estropeado, puedo contar con mi vida y con Argel.» «Pues qué, tanto puede ese pobre cautivo encadenado?», repuse. «Ese cautivo es un hechicero; llega contra mí a atrevimientos de valor maravillosos; me revuelve los cautivos, los hace escapar, le vende un traidor, le cojo y mi saña quiere matarle; sin embargo, un poder superior le defiende; genios invisibles le rodean y protegen, y a pesar de todo, él vive.» Yo te miré entonces con más atención; estabas con otros cautivos en el patio interior de la Alcazaba; te veía tras una celosía. Tanto te miré, que al fin encontré en ti algo que no se ve de improviso: una gran hermosura. Una hermosura que yo no había visto en ningún hombre ni en nin-

guna mujer, que no era la del semblante, ni la del cuerpo, que no era de este mundo y que me dió miedo. Desde entonces no he cesado de pensar en ti. Yo veía siempre en ti al hechicero. Creía que si te miraba frente a frente, tus poderosos ojos me convertirían en ceniza, y se iba logrando en mí, sin que yo lo comprendiera, este amor que hace que mi alma arda en tu alma, y que al abrasarse en ella experimente delicias incomprendibles. Y así ha pasado mucho tiempo. Hace seis días vagaba yo por el jardín del harem. Sufría, me fatigaba, me parecía que la muerte se revolvía dentro de mí. Me senté entre una gran arboleda y empecé a poner manos a la obra. Reuní todas mis alhajas, que son riquísimas. Robé cuanto pude a Hassan-Agá. Reuní poco a poco todo ese tesoro que ahora es tuyo. Pero me faltaba un hombre. Entonces pensé en *Ximio*. Yo soy para Alí-abur una diosa. El se dejaría hacer pedazos por mí. Le hablé sin temor. Le dije que te amaba y que quería huir contigo. El lo ha hecho todo. El ha pagado al corsario griego en cuya galeota vamos. El ha tenido oculto ese saco que contiene nuestro tesoro. El te ha avisado. Por él nos vemos libres. Yo, amado mío, soy la mujer más venturosa de la tierra, y lo seré mucho más cuando te vea dey de Argel, cuando tengas encadenado en tu baño, como él te ha tenido a ti, al feroz Hassan-Agá.

Calló Noemí y se reclinó en los brazos de Cervantes. En aquel momento Cervantes se alzó cuidadoso. Había oído un largo, sonoro y potente zumbido, que parecía venir de lo más alto de la inmensidad. Luego se oyó un sordo y lejano trueno. La galeota se balanceó de una manera más violenta y el crujido de las maderas se hizo más poderoso.

—¡Tempestad!—dijo Cervantes—. ¡Dios quiera que no nos arroje contra la costa de Argel!

Dejando entregada a un terror inexplicable a Noemí, que todo lo temía si la furia de la tempestad los arrojaba sobre la aún no distante costa de Africa, Cervantes subió sobre cubierta. Encontró al arreaez del barco en su puesto y a la chusma amainando velas. La mar era muy gruesa. El furioso sudoeste lanzaba el barco hacia tierra. El arreaez procuraba correr un largo hacia Levante, de tal manera, que si la galeota, no pudiendo resistir a la tempestad, se fuera sobre la costa, no fuese esta costa la de Argel.

Cervantes, que por sus largos servicios a bordo de la flota española había adquirido buenos conocimientos en marina, aconsejaba al arreaez. Era éste un hombre de treinta años, daba

sus órdenes con una vibrante energía, que se hacía oír a pesar de los bramidos de la tempestad. Un furioso golpe de mar se llevó toda la palamenta de babor. La galeota reviró por el estribor y empezó a gobernar muy mal. Sus crujimientos eran formidables. Cervantes no pudo tener duda de que el buque era muy viejo. Había, pues, que temer, que si la tempestad duraba, como parecía debía durar, por lo menos ocho o diez horas, el barco se descosería y haría agua en tal cantidad que inmediatamente se iría a pique.

—¿Qué os parece, capitán?—dijo Cervantes al griego—. No sería prudente dejarnos llevar del tiempo? Vuestro barco se queja demasiado.

—Hace ya treinta años que el pobre, nada en el mar—dijo tranquilamente el corsario.

—Hay que temer que se haga pedazos.

—Tal creo—contestó tranquilamente el griego. Y continuó mandando la maniobra.

—Por lo que veo—dijo Cervantes—, seguid mi consejo: tomamos la vuelta de tierra.

—No hay otro medio, señor mío—dijo el arraez—; esta carraca se nos deshace.

Y no se notaba la menor señal de cuidado en el griego. Parecía que le importaba muy poco lo que podría suceder. Era un viejo tigre marino: no hacía a la tempestad el honor de espantarse ante ella. Cervantes no podía estar tranquilo. Primero por Noemí. Después por aquel tesoro con el que había esperado prevenir una expedición, con la cual contaba para apoderarse de Argel. Otra vez su siniestra fortuna destruía sus esperanzas.

El arraez griego era de muy pocas palabras. Cervantes comprendió que sobre cubierta él era completamente inútil. En tanto Noemí debía estar agonizando de terror. Fuéase allá Cervantes y la encontró arrodillada, echada sobre el diván para que no la tiraran los violentos balancéos del barco.

—¿Qué haces, Noemí?—preguntó Cervantes.

Ella levantó la cabeza, dejando ver su hermoso semblante, lívido de terror, a Cervantes, y le dijo:

—Estoy orando a la Virgen Madre de tu Dios, para que nos libre de la muerte.

En aquel momento sonó un crujido horroroso. No parecía sino que la galeota se había roto en astillas. Al mismo tiempo asomó a la escotilla la cabeza del arraez corsario, que gritó:

—¡Presto... al esquite!... ¡La galeota se va a pique!...

Noemí dió un grito y se desmayó. Acudió a ella Cervantes, pero era tal el peso de Noemí que hubo de decir al griego:

—Si hemos de salvarla, ayudadme, que yo no puedo con ella. Entró el arraez. Asió por la cintura a Noemí. Al alzarla, los semblantes de ambos se aproximaron. Ardió algo terrible en los ojos del corsario y su severa boca sonrió de una manera extraña. Luego alzó a Noemí con una gran facilidad, como si hubiera sido una niña. Las fuerzas de aquel hombre debían ser hercúleas.

—Seguidme vos si queréis salvaros—dijo a Cervantes, saliendo por la escotilla cargado con Noemí.

Cervantes los siguió. Los galeotes tenían suspendido el esquife y estaban prontos a dejarle ir a la mar.

El arraez puso en el fondo del esquife a Noemí. Arriaron un tanto los galeotes. El arraez saltó dentro del esquife y se puso al timón. Saltó Cervantes. Los doce galeotes que tripulaban el barco dejaron caer los cabos que sostenían el esquife. Seis de ellos saltaron al esquife y tomaron los remos. Una ola cogió entonces al esquife y lo levantó. En aquel momento, los galeotes picaron los cabos y con una presteza y una agilidad maravillosas saltaron dentro del esquife. Pero en aquel mismo momento un furioso golpe de mar arrebató a Cervantes, que estaba de pie en la proa.

En el primer momento, Cervantes creyó que el esquife había zozobrado. Pero, de improviso, y mientras nadaba poderosamente, vió el esquife sobre la cresta de una ola. Cuando descendió la ola le perdió de vista. Nadó vigorosamente en su dirección, pero no le volvió a ver más. En cambio a su izquierda, y no muy lejos, veía las altas bordas de la galeota, abandonada.

Las olas impulsaban en una misma dirección y casi en una misma línea al barco y a Cervantes. Este redobló sus esfuerzos. Al fin pudo ponerse al costado del buque. Pero esta proximidad era muy peligrosa: un choque violento podía ser la muerte de Miguel.

De improviso, una ola llevó a Cervantes muy cerca de la galeota. Se sintió cógido. Uno de los cabos que él había procurado en vano coger le había agarrado por la cintura. Se izó y al fin tocó la borda. Poco después estaba sobre la cubierta. El barco, rizadas las velas y arriados en banda los cabos, iba a palo seco y crujía de una manera terrible. Sin embargo, iba bien sobre la mar. Cervantes bajó a la bodega. No había agua en absoluto. Subió a cubierta Cervantes y entró en el abandonado camarote de popa. Buscó el saco de cuero. No lo vió. Los

corsarios no se habían olvidado del saco. Noemí, con sus joyas, con su oro, había desaparecido.

A Cervantes le parecía que todo lo que por él había pasado anteriormente aquella noche no había sido más que un hermoso sueño de amor y de esperanzas, que al fin se había convertido en una horrible pesadilla. Se encontraba solo en un barco abandonado, conducido a su vez por la tempestad. El barco iba directamente sobre la costa. Al embestir en ella, o debía pasar Cervantes sin poder tomar tierra, o se vería en la situación de un cautivo escapado.

Sería para él una fortuna encontrarse más cerca de Orán que de Argel. En tierras de Orán podía considerarse en España, porque Orán era de los españoles.

Cervantes se desesperaba. La engañadora fortuna le volvía las espaldas. Había soñado una vez más y una vez más la realidad terrible le despertaba de su sueño. ¿Por qué el arreez griego había abandonado la galeota? ¿Había creído verdaderamente que la galeota hacía agua? ¿O era que tomando por pretexto la tempestad se había apoderado de Noemí y de su tesoro?

Pero, ¿qué necesidad tenía de esto? Se debía creer en la buena fe del corsario. Si hubiera sido su intento apoderarse de Noemí y de las riquezas que consigo llevaba, en su poder las tenía. Cervantes no podía defenderse de trece corsarios bravos como tigres. Había obrado, sin duda, de buena fe.

Poco a poco, los crujidos del barco se fueron haciendo menos poderosos. El huracán cedía. Progresivamente, menguaba la furia de la tempestad. Por entre los apiñados nubarrones que pasaban rápidamente sobre la cabeza de Cervantes como escuadrones de monstruosos gigantes fantásticos, se veía la luz de la luna, que declinaba al Occidente. Pero faltaban aún por lo menos tres horas de noche. Luego sobrevino una calma completa y la galeota quedó inmóvil. El cielo estaba completamente despejado. Aquello había sido una racha pasajera que no había durado más que dos horas. Allá a lo lejos se veían los montes, y al pie de ellos, iluminados por la luna, la Alcazaba y los muros de Argel. Cervantes encontró en aquella situación difícilísima, como la había encontrado en otras no menos difíciles, la gran fuerza de su valor y de su resignación.

—¡Que se cumpla la voluntad de Dios!—exclamó.

Cervantes midió con una profunda ojeada la distancia que había de la galeota a la costa.

—¡Oh!... ¡Está muy lejos..., muy lejos!...—exclamó—. No podría llegar.

Se arrodilló y oró. En aquel momento llegó a sus oídos un gemido profundo que parecía salir de debajo de cubierta. Cervantes, pues, no estaba solo en el barco. Tomó la lámpara que ardía aún en el camarote donde había gozado algunos momentos de amor y de esperanza, de ilusiones y de sueños con Noemí, y bajó a la bodega.

—¿Dónde está el que ha gemido hace un momento?—preguntó Cervantes.

—Venid, venid hacia aquí—dijo una voz moribunda que sonaba a la parte de proa.

Cuando llegó Cervantes a la parte más estrecha de la bodega, tropezó con un cuerpo humano, en que reconoció a Alfabur, *el Ximio*. En su semblante aparecía la expresión de una dolorosa agonía. Se oprimía con la mano derecha el pecho, como procurando que la vida no se le escapase por una herida que debía tener en él. El lugar sobre que yacía estaba empapado en sangre.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Me han asesinado esos perros corsarios!

—¿Con que es verdad?—exclamó Cervantes—. ¿Con que ese arraez griego nos hacía traición?

—¡En mal hora fié yo en su amistad!...—dijo el jorobado—. El me debía mucho; yo le encontraba muy buenos compradores para los esclavos; él ganaba conmigo lo que sin mí no hubiera ganado; Joseph Mayno es un miserable.

Cervantes se sentía poseído por una gran conmiseración y dominado por una gran ansiedad.

—¿Y qué puedo hacer yo por ti?—exclamó dolorosamente excitado por su caridad.

—Nada, nada—exclamó con un acento espantable *el Ximio*—; yo muero; el puñal de Mayno no hiere en vano; aprovechemos el tiempo, porque lo vida se me va. Oye..., oye tú, Estropeado: Mayno no pudo ver a Noemí sin enamorarse de ella. Yo vi la mirada hambrienta con que devoró su hermosura cuando ella entró en el barco. Mayno es un lobo. Vi también que temblaba de codicia, cuando vió las joyas que brillaban sobre Noemí y el pesado saco con que yo vine cargado. Me arrepentí de haberme valido de él; pero ya era tarde. Nada se hubiera conseguido una vez dentro del barco, sino que tú y yo hubiéramos sido sacrificados, sin lograr salvar de su esclavitud a Noemí. Yo me resolví. Me propuse dar de puñaladas a la primera ocasión a Mayno, y ayudado por ti, que eres valiente como un león, hacerme obedecer de los galeotes. Yo vigilaba a Mayno.

Sobrevino la tempestad. La oscuridad se hizo profunda. Yo estaba acurrucado al pie del palo de trinquete, entre el cabrestante y un rollo de cuerdas. De improviso sentí dos hombres que hablaban junto a mí. Eran Mayno y su piloto:

«—Ha llegado la hora—dijo Mayno—: esto es una racha que pasará muy pronto; he hecho creer al cristiano fugitivo que la galeota es muy vieja y que no podrá resistir a la furia del mar; que preparen el esquite; cuando estemos en él, arrojaremos al mar al cristiano, de tal manera que parezca que el mar le ha arrebatado.

«—Una vez el esquite al agua—dijo el piloto—, no podremos ganar otra vez la galeota; la mar es muy gruesa. ¿Por qué perder este buen barco?

«—Con el tesoro que ellos han traído—dijo Mayno—, hay para comprar cien galeotas como la *Serpiente*.

«—¿Y acaso no los tienes en tu poder?—dijo el piloto—. Se mata al cristiano y al jorobado y tomaremos con ella y con su tesoro la vuelta a Constantinopla.

«—No, no; yo la amo—dijo Mayno.

«—¿La amas y apenas la has visto?—exclamó el piloto.

«—Desde que la he visto, muero—respondió Mayno—; ella le ama y le ama tanto que por él ha robado a su esposo, el dey de Argel; si matáramos al cristiano, ella me aborrecería, no me perdonaría jamás; por el contrario, si cree que el mar le ha arrebatado, acabará por olvidarle; no se ama a los muertos. Ella no puede volver a Argel; yo la llevaré a mi casa de Constantinopla; allí, entre los verdes viñedos, bajo aquel cielo azul y diáfano, ansiará el amor; yo le serviré, yo me consagraré a ella; ella me amará; ella, la mujer más hermosa que mis ojos han visto; ella, la mujer que con un amor más dulce y más ardiente ha abrasado mi alma.

«—Será lo que tú quieras, arraez—dijo el piloto.

«—Pues bien, que todo se prepare para lanzar el esquite; no hay peligro alguno; esto no es más que ruido; que no se olvide el saco; en cuanto al jorobado, una puñalada.»

—No era posible aguardar a más. Yo me lancé del lugar en que estaba. Me arrojé sobre Mayno y le descargué sobre el pecho una puñalada. Pero mi gumia resbaló sobre una coracina que el infame llevaba oculta bajo su jaquetón. Me sentí asido. Luego sentí dos puñaladas en el pecho. Me arrastraron sobre la cubierta y me arrojaron a la bodega por la escotilla. Yo grité. Pero mi voz se había enronquecido y la dominaba el estruendo de la mar y del huracán. Me arrastré, llegué hasta

aquí. Hace una hora que agonizo. ¡Yo me muero!... Si alguna vez vuelves a encontrar sobre tu camino a Joseph Mayno, véngate; venga a Noemí, véngame a mí; mátales.

Estas fueron las últimas palabras inteligibles que dijo *el Ximio*. Su voz se había enronquecido de una manera terrible. El estertor hervía en su pecho. Al fin aquel estertor cesó. Cervantes no tenía ante sí más que un cadáver. Se arrodilló y oró por su alma. Luego subió de nuevo sobre cubierta y arrojó al mar y en redondo una mirada desesperada. Buscaba un barco. De repente, lanzó un grito de alegría. De la parte de Levante vió venir hacia la galeota, y no ya a mucha distancia, una nave que avanzaba al remo sobre aquella mar tan tranquila que parecía un cristal en el cual se reflejaba el cielo, sin que una sola ondulación rompiera su transparencia.

Cervantes alentó la esperanza de que aquella nave no fuese argelina. Era de gran porte, de dos bandas. En cada banda llevaba, a lo que juzgó, por lo menos treinta remos. Cervantes, subido en la popa de la galeota, hacía señas con los brazos y la nave avanzaba. Parecía como si sus galeotes hubieran forzado los remos. Al llegar a una distancia conveniente, echó su esquife al agua. Al llegar éste, vió Cervantes con desesperación que los que venían en el esquife eran moros argelinos.

Un momento después, el esquife abordó a la galeota y entraron a bordo algunos de sus tripulantes. Uno de ellos se arrojó a los brazos de Cervantes, que lanzó un grito de alegría: había reconocido a doña Magdalena, o Saruh-Yemal, como mejor que-ramos.

CAPITULO X

—¡Ah! ¡Gracias a Dios que no has perecido!—exclamó doña Magdalena, y miraba con una expresión infinita a Cervantes.

Cervantes estaba aturdido, a pesar de todo su valor, a pesar de aquella su fortaleza de espíritu que nunca le había faltado, ni aun en las situaciones más terribles.

Eran demasiadas aventuras, demasiadas contrariedades; parecía que un destino fatal le perseguía: todos sus proyectos,

cuando iban llegando a punto de realizarse, fracasaban. Luego una Providencia, tan insistente como su mala fortuna, le sacaba a salvo del terrible peligro en que el mal suceso de sus proyectos le había puesto.

—Abandonemos, abandonemos cuanto antes este barco maldito en que has estado a punto de perecer—dijo doña Magdalena.

Cervantes se dejó conducir. Bajaron al esquife. Se trasladaron a la galera. Al verla de cerca, Cervantes reconoció en ella a la capitana de Argel, con sus seis grandes bombardas en crugia, y dobles bandas de remos y su alto alcázar de popa.

Aquella soberbia capitana era la que mandaba el almirante Arnaute-Mamí cuando las galeotas de Argel se hacían a la mar para piratear o para unirse a la flota del gran turco en sus empresas contra las costas de Europa.

Pero Arnaute-Mamí no estaba allí. Ni aun sabía siquiera que su galera *Tigre* había dejado hacía algunas horas su fondeadero

En el momento en que fueron arrebatados Abigail y Cervantes, cada cual por su lado, por los *Hermanos del Tigre* que tenía prevenidos doña Magdalena, ésta volvió a entrar en la casa de Arnaute-Mamí.

—Loado sea Dios que permite que yo vuelva a verte esta noche, luz de los cielos—dijo el enamorado almirante—. ¿Qué quieres de tu esclavo?

—Quiero que me des al punto esos dos cautivos españoles que querías empalar y la cautiva por la cual contra ellos te irritaste.

—Tu voluntad es mi voluntad—dijo Arnaute-Mamí, y mandó a su mayordomo que trajese al punto los dos cautivos y la cautiva.

—Quiero aún más—dijo doña Magdalena.

—Yo te concederé todo lo que me pidas, hada del amor—respondió Arnaute-Mamí.

—Dame una orden escrita para que me obedezca el arraez que en tu ausencia comanda la capitana de Argel.

—¿Qué intentas?—le preguntó un tanto cuidadoso Arnaute-Mamí.

—¿No hemos determinado echar fuera de Argel a Hassan-Agá?—dijo doña Magdalena—. ¿No hemos convenido en hacer de manera que el gran sultán te dé el bajalato de Argel?

Brillaron de ambición y de soberbia los ojos del almirante.

—Todo lo que tú hicieres estará bien hecho—dijo Arnaute-

Mamí, y escribió la orden que doña Magdalena le pedía y se la entregó.

A este tiempo llegó el mayordomo de Arnaute-Mamí, trayendo consigo los dos cautivos y la cautiva.

Doña Magdalena se volvió al mayordomo de Arnaute-Mamí y le dijo:

—Toma esta orden para el arraez de la galera *Tigre*; vete al momento al puerto; llévate contigo esos dos y que los encierren en la bodega; que la galera esté dispuesta a recibirme, según la orden del almirante.

El mayordomo hizo a los dos cautivos una seña imperativa de que le siguiesen. Ellos lanzaron una extraña y ávida mirada a Paulina y siguieron al mayordomo.

—Hermana—dijo entonces doña Magdalena acercándose a Paulina y tomándole las pequeñas y descarnadas manos—, en cuanto está en mi poder, tu esclavitud ha cesado. ¡Ojalá pudiera darte la paz y la ventura de tu alma!

Doña Magdalena había pronunciado estas palabras en italiano correcto. Paulina levantó la hermosa cabeza. Tenía los bellos ojos llenos de lágrimas.

—Me habéis llamado hermana—dijo—; me habéis hablado en el dulce lenguaje de la patria; me estrecháis cariñosamente las manos. ¿Quién sois?

Y Paulina miraba fijamente a doña Magdalena.

—¿Qué, ya no me conoce la hermosa *Fornarina*?—dijo doña Magdalena.

Paulina desasíó su mano derecha de la izquierda de doña Magdalena y se limpió con ella las lágrimas que le impedían ver. Entonces la reconoció.

—¡Ah!—exclamó con alegría—. ¿Sois vos? ¡La señora Magdalena de Aquaviva!

—Sí, yo soy—exclamó doña Magdalena—, y es para mí una felicidad haberos encontrado y poder servirlos en algo; desde ahora no sois ya cautiva.

—¡Ah! ¡Gracias, señora! ¡Cuán buena sois!—exclamó, y se echó a llorar.

Arnaute-Mamí presenciaba esta escena en silencio, sin entender una sola palabra de lo que hablaban las dos jóvenes, y en lo íntimo de su alma bendecía a Dios, que había criado dos criaturas tan hermosas y se dolía de no haber podido hacerse amar de ninguna de las dos.

—Mi buen amigo Arnaute-Mamí—dijo doña Magdalena—, yo te doy las gracias con toda mi alma por lo propicio que has

estado para satisfacer mis deseos; yo te recompensaré largamente estos favores que me has dispensado; ahora, adiós; yo me voy con mi buena hermana a mi casa.

.—Id en paz—dijo Arnaut-Mamí—y que una legión de arcángeles os acompañe y os libre de todo mal.

Doña Magdalena se asió del brazo de Paulina, y ambas salieron. Fuera las esperaba un buen número de individuos de la *Hermanidad del Tigre*, que hasta la casa de doña Magdalena las escoltaron.

—Quedáos sólo diez—dijo doña Magdalena al entrar en su casa—: idos los demás, y estad, como siempre, prontos.

Entraron con ellas los diez. Ellos se quedaron en el patio. Doña Magdalena condujo a sus habitaciones a Paulina, llamó a sus esclavas y las mandó que vistiesen con algunas de sus mejores ropas a Paulina. Mientras la vestían, doña Magdalena sostenía una conversación en italiano con Paulina. Podían hablar libremente. Las esclavas no comprendían el italiano.

—¿Cómo es esto, mi querida Paulina?—exclamó doña Magdalena—; yo no podía figurarme que pudiéseris estar cautiva en Argel.

—Al cautiverio me han traído unos desdichados amores—contestó Paulina.

—¿Amores?

—Sí; unos amores que son mi destino y que me matarán.

—¿Y desde cuándo estáis cautiva?

—Desde Lepanto.

—¿Desde Lepanto?

—Sí; yo iba a bordo de la galera *Aguila Imperial*; iba en ella como soldado, como paje de armas de mi padre; nuestra galera fué abordada y entrada por la capitana de Argel; mi padre fué muerto de un arcabuzazo en crujía; yo cautivada. La capitana de Argel huyó cuando empezó a declararse la victoria por los de la *Liga*, y se volvió a Argel; en el reparto de los esclavos, yo cupe en suerte al cruel Arnaut-Mamí, que, porque he resistido a sus amores, me ha hecho sentir toda clase de sufrimientos, menos el de encadenarme y encerrarme en las mazmorras. ¡Oh! ¡Y cuánto he sufrido, señora! Y saber que él también estaba cautivo, y no poder decirle: «¡Yo estoy aquí también, cautiva como tú y por tu causa :yo te amo y te amaré siempre!»

—¿Y quién en ese hombre?—dijo con un tanto de turbación doña Magdalena.

—Vos le conocéis, porque le conocía mucho vuestra hermana la señora Beatriz de Aquaviva.

—¿Miguel de Cervantes acaso?—dijo doña Magdalena, haciendo un poderoso esfuerzo para dominar su emoción.

—Sí, Miguel de Cervantes—exclamó Paulina, y a sus hermosos ojos asomaron las lágrimas.

—¿Y él os amaba?—preguntó doña Magdalena logrando que la voz no la vendiese.

—A lo menos me lo mentía—dijo Paulina—; por él dejé a Roma; para seguirle, arrastré conmigo a mi padre. Fui a esperarle a Mesina. En Mesina, él tuvo por otra mujer una trágica aventura. Yo me indigné y huí de Mesina; pero desesperada me dije: él combatirá contra el turco; yo combatiré también en los mismos lugares en que él combata. Estos desventurados amores míos han causado la muerte de mi padre, mi ruina, mi cautividad, de la que no hubiera salido a no haberme librado vos de ella tan generosamente. Pero yo no quiero apartarme de vuestro lado; yo no tengo a donde ir: estoy sola en el mundo.

—¿Y Miguel de Cervantes?—exclamó profundamente doña Magdalena.

—Miguel de Cervantes debe haberme olvidado por otros amores. Los hombres pueden tener muchos amores, señora; yo lo sé esto, bien a costa mía; en cambio, yo soy de esas desventuradas mujeres que no pueden sentir más que un amor.

—Vos veréis a Miguel de Cervantes, amiga mía; yo os lo aseguro.

Había una indudable grandeza, una gran generosidad en la entonación que dió doña Magdalena a estas palabras.

—¡Oh! ¡Cuán buena, cuán generosa sois, señora mía!—exclamó Paulina, y se arrojó sollozando en los brazos de doña Magdalena.

—Ahora quedáos con Dios—dijo ésta, después de haberla estrechado en sus brazos y besado en la frente—; mis esclavas cuidarán de vos; yo voy ahora a donde mi deber me llama—y después de haber encargado a sus esclavas que cuidasen y sirviesen a Paulina, salió, y con su escolta de los diez moros, *Hermanos del Tigre*, se trasladó al puerto. En él la esperaba ya el mayordomo de Arnaut-Mamí.

En cuanto llegó doña Magdalena, el mayordomo de Arnaut-Mamí lanzó un grito agudo. Inmediatamente avanzó un esquife y atravesó el rudo embarcadero hecho de caballones rellenos de piedras. Doña Magdalena despidió al mayordomo y

entró en el esquiife con sus diez hombres, bogando hacia la capitana, que estaba ya en franquía en la embocadura del puerto. Una vez a bordo doña Magdalena, tomó posesión del alcázar de popa y dijo al arreez:

—Navegad hacia Levante, siguiendo la costa, y dad caza a un cárabo que habrá salido hace poco del *Barranco de los ahogados*.

Hinchadas las enormes velas por la fresca brisa, la capitana navegaba con una gran celeridad. Al fin, después de una hora y media de curso, avistó un cárabo que navegaba también a toda vela con rumbo al Levante. El arreez hizo que los galeotes se pusieran a la preventiva para forzar la marcha de la galera. Cuando se pusieron a la voz, el arreez tomó la bocina y dijo por orden de doña Magdalena:

—Si es la galeota *Liebre*, poneos al páiro y esperad a la *Tigre*.

—La *Liebre* somos y a vuestro encuentro vamos, contestó otra voz desde la galeota.

En efecto: la *Liebre* maniobró. Poco después la capitana y la galeota se abordaron. El arreez de la galeota entró en la galera. En el alcázar de popa, hizo tres profundas zalemas a doña Magdaena y esperó a que ésta hablase.

—¿Qué es de esa mujer?—preguntó doña Magdalena.

—Irritada y terrible al principio—contestó el arreez—, está ahora sombría y taciturna.

—Vas a encargarte de otros dos cautivos.

—Muy bien, mi noble señora.

—Los encerrarás en la galeota, en el mismo lugar en que esa mujer está encerrada.

—Cumpliré tus órdenes, excelente señora.

—Oigas lo que oigas, aunque sean gritos de socorro o de agonía, no acudirás.

—Así lo haré, señora.

—Podrá suceder que muera el uno de ellos, o los dos o los tres; en ese caso, al muerto le arrojas al mar; al herido le curas; al que sobreviva, y de igual manera si ninguno muere, los dejas en la costa de Egipto, junto a Alejandría, y tú vuelves a Argel.

—Muy bien, señora.

—Véte; el arreez te dará dos cautivos; cuando los encierres con esa mujer, quítales los hierros.

El arreez de la galeota salió. Doña Magdalena mandó al arreez de la galera entregar al otro los dos cautivos. Esto fué hecho al momento. Desde el balcón del alcázar de popa de la *Tigre*,

doña Magdalena vió el esquite de la *Liebre*, en el cual iban don César Esteban de Chouzan y Baltasar Carreño. Entraron a bordo de la *Liebre*. Poco después ésta continuó la navegación, con rumbo al Levante. La *Tigre* viró en redondo y tomó la vuelta de Argel.

De improviso cayó sobre el mar el huracán. El arraez mandó rizar velas y amainar entenas, se quedó a palo seco y se dejó ir con la mar. Presentóse inmediatamente a doña Magdalena el arraez y le dijo:

—Nada temas, señora; no corres peligro: esto no es más que una racha que pasará muy pronto.

En efecto, como sabemos, aquella pequeña, aunque ruda tempestad, cesó y sobrevino la calma. Siendo inútiles las velas, la galeota bogó. Y bogaba rápidamente por ser dobles las bandas, en que iban al remo doscientos galeotes. Reclinada estaba en el diván y sumida en sus ensueños y en sus ardientes pensamientos de amor doña Magdalena, cuando llamaron a la puerta de la cámara. Doña Magdalena mandó entrar al que llamaba y se le presentó el arraez.

—Señora—dijo—, por delante de nosotros pasa en este momento, forzando remos, un cárabo griego orzando. ¿Qué hacemos?

—Apresadle—dijo involuntariamente doña Magdalena—; esta aventura nos distraerá—y salió de la cámara con el arraez.

—Yo te aconsejo, señora—dijo el arraez—, que te pongas bajo cubierta; el cárabo lleva artillería y estas corsarios griegos son temerarios.

—¿Y qué importa?—dijo doña Magdalena—. Esto me distraerá—y atravesando la cubierta subió a la crugia.

El arraez mandó disparar una de las bombardas. El primer tiro debía ser de aviso. Retumbó el disparo seco y poderoso, e inmediatamente el cárabo se puso en facha. Sonó, partiendo de él, un tiro de esmeril. Estas eran las pequeñas piezas de artillería que armaban el cárabo. La pelota pasó sobre la crugia de la galera, pero sin tocar ni a hombre ni a jarcia. Cuatro de las enormes bombardas de la *Tigre* respondieron.

Instantáneamente se vieron caer con las jarcias y las velas los dos palos del cárabo, que dejó oír además un crugimiento poderoso, y empezó a virar en redondo. Dos de las pelotas de la galera habían dado en su casco, más abajo de la línea de flotación. El cárabo, pues, estaba a pique. Muy pronto debía sumergirse. Arrojó su esquite al agua. La galera arrojó el suyo, que fué tripulado por doce beduinos y guarnecido con cincuenta

hombres. Cargó sobre el esquife del cárabo, que iba huyendo, pero muy pronto fué alcanzado por el de la *Tigre*, que, como llevaba más remos, bogaba con mucha más velocidad.

Cuando se acercaron vieron que en el esquife no iban más que cuatro remeros, una mujer, en la cual, a la luz de la luna, brillaban ricas joyas, y un hombre con traje griego al timón. Este hombre, que era el arraez Joseph-Mayno, rugía como un león acorralado, y blandía un ancho sable con el cual hería furioso a los náufragos del cárabo que se habían echado a nado y procuraban salvarse en el esquife. Cuando el de la *Tigre* estaba a punto de embestirle, el griego, desesperado, que había contraído una pasión inconcebible por la rápida y por lo violenta a causa de Noemí, se arrojó sobre ella y la hirió de una manera profundísima y terrible, con un golpe de punta de su sable en el costado izquierdo. Noemí lanzó un grito de horror y cayó en el fondo del esquife. Al mismo tiempo una descarga de espingardas de los corsarios que guarnecían el esquife de la *Tigre*, agarró a Joseph-Mayno que cayó al mar por el costado opuesto de su esquife.

En aquel momento le abordaba el de la *Tigre*. Sus remeros fueron pasados a cuchillo. Se levantó del fondo del esquife, y bañada en sangre, a Noemí, y se la trasladó al otro esquife.

—¡La sultana Noemí!—exclamó con asombro el arraez de la *Tigre*, y arrancándole la toca, cogió como pudo la sangre a Noemí, que se había desmayado.

Bogaban hacia la galera, trayendo remolcado al otro esquife, en el cual no quedaban más que cuatro cadáveres.

El cárabo se iba rápidamente a pique. Muy pronto se sumergió. Sólo quedaban como muestra de él, Noemí, mortalmente herida, y el esquife, que de orden de doña Magdalena fué sumergido.

Noemí había sido llevada al alcázar de proa. Vivía aún; pero se comprendía que no debía tardar en sobrevenir la muerte; continuaba desmayada. De improviso gimió, abrió los ojos y rodeó en torno suyo una mirada espantada y dolorosa.

—¡Y él!... ¡Y él!...—exclamó.

—¿Y quién es él?—preguntó con ansiedad doña Magdalena.

—¡El!... ¡El!... ¡Miguel de Cervantes!

—¿Qué dices tú de Miguel de Cervantes?—exclamó doña Magdalena.

—Se ha quedado abandonado a la tempestad en el otro cárabo.

—¿En el otro cárabo?

—Sí; todos se salieron del otro cárabo llevándome a mí—dijo Noemí, haciendo un esfuerzo—; tomaron el esquite; cuando pasó la tempestad encontraron otro cárabo que los esperaba.

Indudablemente, Joseph-Mayno, según el insuficiente relato de Noemí, había premeditado una traición. Tenía a alguna distancia, mandado por uno de los suyos, otro cárabo que debía hacer la farsa de acometer a aquel en que iba y apresarle. Cervantes debía ser muerto en el combate. Pero Joseph-Mayno había preferido aprovechar la tempestad.

°Noemí pudo decir muy pocas palabras. Un vómito de sangre la ahogó.

—Arrojadla al mar dentro de un saco y con un gran peso, para que no suba a flote el cadáver y no le arroje el mar sobre la arena—dijo doña Magdalena.

—¿Y esas joyas, señora?—se atrevió a decir el arraez.

—Con ella se sumerjan—dijo doña Magdalena. Y para que nadie pudiese llevarse una sola de las joyas de Noemí, presencié la operación de encerrar en un saco el miserable cadáver y cargarle con un gran peso de la arena que servía de lastre a la galera.

Entre tanto ésta navegaba al remo, buscando el otro cárabo abandonado, donde Noemí había creído estaba Cervantes. El arraez y doña Magdalena iban en crugía, devorando el ancho mar alumbrado por la luna. Al fin vieron en medio de un largo y brillante destello de la luna, sobre el mar, un marcadísimo punto negro e inmóvil. Era, sin duda, un barco abandonado, tal vez el mismo cárabo que se buscaba. Se forzaron los remos y media hora después, doña Magdalena estaba entre los brazos de Cervantes.

CAPITULO XI

El arraez de la galeota que de orden de doña Magdalena había apresado a Abigail y se había encargado de ella, la había encerrado en el camarote de popa. Abigail le había llamado. El arraez acudió.

—¿Por qué me has encerrado?—le dijo.

—No puedo contestarte, señora—respondió respetuosamente el arraez.

—¿Señora?—exclamó sorprendida Abigail—. ¿Por qué me llamas señora?

—Porque sé que sois una dama.

—¿Te lo ha dicho la persona que ha hecho se me arrebatase de Argel y se me encerrase en este barco?

—Sí, señora.

—¿Y no puedes decirme quién esa persona sea?

—De ninguna manera, porque no quiero perder la cabeza.

—Mucho ha confiado en tu lealtad esa persona—dijo Abigail, mirando de una manera satánica, y dejando ver su tentadora hermosura en todo su esplendor al arraez.

Este se estremeció.

—¿Te han dado la orden de que me mates?—le preguntó con la voz serena Abigail.

—En cuanto a eso, puedes estar tranquila; no se me ha dado tal orden, señora.

—¿Y si te la dieran más tarde la cumplirías?—preguntó Abigail, dejando ver un irresistible y tentador relámpago de sus negros ojos al arraez.

—Dios no quiera que me den esa orden, sultana—exclamó mucho más conmovido el arraez.

Era un hombre como de treinta años, blanco mate, a la manera que son blancos los africanos, con grandes y hermosos ojos negros y de semblante regular y bello, en una grave seriedad. De la barba no tenía más que el bigote. Lo demás estaba cuidadosamente afeitado. La garganta, sobre todo, que se destacaba sobre el escote de un jaiquete tunecino, era hermosísima. Llevaba un traje rico, y sobre la cabeza una voluminosa toca con una garzota, y en ella una media luna. Era indudablemente turco por su traje, por la manera de llevarle, por la divisa de la media luna, y su expresión revelaba una civilización más culta que la de los argelinos. Se llamaba Hixen y era arraez de las galeras del Sultán de Constantinopla, al servicio inmediato del dey de Argel, Hassan-Agá.

Se le había puesto en un duro trance al confiarle el peligroso depósito de Abigail. Esta se consideraba perdida. No sabía a qué atribuir su rapto. Pero una vez en peligro, estaba pronta a valerse de todas sus satánicas seducciones para librarse de él. Su combate contra Aben-Hixen había empezado. Los primeros golpes le habían descompuesto. Abigail continuó abrasándole con sus miradas, enloqueciéndole con sus sonrisas. Al fin Aben-

Hixen tuvo miedo. Comprendió la intención de Abigail y se salió del camarote, cerrando su escotilla.

—¡Ah!—exclamó—. Esta hurí puede enloquecerme y perderme.

Abigail llamó de nuevo. El arraez hizo oídos de mercader. Había temblado bajo la mirada de Abigail. Había sentido el poderoso embate de la tentación. La tentación duraba, pero no se agravaba con el contacto de aquella mirada terrible. Aben-Hixen tenía la fortaleza de contenerse. De no ir a ponerse de nuevo bajo los fuegos, por decirlo así, de Abigail. Sobrevinieron los golpes dados con furia a la escotilla. Aben-Hixen continuó en su sordera. Siguieron los dicterios, las amenazas. Y continuó la impasibilidad del arraez. Al fin llegó la *Tigre*, y transbordó a la galeota a don César Esteban de Chouzan y a Baltasar Carreño, que como sabemos, fueron encerrados con Abigail.

Aben-Hixen había recibido la orden de desembarcar a los tres cautivos en la costa cerca de Alejandría, y de dejarlos libres. Esto cambiaba la situación. Una vez libre Abigail, él podía obrar también libremente respecto a ella. Después de dada esta orden, podía considerarse como libres a los tres cautivos. Sólo faltaba llegar al lugar indeterminado de desembarque, en que se había mandado a Hixen que los soltase. Entonces el joven y hermoso arraez dió de nuevo lugar a sus ilusiones respecto a Abigail. Pero no sabía el arraez qué casta de pájaros eran los dos hombres que había encerrado por orden de Saruh-Yemal con Abigail.

Antes de continuar tenemos que hacer algunas explicaciones respecto a Baltasar Carreño y a don César Esteban de Chouzan. Sabemos que, de enemigos, desde el punto de haber estado a pique de ser ahorcado por don César con Abigail, Carreño, (muerte de que los libró el bueno de Lope de Rueda), habían acabado por llegar a ser, si no amigos, socios, aquellos dos miserables. Asociados los encontramos en Roma. Baltasar Carreño había sido gravemente herido, como hemos dicho, en el mismo dormitorio de Aquaviva. Se le trasladó a casa del panadero Bartolini y éste le ocultó. Cuando salió de Roma con su hija, le dejó recomendado a uno de sus amigos, en cuya casa se curó,

Le atraía Abigail. La buscó en Roma y no la encontró. Abigail debía estar donde estuviera Cervantes. Como éste estaba en Mesina, a Mesina, pues, se fué Baltasar Carreño. Allí encontró a don César. Sobrevino el crimen de la hostería del *Ancora de Oro*. Lo demás lo sabemos ya. Los dos infantes lograron

escapar. Sabemos también cómo vinieron a ser cautivos de Arnaute-Mamí.

Dos palabras para que nada quede indeterminado respecto a don César. Cervantes le había herido gravemente y había sido arrojado a una noria por Bartolini; pero había, don César, al caer en la noria, sido contenido muy cerca de su boca por uno de los cangilones. Cuando al día siguiente el labrador de aquellas tierras puso la noria en movimiento subió el cuerpo de don César. El labrador le recogió. Vivía aun. Dió cuenta a la justicia de la población inmediata, y don César fué recogido, asistido, curado.

Vengamos, pues, al momento en que ambos fueron encerrados con Abigail.

El camarote estaba iluminado por un farol redondo colgado del techo. La luz era opaca y turbia; pero lo bastante para determinar los objetos. El camarote tenía cuando más tres metros de largo, poco menos de la anchura de la galeota, y dos de ancho. En el fondo de él había un largo diván, en cuyo extremo derecho había un moro acurrucado, cubierta la cabeza con la capucha de su albornoz.

Don César y Baltasar Carreño no podían ni remotamente figurarse que aquel que les parecía un moro, y que al parecer estaba cautivo como ellos, fuese Abigail que, en cambio, los había reconocido en el momento en que habían entrado.

—Está visto que la suerte nos vuelve verdaderamente las espaldas—dijo ferozmente Baltasar—y yo creo, don César, que esto consiste en que vos tenéis muy mala estrella, y esta estrella funesta me alcanza a mí, por estar puesto en contacto con vos, a causa de esa maldita.

—Pues yo creo, Baltasar—dijo don César—, que esa maldita, como vos decís, nos tiene hechizados, amparada por el diablo, que por lo menos debe ser su compadre y, que mientras ella viva, iremos de miseria en miseria.

—Lo mismo he llegado yo a creer—dijo dulcificando su acento Baltasar—. Yo tengo mis motivos para creer que es bruja y que Satanás la ayuda.

—La hemos tenido muchas veces al alcance de nuestra mano—dijo don César—y siempre se nos ha escapado.

—Pues una de dos, don César—dijo Baltasar, volviendo a lo sombrío de su acento—, o vuestra estrella influye en la mía, o la mía en la vuestra, o la de esa miserable influye sobre la de los dos.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Digo que debíamos venir al fin a lo que al fin hemos de llegar, a quedarnos uno de los dos solo; entonces, el que sobreviva, verá si la suerte le es más propicia, porque se haya roto un hechizo.

—Vos estáis loco. Carreño—dijo don César—, y haréis muy mal en avivar el odio que os he tenido siempre.

—Pues contad con que el odio que yo os tengo, no es menor que el que vos podáis tenerme, por grande que sea; yo creo que vuestra mala estrella me agarra, y estoy resuelto a destruirlos.

—Pues lo propio m acontece—dijo don César.

—Pues entonces, ¿a qué esperáis?—exclamó Baltasar Carreño, demudándose y haciendo un marcado movimiento hostil.

—Estáos quedo—dijo don César con voz cavernosa y siniestra—, que este no es el lugar.

—¿Y sabemos si cuando de aquí salgamos nos separarán?—dijo Baltasar.

—Estoy seguro de que siempre hemos de encontrarnos—dijo don César.

—Esto es, hablando claro, que vos nada valéis sino cuando tenéis una espada en la mano; que no tenemos armas, que me consideraréis más fuerte que vos y más fiero y me tenéis miedo.

—¡Mentís vos, con toda vuestra villana lengua!—exclamó don César.

Apenas había dicho don César estas palabras, cuando Baltasar se arrojó a él, procurando asirle por la garganta. Pero don César le rechazó de una manera vigorosa, demostrándole que en cuanto a las fuerzas que le había atribuido inferiores a las suyas, se había engañado, y por contestación a su acometida le dió un terrible puñetazo en el rostro, que cogiéndole el ojo izquierdo y parte de la sien, le hizo caer para atrás y darse un tan terrible golpe contra la escotilla en la cabeza, que cayó y no se movió.

—¡Al fin!...—dijo don César—. Este hombre me pesaba sobre el corazón.

Abigail, que estremecida de espanto, pero no enervada, había escuchado la conversación de sus dos terribles enemigos, con la mano puesta en un puñal que tenía oculto debajo de la faja, y que no le habían quitado, vió que don César se inclinaba para reconocer a Carreño.

—¡Ah, infame!...—exclamó don César—. ¿Aún vives?—y le echó las manos a la garganta para estrangularle.

Abigail se incorporó. Don César no podía verla. Estaba de es-

paldas a ella, echado como un tigre sobre Baltasar Carreño. Tenía puesta una rodilla sobre su pecho, y otra sobre su estómago. Estas dos brutales presiones hubieran bastado para acabar con Baltasar Carreño. Pero, además de esto, don César, irritado y terrible, le apretaba con ambas manos la garganta. Se cebaba en él.

Abigail acabó por ponerse completamente de pie sin causar el más leve ruido. Tenía desnudo en la mano un largo y agudo puñal. Se inclinaba lentamente sobre don César. De improvviso éste se inclinó, y quedó de rodillas sobre Carreño.

—¡Ah! ¡Por fin!—dijo—. De esta no escaparás, a no ser que el diablo te resucite.

A seguida lanzó un rugido. Abigail le había descargado una terrible puñalada en el costado derecho. La terrible arma había penetrado hasta el pomo. Se volvió espantoso; pero la sangre brotaba como un raudal de su herida.

—¡Abigail!—exclamó, y cayó de espaldas.

La parte superior de su cuerpo había quedado sobre el cadáver de Carreño.

—Sí, sí, yo soy—exclamó Abigail, inclinándose sobre él y dejándole ver su espantosa mirada—. Yo, yo, que debo todas mis desgracias a vosotros dos, miserables; tú has matado a Carreño y yo te he matado a ti.

—¡Tú!... ¡Tú!...—exclamó expirante don César—. ¡Abigail!... ¡Por piedad!... ¡Yo muero!...—y se agitó en una convulsión horrible.

Algunos momentos después quedó inmóvil. Era cadáver como Baltasar Carreño.

—¡Ah!—exclamó Abigail—. ¡El infierno me protege todavía!... ¡Sí, todavía espero vengarme!...

Luego se fué a la escotilla, llamó a ella con una fuerza desesperada con el pomo de su puñal y gritó:

—Abre, arraez: aquí hay dos cadáveres.

Estas palabras eran demasiado graves para que no las tomara en consideración Aben-Hixen. Además, sus disposiciones habían cambiado mucho respecto a Abigail. Podía considerarla como una mujer libre. Ningún juramento le impedía ya protegerla. Llegó a la escotilla, la abrió y entró.

—Eso me estorba—le dijo Abigail, que tenía aún su puñal ensangrentado en la mano—; haz que los arrojen al mar, y sácame de aquí; el olor de la sangre me causa vahidos.

Aben-Hixen miró con asombro a Abigail.

—¡Tú!...—exclamó.

—Sí, yo: esos infames habían conocido que yo era mujer. Creció de una manera inconmensurable el enamoramiento de Aben-Hixen por Abigail.

—Verdaderamente eres una mujer fuerte—dijo.

—Dios me ayuda—dijo Abigail—; Dios, Dios que dió a David la victoria sobre Goliat. Sólo Dios es vencedor.

—Alabanza a su nombre—dijo Aben-Hixen.

—El abatirá a todos mis enemigos, porque él es justo—dijo Abigail—. Pro, ¿no has oído que no quiero permanecer aquí, y mucho menos estando estos dos cadáveres?

Aben-Hixen se inclinó sobre los dos cuerpos y los removió. No pudo tener duda de que eran cadáveres.

—Sal en buena hora de aquí—dijo Aben-Hixen—: Elije en el barco el lugar que más te convenga. Eres libre.

—A tu lado es mi lugar, arraez—dijo Abigail.

—¡Ah, señora!—exclamó demudándose Aben-Hixen—. ¡Dios bendiga el momento en que he oído esta consoladora palabra en tus labios!... ¡Yo moría de amor!...

Aben-Hixen tocó su silbato. Abigail envainó su puñal. Al sonido del silbato del arraez, acudieron algunos de los soldados negros que en la galeota iban.

—Sacad sobre cubierta esos dos cadáveres—dijo Aben-Hixen.

Luego salió sobre cubierta llevando de la mano a Abigail. La mano de ésta estaba mojada de sangre.

—Esta sangre, que hace que nuestras manos se peguen, mi hermoso amigo—exclamó Abigail con una voz dulcísima—, nos une.

Aben-Hixen sintió que un fuego insoportable le abrasaba las entrañas. Era ya para él una inmensa desgracia que no comprendía el encargo que le había dado Saruh-Yemal.

Navegaba ya en alta mar. Una fresca brisa impulsaba la galeota, hinchando sus grandes velas latinas. El movimiento era dulce. Todo brindaba al amor. El mar gemía con un son melancólico. Llevaban el rumbo al Levante.

De improviso, el vigía que velaba sobre la popa, gritó:

—Vela al Poniente.

Se alzó de una manera violenta Aben-Hixen, y lanzó hacia el Poniente una mirada investigadora. En efecto: aparecía ya de una manera distinta un gran barco, completamente emblanquecido por la luz de la luna.

—¡A las armas!—exclamó bravamente el arraez—. Preparémonos, mis leones. Tenemos a la vista una fragata de los cruzados de Malta que nos da caza.

—¡Los cruzados de Malta!—exclamó Abigail y a duras penas si pudo contener la alegría.

Aben-Hixen la asió de una mano y la llevó bajo cubierta.

—Nada temas, señora mía—le dijo—; esa fragata no es tan ligera como mi galeota y le llevamos mucha ventaja; está tranquila—y acomodándola en una especie de camarote, subió y cerró la escotilla.

—¡A la palamenta, y a todo trapo!—dijo Aben-Hixen—. Los de la artillería a las bombardas. ¡Por el Dios único y vencedor, que los de Malta han de ver una vez más lo difícil que es apresar a un barco del dey de Argel!...

La gente de la galeota se puso en orden de combate. La comitiva azotaba a los cautivos que iban al remo, para que redoblasen sus esfuerzos. Todas las velas recibían el fresco viento. La galeota volaba. Pero la fragata de Malta tenía muchos más trapos, muchos más remos, la favorecía igualmente el viento, y no volaba: era una exhalación. Ganaba visiblemente distancia.

Aben-Hixen, de pie en la popa, observaba. Conoció, al fin, que no podía escapar. Entonces grito desnudando su alfanje:

—¡En facha!

Luego se oyó su silbato que transmitía de una manera agudísima sus órdenes.

La galeota viró en redondo; presentó la proa la galera de Malta. Aben-Hixen había pasado de la popa a la cruzia. La galeota soltó el primer cañonazo, pero aún estaba fuera de tiro la fragata: la bala rebotó sobre las aguas.

Brilló un resplandor monstruoso en la fragata. Se difundió una nube de blanco humo. Una enorme bala vino a dar en la mitad del árbol principal, que cayó con estruendo sobre la cruzia y sobre la cubierta, matando tres de los negros que servían las bombardas. Indudablemente la artillería de la fragata era mucho más gruesa que la de la galeota, y, por tanto, de un alcance mayor.

Contestó la galeota soltando dos tiros a la vez. Tampoco estos tiros alcanzaron a la fragata. La galeota gobernaba muy mal: había recibido dos balazos en la proa y hacía agua. Todos los esfuerzos de los galeotes eran inútiles para contener aquellas dos terribles vías.

Otro cañonazo de la fragata tronchó el palo de mesana. Al caer con la entena sobre la banda de babor, la rompió. El barco reviró terriblemente por aquel costado. Al mismo tiempo la proa se hundía, haciendo de todo punto inútiles los disparos de las bombardas, que por su inclinación hubieran enviado sus pro-

yectiles al mar, y a muy corta distancia. Y la terrible fragata seguía entrando a vela y remo. Parecía como que comprendía que la galeota se iba rápidamente a pique.

—¡El esquife al mar!...—gritó desesperado Aben-Hixen, y bajó rápidamente al camarote donde había dejado a Abigail.

La sacó de él, y la llevó sobre cubierta. El esquife estaba ya prevenido. A él saltaron Aben-Hixen, seis remeros, y todos los que cupieron. La galeota se hundía con una celeridad espantosa. Su proa estaba ya bajo el mar.

A todo esto, la fragata de Malta estaba encima. Dos largos esquifes suyos se acercaron y llegaron a tiempo de recoger a los naufragos, que estaban inertes. Pero no hubo medio de salvar a los cautivos de la palamenta. La galeota se hundió con ellos en el mar. Los dos esquifes de la fragata tomaron a todos los que de la galeota habían podido escapar, y los condujeron a la fragata y los hicieron descender a la bodega. Cuando llegó su vez a Abigail, ésta dijo a un joven y gentil caballero, que parecía el capitán del barco en cuestión:

—Si me habéis salvado, señor, no me tratéis como a los enemigos de nuestra Santa Religión; yo soy cristiana, hasta ahora cautiva del dey de Argel, aunque en este traje me veis.

—No ha de decirse que el marqués de Malatesta ha tratado con rigor a una cautiva cristiana tal como vos. Venid conmigo, señora—y la llevó a su magnífica cámara, en el alcázar de popa.

Entre tanto, la fragata, que había recogido sus esquifes y el de la galeota, continuaba su cacería contra los corsarios berberiscos.

—Venís ensangrentada, señora—exclamó con un gran cuidado el joven marqués de Malatesta—. ¿Estáis, por desgracia, herida?

—No, señor—exclamó Abigail sonriendo de una manera extraña, en que había mucho de dulce, gracioso y femenino, y a la par mucho de viril, de fuerte y de fiero—; es que he matado—y sacando de entre la faja su puñal, lo mostró al marqués.

—¡Ah, señora—exclamó éste—, sois admirable!

—Cuando vos combatíais por Dios, llegó también para mí la hora de combatir; yo debía ayudar en la parte que me fuese posible a mis salvadores.

—Yo doy gracias a Dios—dijo el marqués—, tanto porque he cazado y destruido una de las terribles aves de rapiña de ese terrible nido, que se llama Argel, como también porque he salvado a una dama tal como vos.

—Muchas gracias, señor marqués—dijo Abigail, sonriendo con

una gracia tal, con una tal magia, con una tal distinción, que el marqués se sintió hombre al agua.

—Yo haré de modo—dijo—que cuanto antes volváis al seno de vuestra familia, señora.

—Yo no tengo familia—dijo Abigail—; estoy sola en el mundo.

—¡Ah!—exclamó el marqués, y se quedó profundamente pensativo.

—Sí—dijo Abigail—, sola en el mundo, libre de todos mis enemigos y confiada más que nunca en la protección de Dios.

—¿Habéis tenido enemigos?—exclamó el marqués, como si no hubiese podido comprender que una mujer tal y tan hermosa, y que parecía tener una tan grande alma, hubiese tenido enemigos.

—¡Sí..., y enemigos crueles!...—respondió Abigail—; pero Dios me ha defendido completamente de ellos.

—¡Completamente!—dijo de una manera abstraída el marqués.

—Yo acompañé a mi esposo, de quien no quise separarme, en la batalla de Lepanto—dijo Abigail—; él murió en aquella gran jornada, y yo fuí cautivada por la capitana de Argel.

—¿Y quién fué vuestro señor?

—Primero, Aluch-Alí.

—El más noble y el más grande de los bárbaros que por el Gran Turco han gobernado a Argel; hay que hacer justicia a su valor.

—Tenéis razón, señor marqués—dijo Abigail—: el bajá Aluch-Alí fué para mí muy generoso; me llevó a su harem y en él me trató no como su cautiva, sino como su hija; después ya sabéis, Aluch-Alí-bajá cayó en desgracia del sultán, y fué llamado a Constantinopla; mejor dicho, fué conducido a Constantinopla; pero sus bienes fueron embargados, y vendidos en pública plaza sus esclavos y sus cautivos, y gracias a que el sultán tuvo compasión para su familia y no la vendió como se temía.

—El sultán no podía perdonar a Aluch-Alí haber sido el primero que con sus galeras huyó en Lepanto; y no huyó de cobarde, sino como capitán prudente, y para que no se perdiesen las naves de Argel.

—Dicen que Aluch-Alí ha vuelto a la gracia del sultán.

—Y esto era justo; y ha debido volver al bajalato de Argel. Era más justo y menos rapaz que ese miserable Hassan-Agá. Nunca se ha tratado en Argel a los cautivos cristianos como Hassan-Agá los trata, ni ninguno nos ha dado tanto que hacer

como este malvado. Pero volvamos a vos, señores. Necesitáis descansar. Esta es vuestra cámara, y siento mucho no poder servirlos en cierto modo y que no haya aquí mujer que os sirva. Por lo demás, voy a mandar se os dé alimento.

—No, no tengo absolutamente apetito; pero bebería un poco de vino.

Llamó el marqués. Se presentó un paje de cámara. El marqués le dió algunas órdenes. El paje salió.

—Recobraos, señora—dijo el marqués—; que yo os juro, por mi honor y por la encomienda de Malta, de que estoy investido, que en mí tenéis un hermano.

—Yo soy muy feliz por esto—contestó Abigail.

Entraron en aquel momento cuatro pajes con cuatro grandes bandejas de plata, en que había botellas, copas y conservas. La fragata iba tan segura, que su leve balanceo permitía que las bandejas fuesen puestas sobre la mesa, que en el centro de la cámara había, sin que cayesen las botellas. Los pajes salieron a una seña del comendador.

—Os ofrezco vinos de Italia, de España y de Grecia.

Bebieron. El marqués le ofreció conservas.

—No, no; no deseo nada más—dijo Abigail.

El marqués llamó, acudieron de nuevo los pajes y retiraron el servicio.

—Ahora bien, señora—dijo el marqués—, yo os dejo en libertad para que reposéis; que Dios os conceda un buen sueño.

—Yo os deseo lo mismo.

El marqués salió y Abigail se quedó sola, ensimismada. Luego se lavó y se entregó al descanso. Poco después dormía profundamente.

CAPITULO XII

Podemos ocuparnos desembarazadamente ya de Cervantes. Saruh-Yemal o doña Magdalena, se había encerrado con él en la cámara del alcázar de la capitana de Argel. Le tenía asidas las manos y le contemplaba arrobada. Como una madre que acaba de encontrar a su hijo al que creía perdido y tal vez muerto.

—¡Oh! ¡Cuánto he sufrido, Migue!—dijo Saruh-Yemal—.

Pero ¿cómo, cómo has podido tú verte en el mar y sujeto a tales aventuras?

Cervantes le contó cómo Noemí le había llamado, cómo se había fugado con él del harem del bajá, y lo demás, en fin, que ya conocen nuestros lectores. Mientras duraba esta relación, la *Tigre* navegaba hacia el puerto y terminaba Cervantes su relato cabalmente en el momento en que la galera llegaba a su fondeadero. La inmovilidad primero de la galera, y después el rechinar de las cadenas del ancla, los advirtieron de que habían llegado al puerto.

—Nuestras aventuras han concluido por ahora—dijo Saruh-Yemal—. Nada dirán los de la *Tigre*, porque todos, hasta los forzados, son *hermanos de la gran hermandad del Tigre*, que yo aprovecharé y que rendirán a Argel en pocos meses, para que tú puedas entregárselo al rey, tu señor. Ahora vámonos. Más tarde continuaremos nuestra conversación. Nos veremos con frecuencia. Entretanto, te he libertado de obstáculos. Noemí y Abigail eran dos grandes inconvenientes para tí.

—¿Y qué ha sido de Abigail?—dijo sin ser poderoso a ocultar su cuidado Cervantes.

—Esa mujer te tenía hechizado—dijo Saruh-Yemal—, y ella ha sido en gran parte la causa de tus desgracias. Olvidate de ella. Tú te olvidarás porque yo he deshecho el encanto. Tú eres demasiado bueno y tu bondad es tu mayor enemigo. Dejemos esto para más adelante. Es necesario que vuelvas sin ser notado a tu aposento de la Alcazaba. Está amaneciendo; la puerta de la Alcazaba se abrirá dentro de poco. Cuando vuelvas, pasado algún tiempo, creerán que has salido antes y que no han reparado en tí al salir. Entretanto, ven a mi casa.

Saruh-Yemal salió de la cámara. Cervantes la siguió. Echaron el esquite al agua. Entraron en la ciudad antes de que amaneciese. Una vez en su casa con Cervantes, Saruh-Yemal llevó a Cervantes a la puerta de una cámara.

—Entra—le dijo—; yo voy a ver si mi padre duerme aún.

Cervantes adelantó, preocupado, sin saber qué pensar de lo que aquella noche Saruh-Yemal había hecho. La cámara era pequeña y muy bella, muy rica. Una lámpara de preciosa labor de oro, y de pequeñas láminas de nácar que transparentaban dulcemente su luz, pendía de la cúpula. En este delicado ambiente, bajo el peso de sus graves pensamientos, esperó Cervantes un breve rato. Al poco oyó pasos leves. Pensó que sería doña Magdalena que volvía; pero su sorpresa fué inefable cuando vió delante de sí a Paulina.

—¡Eres tú!... ¡Tú!—exclamaron ambos a la vez, y no dijeron más, estrechándose en apretado abrazo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!—dijo al fin Paulina—. Si no nos has unido para que se acaben nuestras desventuras, más valiera que no nos hubiéramos vuelto a ver más.

—¡Ah! ¡No! ¡No, Paulina de mi alma!...—dijo Cervantes—. ¡Dios no puede ser tan cruel que, tras tantas desgracias, nos una para volvernos a separar!

—¡Ah! ¡Yo soy libre!...—exclamó Paulina—. Libre, gracias a un ángel: a la señora Magdalena de Aquaviva.

—¡Bendígala Dios! ¡Y qué buena es!...—exclamó Cervantes.

—Y tú, ¿eres libre también, Miguel?—exclamó Paulina.

—Sí, y no—respondió Cervantes—; yo podría ser libre... por Saruh-Yemal.

—¿Y quién es Saruh-Yemal?—exclamó con acento celoso Paulina.

—Saruh-Yemal—respondió Cervantes—es la misma persona que doña Magdalena de Aquaviva.

—Sí; vuestra amiga, vuestra hermana—dijo, entrando en aquel momento Saruh-Yemal—; pero ya es hora, Miguel; ya amanece; es necesario que vuelvas a la Alcazaba.

—¿Cautivo aún?—exclamó tristemente Paulina.

—Pero no lo será mucho tiempo; vamos, Miguel, ven; tú, Paulina, reposa tranquila, no tardará en volver.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Paulina—. Adiós, Miguel; adiós, y hasta cuanto antes.

—Adiós, Paulina—exclamó Cervantes—. Yo volveré, porque no podré vivir sin verte, después de haberte encontrado.

Saruh-Yemal le sacó del gabinete.

—¿Te acuerdas ahora de Abigail?

—¡Ah, hermana mía!—exclamó Cervantes—; no sé lo que por mí pasa; pero ahora lo comprendo: Abigail era Satanás; tú y Paulina sois dos ángeles.

—Bien sabía yo que había de destruir el hechizo. ¡Y cuánto siento no haber sabido antes que Paulina era cautiva de Arnaute-Mamí!

Empezaba a amanecer cuando Cervantes salió de casa de doña Magdalena.

Iba meditabundo, con paso lento, sin rumbo definido. De improviso, oyó una campana que tocaba a misa. Era la del templo cristiano. Estaba a su puerta. Cervantes entró para dar gracias a Dios por lo que le protegía y rogarle continuase protegiéndole.

Cuando llegó a la Alcazaba aparecía el sol en el horizonte.

Entró. Los guardas no repararon en él. Iba triste. Sufrió porque había visto la enfermedad, y una enfermedad grave, en la demacración de Paulina, en lo febril de sus ojos. Y sufría también porque no sabía lo que había sido de Abigail.

Fuése a su cuarto y se metió en cama, marcando la impresión de su cuerpo. Cuando esto estuvo hecho, se levantó y salió de su aposento. Debía ir a inspeccionar la casa del dey, a ver si todo marchaba en orden. El, como ayudante o criado del mayordomo o *chaya*, debía cuidar de que todas las faenas domésticas se hiciesen a tiempo.

Aguzaba el oído para ver si se hablaba de alguna novedad, pero nadie decía nada que a novedad pudiera tomarse. Indudablemente, Hassan-Agá no se había apercibido aún, ni se habían apercibido en el harem de la fuga de Noemí. Sentía una ansiedad mortal; pero gracias a su gran fuerza de voluntad, la dominaba.

Pasaron bien dos horas sin que sobreviniese novedad alguna. Al cabo de ellas, le dijeron que el dey preguntaba por su *chaya*. Cervantes dijo que cuando él se levantó, Sidy-Agá-Wazir se había levantado ya y había salido; que él había ido al templo cristiano, y que al volver no había encontrado a Agá-Wazir.

Hassan-Agá llamó a Cervantes, que se presentó a él preparado a todo. El dey estaba irritado, temblaba de una manera poderosa. Sus ojos centelleaban, su boca aparecía orlada de una leve espuma sanguinolenta; se contenía a duras penas. Una fiera suelta no hubiera podido parecer más terrible que él.

—¿Sabes tú—dijo a Cervantes—qué es lo que ha podido ser de Noemí y de Abigail?

Cervantes aparecía completamente sereno, como si nada hubiera sabido.

—Cuando yo he dejado el lecho esta mañana al amanecer—respondió—. Abigail había dejado ya el suyo. Fui al templo de los cristianos; oí en él misa..., cuando volví no encontré a Abigail; no he vuelto a verla, y la verdad estoy muy inquieto; temo que la haya sucedido una desgracia. ¿Sabes tú lo que ha sido de ella, señor?

En efecto, Cervantes estaba triste, contrariado, dolorido, por más que Saruh-Yemal le protegía de una manera poderosa, por más que sus proyectos adelantasen por muy buen camino, por más que hubiese encontrado a Paulina, por más que al encontrarla hubiera renacido en su alma todo el amor que le había tenido.

—¿Y cómo es—dijo Hassan-Agá— que tú, que eres hechicero, no has adivinado, no has previsto esto?

—Yo, señor—dijo Cervantes—, no soy más que un hombre como otro cualquiera! lo que tú llamas hechicerías, no existe; no hay más, no existe más que aquello que Dios quiere que exista.

—Tú tienes un poder incontrastable—exclamó con voz rugiente el bárbaro—; yo te aborrezco desde que te conocí y, sin embargo, me has dominado, me has enternecido; te me has aparecido terrible en mis sueños, he querido exterminarte y no he podido; te he visto amado por una mujer, por la que yo hubiera dado mi vida y mi alma, y te he dejado gozar del amor de esa mujer, en mi propia casa, ante mis ojos. ¿Y cómo ha podido ser esto si tú no estuvieras dotado de un poder infernal, si no fueras hechicero?...

—Te he dicho, señor, que no hay más poder que el de Dios—dijo Cervantes.

—¿Y crees tú que yo, sin ser Dios, no tengo también poder?

—Tú tienes todo el poder que Dios quiere que tengas.

—Pues Dios quiere entonces que yo tenga poder para cargarte de hierros, para sepultarte en una mazmorra, para atormentarte, para gozarme en tu lenta agonía.

—Eso sucederá si Dios quiere que sea y yo me resignaré a ello—dijo Cervantes—; pero tú, aunque terrible, eres justo, señor; sabes que yo soy inocente, y tú no mancharás tu conciencia haciendo sufrir a un inocente penas que no merece.

—Sí—dijo Hassan-Agá—; tú no eres culpable de la fuga de Abigail y de Noemí; si tú hubieras tenido parte en ella, con ellas hubieras huído; no, tú eres inocente de todo esto, y tan ofendido por la fuga de Abigail como yo por la fuga de Noemi. Ellas se han valido del miserable jorobado Alí-abur, que tampoco aparece; pero tú serás culpable contra mí en gran manera si por medio de tu ciencia no descubres el paradero de los fugitivos, si no los atraes, si no me los entregas; yo sé que tienes poder para ello; si me niegas la ayuda de tu poder, me haces traición y mereces por tu traición que yo sea para ti inexorable.

—Yo no tengo más poder que otro mortal cualquiera—respondió Cervantes.

—Ven conmigo—dijo Hassan-Agá, y asió violentamente de una mano a Cervantes, que creyó llegado un momento de prueba.

Hassan-Agá se metió con Cervantes en el harem. Había en él un departamento separado, donde no penetraba más hom-

bre que el dey. Aquel departamento era el que ocupaban sus hijas. Sólo les servían esclavas. Cuando salían alguna vez de aquel departamento y bajaban a la ciudad para alguna solemnidad, las hijas del dey iban completamente envueltas en largos velos.

El bajá llegó a la puerta de aquel departamento, que estaba en lo más retirado del harem. Llamó. A poco se abrió la puerta y apareció una vieja esclava, que se inclinó profundamente.

—¿Dónde está Sayda-Darahimaráh?—preguntó el dey.

—En el baño, excelente y poderoso señor—contestó la esclava.

—Llámala; que vaya al cenador del jardín.

La esclava desapareció. El dey llevó a Cervantes al jardín particular de aquel departamento. Se entró con él bajo una sombría galería formada por una bóveda de tupidos laureles. Las verdes paredes de esta galería estaban formadas por hiedra y madreSelva, y tapizadas, por decirlo así, de jazmines, de rosales trepadores, y de la también trepadora flor de la pasión. Una fuente que brotaba en el centro de una manera abundante, refrescaba aquel espacio. Acá y allá, piedras en forma de almohadas estaban destinadas a servir de asiento. Sentóse en una de ellas Hassan-Agá.

—Siéntate—dijo a Cervantes.

Este se sentó sobre el césped, junto a su señor, que parecía haberse calmado un tanto. Miró profundamente a Cervantes y le dijo:

—Voy a darte la libertad, o, más bien, vas a dejar de ser cautivo; pero te quedarás en Argel, bajo juramento que me prestarás por tu Dios.

—Yo te obedeceré en todo aquello que pueda y me fuera lícito hacer—dijo Cervantes.

—Voy a recibirte en mi familia.

—Yo te lo agradezco, señor—dijo Cervantes—; pero no sé si esto es posible.

—Posible es, y lo es tanto que tú te tendrás por el más feliz de los hombres.

—La felicidad no se ha hecho para mí—dijo Cervantes tristemente.

Le miró de una manera profunda y recelosa el dey.

—Pues entonces—dijo—, ¿de qué sirve ser hechicero?

—Te juro por mi Dios—dijo Cervantes—que yo no tengo más poder que otro hombre cualquiera.

—Y entonces, ¿por qué yo, a pesar de que una y otra vez te has vuelto contra mí, no te he hecho morir entre tormentos?

—Porque no lo ha querido Dios.

—¿Sabes tú—le dijo confidencialmente Hassan-Agá—que no sólo esas dos infames han herido, la una, mi confianza y mi amistad, y la otra, mi amor y mi honra, sino que también me han robado mi tesoro, me han dejado pobre?

—Eso es que Dios castiga tus pecados, señor—dijo Cervantes siempre valiente hasta la temeridad.

—¡Descúbreme dónde están esas malditas—dijo Hassan-Agá—para vengarte y vengarme, y, sobre todo, para que yo pueda recobrar mis tesoros! Escucha: yo te daré la tercera parte de esos tesoros, como dote de Darahimaráh. ¿Sabes tú quién es Darahimaráh? La doncella más hermosa en la cual recrea su luz el sol; Darahimaráh es la mayor de mis hijas: doce años tenía Noemí, la primera de mis esposas, cuando dió a la vida a Darahimaráh, que no tiene más que catorce. Dime dónde están Noemí y Abigail, vuélveme mis tesoros y tú serás mi hermano, y la hermosa de las hermosas, la hurí de las huries, Darahimaráh, la de los ojos de fuego, será tu mujer.

—Yo no puedo someterme a tu voluntad—dijo Cervantes, un tanto conmovido a pesar suyo, porque se le presentaba otra nueva tentación que no sabia hasta qué punto era poderosa—; yo no tengo el poder que tú me supones.

Sonó entonces a alguna distancia un canto cadencioso y grave, pero que no por esto dejaba de ser gracioso y alegre. La voz que lo producía era fresca, argentina, sonora y extraordinariamente joven. Aquel canto se fué aproximando.

—Es ella—dijo Hassan-Agá—; no ha llegado todavía a toda la hermosura de su madre; pero es aún muy joven; con el tiempo, engordará.

En aquel momento apareció en uno de los extremos de la galería y se detuvo, sorprendida al ver que Hassan-Agá no estaba solo, una joven, a la que podía llamarse una divinidad humana, que podía muy bien creerse por su esbeltez y por su gentileza, por un no sé qué de mágico, de sobrenatural, una divinidad celeste descendida a la tierra. Se detuvo un momento, irresoluta. El dey le hizo seña de que se acercara. Ella acudió ligera como una pluma, meciéndose más bien que andando, llegó y besó en la frente a su padre. Luego miró con curiosidad grave y muy atentamente a Cervantes.

Miguel vió que no se había engañado al temer que se le presentase una tentación poderosa. No podía serlo mayor Darahimaráh. Alta, morena, de un moreno encendido, con unos irresistibles ojos negros, cabellos negros ondeados... Una belleza.

Su primera mirada a Cervantes fué de extrañeza y curiosidad. Muy pronto apareció en sus ojos la reflexión. Poco después, el respeto. Al fin bajó la mirada y se puso encendida como una rosa de Alejandría. Continuó por algún tiempo con los ojos bajos. Los alzó al fin, y como involuntariamente. Una mirada de fuego que fué a abrasar los ojos de Cervantes.

—Niégame ahora que eres hechicero—dijo Hassan-Agá—. Tú, apenas visto por ella, has hallado gracia en los ojos de Darahimaráh; ella, que podía haber sido en varias ocasiones la esposa de grandes y hermosos príncipes; ella, que los ha despreciado a todos.

Darahimaráh había vuelto a inclinar la mirada y se había puesto mucho más encendida. Cervantes balbuceó algunas palabras. Darahimaráh le había hecho sentir la magia de sus candentes miradas. No era esto que le había inspirado amor, pero le había conmovido de una manera profunda.

—Yo la tengo ya por tu esposa y a ti por su esposo—dijo Hassan-Agá—; tú no eres ya mi cautivo, sino mi hijo. He aquí el esposo que yo te concedo, hija mía—y Hassan-Agá, en cuyo rostro apareció una expresión incomprensible, se levantó.

Se levantó también Cervantes.

—¡Quédate! Yo te lo mando—dijo Hassan-Agá.

—Mira, señor, lo que haces—exclamó Cervantes, mientras Darahimaráh, con la mirada baja, con el semblante encendido, escuchaba confusa—. Mira que te engañas; mira que me estás poniendo en la ocasión más cruel en que pudieras haberme puesto; mira que cuando yo no pueda satisfacerte, tu cólera se volverá contra mí y contra tu propia hija.

—Tú no saldrás de aquí—dijo Hassan-Agá—hasta que yo haya encontrado lo que he perdido. Y se alejó.

Cervantes le siguió. Darahimaráh permaneció transida de asombro en el lugar donde se encontraba. Hassan-Agá llegó a un pequeño postigo del jardín, que estaba a los pies de un alto muro almenado, desoyendo las desesperadas palabras de Cervantes. Al llegar junto al postigo, salvó su umbral de un salto y lo cerró antes de que Miguel pudiera salir.

—¡Oh!—exclamó éste—. Dios me prueba, y esta prueba es la más terrible a que me he visto sujeto.

Llamó al postigo, pero nadie le contestó. Se sentó en su umbral. Desde él se veía, a través de un arco de verdor, parte del interior de la bóveda de laureles. En medio de ella, de pie e inmóvil y mirando a Cervantes, estaba Darahimaráh. Una fuerza

incontrastable impulsaba hacia la hermosísima doncella a Miguel. Se representaba, sin embargo, su situación:

Abigail, perdida; Noemí, muerta; Paulina, enferma tal vez de muerte; Saruh-Yemal, enormemente generosa. Sus proyectos de apoderarse de Argel para su rey don Felipe II.

Darahimaráh permaneció algún tiempo inmóvil; su mirada se fijaba con una insistencia extraña en Cervantes y se pintaba en aquella mirada la emoción, la influencia de una novedad desconocida, la vacilación, el deseo, la lucha. Al fin hizo un movimiento como de despecho, dejó ver una expresión de contrariedad y de altivez, se volvió y se alejó. Pero se detuvo de nuevo y se volvió. Una mirada poderosa, candente, irritada, partió de sus ojos. Cervantes se levantó. Darahimaráh avanzó algunos pasos hacia él. Este se aproximaba a ella lentamente. Estaban solos en el extenso y frondoso jardín, que estaba rodeado por un alto muro almenado.

Al fin se quedaron inmóviles, a poca distancia el uno del otro. Entonces fué cuando Cervantes pudo juzgar hasta qué punto llegaba la espléndida, la exhuberante, la juvenil belleza de Darahimaráh. Por algún tiempo permanecieron contemplándose en silencio. En el semblante de Miguel se revelaba una gran contrariedad, al par de un gran interés. En el de ella, una especie de placer dulcísimo.

—Tú debes ser un gran príncipe—dijo Darahimaráh—cuando mi padre te me ha dado por esposo.

—Yo era un cautivo de un solo señor—dijo Cervantes sin poder contenerse—; ahora soy cautivo de dos.

—Tú no puedes ser cautivo—dijo con altivez y como hablando en nombre de Cervantes la hermosa doncella—; tú has nacido para ser señor—y se enrojecieron sus mejillas, sonrió lánguidamente y en sus ojos apareció una mirada en que se reflejó la expresión de un placer recóndito y purísimo.

El resto de reflexión que en Cervantes quedaba hacía que sintiese miedo. Comprendía que se usaba para con él del medio más cruel de que podía usarse. Se acercaba a sus labios la copa del placer; más: de cuantas delicias puede ambicionar y aun soñar el deseo. Y ella, ella sentía una languidez que no podía explicarse, una ansiedad que no podía comprender, una felicidad misteriosa cuya existencia había ignorado. Esto era demasiado para su alma virgen, ya desde hacía mucho tiempo misteriosamente predispuesta al amor.

—Ni tú eres cautivo de mi padre, ni lo eres mío—dijo al cabo—; si fueras cautivo de mi padre, éste no te me daría

por esposo, y no puedes ser cautivo mío, porque eres mi señor.

Darahimaráh, criada lejos del mundo, apartado de ese precepto que obliga a la mujer a encubrir sus afectos, hablaba libremente, con toda la sinceridad de su alma y era ella la que entraba a velas llenas en el espacio del amor. Ella no sabía lo que era ser esposa de un hombre, como no fueses vivir siempre a su lado y obedecer ciegamente su voluntad. Esto era lo único que la habían dicho las viejas guardianas de la parte del harem destinado a las hijas del rey, que pasaban de sesenta, como que provenían de muchas mujeres.

Darahimaráh tenía más de los catorce años y no llegaba a los quince. Su padre la usaba como medio para cazar a su madre fugitiva, creyendo que Cervantes tenía un gran poder sobrenatural. Darahimaráh lo ignoraba. Pero Cervantes lo sabía, y esto hacía que le causase horror el feroz Hassan-Agá.

Darahimaráh, con su inocencia, con su confusión, era más poderosa de lo que hubiera querido Cervantes. Acabó por aparecer completamente alegre y confiada ¿Y de qué había de desconfiar?

—Ven, ven conmigo, esposo y señor mío—le dijo—; sígueme a mi aposento; quiero agasajarte; yo te daré dátiles dulcísimos, leche ordeñada por mis propias manos, y aromático vino de naranja; crece el calor; el viento se duerme; el jardín se hace insoportable; ven, ven; sígueme—y asió de la mano a Cervantes, que se dejó conducir.

Le llevó a un extremo del extenso jardín y entró en un establo. En él había algunas hermosas vacas. Darahimaráh tomó una pequeña vasija de barro cocido vidrada, que le dió lo que podía llamarse guardiana de las vacas, y que tenía todas las trazas de campesina.

—Darají—le dijo Darahimaráh—, éste que ves es mi esposo; me lo ha dado mi padre.

Darají sonrió.

—Ya nos lo ha mandado a decir el señor—contestó Darají, mientras Darahimaráh se inclinaba para ordeñar una de las vacas—; y, por lo mismo, tú no habitarás ya entre tus hermanas, Sayda-Darahimaráh.

—Me importa poco—dijo haciendo un gracioso mohín de indiferencia Darahimaráh—, porque habitaré con mi señor.

—Sí—dijo Darají—, en la otra parte del harem; esa es la orden que acaba de dar a Sayda-Háxima delante de mí tu padre.

Sayda-Háxima era la de más edad de las guardianas o ayas de las hijas del dey, y por esto, su jefe.

Mira, Darají—dijo Darahimaráh—; coge los dátiles más maduros y más hermosos y tráelos.

Darají tenía a lo más veintiséis años, era hermosa, aunque ruda, y esclava de Hassán-Agá, del cual había sido mucho tiempo concubina. Tres hijas suyas y de Hassan-Agá se criaban entre las demás. Darají había obtenido la gracia de vivir junto a sus hijas, y, para entretenerse, cuidaba de las vacas. Pero había otras esclavas para las operaciones más groseras. Darají mandó a una de éstas que fuese a coger los dátiles.

Entre tanto, sobrevino Sayda-Háxima. Era una mujer respetable por su aspecto, pero también esclava.

—Bien venido seas, señor—dijo Háxima a Cervantes—, y por feliz debes darte de que el esclarecido y poderoso bajá de los creyentes en Argel te haya dado la más hermosa y la más querida de sus hijas. Secreto es este casamiento, a lo que parece, y tan secreto, como que yo no puedo comprender cómo se ha hecho así, que de las ceremonias de la religión se ha olvidado el señor. Pero su voluntad es una ley, y tanto más cuando se trata de una hija suya—e invitó a aquellos extraños esposos a que la siguieran.

Los condujo a un aposento situado, como ya hemos dicho, a un extremo del harem. Aquel aposento se componía únicamente de dos habitaciones, unidas entre sí por una galería. Las dos habitaciones ocupaban cada una todo el espacio de una torre y estaban en la parte más alta del edificio. En la galería había una estrecha escalera, por la cual se subía a las plataformas de las torres.

Para descender a los pisos inferiores, había otra escalera, que también empezaba en la galería. En la parte superior de esta escalera había una fuerte puerta de hierro.

Apenas hubieron entrado en la cámara de la torre de la derecha Darahimaráh y Cervantes, cuando Háxima les dijo:

—El excelente y poderoso Hassan-Agá ha querido que aquí viváis ocultos con vuestro amor; todos los días se os traerá dos veces todo lo que necesitéis, todo lo que queráis. Lo que por el momento os puede ser necesario, está ya prevenido—y después de estas palabras y de haber dejado los dátiles y la leche en la cámara, Háxima salió con las esclavas y se cerró la puerta de hierro.

Cervantes ni aun se tomó a pena de preguntar a Háxima: era harto claro lo que sucedía; se le ponía en prisión y de la manera más extraña del mundo. Se le daba por mazmorra una bella habitación, alhajada con cierto lujo. A aquella habitación

estaba unido un dormitorio muy bello, o más bien la cámara de Darahamaráh, puesto que en ella había cuantos objetos necesita para su tocado una mujer. Las cadenas con que le aprisionaban no eran de pesado hierro, sino los frescos brazos de una hermosísima criatura.

Era aquélla una bien rara manera de obligarle a que usara del poder de hechicero que Hassan-Agá le suponía, a fin de que hiciese volver a Noemí y a Abigail con el tesoro que la primera se había llevado. Hassan-Agá no sabía, no podía saber que aquel tesoro se lo había tragado la mar, y a más, el cadáver de Noemí, y que Abigail navegaba en aquellos momentos la costa de Nápoles.

Cervantes se encontraba tan preso y tan asegurado como si hubiese estado en el oscuro fondo de una mazmorra húmeda y fétida y cargado de cadenas, desnudo y hambriento. Fué al ajímez de la cámara y midió con la vista la altura. Era enorme. El muro, perfectamente liso, hacía imposible toda fuga. Además, en un adarve que al pie de las torres había, se paseaba un guarda.

Darahimaráh, a juzgar por su candorosa expresión, por un destello casi divino que resplandecía en sus ojos, debía tener un alma de ángel. Parecía nacida para amar y para hacerse amar sin pretenderlo. Para ella parecía el colmo de la felicidad estar junto a Cervantes, que se había propuesto respetar su inocencia. ¿Por qué añadir un amor desventurado a aquellos sus tristísimos pasados amores, en los que había caído por un exceso de impresionabilidad? Si bien había debido inefables dulzuras, inapreciables consuelos a aquellos amores, les había debido también grandes amarguras. Tenía por ellos, si no enlutada, ensombrecida el alma; si no remordimiento, pesar. El libro de la vida le había mostrado terribles páginas en el capítulo del amor.

Pasaron uno, dos, tres días. Cervantes había tomado su partido: no debía considerar a Darahimaráh sino como una criatura a la que el torbellino de sus sucesos había arrojado a su lado. Las desgracias habían enseñado a Cervantes una verdad: que casi siempre la satisfacción de un apetito al que se opone la razón y la conveniencia, y por tanto la justicia, trae por sus consecuencias sobre la conciencia un tormento, comparado con el cual es muy pequeño el placer que ha producido: el remordimiento.

Como la inocencia de Darahimaráh le ayudaba, Cervantes se mantenía rígidamente dentro de los límites del deber. Pero

esto no era sin grandes combates con la tentación. Combates heroicos que se hacían tanto más terribles cuanto más resistencia se les oponía.

No sabía absolutamente nada de lo que acontecía fuera de su encierro. Dos veces al día, Sayda-Háxima, acompañada de algunos esclavos, iba a servirles. Cervantes preguntaba a Háxima por Hassan-Agá. Háxima no sabía nada, sino que Hassan-Agá se dejaba ver muy poco. Que cuando se le veía, tenía el rostro muy hosco, muy fruncido, y de muy pocos amigos. Que había empalado, ahorcado y hecho dar de palos hasta reventarlos a más de una docena de desdichados. Que había mandado prender y cargar de hierros a algunos de los moros más principales. Pero estos moros no eran ni el hagib Morato ni Arnaute-Mamí.

Cervantes deducía de esto que Hassan-Agá no sabía nada de la conspiración armada contra él. Que, martirizando a algunos pobres cautivos, se había dejado llevar de su despecho, y prendiendo a algunos moros nobles y ricos, había oído a sus recelos. Hassan-Agá había enloquecido, esto no podía dudarse, por la pérdida de Noemí, de Abigail y, sobre todo, de su tesoro.

Era dura la situación. Pero Miguel se propuso sacar el único y gran partido que a su fe de cristiano le quedaba: atraer a aquella angelical criatura a la fe de Jesucristo. De noche, sentados en el cenador de la torre, que podía llamarse aposento de Cervantes, éste, ante la triple inmensidad del espacio, del mar y del silencio, hablaba a Darahimaráh de Jesucristo, de su sublime religión de caridad, de amor, de fraternidad. Darahimaráh le escuchaba arrobada.

—Si tú amas a Jesús—le dijo una noche, cuando ya había pasado una semana de encierro—, ¿cómo no he de amarle yo? Si tú crees a Jesús Dios, y a la Santa Virgen María Madre de Dios, ¿cómo no lo he de creer yo también, si yo amo todo lo que tú amas, si yo creo en todo lo que tú crees?—y perdía sus rosados dedos en la cabellera de Cervantes, que, a pesar de su traje musulmán, era cristiano.

Una noche llamó Cervantes, como no podía menos de hacerlo, esposa de Jesucristo a su Iglesia.

—¿Y no tiene Jesucristo más esposa que su Iglesia?—preguntó sencillamente Darahimaráh.

—Jesús no reconoce muchas esposas; no reconoce más que una. Por lo mismo, los cristianos no pueden tener más que una esposa.

—¡No más que una esposa!—exclamó Darahimaráh, y se quedó profundamente pensativa.

No comprendía bien. Ella sabía que los musulmanes podían tener muchas esposas y no lo encontraba justo desde que amaba; comprendía por sí misma que ella no podría sufrir que Cervantes amase a otra mujer como a ella la amaba, que se apartase de su lado para ir al lado de otra mujer.

—Entonces—dijo—, ¿la esposa de un cristiano no se aparta nunca de él?

—No, nunca; el sacramento los une con lazos indisolubles que sólo puede romper la muerte.

Una mirada infinita, indescriptible, poderosa, inmensa, irresistible, se exhaló por los ojos de Darahimaráh. Dios, por medio de aquella mirada, había pronunciado su prepotente, su necesario *fiat*. Cervantes se sintió atraído. Abrazó a Darahimaráh y la besó en la boca. Pero inmediatamente se alzó aterrado. Se rehizo. Darahimaráh había lanzado un grito de dolor y de felicidad y había perdido inmediatamente el conocimiento. La primera y más pura manifestación del amor la había abrazado la sangre y el alma.

—¡Oh, esposo!... ¡Esposo mío!...—exclamó cuando se recobró—: ¡Tú eres un ángel!... ¡Yo te amo con toda mi vida!...

Cervantes dijo:

—El amor viene del cielo—y se sentó de nuevo y se quedó en silencio, dominándose conmovido.

Darahimaráh se acercó a él, le rodeó un brazo al cuello y, acercando a él su semblante, le contempló demudada, pálida, anhelante, palpitante, transfigurada.

—¿Crees en mi Dios?—le preguntó Cervantes.

—Sí, sí—dijo Darahimaráh—; tu Dios es muy bueno, puesto que ha hecho a la mujer, no esclava, sino compañera y hermana del hombre.

—¿Le amas por su amor, Darahimaráh?

—Sí, por su amor—respondió ella.

—¿Crees tú en el Dios Padre, en el Dios Hijo, en el Dios Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios?

—¡Sí creo!—exclamó con una fe infinita y poderosa Darahimaráh..

—¿No crees en él por amor a mí?

—No; por amor a Dios, que es la caridad y el amor.

—¿Quieres ser cristiana.

—Sí.

—¿Quieres llevar el nombre de la Santa Virgen María?

—¡Oh, sí! ¡Con toda mi alma!

—¿Sabes que si tu padre sabe que te has convertido al verdadero Dios te martirizará?

—¡Moriré por mi Dios!

Cervantes reconocía que por la voz de Darahimaráh le hablaba un espíritu poderoso, un espíritu inmenso. La convicción, el amor de Dios, la fe, envueltas en una preciosa inocencia, lucían, relampagueaban en la mirada de Darahimaráh. Y al mismo tiempo, el amor de la vida, el amor humano, el amor de la esposa al esposo, fluía palpitante en la mirada, en el ser entero de la hermosa joven.

Cervantes sentía, como no podía menos de sentirlo, que su palabra había fructificado, ayudada por el amor más puro de los amores, en Darahimaráh, y que la gracia del Señor había descendido a ella. Le había enseñado el catecismo y se lo había explicado. Darahimaráh lo sabía perfectamente. Cervantes se levantó, llenó de agua la aljofaina y, poniéndola sobre un almohadón, dijo:

—Ven acá, Darahimaráh.

La joven se levantó del diván que estaba en el mirador. Se acercó a Cervantes.

—Arrodíllate—le dijo éste.

Darahimaráh se arrodilló.

—Eleva tu espíritu al Señor—exclamó Cervantes con la voz conmovida y el alma dilatada.

—¡Oh!—dijo Darahimaráh con un acento que pareció sobrenatural a Cervantes—. Yo siento en mi espíritu el espíritu del Señor.

—¿Quieres recibir el agua del bautismo?

—Sí.

—¿Quieres tomar al cristianarte el nombre de la Santísima Virgen, Madre de Dios, encarnado por obra y gracia del Espíritu Santo?

—Sí, sí; yo quiero llamarme María.

—Inclina tu cabeza—dijo Cervantes.

Darahimaráh inclinó su hermosa cabeza sobre la aljofaina. Entonces Cervantes elevó los ojos al cielo y el espíritu a Dios.

—Señor—dijo—, yo, cristiano, yo, siervo tuyo, yo, que en tu fe he nacido y en tu fe moriré; yo, en tierra de infieles, sin libertad para buscar uno de tus consagrados, te pido tu gracia para hacer cristiana a esta criatura—y tomando agua en el hueco de la mano, la echó sobre la cabeza de Darahimaráh, exclamando con toda su fe:

—María, yo te bautizo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—¡Amén!—dijo una voz conmovida y que sonaba a lágrimas detrás de Cervantes.

Este se volvió y vió ante sí a Saruh-Yemal.

—¡Ah!... ¡Tú!...—exclamó Cervantes al ver de improviso junto a sí a doña Magdalena.

—¿Quién es esa mujer?—exclamó Darahimaráh, alzándose violentamente.

—Yo soy hermana de tu hermano y hermana tuya—dijo Saruh-Yemal.

—¡Ah! ¡Su hermana!...—exclamó Darahimaráh, palideciendo—. Es que yo no quiero que tenga otra hermana que yo.

—Todos los cristianos somos hermanos, y tú acabas de cristianarte—dijo dulcemente Saruh-Yemal.

—Yo le amo—dijo con vehemencia Darahimaráh.

—Y él te ama también. Yo le amo de otra manera; nunca le he amado de otro modo.

—Es mi esposo—dijo Darahimaráh.

—¿Y por qué no?—exclamó con un acento sombrío y profundamente conmovido Saruh-Yemal—. ¿Qué hay que lo estorbe?

Se le heló la sangre a Cervantes. Beatriz había muerto o desaparecido. Abigail había desaparecido o tal vez muerto. Noemí, muerta, no podía, aunque hubiese vivido, ofrecerle sino un amor impuro. Los amores de aquella remota duquesa de Puente de Alba habían sido un relámpago que había pasado por su tormentosa existencia. Con doña Magdalena no había tenido verdaderamente amores, que a nada los obligasen, ni a ella ni a él. Quedaba Paulina. ¿Por qué Saruh-Yemal había pronunciado aquellas siniestras palabras que parecían indicarle que era completamente libre, que no tenía con ninguna mujer empeño que le impidiese ante su conciencia unirse con Darahimaráh? ¿Había tal vez muerto Paulina? El la había encontrado muy enferma. El largo mes que había transcurrido sin que de él tuviese noticia alguna, podía haber agravado su terrible enfermedad. Podía haber producido su muerte.

Darahimaráh que, dentro de su sencillez y de su inocencia, era muy inteligente, miraba con una terrible ansiedad la visible y poderosa emoción que se pintaba en el semblante de Cervantes. Saruh-Yemal, más serena que ellos dos, dominaba la situación.

—No podemos detenernos ni un solo momento—dijo—; os va a los dos la vida. Los momentos son preciosos.

—¡La vida!—exclamó en una vehemencia fuera de toda comparación Darahimaráh—. ¡Su vida está en peligro y tú vienes a salvarle!... ¡Oh!... ¡Bendita seas tú!... ¡Guía, guía cuanto antes...; nosotros te seguimos!...

Saruh-Yemal salió de la cámara y entró en la galería seguida de Cervantes y de Darahimaráh. En la parte media de la galería se acercó a una de las columnas. En ella había sujeta una escala.

—Por ahí hemos de bajar—dijo Saruh-Yemal—; necesario será que tú sostengas a tu esposa, Miguel.

¡A tu esposa!... Estas palabras acabaron de ennegrecer el alma de Cervantes.

—No—dijo Darahimaráh—; yo soy fuerte y ágil; yo descenderé sola.

—Sígueme entonces; yo te sostendré si es necesario—dijo Saruh-Yemal—; la escala es bastante fuerte para resistir el peso de los tres— y, subiendo sobre la balaustrada, ganó la escala y se deslizó por ella. Tardaron poco en llegar al adarve que corría a los pies del muro. Darahimaráh tropezó con un cuerpo, tendido e inmóvil; más allá había otros dos cuerpos inmóviles también. Aquellos eran los cadáveres de tres guardas.

—¡Silencio!—dijo en voz baja Saruh-Yemal—. Aún estamos en peligro.

Luego silbó de una manera tenue. Inmediatamente cayó de lo alto la escala por la que habían descendido. Sin duda había arriba, en la galería, alguna persona con la cual Saruh-Yemal se había puesto en inteligencia.

Apenas había caído sobre el adarve la escala, cuando de entre la sombra del muro salieron cuatro hombres. Recogieron la escala. Luego se dejaron ir del adarve abajo, valiéndose de las asperezas del muro del adarve, que era de poca altura, y que daba sobre el jardín del harém. Antes de descender, habían asegurado la escala en un almenar. Descendieron por ella al jardín Saruh-Yemal, Darahimaráh y Cervantes. Cuando hubieron adelantado por entre las espesuras, Saruh-Yemal dijo:

—Podemos darnos por seguros: aquí no hay nadie; aquí no quedan guardas; ganemos el postigo del muro exterior: le tenemos franco.

Cuando llegaron a aquel postigo, Cervantes le reconoció. Era el mismo por donde un mes antes había escapado con Noemí. Los cuatro esclavos negros estaban junto al postigo; le abrie-

ron y salieron. Estaban en la vertiente, sobre la marina, y cerca del barranco que ya conocemos. Cuando llegaron al barranco, encontraron allí otros dos esclavos, que guardaban ocho fuertes caballos.

—No perdamos un momento—dijo Saruh-Yemal—; el tiempo urge; monta a caballo, Miguel, y toma en tus brazos a tu esposa.

Montaron todos.

Saruh-Yemal tomó la delantera, como guiando, y puso su caballo al galope; luego a escape. Los demás le siguieron. Iban hacia el Levante, dejando cada vez más a la izquierda el mar. Al fin Saruh-Yemal se metió por un terreno pedregoso. El mar se perdió de vista. Sólo quedaron colinas cubiertas de nopales, entre los cuales se levantaban, como ramilletes, grupos de palmeras.

Llegaron al fin a un estrecho valle que se extendía en declive entre tres cerros. En lo más alto del valle había una gran torre escueta y solitaria. Al acercarse a aquella torre, una voz robusta y bravia les mandó detenerse.

—¡Es el Tigre!—dijo Saruh-Yemal, y siguió.

Antes de llegar a la puerta de la torre encontraron un escuadrón de hombres a caballo, armados de largas lanzas. Estos hombres agitaron sus lanzas como en saludo de honor, al pasar delante de ellos con sus amigos y sus esclavos, Saruh-Yemal. Echaron pie a tierra a la puerta de la torre, donde esperaba un hombre atlético y torvo con una lámpara encendida en la mano. Este hombre les llevó por un vestíbulo a unas escaleras, y por ellas los condujo a una extensa cámara preparada sin lujo, pero sí con comodidad.

—Nada temáis ya—dijo Saruh-Yemal—; reposad; os habéis fatigado, particularmente tú, mi querida hermana; voy a mandar que nos traigan un refresco—y llamó.

Apareció una esclava. Saruh-Yemal habló con ella en voz baja. La esclava salió.

Darahimaráh se había arrojado verdaderamente cansada en un diván. Estaba, además, poderosamente sobreexcitada. Tenía miedo. Conocía la ferocidad y el poder de su padre. En cuanto a Cervantes, estaba aturdido, pero dominaba su aturdimiento con su admirable fuerza de voluntad.

Llegó la esclava. Traía en una fuente de plata tres grandes copas del mismo metal. Saruh-Yemal tomó una de las copas y la presentó a Darahimaráh.

—Bebe por tu vida—le dijo—; esto te confortará.

Darahimaráh, que estaba sedienta, bebió con ansia. Bebieron a su vez Cervantes y Saruh-Yemal.

—¡Ah!—dijo Cervantes—. Estoy ansioso porque me expliques la situación en que nos encontramos. ...

—Espera—dijo Saruh-Yemal, que observaba con gran atención a Darahimaráh.

Esta aparecía como acometida por una especie de sopor. Aquel sopor se fué condensando hasta que al fin Darahimaráh cayó de costado sobre el diván.

—¡Oh! ¿Qué es esto?—exclamó Cervantes.

—Esto es evitarle que sufra; es un arcángel; te ama con toda su alma; si te separases de ella, sufriría de una manera mortal, temería perderte y es de todo punto necesario que te separes de ella. Yo le he dado un soporífero muy dulce hecho con opio; dormirá plácidamente hasta el amanecer, y al amanecer te encontrarás a su lado.

Saruh-Yemal dió una postura cómoda sobre el diván a Darahimaráh. Luego llamó. Acudieron dos doncellas. Saruh-Yemal las mandó que cuidasen de Darahimaráh.

—Ven conmigo—dijo a Cervantes.

Este le siguió. Saruh-Yemal bajó con él a la puerta de la torre. Allí permanecía el escuadroncillo armado. Dos esclavos tenían de la mano dos caballos. Montó en el uno Saruh-Yemal. En el otro Cervantes. Partieron. El escuadroncillo los siguió.

Tomó Saruh-Yemal el camino de Argel, o más bien la dirección, porque en la tierra de Argel no había caminos. Cuando más, se encontraban sendas en los trayectos más concurridos, formados por los pies de los viandantes y de los camellos y demás bestias de carga. Pero no volvían por los mismos sitios por donde habían ido. El terreno era más áspero. Desde ninguna de las colinas se veía el mar.

A juzgar por las estrellas, era ya cerca de la media noche. El terreno que atravesaban, además de ser muy accidentado, era completamente desierto. A veces atravesaban un palmar. A veces una espesura de grandes castaños silvestres. Cuatro de la escolta iban delante. Después Saruh-Yemal y Cervantes. Luego, como hasta cuarenta hombres, armados de lanzas y espingardas. Todos eran mulatos y atléticos. Los caballos que montaban eran de pequeña alzada, pero ardientes, fuertes y ligeros. De improviso, y al atravesar un espeso robladar, uno de los de la escolta gritó:

—¡Guarda el león!—y preparó su espingarda.

En aquel mismo punto, un enorme león cayó sobre la grupa

del caballo que montaba Cervantes. El animal cayó, y Cervantes con él. Saruh-Yemal lanzó un grito de espanto, un grito tal como no podía lanzarlo más que una madre que viera en un horrible peligro a su hijo, o una mujer que viese en un peligro igual a un hombre a quien amase como una madre puede amar al hijo de sus entrañas.

Cervantes, cuyo valor no se desmentía jamás, a pesar de la terrible situación en que se encontraba, arrollado por el león, al alcance de su garra, con la muerte al ojo y una muerte terrible, no sólo oyó el grito de Saruh-Yemal, sino que le apreció en todo lo que valía. Se sintió amado hasta el delirio. Y al mismo tiempo que esto pensaba y que por esto se conmovía, atendiendo a su defensa, había echado mano a su gumía.

La situación era terrible. Los mulatos de la escolta no podían disparar, por temor de herir a Cervantes. Habían saltado muchos de ellos de sus caballos, para buscar un flanco por donde herir al león, sin que la vida de Cervantes corriese peligro. Pero antes que todos, había saltado de su caballo Saruh-Yemal. Cervantes, cogido por una pierna debajo del caballo, no podía herir al león, porque no alcanzaba a él. El caballo se debatía y este era otro peligro para Cervantes.

De improviso el león rugió de una manera horrible y dió un salto formidable. Al mismo tiempo había retumbado una detonación. Uno de los mulatos de la escolta había disparado cuando ya el león caía sobre él. La bala había herido a la fiera por debajo de la cabeza, entre las dos mandíbulas. Había caído. Su rugido se había hecho sordo, y disminuía su estruendo rápidamente. Cervantes se había desembarazado del caballo, que se había puesto en pie, y acudió a Saruh-Yemal, que cayó desmayada a sus brazos. Miguel hizo traer agua de un arroyo que corría a poca distancia y Saruh-Yemal volvió en sí. Apenas abrió los ojos exclamó:

—¡Ah, Miguel, Miguel! ¡Cuánto he sufrido!...

Cervantes la estrechó entre sus brazos, y le dijo:

—Repórtate: yo estoy completamente salvo; ni aun siquiera me ha lastimado la caída; que tan espesa es aquí la grama, que ha quitado toda violencia al golpe.

—¡Ah! Pues yo me siento mal, muy mal...—exclamó ella—; yo creo que voy a morir. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Si yo te había creído muerto!

No podía darse una más vehemente, más apasionada declaración de amor. Como no podía darse tampoco una hermosura

más conmovedora que la de Saruh-Yemal en aquellos momentos.

—Pero aquí no podemos permanecer—dijo Saruh-Yemal—. Argel nos llama: ha llegado el momento y, aunque supiera que había de morir, yo seguiría mi camino—y haciendo un poderoso esfuerzo, se afirmó sobre sus pies, pero abandonada todavía en los brazos de Cervantes.

—Sí—dijo Cervantes—; necesario será que vayamos a donde se te pueda asistir, amada mía.

—¡Ah! No me llares tu amada—dijo Saruh-Yemal—; eso es mentira; tú no me puedes amar; tú no me has amado nunca.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Cervantes—. ¿Y quién sabe lo que es el amor?

—Partamos, partamos de aquí—dijo Saruh-Yemal—; estamos tardando ya: un solo momento perdido puede sernos funesto. Mira, ya me tengo mejor: recobro mis fuerzas. ¡Oh, sí, sí!... Ya pasó: sólo me queda un gran cansancio, pero pasará también; y yo no podría ir sola en mi caballo: iré en él contigo.

Cervantes, estremecido de no sabemos qué emoción, pidió el caballo de Saruh-Yemal, que acercó uno de los mulatos. En cuanto al de Cervantes, los que habían acudido a él, le habían restañado la sangre con ceniza que habían hecho quemando maleza. El caballo aparecía fuerte y fiero, y como con ansia de vengarse del daño que se le había hecho. Su ojo vivo, feroz y ardiente centelleaba. El león había sido desollado. Montó a caballo Cervantes, y tomó delante de sí a Saruh-Yemal. Montaron los mulatos, y uno de ellos cogió de la brida al corcel de Cervantes y se emprendió de nuevo la marcha.

Saruh-Yemal iba fuertemente asida a la cintura de Cervantes. Reclinaba sobre su hombro la cabeza. Si Cervantes hubiera podido verla el rostro, que llevaba inclinado, hubiera encontrado en él el trasunto de la más inefable dicha. Una manifestación, un reflejo de una felicidad inmensa.

—¡Oh! ¡Y cómo te late el corazón, Miguel!—exclamó. Y apenas dichas estas palabras, gimió, pretendió separarse, pero no pudo, y rompió a llorar de una manera dulce y silenciosa.

Al par que lloraba, sonreía. Alzó la cabeza y miró a Cervantes. A la luz de la luna, y a través de las lágrimas, Cervantes vió en los ojos de ella algo que jamás había visto: la madre, la hermana, la hija, la amante, la esposa... todo junto; toda el alma de una mujer apasionada y pura.

—¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!...—exclamó Cervantes—. ¡Y por cuán incomprensibles rodeos llevas a los hombres!

—¿Por qué dices eso, Miguel?—le preguntó con una inefable ternura Saruh-Yemal.

—Porque después de tantos y tan dolorosos rodeos de la vida, me encuentro en el mismo lugar en que empecé.

—No te comprendo, Miguel; o más bien, aunque te comprendo, quiero que tú me expliques lo que has dicho.

—¿Te acuerdas?...

—Sí; de la noche que en Madrid, escapando asustada de la riña en que se metió mi pobre hermano Julio, tú acudiste y me serviste.

—Yo entonces no había amado aún—dijo Cervantes.

—¿No?... ¿Pues no conocías ya a Abigail?

—Aún no—dijo Cervantes—; tú te entraste en mi corazón, mi doña Magdalena.

—Sí, sí, llámame Magdalena y no Saruh-Yemal—dijo ella—; quiero que me llames por mi nombre cristiano; por el que llevaba cuando te conocí.

—Saruh-Yemal es un hermoso nombre.

—¡Oh, sí! Un nombre jactancioso: *Sol de hermosura*; los moros no saben poner a las mujeres más que nombres pomposos, exagerados: Magdalena, Magdalena es más sencillo.

—Me parece que te sientes mucho mejor, hermosa mía.

—¡As! ¡Sí, sí!... He sentido en mí una nueva vida, cuando he sentido los violentos latidos de tu corazón.

—Yo también he sentido los del tuyo—dijo Cervantes—y creí que moría de felicidad.

—Cuidado, Miguel; cuidado no te engañes.

—¿Te engañas tú?

—¡Ah! Yo no: yo te amo desde que te conocí; ¡y cuánto he sufrido!... Tú me habías visto un momento; viste después a Beatriz, que era violenta, que concibió por ti una de esas pasiones ardientes, que son tan terribles en las mujeres que, como ella, no saben dominar sus impulsos, que tienen el alma y el cuerpo vírgenes y en el corazón la sed del amor. Tú llegaste a ser, apenas la conociste, y de una manera extraña, su esposo. Yo lo sabía. Yo te había seguido. Había sentido por ti algo que hacia ti me arrastraba; lo vi, lo vi todo; y cuando tu amor era ya imposible para mí, te amé más... Conociste luego a Abigail; residiste en Roma... Después conociste a Paulina...

—¡Oh!... ¡Paulina!...—exclamó Cervantes.

—Otra mujer tan terrible como Abigail y como Beatriz; como ellas manchada por el crimen; como ellas castigada por Dios; y no cuento a la duquesa de Puente de Alba, violenta tam-

bién cuanto en la apariencia dulce, enamorada con un amor satánico, castigada también por Dios... Ni cuento tampoco a Noemí.

¡Ah! ¡Estás revelándome los misterios de mi alma!—exclamó Cervantes.

—Amar, es amar como he amado yo: amar en la soledad, lejos del hombre amado; contarle perdido, verle en los brazos de otra, resignarse a la desgracia del corazón; y amar... amar cada día más; más y más a cada amargura; esperar, sí, porque siempre se espera; pero esperar con la amargura del desaliento; como pudiera decirse, esperar sin esperanza; estarse muriendo siempre, y no morir nunca; resignarse y sufrir, y pensar con alegría, con deseo en la muerte... ¡Esto es amar!

Cervantes estrechó dulcemente contra su corazón a Saruh-Yemal

—Pero Dios premia a los mártires y les da la gloria—dijo Saruh-Yemal, estremeciéndose bajo la presión del brazo de Cervantes—. Dios ha visto la pureza de mi amor y mi resignación a la desgracia a que mi amor me arrastraba; Dios no ha visto ninguna mancha, ningún crimen en mi frente y Dios me premia: Dios te me dá.

—¡Ah! ¡Yo tiemblo!—exclamó Cervantes—. Si Dios me diese un amor como el tuyo, me daría la paz de mi alma y yo no he nacido para ser feliz. Yo tengo en mi ser la necesidad del amor. Mi alma le busca en todo. He creído encontrar el amor en una mujer; he soñado, he delirado, y siempre mi sueño se ha desvanecido en lo terrible; siempre mi delirio ha encontrado una realidad espantosa.

—Tú has ido de ansiedad en ansiedad, de amor en amor, inmenso, vehemente e insaciable; acuérdate: acabamos de dejar aletargada a una mujer que te ama: tu vida está rodeada de dificultades. ¿Tengo yo acaso derecho a desgarrar el corazón de esa pobre mártir, de Darahimaráh, que te ama con toda su alma, que por tu amor ha abierto los ojos a la luz, y se ha convertido a Dios?

—¡Ah! ¡Mi destino cruel!—exclamó Cervantes—. Siempre las contrariedades, y las contrariedades terribles en mi camino. Yo no la amo; habré podido sentir el encanto de su hermosura, pero mi alma no se llena con su amor; en cambio, con el tuyo siento mi alma consolada, engrandecida.

—Mi amor no pasa de ser amor—dijo con un acento tiernísimo y puro Saruh-Yemal—: amor del alma. Beatriz y Noemí han muerto; Abigail era un demonio que se había apoderado

de ti y yo de ti le he separado; no la volverás a ver más. Paulina no puede ser tu esposa.

—¿Ha muerto también?—exclamó con una viva ansiedad Cervantes.

—No; pero Paulina tenía remordimientos: se acordaba a menudo de los *Apuñaladores*; había vivido del oro del crimen y tiene siempre un peso sobre la conciencia; para aplacar las iras del cielo, se ha consagrado al Señor. Cuando vuelva a Roma, que yo la volveré, entrará en un convento.

—Entonces—dijo Cervantes—, ¿por qué me has hecho volverla a ver?

—Me lo ha suplicado; ella quería volver a verte, despedirse de ti. Ahora bien: Hassán-Agá te encerró con su hija Darahimaráh, con María; yo no podía prever esto. Te eché de menos. Tardabas demasiado en volver. Envié a mi padre a la Alcazaba. Ya sabes que él, que me llama y aun me cree su hija por su amor, aunque bien sabe que no lo soy, engaña a Hassan-Agá, que le cree un grande amigo suyo. Mi padre exploró sagazmente a Hassán-Agá, y éste le dijo:

—«Soy el más desventurado de los hombres: amo a Noemí, y Noemí ha huído robándome; amo a otra mujer misteriosa, y ha huído también.» Mi padre comprendía que la mujer misteriosa era Abigail. *

—«Los ha acompañado un miserable: el *Ximio*, el jorobado; los he buscado en vano; nadie sabe lo que ha sido de ellos.» Mi padre podía haber dicho lo que de ellos sabía, pero se guardó muy bien de hacerlo.

—»Pero yo los encontraré—añadió Hassán-Agá.

—»¿Y cómo los encontrarás?—le preguntó mi padre, aunque procurando ocultar el cuidado de su pregunta.

—»Mi *cristiano estropeado*—respondió Hassán-Agá—, ya sabes, Miguel de Cervantes, es hechicero; él puede con sus artificios hacerles que vuelvan con mi tesoro. El se ha negado a usar en favor mío de su ciencia, pero tú no sabes... el *cristiano estropeado* es mío.

—»Ya sabes—le dijo mi padre—que Miguel de Cervantes es muy firme de voluntad.

—»¿Crees tú que mienten las estrellas?—preguntó Hassán-Agá a mi padre.

—»¿Cómo han de mentir—respondió mi padre—, si las estrellas son los misteriosos signos de fuego con que Dios ha escrito su voluntad en el firmamento?

—»Pues bien, cuando nació Darahimaráh, hace más de cator-

ce años, en Constantinopla, en la efísta de las Buenas-Hadas, pareció como que una estrella muy leve, pero muy luciente, bajaba del cielo para caer sobre su cabeza y perderse en ella. Yo consulté a los astrólogos, que hicieron, por cuantos medios tenían en su ciencia, el horóscopo de Darahimaráh. «Ella vivirá para el amor, y por el amor será salva. Ella no amará hasta que un grande encantador enemigo de su padre, y contra el cual su padre nada puede, la conozca. Cuando la conocerá el encantador, se encantará de ella, y a ella pasará todo el poder del encantador; y por este poder el padre de Darahimaráh será salvo, y llegará a cuantas venturas y a cuantas grandezas aspire.» Ahora bien—añadió Hassán-Agá—: ¿Quién es mi grande enemigo, contra el cual nada puedo, porque cuando mi brazo se levanta para castigarle, mi brazo se desarma? El *cristiano estropeado*. ¿Y no es el *cristiano estropeado* un sabio encantador, un grande hechicero? Yo le he hecho conocer a Darahimaráh, ¡ cuando se han visto, el alma de los dos se ha unido. El amor los ha enlazado. Lo que estaba escrito se ha cumplido ya en parte y acabará de cumplirse: mi hija tendrá todo el poder del *cristiano estropeado* y, por el poder de mi hija, que me ama, yo recobraré a Noemí, a Abigail, mi tesoro y seré cuanto deseo ser.»

—Continuó mi padre haciendo hablar a Hassán-Agá, y al fin supo que tú estabas encerrado y preso con Darahimaráh en una parte del harém. Un mes largo se ha invertido en procurarte la fuga. Ha sido necesario corromper a algunos de los servidores del harém, y matar a otros; pero al fin te has visto libre.

—Gracias a ti, amor mío.

—Tu hermana; yo no quiero remordimientos sobre mi conciencia: Darahimaráh es un arcángel, por ti se ha convertido; te ama, le debes tal vez la vida.

—No; la vida te la debo a ti.

—Yo no seré tu esposa mientras viva Darahimaráh o mientras te ame. Yo no quiero ser feliz a costa de las lágrimas de una criatura tan pura y tan buena como Darahimaráh; si ella se viera abandonada por ti, moriría; su sombra me espantaría. No: yo te amaré siempre como te he amado desde que te conocí; pero como hasta ahora; desde lejos. No porfiemos más: ten en cuenta que no sucederá otra cosa, sino lo que Dios quiera que suceda.

—¡Ah, mi acerbo destino!—exclamó Cervantes.

—¿Acerbo llamas a un destino que arroja en tus brazos a una

y otra mujer hermosa, pura y enamorada?—exclamó con un acento singular Saruh-Yemal.

—La impureza no es el amor—dijo Cervantes—; yo no he conocido todavía el amor, tal como yo lo comprendo.

—¿El amor del alma?

—Sí, el amor del alma: el amor por una mujer, después de Dios, amada sobre todas las cosas; adornada de todas las perfecciones, de todos los encantos; siempre anhelada y nunca lograda; la más hermosa, a mis ojos, de todas las mujeres; mi continuo pensamiento, mi única esperanza; mi vida, mi corazón.

—Pues bien—dijo Saruh-Yemal—; si Dios lo quiere, tú tendrás ese alma tuya en mi alma. Dejemos hacer a Dios; yo te amo del mismo modo: merezcamos, siendo buenos, que Dios nos premie, dándonos la felicidad.

Revolvian en aquel momento la garganta de un monte. Desde allí se veía, pálidamente iluminado por la luna, a Argel, y más allá, el mar.

CAPITULO XIV

Descendieron en paso lento, aprovechando las sinuosidades del terreno, para no ser vistos por los guardas de la ciudad. A medida que se acercaban, percibían un rumor sordo que de la ciudad salía. Aquel rumor aumentaba. Muy pronto se oyeron vagos y perdidos algunos disparos de arma de fuego dentro de la ciudad.

—Refrena el caballo y deténle—dijo Saruh-Yemal a Cervantes.

Este obedeció. Su caballo quedó inmóvil. Los otros se detuvieron también.

—Hemos llegado tarde—dijo Saruh-Yemal—; el tumulto ha empezado antes de lo que yo creía. El ruido del combate crece. Sería una imprudencia penetrar en la ciudad. No sabemos dónde están los nuestros, y podríamos vernos envueltos por los enemigos. Retrocedamos. Vamos a embreñarnos en Ain-el-Hijara (fuente de las piedras); allí recibiremos noticias.

Apenas había dicho estas palabras Saruh-Yemal, cuando se oyeros, viniendo de la marina, tiros de artillería.

—La Tigre combate—dijo Saruh-Yemal—y esto puede ser tanto una señal favorable como adversa. No nos detengamos, Miguel. Vuelve tu caballo. Toma ese escarpado sendero que está a la derecha, entre esas dos peñas verdinegras.

Obedeció Cervantes, y después de una buena marcha por terrenos difíciles, llegaron a una cima erizada de altas peñas. Una de las rocas mayores estaba ahuecada por una cueva, cuya entrada estaba cerrada por un muro rojizo, en el cual había una bella puerta de arco de herradura, fabricada con ladrillo agramillado. Sobre esta puerta había un emparrado.

Estaban en Ain-el-Hijara, a dos millas de Argel, junto al morabito o ermita Ben-Almoztamir-Billáh.

—Desmontemos—dijo Saruh-Yemal.

Deslizóse al suelo Cervantes y desmontó. Saruh-Yemal se tenía firme. La perturbación que por algún tiempo la había combatido, había cesado completamente. Cervantes no se resentía tampoco de su caída. Se sentía fuerte. La luna descendía. Acá y allá, cerca, lejos, por todas partes, se veía una cadena de cumbres y de valles, que se iban deprimiendo hasta terminar en el mar. Una cumbre inmediata impedía que desde aquel lugar se viese Argel. Llegó a la puerta del morabito Saruh-Yemal y llamó. Nadie respondió. Ni al segundo ni al tercer llamamiento respondieron tampoco.

—Sydi-Mahomet—dijo—está sin duda en la ciudad. El volverá, si no muere en la refriega y, antes que él, vendrá indudablemente algún otro. Cuando se vea que en la ciudad no estoy, me buscarán aquí.

—Pero, en fin, ¿qué sucede?—dijo Cervantes.

—Sucede—respondió Saruh-Yemal—que yo trabajo para ti; que yo quiero que tú puedas decir a tu rey: «Yo, que no te he merecido, aunque te he servido bien, que me rescates, te doy el lugar en que he estado cautivo, y del cual, sólo con renegar, habría podido hacerme rey; pero yo no puedo renegar de Dios ni por mi propia honra puedo dejar de ser leal a mi rey.»

—¿Es decir, que en estos momentos mis hermanos pelean en Argel?

—Sí.

—¡Y yo no estoy con ellos!

—Hemos llegado tarde; yo no esperaba la sublevación sino poco antes del amanecer.

—¿Y tú lo has preparado todo

—Todo, sí, todo; durante el mes que has estado encerrado con Darahimaráh.

—¿Y quién te ha ayudado en tu empresa?—preguntó con un gran interés Cervantes.

—Arnaute-Mamí, que anhe'a ocupar el bajalato de Argel; sus esclavos, sus cautivos debían sublevarse, asaltar las casas de otros moros, donde hay cautivos cristianos, libertarlos y darles armas.

—Pero los turcos y los beduínos que sirven a Hassán-Agá...

—Son muy pocos; entre todos no pasan de dos mil, y son más de veinte mil los cautivos cristianos. Arnaute-Mamí dispone también de mucha gente montaraz, que ha entrado hoy en Argel: la victoria es casi segura.

—¡Silencio!—dijo Cervantes.

—¿Qué?—preguntó Saruh-Yemal.

—Me parece sentir las pisadas de un caballo.

—Alguno que viene a buscarme.

Cervantes y Saruh-Yemal se dirigieron al lugar de donde provenía el ruido. Poco después llegó un jinete. Venía sudoroso. Su caballo hijadeaba.

—Dios te guarde, señora—dijo el jinete—, tu padre me envía para decirte que no vuelvas por ahora a la ciudad.

—¿Qué dices? Pues qué, ¿nos ha sido la suerte contraria?—exclamó con sobresalto Saruh-Yemal.

—Por el momento se ha perdido todo—respondió el jinete.

—¡Se nos ha hecho traición!—dijo Saruh-Yemal.

—No, afortunadamente—respondió el jinete—; el dey no puede creer sino que todo ha sido obra de los cautivos cristianos; se ha obrado con una gran prudencia.

—Pero ¿cómo ha sucedido?

—Nos han acusado los tres guardas muertos que quedaron en la Alcazaba.

—¡Ah! ¡Debíamos haber pensado en ello!

—Esto era irremediable, mi noble señora. Tanto hubiera dado que en vez de encontrar muertos a los guardas cuando fueron a remudarlos, hubieran encontrado que habían desaparecido.

—Es verdad.

—Dieron cuenta inmediatamente de ello a Hassán-Agá.

—Que iría al momento a buscar a su hija y al *cristiano es-
tropeado*.

—Así fué; y como no los encontrase, en aquel momento, furioso como un león atarazado por los perros, hizo despertar a la guardia, y salió de la Alcazaba para buscar a los fugitivos.

En aquel punto se encontró con los cautivos de Arnaute-Mamí, que se habían escapado del baño y muchos de los cuales llevaban armas, e iban a libertar a los otros cautivos. Eran pocos los que encontró el dey; apenas si llegaban a doscientos, y mal armados, porque alguno había que no llevaba otra arma que un palo. Ya sabes cómo se ha prevenido esta conspiración. Los cautivos cristianos no saben quién les favorece, quién ha introducido sigilosamente armas en sus baños. Se les había puesto a los unos en comunicación con los otros. Pero no sonaba el nombre de un solo moro. A Hassán-Agá le ha sido muy fácil vencer a aquellos desdichados, y a todos los ha pasado a degüello. Después ha asegurado los baños en que había esclavos. Se ha vuelto a la Alcazaba. Yo esperaba, como se me había mandado, fuera de los muros. Abd-el-Kadir se ha descolgado por los muros y ha venido a avisarme. Me ha dicho que tú debías estar aquí, y he venido.

—¿Y dices que ningún moro ha estado en el lance?

—Ninguno.

—¿De modo que Hassán-Agá no puede sospechar de mi padre, ni de Arnaute-Mamí?

—No, señora; pero importa que por esta noche te ocultes, y que no vuelvas a la ciudad sino cuando se te avise.

—Señora—exclamó uno de los mulatos que llegó a la carrera—, yo, que estaba de escucha allá, en lo alto de la rambla, he visto muchos jinetes que por la rambla suben.

—¡Mi suerte cruel!—exclamó Cervantes—. Siempre que creo tenerla asida, se me va de entre las manos!

—¡Pronto, a caballo!—exclamó Saruh-Yemal—. A caballo y entre las breñas: quédate tú aquí oculto, Saphar—añadó, dirigiéndose al que acababa de llevar la noticia de aproximación de gente armada.

—Estad tranquilos—dijo junto a ellos una voz venerable—: los que se acercan son amigos.

Saruh-Yemal y Cervantes se volvieron, y vieron junto a sí a un anciano de larga barba blanca, vestido con una túnica parda. Era Sydi-Mohamet, morabito o ermitaño de la mezquita Ben-Almoztamir-Billáh.

—¿Habéis estado en la ciudad, padre mío?—dijo Saruh-Yemal.

—Sí, y traigo buenas noticias; de otro modo, ¿cómo hubiera podido salir de la ciudad con gente armada y estando las puertas cerradas? Yo sabía que no habiendo tú llegado a la ciudad, debía encontrarte aquí. Tu padre me ha enviado para que te tranquilice.

—Y entonces tú, ¿por qué me has dicho que todo estaba perdido?—dijo severamente Saruh-Yemal dirigiéndose al moro que había llegado antes que Sydi-Mohamet.

—Yo te he dicho, señora, lo que me había contado Abd-el-Kadir—respondió el moro.

—Juzef tiene razón—dijo Sydi-Mohamet—. Hassán-Agá, señora, en los primeros momentos se cebó cruelmente en los vencidos, y se fué a la Alcazaba; pero no era sólo del baño de Arnaute-Mamí del que habían salido cristianos armados; infinito número se habían reunido en la plaza de El-Fondak, y deseando vengar la desgracia de sus compañeros, se fueron a la Alcazaba y la tienen cercada. Hassán-Agá se verá precisado a rendirse.

—¡A Argel!—exclamó Cervantes—, y Dios vaya con nosotros.

—Sí; a Argel a animar a nuestros amigos—dijo Saruh-Yemal.

—¿Y por qué no esperar aquí en seguridad?—dijo el prudente Sydi-Mohamet—; en mi mezquita hay una mina, por la cual podéis saliros.

—¡Ah! ¡Una mina!...—exclamó Saruh-Yemal—. También en la Alcazaba hay una mina que sale al campo, y es necesario tomar la entrada de esa mina, a fin de que no pueda salvarse Hassán-Agá.

—Esa salida está guardada por beduinos que nos son fieles—dijo Sydi-Mohamet.

—No importa—replicó Saruh-Yemal—, vamos a registrarla: a caballo, a caballo. Miguel.

Miguel montó. Saruh-Yemal saltó sobre el caballo.

—Tú lo quieres—exclamó Sydi-Mohamet—, sea; estoy pronto a seguirte: ayudemos todos a vencer a esa fiera sedienta de sangre humana que nos devora.

—Guía tú, Juzef—dijo Saruh-Yemal—. ¡A la rambla de los Tamarindos!

Juzef montó a caballo y partió, llevando consigo al morabito Sydi-Mohamet, que había saltado a la grupa de su caballo. Rompió para adelante. Cervantes, llevando en sus brazos a Saruh-Yemal, le siguió. Siguió detrás de la escolta.

Juzef empezó a descender hacia el Levante. A Poniente quedaba Argel. Iban en paso rápido. Tan rápido como se lo permitía la pendiente y las asperezas del terreno. Llegaron al fin a la planicie de una gran colina. Juzef puso su caballo al galope. Todos hicieron lo mismo. Llegó al valle Juzef, torció a diestra mano, y a poco que adelantó se encontró con un muro de gente armada. Estaban en la rambla de los Tamarindos. Los

que allí aguardaban ya, pasaban de mil hombres. Eran todos beduinos montaraces.

Apenas hubieron llegado, cuando de entre los beduinos salió un jinete a quien envolvía un ancho ropón rojo. Reconoció a Saruh-Yemal, a Cervantes, a Sydi-Mohamet y a Juzef, y les dijo:

—Ninguna señal hay de que el infame Hassan-Agá haya procurado salvarse por la mina; nosotros hemos llegado tan a tiempo, que no puede creerse haya escapado antes de llegar nosotros. Hemos forzado la salida de la mina, y algunos de nuestros más bravos xeques han penetrado en ella y han vuelto, diciendo que en la mina ni había novedad alguna. Así, pues, yo he mandado que doscientos hombres penetren por la mina en la Alcazaba y arrastren aquí a Hassan-Agá.

—¿Y cuánto tiempo hace que han penetrado?—preguntó Cervantes.

—Ha más de una hora—contestó el xequé del ropón rojo.

—¿Y por qué no haber penetrado todos?

—Porque he creído prudente que nos quedemos aquí en emboscada; el oficio de los que han entrado es apoderarse de Hassan-Agá.

En este momento, por la entrada de una cueva que estaba inmediata, sonó un ruido confuso.

—Atención—gritó el xequé rojo a los beduinos—: gente viene por la mina.

Los beduinos se prepararon. A poco salió de la cueva otro xequé, también vestido de rojo, y tras él continuaron saliendo muchos hombres.

—Hasan-Agá—dijo el xequé que acababa de llegar—no está en la Alcazaba; los que la cercaban se han retirado. Algo muy extraño sucede en Argel.

—Aquí ha debido haber, como siempre, alguna infame traición—exclamó Cervantes—. Nuestro lugar está en Argel, amigos míos.

—¿Y por dónde hemos de entrar en Argel?—exclamó Saruh-Yemal.

—¿Por dónde?—respondió Cervantes—. ¿No da esta mina a la Alcazaba? ¿No han entrado en ella algunos de los que aquí están? Pues vamos todos a la Alcazaba; ocupémosla; una vez en nuestro poder la Alcazaba, Argel es nuestro.

—¡Es ya tarde!—dijo otro xequé, envuelto también en un ropón rojo, que acababa de aparecer por la entrada de la cueva.

—¡Tarde!—exclamó Saruh-Yemal.

—Sí—respondió el recién llegado—; yo he salido el último

de la Alcazaba, en la que no había quedado un solo soldado. Hassan-Agá ha salido contra los que le cercaban, ha caído sobre ellos como un tigre hambriento; los ha dispersado, y a la Alcazaba se ha vuelto; si penetrásemos por la mina, nada conseguiríamos. Por el otro camino sólo pueden pasar de frente dos hombres y es muy fácil la defensa.

—¡A Argel! ¡A Argel!—exclamó Cervantes.

Pero apenas había dicho estas palabras, cuando por la boca de la cueva que daba entrada a la mina salió un turbión de turcos y beduinos. Al mismo tiempo, por la parte de abajo de la rambra, a campo abierto, sonó alarido de añafles.

—¡Sálvate!—exclamó Cervantes, echando pie a tierra y dejando sobre el caballo a Saruh-Yemal.

—¡No!—dijo ésta—. Yo quiero vencer o morir contigo.

Pero no pudo decir más. Se había trabado un combate terrible. Una oleada de hombres los había separado. Cervantes la buscó en vano. El tumulto había arreciado. Saruh-Yemal había desaparecido. Cervantes se encontraba rodeado, no sabía si de amigos o de enemigos. Era un turbión de hombres que combatían al arma blanca.

Cervantes no sabía quiénes eran los suyos ni quiénes los contrarios. Hería a diestro y a siniestro. No veía un solo rostro conocido.

—¡Ah! ¡Mi cristiano estropeado!—dijo de improviso una voz junto a él.

En aquella voz reconoció Cervantes a Hassan-Agá. Le vió. Venía letal, terrible. Blandía un ancho y corvo yatagán, ensangrentado hasta la empuñadura.

—¡No le matéis, no le matéis!—gritó—. ¡Cogedle vivo! En teniéndole yo seguro nada temo.

Cervantes se revolvía como un león. Hería, destrozaba. Pero eran tantos los que caían sobre él, que al fin le cogieron por detrás, le sujetaron y le desarmaron.

El combate duró todavía algún tiempo. Al fin todo cesó. Al grande, al terrible estruendo, sucedió un silencio de muerte... Cervantes, maniatado, era conducido detrás del caballo de Hassan-Agá.

Amanecía cuando entraron en Argel. Cervantes se horrorizó. Sobre la puerta de la muralla había un gran número de cabezas que todavía destilaban sangre, puestas entre las almenas y sobre ellas. Cuando entraron, acá y allá se veían cadáveres, que por lo mutilados daban claro a entender que eran cautivos cristianos. En los muros de la Alcazaba, sobre su poterna, había

también otra horrible orla de cabezas cristianas, a juzgar por sus cabellos y la manera de su corte. Dentro de la Alcazaba había también algunos cadáveres, y rastros de sangre por todas partes.

Hassan-Agá se encerró con Cervantes. El bárbaro aparecía formidable. Se notaba, sin embargo, que no se atrevía a mirarle frente a frente, que le tenía miedo.

—Yo debía empalarte, despedazarte, quemar tus restos y aventar tus cenizas para vivir tranquilo—dijo Hassan-Agá.

—Haz lo que quieras—dijo Cervantes—; tú responderás a Dios de tus hechos.

—¡Dios! ¡Dios! ¿Por qué tomas tú a Dios en los labios? ¿Tú, que eres el espíritu de la maldad?—exclamó, ardiendo en ira, Hassan-Agá.

—Yo no soy malvado porque pretenda libertarme y libertar a los míos—exclamó Cervantes.

—Yo te he colmado de beneficios.

—Harto sé que tengo mucho que agradecerte, señor, y te lo agradezco.

—¡Que me lo agradeces!... Yo tenía una esposa a la que amaba.

—Yo no te he quitado el amor de tu esposa.

—Tú la has hechizado y la has hecho desaparecer, como a Abigail.

—Te juro, señor, que no sé lo que de ellas sea—replicó Cervantes, y al jurar esto no mentía.

—Yo te he dado a mi hija a cambio de Abigail, a cambio de Noemí, a cambio de mi tesoro, a cambio de la felicidad que esperaba, si mi hija te amaba y si tú amabas a mi hija.

—Tu hija y yo somos hermanos.

—¡Hermanos!

—Sí, hermanos.

—¿No más que hermanos?

—Dios no quiere que sea de otra manera.

—¿Y qué ha sido de mi hija?

—No lo sé.

—¿Ignoras que yo puedo atormentarte, hacerte padecer terriblemente hasta que me digas la verdad?

—Puedes hacer lo que quieras, señor.

La firmeza de Cervantes no se desmentía. Por el contrario, iba en aumento.

—¿Quiénes han sido los traidores que han levantado contra mí el motín de esta noche?

—Yo soy el solo culpable—dijo con una entereza temeraria Cervantes—; yo he sabido entenderme con ellos, darles armas, sacarles de su postración para que te acometiesen y, destruyéndote, destruyesen el horror y la maldad del mayor tirano que Dios ha consentido para castigo de los hombres.

—No has conseguido otra cosa—contestó ardiendo en ira Hassan-Agá—sino que centenares de esos que llamas tus hermanos hayan ido a habitar entre la eterna sombra.

—Han muerto peleando por su libertad, por su Dios, por su patria y por su rey.

Cervantes se mantenía inflexible. En vez de disculparse, de defenderse de las iras de Hassan-Agá, las provocaba. Hassan se paseaba de un extremo a otro de la cámara, y volvía a su paseo, como un tigre enjaulado.

—Vas a morir como todavía no ha muerto un hombre; de una manera tan cruel, que cause espanto a cuantos conozcan tu muerte, si no me vuelves mi esposa, mi tesoro, mi hija.

—Yo te las volvería si pudiera, señor—dijo Cervantes.

—¿Han muerto?

—No lo sé.

—Tú lo sabes todo.

—Yo soy un miserable mortal; el conocimiento de todas las cosas es sólo de Dios.

—Y de Satanás, con el cual tienes hecho pacto—dijo Hassan-Agá.

—¡Dios me libre de que Satanás tenga nada mío!—exclamó Cervantes con un verdadero horror.

—¿No te he dado mi hija?

—Sí, señor.

—¿No he confiado en ti?

—Sí, señor.

—¿Y entonces, por qué, por qué me pagas de esta manera?

—Yo no puedo hacer otra cosa; tú eres enemigo de mi Dios, de mi rey y de mi patria; tú eres cruel sobre todas las crueldades con los pobres cautivos cristianos que están en tu poder; tú eres una bestia brava, que no puedes apagar tu sed sino con sangre y lágrimas.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó Hassan-Agá—. ¡Tú morirás!... ¡Tú morirás!... Yo no sé de qué muerte; yo necesito buscar una muerte nunca vista ni oída. ¡Ah! ¿y no tiembles, maldito? ¿Y me miras tan tranquilo como si nada tuvieras que temer de mí?

—Nada temo—replicó Cervantes.

—Sí, es verdad; nada temes. Sabes que yo no puedo nada contra ti; que me tienes hechizado. ¡Ah! Mi odio, mi furor, mi justa cólera, por lo que por ti he perdido, me ponen en el corazón la necesidad de despedazarte, y no me resuelvo, no me atrevo, no puedo; me parece que si toco un solo pelo de tu barba va a caer sobre mí la maldición de Dios.

—Pues qué, ¿crees tú que no estás maldito? ¿Crees que un monstruo como tú no está ya sentenciado sobre la tierra?

—Yo sirvo a Dios exterminando a sus enemigos, los perros *rumies* (cristianos)—gritó Hassan-Agá—, y tanto más a Dios sirvo, cuanto más cruel soy para con ellos.

—¡Renegado!—exclamó con acento amenazador y terrible Cervantes—. ¿Hasta tal punto has llegado a olvidarte del Dios del Sinaí, del Calvario?

Tembló Hassan-Agá y fijó sus ojos con espanto en los de Cervantes.

—¡Ah! No me mires así—exclamó, palideciendo densamente—. ¡Ah! ¡No! ¡No! Me parece que veo en tus ojos la cólera de Dios; oye, Miguel—añadió, cayendo de rodillas—: vuélveme a mi Noemi, vuélveme mi hija, vuélveme mi tesoro, y yo te pondré sobre mi cabeza; yo me volveré al Dios de quien apostaté en otro tiempo, yo seré...

—Tú eres ya lo que has de ser: un réprobo, para el cual no hay redención posible; tú eres ya un esclavo sin rescate de Satanás.

—Pues bien—exclamó Hassan-Agá, alzándose irritado y pasando de la humilde súplica al furor de la amenaza—; si de Satanás soy, como de Satanás haré: ¡Hola! ¡A mí!...—y yéndose a una puerta la abrió violentamente.

Acudieron algunos esclavos

—Arrojad en tierra a ese maldito—dijo Hassan en el colmo de su furor—, y descabezadle delante de mí.

Cervantes no se inmutó. Ni aun dió un solo paso para huir de aquellos sicarios que se arrojaban sobre él. Sólo por el movimiento de sus labios se conocía que rezaba. Los esclavos le asieron. En el momento en que iban a derribarle, Hassan-Agá, que estaba pálido como un cadáver, gritó:

—¡No..., no!... ¡Dejadle!... ¡Dejadle!...

Los esclavos retrocedieron.

—¡Salid!—les dijo Hassan-Agá.

Salieron.

—¡No puedo!... ¡No puedo!—exclamó con voz cavernosa; y volvió a su paseo de fiera.

De improviso miró a Cervantes, demudado y sombrío. Se detuvo y echó mano a su yatagán. Cervantes permaneció inmóvil.

Hassan-Agá rugió, desnudó a medias su yatagán, y luego volvió a envainarlo, lanzando un alarido de rabia reconcentrada y huyó.

Cervantes permaneció inmóvil, aunque se había quedado solo y con la puerta de la cámara franca. Estaba aturdido. No sabía lo que pasaba por él. Se le representaban las sangrientas cabezas de aquellos sus desdichados compañeros de cautiverio. Una vez más había estado a punto de tocar el logro de sus esperanzas, de sus proyectos, de sus peligros, y una vez más la acerba, la cruel fortuna se mofaba de él y le desesperaba.

Tras tantos dolores, nuevos dolores. ¿Qué había sido de la inocente, de la purísima Darahimaráh? Su padre no sabía de ella. ¿Qué había sido de Magdalena, de aquel amor sobrenatural, encontrado en medio de la desesperación del alma, como una esperanza, como una promesa, como un consuelo de los cielos? Cruzaba también por la mente y por el corazón de Miguel, Paulina. No podía soportar ya el peso de tanta desgracia; lo horrible de tanta amargura. Y allá también, en el fondo de su alma, se revolvían sus padres, sus hermanos, de los que hacía un larguísimo tiempo no sabía, y por cuya suerte sufría. Y luego su patria. Y, por último, su dignidad y su libertad. Parecía que el infierno se complacía en atormentarle, y que Dios, por ponerlo a prueba, dejaba hacer en su daño al infierno.

Se mantenía firme. Pero como se mantiene un hombre fuerte y terrible sobre los pies llagados: soportando el horrible dolor de las llagas. Así, ensimismado, abismado, pasó un largo espacio inmóvil, en el mismo lugar en que se encontraba cuando huyó Hássan-Agá. Al fin dominó su abstracción. Se dirigió a la puerta de la cámara en paso lento y salió. Bajó maquinalmente por unas estrechas escaleras, avanzó por una galería. En ella había algunos guardas que no le impidieron el paso. Por el contrario, le saludaron con respeto, como si perteneciese aun a lo que podía llamarse la alta servidumbre de Hassan-Agá. Antes de llegar al fin de la galería, se tropezó con alguno que acababa de entrar en ella y que iba como él tan distraído.

—¡Ah, que eres tú, *estropeado!*—le dijo.

Cervantes reconoció al hagib-Morato, al supuesto padre de Saruh-Yemal.

—Sígueme—le dijo el arraez Ma'trapillo, que ya sabemos se llamaba así por apodo en Argel al hagib-Morato.

Cervantes le siguió maquinalmente. Salieron de la Alcazaba.

Ni Cervantes ni Morato hablaron una sola palabra dentro de ella por prudencia. Descendieron a la ciudad. Por todas partes se veían horribles señales del combate de la noche anterior. Charcos y rastros de sangre.

CAPITULO XV

La ciudad estaba agitada. En las barberías, especialmente en la de Sidy-Jacub-el-Galaní, había una gran conmoción. Se mentía sin temor de Dios. Pasaron por delante de ella Cervantes y Morato, camino de la casa de este último. Los llamaron algunos que los vieron. Pero ellos se excusaron y siguieron su camino.

Cuando entraron en casa de Morato, en el primer patio, una mujer desalada vino a arrojarse en los brazos de Cervantes. Era Saruh-Yemal. Miguel lanzó un grito de alegría. Por primera vez, después de muchas horas, se le espació el corazón. Saruh-Yemal estaba en salvo. Le abrazó y le besó en la frente, sin empacho alguno, delante de su padre. Luego dijo a éste:

—Y bien, padre mío; yo no esperaba que hicieses un tan buen viaje a la Alcazaba.

—Pues no, no hay que fiar mucho—dijo Maltrapillo—; mi amigo Hassan está loco y se debe temer todo de él.

—¿Y cómo es que habiéndote cogido en la refriega Hassan-Agá te suelta?—dijo Saruh-Yemal, que avanzaba para el interior de la casa, llevando asidos con una mano a Cervantes y con la otra a su padre.

—La santa Providencia de Dios—exclamó Cervantes.

—Sí; la Providencia de Dios; de ese buen Dios a quien tanto hemos ofendido—exclamó Maltrapillo.

—Dios nos persuade a un tiempo con su ira y con su misericordia—dijo Cervantes.

—Esperaba yo en sus habitaciones a mi amigo Hassan—dijo Morato—anhelando averiguar si había sospechado o no de nosotros, cuando se me presentó demudado y trémulo.

—«Soy el último y el más miserable de los coharden—me dijo—, no me atrevo a él.

»—¿A quién?—le pregunté.

»—A mi maldito *cristiano estropeado*.

»—¿Pues en qué ha podido disgustarte tu buen servidor?—le dije, haciéndome de nuevas—; más que tu servidor, tu hijo, puesto que con tu hermosa Darahimaráh le has casado. ¿Aun no quiere convertirse al verdadero Dios?

»—Ese hechicero ha sido el que ha encendido la rebelión que ha estado a punto de arrebatarme a Argel con la vida—me contestó con la voz trémula de furor.»

—Yo me tranquilicé. No sospechaba de nosotros. Permaneció algún tiempo irritado y mudo, y luego me dijo:

«—Ve: le encontrarás allá arriba, en la cámara de las columnas; llévatele; procura convencerle; usa del ruego y de las amenazas; que me vuelva mi esposa; que me vuelva mi hija; que me vuelva mi tesoro y yo le perdonaré; pero de no hacerlo, toda mi ira será contra él; yo venceré este encanto que me impide despedazarle; pero que no intente escapar, porque le seguiré los pasos, y cuando escapar pretenda, será muerto y no estaré yo allí para impedirlo.»

—Todo esto terminará muy pronto—dijo Saruh-Yemal—; mientras tú estabas en la Alcazaba, padre mío, ha llegado un correo de Constantinopla, con una carta del hagib Juzef-ben-Ayesa.

—¿Una carta del hagib Juzef-ben-Ayesa?—exclamó Maltrapillo con alegría.

—Sí, padre mío—dijo Saruh-Yemal—, y voy a mostrártela.

Entraban en aquel momento en una de las cámaras del apartamento de Saruh-Yemal. Esta abrió un cofrecillo que estaba sobre un diván y sacó de él un pliego de grandes dimensiones, que tenía un sello enorme en cera verde, y en él un gran escudo con la media luna por divisa. Si Maltrapillo hubiera estado delante de los moros al recibir aquel pliego, se lo habría puesto sobre la cabeza, inclinándose profundamente, luego sobre el pecho y por último lo habría besado. Pero no hizo nada de esto. Abrió el pliego que cubría la carta, y leyó lo siguiente:

La alabanza a Dios y todo acatamiento y adoración a su nombre.—Buenos y leales creyentes de esa invicta y valerosa ciudad de Argel, y singularmente tú, hagib-Morato, salud y bendición de Dios. Comunicoos para vuestro consuelo y esperanza, estas palabras, que después de haberle yo entregado vuestra carta de quejas del bajá Hassan, se ha dignado pronunciar el Sultán altísimo, emir de los creyentes, vicario de Dios, el excelso, el invencible, el magnífico (Dios sea con él para el bien de los que siguen el camino de la verdad): Di a mis buenos y bravos hijos de

Argel, que sus cuidados son mis cuidados, sus querellas mis querellas, y que no he de dejar yo vencida mi justicia, ni he de tardar en satisfacerla; que muy pronto llamaré yo a ese Hassan, que les envíe, no para que los devorase y en ellos cebase sus crueldades, sino para que los gobernase en justicia y los mantuviese en el preciosísimo e inapreciable temor de Dios, y en la justa sumisión y respeto a mi persona; y ¡ay de Hassan, si no puede descargarse de los cargos que contra él mis bravos creyentes de Argel han pronunciado! Y esto os digo, porque el Sultán mi amo me manda deciroslo...

Sí—dijo Saruh-Yemal—; hasta aquí lo que interesa; luego vienen muchos cumplimientos, y aun se te pregunta si está muy crecida tu preciosa Saruh-Yemal, y si volverás con ella alguna vez a Constantinopla.

—Joven debe ser aun y hermoso era el hagib Juzef-ben-Ayesa—dijo Maltrapillo.

—Pues quédese allá con su juventud y con su hermosura y sus tesoros y su privanza con el Sultán el hagib—dijo Saruh-Yemal—; que yo me estoy muy bien, y con toda la alegría y la ventura de mi corazón, donde me estoy—y después de estas palabras miró tiernamente a Cervantes.

—Necesario será dar cuenta de esta favorable carta a nuestros amigos que su nombre pusieron en la de quejas que se envió al Sultán.

—Cuantos menos conozcan esta carta—dijo Saruh-Yemal—, menos traiciones tendremos que temer, que no puede fiarse de nadie, según los hombres cambian de un día para otro. Dejemos venir la carta imperatoria que llame a Hassan a Constantinopla y entonces veremos de quién es Argel.

—Sea como tú quieras, hija mía—dijo Maltrapillo—, que tú eres prudente y nunca me ha acontecido mal por seguir tus consejos—y después de esto se fué, guardándose la carta.

Era indudable que en la casa de Maltrapillo no había otra voz que la de Saruh-Yemal.

—¡Oh, amor mío!—exclamó ésta en cuanto se quedaron solos—. ¡Y cuánto he sufrido por el temor de lo que había sido de tí!

—¡Oh! A mí se me partía también el corazón, porque ignoraba cuál había sido tu suerte.

—La Providencia, mi adorado Miguel; cuando el tropel que salió de la cueva embistió con vosotros y nos separó, mi caballo recibió una herida en el cuello; se enfureció, mordió el freno, partió, y sin que yo pudiese contenerle, que yo no quería sepa-

rarme de ti, aunque a tu lado me encontrase la muerte, me sacó de la pelea, corrió..., corrió..., y al fin cayó delante de la torre de los Ahogados.

—¡Ah! ¡Darahimaráh!...—exclamó Cervantes.

—Sí; Darahimaráh dormía aún cuando yo entré en la torre; y en vez de desvanecer su letargo, le forcé.

—¡Ah!...

—Sí; necesitaba sacarla de allí, donde no estaba segura; Hassan-Agá podía hacer una excursión por los alrededores de la ciudad y encontrarla; hice preparar un carro, al que se engancharon dos asnos; un carro de labrador. Darahimaráh fué puesta en él, encubierta por algunos sacos de heno, y yo, con traje de mora campesina y cubierta con mi jaike, me hice acompañar por dos de los míos vestidos de labradores; a los demás les mandé que se alejaran; la torre quedó con los esclavos de siempre, que son muy leales. Al amanecer llegamos a la ciudad a punto que abrían la puerta de Al-Kibla; entramos. Los guardas nada sospecharon, y Darahimaráh está cerca de ti.

—¡Ah! Yo temía por su vida, pero no deseo volverla a ver.

—¡Te ama!

—Olvidará su amor.

—¿Quién sabe?... ¿Y Paulina?...

—¡Oh! ¡Paulina!... ¡Paulina!.....exclamó Cervantes.

—A las dos las verás; tu reposo, tu conciencia decidirá; yo me resigno a ser tu hermana, y no más que tu hermana.

—¡Oh! ¡Qué vida la mía!...—exclamó Cervantes.

—Una vida de fuego; pero dime qué fué de ti en el combate. Cervantes contó minuciosamente a Saruh-Yemal lo que por él había pasado.

—En efecto—dijo ésta, que le había escuchado con un gran interés—, entre Hassan-Agá y tú existe algo misterioso; algo que no se comprende bien, pero que de él te defiende. No hay que fiar, sin embargo, demasiado en ello, por aquello de *ayúdate para que Dios te ayude*.

—¡Ah!—exclamó Cervantes—. ¡Haber estado tan próximos a apoderarnos de Argel, y habérsenos ido de entre las manos!...

—No sucede sino lo que Dios quiere, Miguel—dijo Saruh-Yemal—; por eso yo me he resignado siempre a la voluntad de Dios y no he alentado empeños temerarios.

—Tú eres un ángel, Magdalena.

—Yo soy una pobre desventurada, que busco mi ventura en la resignación—y había una melancólica y encantadora dulzura en estas palabras de Saruh-Yemal.

Se agolpaba a la mente de Cervantes un mundo de encontrados efectos. Su alma generosa se contristaba. El no había podido hacer feliz a ninguna de las mujeres que le habían amado, encantadas por la belleza, por la grandeza de su genio. Ninguna de aquellas mujeres le había llevado a la felicidad que él había soñado por el amor. Si algún momento de fascinación había gozado, este momento había pasado, dejándole algo semejante a un remordimiento. Había sufrido cuanto puede sufrir un hombre por el amor. Todo aquello en que él había puesto la mano había caído en una desgracia mayor o menor, como si él hubiese estado sujeto a una maldición de Dios. Las musas le habían consolado frecuentemente. Pero el consuelo que las musas producen es bien triste.

Sin embargo, a medida que más le apretaba la desgracia, a medida que más contrarios le avenían los sucesos, más y más se fortalecía el alma de Cervantes; más y más se sentía templada para la lucha. Y más y más le sonreía la traidora esperanza. Y ¿quién sabe? Tal vez Dios da a sus criaturas lo que debe darles para que sean más desgraciadas. ¿Quién sabe si para Cervantes hubiera sido la mayor de las desgracias el ser afortunado en todo?

La lucha es la vida de las almas fuertes. Cuanto más terrible, mejor.

Cervantes veía ante sí, en Saruh-Yemal, un alma semejante a lo suya. Ardiente, impresionable, fuerte, ansiosa de sensaciones y de todo punto resignada al dolor. Era la mujer de más valía que había conocido. Una simpatía incontrastable los unía.

De improviso llegó hasta ellos un hondo gemido que partía de una habitación inmediata.

—¡Ah! Me había olvidado—exclamó Saruh-Yemal—; ven conmigo—y le llevó a la estancia inmediata, en que se encontraba Paulina.

Esta se había afirmado en su resolución irrevocable de profesar en un convento de Roma, para donde debía partir al día siguiente en una galera genovesa que estaba en el puerto. Así se había acordado en casa del hagib, a petición de Paulina, que también había querido comunicar personalmente a Cervantes su decisión.

Fué un momento que la pluma no acierta a describir. Pero no pudo prolongarse. En ese momento entró apresurado en la estancia Morato.

—¡Pronto, hija mía, pronto!...—exclamó—. ¡Sálvate!... Llévate contigo a Paulina y a Darahimaráh; entra en la galera

genovesa. Hassan-Agá sabe que está aquí su hija y viene a buscarla ardiendo de coraje... No se puede perder un instante.

—¿Y Cervantes?—exclamó Saruh-Yemal.

—Yo estoy seguro—dijo Morato—de que Cervantes no querrá partir.

—No—exclamó Cervantes—; yo he de llevar adelante mis propósitos, o he de morir en Argel.

—¡La fortuna nos vuelve las espaldas!—exclamó desesperada Saruh-Yemal—. Síguenos. Yo te amo. Yo moriré sin ti.

—Antes que a ti amo yo a mi patria y a mi Dios—exclamó Cervantes.

—El señor Miguel de Cervantes—dijo Maltrapillo—no corre aquí peligro alguno; Hassan-Agá le reverencia y le teme de tal manera que cree que si él matase a su *cristiano estropeado*, sufriría en castigo toda la cólera de Dios.

Entró en aquel momento un esclavo.

—El dey se acerca a la casa—exclamó—. y trae consigo todos sus turcos.

—¡Sálvate!...—exclamó Cervantes—. ¡Sálvate con ellas, Saruh-Yemal, yo te lo ruego!... Y si no basta, yo te lo mando.

Llegó un nuevo aviso de que Hassan-Agá se encontraba ya cerca. Entonces Saruh-Yemal, desesperada, salió. Se llevó a Paulina y a Darahimaráh por un postigo del jardín, hacia la marina. Llevaba una gran cantidad de dinero y alhajas. Se acogió a la galera genovesa, que estaba muy bien armada y tripulada. En el momento la galera zarpó y se hizo a la mar.

Uno de los servidores del hagib Morato le había hecho traición por el cebo de la recompensa que esperaba, y lo había revelado todo a Hassan-Agá. Este había comprendido al fin que aquel hagib Morato, su gran amigo, le había hecho traición y se había entregado a los mayores excesos de furor.

Como Morato tenía muchos amigos entre las gentes más allegadas a Hassan-Agá, uno de ellos se apresuró a avisarle. Pero no pudo avisarle de otra cosa sino de que el dey sabía que su hija Darahimaráh estaba en su casa. Esto era lo único que había entendido el amigo de Morato, que se había apresurado a avisarle. Así fué que Morato no se creyó en peligro. Tenía grandes pruebas de amistad y de la confianza de Hassan-Agá. Todo se reducía a negar la delación. El cuerpo del delito se había quitado de en medio. Esto es, Darahimaráh. Saruh-Yemal estaba también en salvo. Debemos advertir que con ella se había ido su madre.

Morato se había quedado solo en la casa, y estaba convenci-

do de que desarmaría la cólera de Hassan-Agá. Además de esto, la carta que se había recibido aquel mismo día de Constantino-pla alentaba a Morato. Era indudable que de un día a otro el Sultán llamaría a Hassan-Agá. Cuando le llamase, el proyecto de Cervantes, en que le ayudaba Morato, podía llevarse fácilmente a cabo. No sería difícil en manera alguna alzarse con Argel por Felipe II.

El rey debía recompensar pródigamente, de una manera magnífica, no sólo a Cervantes, sino también a Morato que le había ayudado. Como sabemos, Morato estaba ansioso de salir de entre los moros. Pero no había querido volver a su patria con la nota de renegado, sin hacer algo por lo cual aquella nota se le perdonara. Si hubiera conocido la verdad de la situación, Morato hubiera escapado con su familia sin dejarse a Cervantes. Esto hubiera sido lo más acertado.

Hassan-Agá entró al fin en la casa, y en el mismo punto el arraez Maltrapillo se convenció de que había sido imprudente, confiando en la influencia que creía tener sobre Hassan-Agá. Apenas le vió el dey, cuando gritó, desnudando, transido de ira, su corvo y ancho alfanje:

— ¡Ah! ¡Traidor amigo..., y cuán en mal hora para ti vas a ver como yo premio las deslealtades!—Y si Cervantes no se interpone, de un fendiente, raja de alto abajo a Morato.

Al ver ante sí a Cervantes, que le miraba sereno, impávido y aun podríamos decir que amenazador, el bajá tembló como tiembla un perro de presa contenido a la vista de la res, y exclamó:

— ¡Tú!... ¡Siempre tú..., hechicero!... ¡Tú..., el causante de todas mis desgracias!... Y, sin embargo, yo no te puedo exterminar...

Aprovechando la intervención de Cervantes, Maltrapillo había huído aterrado. Había comprendido bastante que había perdido toda la influencia sobre Hassan-Agá, y que no podía esperar misericordia. Procuró ganar el jardín para salir por el postigo a la marina, y ampararse de la misma galera en que debía estar ya su familia con Paulina y Darahimaráh. Pero la casa había sido completamente cercada, y Morato fué preso y atado antes de llegar al jardín. Registráronle y le encontraron la carta que el hagib había recibido del Sultán, que ya conocemos, y que al momento fué entregada a Hassan-Agá.

Hassan-Agá no sabía leer. Era un corsario, y no más que un corsario. Como corsario, y por su valor de fiera en la batalla de

Lepanto, no había llegado al favor del Sultán, que de arraez de galeota le había elevado a bajá o dey de Argel.

—Júrame por tu Dios—dijo a Cervantes, que permanecía junto a él—, que tú no mentirás ni me leerás una cosa por otra.

—Te lo juro—exclamó Cervantes, cubriéndose de sudor frío, porque había reconocido la carta.

El conocimiento de esta carta por Hassan-Agá era el malogro de sus proyectos. Hassan-Agá conocería la situación y podría recurrir al Sultán, disculparse y aun sincerarse. A más de esto, podía darse por muerto al hagib-Morato. Y era padre de Saruh-Yemal. Había vuelto al cristianismo. Había hecho mucho bien por los cristianos cautivos, especialmente por Cervantes.

—Yo no leeré—contestó con fuerza Cervantes.

—¿Y por qué?

—Porque no quiero leer esa carta; y cuando yo no quiero hacer una cosa, no la hago.

—¿Entonces, tú sabes lo que esta carta contiene?...

—Sí.

—Dímelo, pues.

—No quiero.

—Me lo dirá otro.

—No habré sido yo.

—¿Esta carta, pues, debe ser una traición contra mí?

—No quiero responder.

—Eso es responder afirmando.

—Cuando yo no digo sí, no afirmo—y aprovechando un momento de descuido del bajá, Cervantes le arrebató la carta, se la metió en la boca, la mascó y la tragó.

Era ésta una nueva temeridad de Cervantes. Pero Hassan-Agá no podía saber ya que estaba amenazado por el Sultán. Tal vez también se había salvado la vida a Maltrapillo.

Cervantes no había medido el peligro. Había hecho lo que debía hacer.

—¡Ah!... ¡Ah!...—exclamó Hassan-Agá, cuyos ojos estaban extraviados como los de un loco—. Tú te atreves a todo contra mí; tú debes estar seguro de tu poder contra mí, cuando a tanto llegas; pero no importa, no; Morato habrá leído esta carta, y él se acordará de ella; él me dirá lo que la carta dice, yo te lo aseguro; él me lo dirá. En cuanto a ti, no fíes mucho en tus artes satánicas; no, no te fíes. Puede acontecer que yo tenga un momento de valor, y me libre de tus malefios matándote.

Cervantes contestó con un silencio de aitivo desprecio al bajá.

—¡Llévaooslo..., llévaooslo!...—dijo éste a sus turcos—. Cargadle de cadenas; encerradle en una mazmorra.

Cervantes fué conducido.

—Llevad al arraez Maltrapillo al baño de los cautivos—dijo el bajá. Y salió, pero dejando en la casa de Morato un *katib* o escribano, para que se incautase de todo lo que en la casa había.

Hassan-Agá se trasladó al baño de los cautivos. Mandó poner en él una *pala*. Poco antes Cervantes había sido empozado en la misma mazmorra en que había estado otras veces. A poco de haber llegado al baño Hassan-Agá, estaba ya preparada la *pala*. No tardó mucho en llegar el arraez Maltrapillo, fuertemente atado por los brazos y rodeado de turcos. Cuando vió la *pala* se aterró. Supuso que Hassan-Agá conocía ya el contenido de la carta que se le había arrebatado, y que no podía esperar misericordia de él. Se le llevaba allí para empalarle.

Tras el terror natural a la muerte, y a una muerte de tal manera horrible, sobrevino una reacción en el arraez Maltrapillo. Se le vinieron de improviso a la memoria, claras, como si acabasen de tener lugar, todas las aventuras de su vida: su apostasía, sus crímenes, sus crueldades, y aceptó con una resignación que Dios debía tener en cuenta aquel martirio. Se resignó a él.

—¿Sabes que he mandado descabezar a tu gran amigo el *cristiano estropeado*?—le dijo, para aumentar su terror.

—No lo creo—dijo Maltrapillo—, porque tú no has perdido todavía el temor de Dios y hubieras descabezado a un justo.

—¿Justo llamas al más cruel, al más encarnizado enemigo con que ha podido castigarme Dios?

—El vuelve por sí y por sus hermanos.

—Yo le he colmado de beneficios; yo le he dado mi hija.

—El te está muy agradecido; pero no puede menos de ser enemigo tuyo y de volverse contra ti, porque eres cruel y enemigo de su Dios y de los suyos.

—Tú eres un *rumy* tan perro como él—dijo Hassan-Agá—; pero no te ha de valer la confianza que aún debes tener en que de mi justa cólera te defiendan sus hechicerías; sus hechizos han cesado desde el momento en que ha muerto.

—Te digo que no creo en su muerte.

—¡Que no crees!—exclamó en el colmo del furor Hassan-Agá—. Tú creerás—y se volvió al *kaid* de los turcos y le dijo algunas palabras en voz baja. El *kaid* se alejó. Se dirigió seguido de algunos turcos, a la compuerta que en una de las galerías del baño cubría las escaleras por donde se bajaba a las mazmorras.

Desaparecieron por aquellas escaleras el *kaid* y los turcos. Se le heló la sangre a Morato. ¿Había dado el bajá la orden a aquel sicario de decapitar a Cervantes?

Hassan-Agá se puso a pasear por el patio. Morato quedó atado y rodeado de turcos junto a la terrible *pala*. Pasaron algunos minutos. Los cautivos habían sido metidos en sus celdas y miraban ansiosos a través de las puertas. Ya hemos dicho que las mazmorras tenían una especie de claraboya que correspondía a la galería.

Por una de aquellas claraboyas salieron de improviso gritos horribles e inarticulados. Esto duró algunos segundos. A este horror sucedió un silencio más horroroso todavía. No tardaron en aparecer de nuevo por la compuerta el *kaid* y los turcos. Acercóse el *kaid* a Hassan-Agá. Traía en la mano, sujeta por los cabellos, una cabeza humana horrorosamente ensangrentada y mutilada. No podía juzgarse del color de su barba ni de sus cabellos. Estaban completamente teñidos en sangre. En cuanto al semblante, aparecía mutilado.

—Tu ferocidad es mayor que la del tigre más carnicero—dijo Morato—. Has sacrificado inútilmente a un desdichado; pero no me engañas: ésa no es la cabeza del *cristiano estropeado*; él tiene la frente más alta y más ancha; y además, vamos a tener una prueba—y de improviso, Morato gritó con todas sus fuerzas—: ¡Miguel de Cervantes!... ¡respóndeme!...

Instantáneamente se oyó una voz poderosa que, saliendo por una de las claraboyas, dejó oír estas palabras:

—¡Valor, Morato!... ¡Que no sepa lo que la carta decía, el bajá!...

—No temas, hermano—gritó Maltrapillo.

—Hassan-Agá no pudo entender estas palabras. Ambos habían hablado en castellano. Maltrapillo lanzó una insolente carcajada al bajá.

—¡Un brasero!... ¡Un brasero encendido!...—exclamó el bajá, trémulo de furor—. Poned eso en la punta de la *pala*.

El *kaid* puso la miserable cabeza en la punta de la *pala*. Algunos de los turcos se habían alejado. Habían desaparecido. El dey volvió a su paseo.

Pasó más de media hora. Los pobres cautivos estaban estremecidos de espanto. Habían visto una crueldad más de Hassan-Agá. Esperaban otra. Temía cada uno por sí mismo.

En cuanto a Maltrapillo, se había afirmado en su resolución de arrostrar el martirio. Debía a todo trance hacer que Hassan-Agá ignorase el contenido de la carta del Sultán. Morato adi-

vinaba. Cuando Cervantes le había prevenido que no dejase conocer al dey el contenido de la carta del Sultán, era evidente que Cervantes se había apoderado de la carta y la había destruido. Era necesario que Hassan-Agá no desconfiase. Que le cogiese por sorpresa la orden del Sultán. ¿Qué importaba que él muriera? Su familia estaba en salvo. Llevaban consigo oro bastante para ser ricos en Europa. El, con el martirio, adquiría el perdón de las culpas y la purificación del alma.

Trajeron al fin los turcos un gran brasero lleno de carbón encendido. Le pusieron, por orden de Hassan-Agá, delante de la picota.

—Desnudad al arraez Morato—dijo el bajá a los turcos.

Morato sintió una agonía de terror inexplicable. Vaciló un momento, pero se afirmó en seguida más y más en su propósito de arrostrar el martirio. Los turcos le desataron y le desnudaron.

—Dime lo que contenía la carta que te encontraron encima—le dijo el dey.

—No lo sé—contestó Morato.

—¿Que no lo sabes?

—No; no la había leído aún.

—¿De quién la recibiste?

—No lo sé; no estaba yo en mi casa cuando la llevaron.

—Todavía tengo alguna misericordia para ti, Maltrapillo—dijo el bajá con la voz concentrada y letal—; todavía me habla algo en tu favor la buena amistad que te tenía, porque te creía amigo y leal. Respóndeme en verdad y tal vez te perdone; tal vez te vuelva a mi gracia.

—Nada tengo que decirte, ni nada quiero decirte; adivina, si puedes, lo que contenía la carta.

Hassan-Agá, furioso, echó mano a su alfanje. Morato se encomendó a Dios.

—No, no; sería poco—dijo Hassan, retirando la mano de su alfanje—. Y luego, moriría; yo quiero que sufra; echadle en tierra.

Los turcos derribaron a Maltrapillo.

—¡Señor!... ¡Señor!...—exclamó éste—. ¡Ten misericordia de mí!...

—¿A qué Dios ruegas?—exclamó Hassan-Agá.

—¡Al Dios de los cristianos, que es mi Dios!...—exclamó el renegado.

—Pues que el Dios de los cristianos te salve—exclamó Hassan-agá, ya en el delirio de la cólera—. Arrimadle al brasero; poned sobre él sus pies...; no más que sus pies.

—¡No!... ¡No!...—gritó Morato en un movimiento natural de conservación, de horror al dolor.

—¡Esperad!...—dijo Hassan-Agá.

Los turcos, que habían levantado horizontalmente a Maltrapi-
llo y le acercaban al brasero, se detuvieron.

—¿Hablarás?—le preguntó Hassan-Agá.

—¡No!... ¡No!... ¡Todos los tormentos del infierno sufriré
antes!...—dijo Morato.

—¡Al brasero!... ¡Al brasero!...—gritó Hassan-Agá—. Pero no
pongáis sus dos pies; poned uno solo.

Morato se debatía desesperado. Pero estaba bien sujeto por
aquellos feroces sayones, que obedecían a sangre fría las terri-
bles órdenes de su bajá.

Morato lanzó un alarido horrible, que llevó el espanto, la con-
miseración y el terror a todos los que le oyeron. Su pie derecho,
hasta la garganta, había sido puesto sobre las brasas. La carne
chirriaba y humeaba. Morato se encogía, luchaba, demostrando
unas fuerzas terribles, y arrojaba alaridos espantosos. Los tur-
cos le sujetaban y mantenían su pie sobre el brasero. Al fin los
gritos cesaron. Cesaron los sacudimientos de la víctima. La in-
tensidad del dolor le había quitado el sentido.

—¿Ha muerto?—exclamó con afán Hassan-Agá.

—No, no, invencible, excelentísimo señor—respondió el kaid—;
es que se ha traspuesto de cobarde—y aquel tigre sonreía y de-
jaba ver su blanca dentadura.

—¡Quitadle! ¡Hacedle volver en sí!...

Quitaron del brasero el pie de Morato, que aparecía carboni-
zado. Tendido en tierra, Morato permaneció inmóvil, como muer-
to. Dos turcos fueron a la cisterna y trajeron un cubo de agua.
Rociaron con ella el semblante de Morato. En aquel momento
el bajá vió a un cautivo de aspecto venerable, con la barba
larga y crecida, que se acercaba en paso tardo y vacilante. Era
un anciano. Se apoyaba en un báculo.

—¿Quién eres tú?—le preguntó ferozmente Hassan-Agá.

—Yo soy un sacerdote cristiano, cautivo tuyo, señor—respon-
dió humildemente el preguntado.

—¿Y qué quieres?

—Vengo a auxiliar a un hermano mío que veo en trance de
muerte—contestó dulcemente el sacerdote.

Hassan-Agá no contestó; pero con una rapidez terrible des-
nudó su alfanje y dió un tan formidable tajo en el cuello del
infeliz sacerdote, que su cabeza, cortada a cercén, rodó por
tierra. El miserable cuerpo decapitado permaneció en pie du-

rante algunos segundos, dió dos o tres pasos, y cayó al fin de espaldas. Oyóse en redondo, saliendo de todas las celdillas a un tiempo un ahogado gemido de horror.

—¡Mirad, no sea que os descabece a todos!—gritó furioso e irritado Hassan-Agá.

Sucedió un silencio lúgubre. Desaparecieron de las puertas de las celdillas todos los que a ellas estaban asomados.

Morato empezaba a volver en sí. Recobró, al fin, el conocimiento por completo. Entonces quiso ponerse de pie, pero vaciló y cayó. Sin embargo, pretendió huir arrastrándose. Su rostro aparecía horrible de espanto y de dolor. Los turcos le cogieron. Entonces, Morato, desesperado, aumentadas sus fuerzas por el dolor, se engargoló, se agarró al kaid y le mordió en la garganta, de tal manera que el kaid lanzó un bramido de dolor. Hassan-Agá lanzó una siniestra carcajada.

—¡Ah!—dijo—. ¿Tú eres el que decía que el otro se había desmayado por cobarde?... ¿Y tú eres *kaid* de mis guardias?—y diciendo esto, tiró un corte en la cabeza del kaid, que cayó muerto, sin poder exhalar un solo gemido.

El tigre estaba furioso, y se abrevaba en sangre. Los otros turcos vieron impasibles la desgracia de su *kaid*.

—Maltrapillo—dijo Hassan-Agá—: si no hablas, te abrasaré el otro pie; si a pesar de esto sigues callando, te quemaré un brazo, y luego el otro. Tú hablarás.

Maltrapillo, que estaba engarabitado en los brazos de los turcos, miró de una manera estólida a Hassan-Agá. No había ya en su semblante expresión alguna. La idiotéz aparecía en su mirada. Ni aun parecía que sentía el dolor de su pie abrasado. Hassan-Agá no pudo dudar.

—¡Loco!...—exclamó—. ¡Loco!... ¡Loco!...

En efecto: el exceso del dolor y del terror había enloquecido a Maltrapillo.

—Pero esto puede ser pasajero—exclamó Hassan-Agá—. Sí —prosiguió—; el miedo..., el dolor...; que se lo lleven..., que lo curen..., que lo asistan..., él hablará...; sí, él hablará...—y Hassan-Agá parecía poco menos loco que el desdichado Maltrapillo.

Los turcos se lo llevaron. Hassan-Agá salió del baño. Los cadáveres del anciano sacerdote y del kaid quedaron en medio del patio, junto a la *pala*, en la que aparecía otra cabeza sangrienta.

CAPITULO XVI

De tal manera curaron al pobre *hagib* Morato los médicos del *bajá*, que de resultas de la amputación que le hicieron murió a los tres días de haber sido martirizado. Murió sin recobrar la razón.

Cervantes se había quedado sin amigos que pudieran valerle en Argel. Se le trataba en su mazmorra con más dureza que se le había tratado nunca.

Todos los días el *bajá* mandaba le llevasen a su presencia. Empleaba los ruegos, las amenazas, cuanto le era posible emplear fuera de los tormentos, a los cuales, por el temor supersticioso que Cervantes le inspiraba no se atrevía, y no lograba que Cervantes le manifestase el contenido de la carta que se había comido y que por un secreto instinto le tenía en una especie de agonía, de inquietud.

Después de cada una de estas luchas, Cervantes era trasladado a su mazmorra y tratado con un rigor creciente. Apenas se le alimentaba. Se le había puesto en la más profunda, en la más húmeda, en la más infecta de las mazmorras. Se habían elegido las cadenas más pesadas. Sus heridas se habían recrudecido y sufría por ellas hasta lo insoportable. Y, sin embargo, insistía en sus propósitos. No sabía cómo podría llevarlos a cabo. Pero no perdía la esperanza.

Hassan-Agá había mandado a Arnaute-Mamí que saliese a dar caza a la galera genovesa en que se había salvado la familia de Maltrapillo, y con ella Saruh-Yemal, Paulina y Darahimaráh. Pero Arnaute-Mamí, que, como sabemos, era enemigo encubierto de Hassan-Agá y esperaba sucederle en el *bajalato* de Argel, anduvo rehacio, y cuando salió a la mar con la *Tigre* y algunas otras galeotas de menor porte, ya la nave genovesa estaba fuera de alcance. Hassan-Agá hubo de contentarse con apoderarse de los bienes de Maltrapillo, a quien, sea dicho de paso, se dió la miserable sepultura de un muladar, fuera de Argel, en el cual los cuervos se encargaron de él.

Aún no habían pasado ocho días desde los terribles sucesos que acabamos de referir, cuando llegó a Argel un *hagib* del Sultán, con una carta imperatoria, en que se mandaba a Hassan-

Agá, que dejando el bajalato de Argel al almirante Arnaute-Mamí, mientras el Sultán enviase el bajá definitivo, diese inmediatamente la vuelta a Constantinopla, donde debía dar cuenta de su gobierno al Sultán.

A punto estuvo de rebelarse el iracundo y formidable Hassan. Pero Arnaute-Mamí, que había recibido una orden del Sultán, por la que le encargaba interinamente del bajalato de Argel, tomó prudentes medidas, y antes de que Hassan pudiese organizar una resistencia le intimó el cumplimiento de las órdenes del poderoso Emir de los creyentes.

Forzoso le fué a Hassan obedecer. Pidió un plazo de cuatro días, que le concedió Arnaute-Mamí, y en estos cuatro días vendió sus haciendas por lo que le quisieron dar, y a bajo precio, en el mercado de sus cautivos. Pero continuaba pidiendo un precio exorbitante por Cervantes. Parecía que le ligaba con Cervantes un destino funesto.

El reverendo padre Fray Juan Gil, de la Redención de Cautivos, había intentado rescatar a Miguel. Pero no tenía bastantes fondos para ello. Onofre Exarque y Baltasar de Torres, como ya nada tenían que temer, porque Hassan-Agá había sido depuesto, se hacían los reacios; y Arnaute-Mamí, que era avaro, se hacía el sordo a las súplicas de los Padres de la Redención. Por otra parte, conocía los proyectos de Cervantes, sabía cuánto eran su valor y su ingenio y tenía miedo de que en Argel se quedara.

La situación de Cervantes era desesperada. Si había dificultades para rescatar a los cautivos de Argel, los que pasaban a Constantinopla perdían toda esperanza y, como sus amos sabían que no podían esperar de ellos rescate, los empleaban en los trabajos más rudos, hasta que los mataban miserablemente de fatiga y de hambre.

Había que temer que el Sultán, a causa de los excesos que Hassan-Agá había cometido durante su gobierno en Argel, y las graves quejas que contra él a Constantinopla habían ido, le sentenciase a prisión perpetua y le confiscase los bienes, como en efecto así aconteció; y, en su consecuencia, Cervantes pasaría a ser, no ya cautivo, sino esclavo del Sultán. En vano había sufrido Cervantes la afrenta de haber estado expuesto cuatro días como una bestia en el mercado. Nadie se había atrevido a dar el precio que Hassan pedía por él.

Llegó al fin el día de la partida de Hassan. Cervantes, con algunos pocos cautivos que Hassan se había reservado, fué embarcado. La galeota estaba ya a punto de levar anclas. Saruh-

Yemal había dado en un descuido que la hacía parecer criminal, dejando en una situación tan difícil a Morato, a quien, aunque no fuera su padre, como a padre amaba. Pero habían tardado cuatro días en llegar a Civitavecchia. La mar les había sido un tanto contraria.

Tardó luego en salir otra nave para Argel otros cuatro días. Saruh-Yemal interesó cuanto pudo al capitán de esta nave, que era un siciliano, y le dió cartas para Cervantes y para Morato. Pero tuvieron muy mal tiempo en la travesía, y no arribaron a Argel sino cuatro días después del embarque de Hassan para Constantinopla.

El reverendo padre fray Juan Gil no pudo demorar ya más una resolución definitiva. Sabía bien lo que Cervantes valía, hasta qué punto era necesario rescatarle. Requirió, buscó, rogó, llegó hasta a hacer presente a Exarque y a Baltasar de Torres que estaba resuelto a rescatar a Cervantes y que, si ellos no le anticipaban, bajo el crédito de su palabra, los dineros que le faltaban para completar la suma del rescate que el tenaz Hassan por Cervantes pedía, le obligarían a que empeñase parte de los vasos sagrados de la iglesia que los cristianos tenían en Argel, y que estaba a cargo de los Padres de la Redención de Cautivos de las Ordenes de la Santísima Trinidad y de la Merced.

A todo esto, estaba ya embarcado Cervantes. Los religiosos de la Trinidad que en la nave estaban, mandaban noticias apremiantes. La galeota en que Cervantes estaba, preparábase ya para levar anclas.

A este último mensaje, la caridad del padre fray Juan Gil llegó a toda su elocuencia. Los dos mercaderes valencianos aflojaron la bolsa. El padre Gil partió a la carrera hacia la marina. Cuando llegó, la galeota, tendidas las velas, se hacía ya a la mar. El padre Gil no se detuvo. Aprestó inmediatamente un esquife tripulado por un número doble de remeros del que necesitaba, a fin de poder alcanzar a la galeota, o por lo menos de ponerse al habla con ella.

Era conmovedor el ver aquellos venerables religiosos de pie en el esquife, que volaba impulsado por dieciséis remeros, yendo en busca de un cautivo que se les iba a perder en las oscuridades de la esclavitud en Constantinopla y ver con qué afán, con qué caridad agitaban sus blancos pañuelos, a fin de que la galeota se detuviese.

Vieron, al fin, los de la galeota aquel esquife que les seguía y las señas que en él se hacían, y se avisó a Hassan. Creyó éste que tenía lugar alguna novedad importante, y como iba de muy

mal grado a Constantinopla y grandemente temeroso de su perdición, alentando una vaga esperanza, mandó que la galeota virase en redondo para acercarse al esquiife, desde el cual les hacían las señales. Cuando estuvieron cerca y vió los religiosos, desmayó, porque conoció que a lo que los religiosos iban era a rescatar a Cervantes, o tal vez por él a importunarle.

—Y bien—dijo—, si traen el dinero que yo quería por él, que se lo lleven; y aun yo no sé si debiera dárselo de balde, que puede ser muy bien, que apartando yo de mí a ese hechicero, aparte con él mi mala fortuna.

Llegaron a encontrarse, púsose la galeota al paio y subieron a bordo los religiosos.

—Por el *cristiano estropeado* venimos, baja Hassan—le dijo sonriendo el padre.

—Pues ya sabéis lo que por él yo quiero—contestó Hassan—; si lo traéis, lleváoslo; si no, habéis hecho mal en incomodarme en mi viaje; que yo no he de dar al *cristiano estropeado* que tanto me cuesta a cuenta de súplicas y exhortaciones.

—Aquí, en esta bolsa, tienes—dijo el padre fray Juan Gil—los quinientos escudos de oro, en oro, que por tu cautivo Miguel de Cervantes pides; así, pues, la bolsa toma, cuenta el dinero y entréganos a nuestro hermano.

—Hablad de eso con mi *chaya*—dijo Hassan—, que no quiero hablar más del *cristiano estropeado*, ni aun verle—y se entró en su camarote.

Apareció a poco su mayordomo, tomó la bolsa, se sentó en el suelo, la vació sobre una punta de su alquicel y contó el dinero. Examinó prolijamente las monedas. Luego se levantó, y sin decir una palabra, bajó a la bodega acompañado de dos galeotes, el uno de los cuales llevaba un martillo. El otro galeote llevaba un pequeño yunque y un cortafíos. Estas herramientas debían servir para desencadenar a Cervantes.

Resplandecían de alegría los semblantes de los religiosos; podía ya darse por rescatado Cervantes. Este, entre tanto, estaba animando a sus compañeros, en un lóbrego rincón de la bodega. Experimentaba una amargura tal, como jamás la había experimentado. Y, sin embargo, su heroica resignación, su ciega fe en Dios, venían a fortalecerle hasta tal punto que encontraba valor para consolar a sus compañeros. Cuando vió bajar al *chaya* de Hassan y a los galeotes que le acompañaban llevando las herramientas, dijo:

—A desencadenar a alguno de nosotros vienen; que si a rema-

char los pernos viniesen porque no les creyesen bien seguros, no traerían cortafío.

Sintió no sabemos qué cuidado Cervantes. ¿Para qué desencadenar a uno o más de los cautivos, cuando la galeota iba navegando? ¿Se trataba tal vez de ponerles al remo, de hacerles sufrir todas las penalidades y todas las afrentas que se hacían sufrir a los galeotes? Su última desgracia hubiera sido la de caer bajo el corbacho, y ser azotado como una bestia.

—Por ti vengo, *Estropeado*—dijo el *chaya*.

—Pues yo te digo que, como el quitarme los hierros sea para ponerme al banco, antes me dejaré matar; que Dios no me habrá de pedir cuentas de mi vida.

—Rescatado estás por los Padres de la Redención—le dijo el *chaya*.

Lo que pasó por Cervantes es inexplicable. Los otros míseros cautivos nada dijeron. La envidia, y la envidia más natural del mundo, les royó el corazón. Muy contrariamente Cervantes, sintió en su corazón toda la amargura que aquellos desdichados sentían en los suyos. El hubiera querido rescatarlos a todos.

Le desencadenaron en un breve espacio. Cervantes abrazó uno a uno a sus compañeros, con el corazón oprimido. Aquellos desdichados lloraban. Cuando se separó de ellos, uno le dijo:

—¡Dichoso vos, que vais a ver de nuevo el sol de la patria!... ¡No os olvidéis de nosotros, desdichados, de quienes sabe Dios lo que será!

Cervantes no supo qué contestar. Subió a la cubierta. Los padres de la Santísima Trinidad se apoderaron de él, se lo llevaron como robado al esquife y emprendieron sin demora su vuelta al puerto. Les parecía que todavía se lo iban a quitar. Cuando estuvieron en tierra, se les espació el corazón. Se lo llevaron al templo a dar a gracias a Dios por su libertad. Apenas salieron del templo, cuando los llamó Arnaute-Mamí.

—No os doy más que dos días—les dijo—para que el *Estropeado* salga de Argel. Yo sé cuán peligroso es entre nosotros. Si tarda en irse más de dos días, le tendré preso hasta que se vaya.

No fué necesario que Arnaute-Mamí tomase esta medida extrema. Al día siguiente, Cervantes, socorrido por los Padres de la Redención, partió de Argel.

Saruh-Yemal esperaba ansiosa. Pero su comisionado había llegado demasiado tarde a Argel. Cervantes había partido ya.

Las naves que llegaban al puerto de Argel a comerciar, y que estaban provistas de una especie de seguro del dey, sin el cual no hubieran podido acercarse a Argel sin un gran peligro, se-

guro que les costaba harto caro, cuando partían, no decían, por precaución, para dónde hacían rumbo. De tal manera reservaban esto, para evitar que en alta mar algún pirata despreciador del seguro del dey las apresara, que ni aun el mismo Cervantes, al embarcarse, sabía a qué puerto de Europa arribaría la galera que le conducía, ni lo sabían tampoco los padres de la Redención. El patrón del barco se había reducido a jurar solememente que, mediante Dios, pondría a Cervantes en salvamento en cualquier puerto cristiano.

Cuando volvió el genovés a Civitavecchia, Saruh-Yemal supo con una gran alegría que Cervantes había sido rescatado, pero también con el sentimiento de no haber sido ella quien lo rescatase. No tuvieron entonces, ni ella ni su madre, el sentimiento de saber la muerte de Morato, ni los horrorosos tormentos que le había hecho sufrir Hassan. Para que no extrañasen que no llevaba carta ni noticia suya, el caritativo patrón dijo que Morato no se encontraba en Argel, y que le habían dicho que había partido con Cervantes. Esto aumentó la alegría de doña Magdalena y de doña Blanca. Al fin se habían salido de aquel maldito Argel.

Cervantes era libre. Morato volvería al seno de la Iglesia Católica. Eran ricos, muy ricos. Podían vivir felices en España, a donde sin duda se había trasladado Cervantes.

Pero esta alegría estaba nublada para doña Magdalena y doña Blanca, por el tristísimo estado en que se encontraba Paulina. Su enfermedad se había agravado. Se había manifestado al fin de una manera terrible la tisis, y hacía progresos espantosos.

Darahimaráh estaba también peligrosamente afectada. Su melancolía se hacía amenazadora. No se quejaba; pero su sufrimiento salía a su semblante, era horrible. Ella y Paulina estaban siempre juntas. Habían simpatizado de una manera extraordinaria aquellas dos desdichadas. No se habían hecho confidencia alguna acerca de Cervantes. Pero ambas conocían el amor que la otra de ellas sentía. Paulina había tomado sobre sí una nueva tarea; la de acabar de instruir en la religión católica a Darahimaráh. Por instinto, por razón, por necesidad, Paulina volvía su espíritu atribulado al Señor: necesitaba su alma de grandes consuelos y sólo Dios puede consolar a los tristes.

Nada tenía que hacer doña Magdalena en Civitavecchia. Ansaba ir en busca de Cervantes, a quien estaba segura de encontrar en Madrid, pues debía de haber ido a solicitar una recompensa de sus servicios militares, y de lo que en Argel había hecho, aunque sus proyectos heroicos no habían llegado al ob-

jeto que él deseaba. Doña Magdalena conocía demasiado a Cervantes. Sabía que tenía un gran afán de llegar a una situación digna de sus grandes merecimientos. Le había oído decir muchas veces:

—Será muy provechoso para mí, el que su majestad un día me oiga.

Para que su majestad le oyese, Cervantes debía de haber ido a Madrid. Además, cerca, muy cerca de Madrid, en Alcalá y en Esquivias, tenía Cervantes sus parientes. Por esto sólo no podía dudarse de que allí se encontraría a Cervantes; o si por su genio inquieto y emprendedor no se le encontraba, porque hubiese ido a seguir las aventuras de su vida, allí debía encontrarse su rastro.

Paulina se moría. Darahimaráh se hacía a cada momento más contemplativa, su piedad se sublimaba; en ninguna parte se encontraba mejor que en el templo, al que iba con mucha frecuencia, sirviendo de apoyo a la doliente Paulina.

Cuando doña Magdalena se apercibía de este gozo íntimo e irremediable de su alma, por ver desembarazado de obstáculos su amor a Cervantes, se contristaba, se reprendía, temía que Dios la castigase por aquella fruición involuntaria, y procuraba no caer de nuevo en ella. Pero su alma rebelde volvía a aquel encanto dulcísimo. Se abrasaba doña Magdalena en el deseo de ir a buscar a Cervantes.

Pero la retenían en Italia dos razones poderosas. Primeramente, la falta de noticias del que había pasado por su padre. Después el estado de la salud de Paulina, con la cual no podía hacerse un viaje, ya fuese por mar o por tierra, sin gran peligro para ella: había llegado el invierno, y se había presentado cruel. Era necesario esperar. Pero esto no impedía el que doña Magdalena buscase noticias, tanto de Cervantes como de su padre.

Algunos que por ella habían sido enviados a Argel, no le habían traído noticia alguna. Sin duda, al saber la horrible muerte de Morato, no se habían atrevido a amargar con tan triste nueva el corazón de su hija y de su esposa. En cuanto a dos que a España y a Madrid habían ido, habían averiguado únicamente que, en efecto, Cervantes había estado algunos días en Madrid y otros pocos por Alcalá; pero que habiendo encontrado muertos a sus padres, huérfanas a sus hermanas Andrea y Luisa y, hallándose sirviendo en el ejército de Flandes como alférez su hermano Rodrigo y empeñada la poca hacienda de la familia, había vendido los pobres restos de ella y se había ido con sus hermanas, sin decir a dónde.

Un día que salían de la iglesia, oyó junto a sí hablar en castellano. Volvió la cabeza hacia donde la voz había resonado, y vió un grupo de caballeros que a la puerta de la iglesia estaban a ver salir las damas; que esta irreverente costumbre la han tenido siempre los españoles, más que los de otra nación alguna. Oyó el nombre de Cervantes en boca de uno de aquellos caballeros. Se acercó a uno de los pajes que las acompañaban llevando los almohadones y las sillas de tijera y le dijo:

—Cuando hayamos pasado, llégate a aquel caballero de los cabellos entrecanos y pídele que te siga de parte de una dama.

El paje entregó a otro su cojín y su silla y se quedó atrás, y cuando doña Magdalena, su madre, Paulina y Darahimaráh hubieron desaparecido en la vuelta de la calle, se acercó al caballero y le dió el mensaje de doña Magdalena.

—¿Y cuál de las señoras os ha dado el recado para mí? dijo el caballero, al cual se le hacía ya la boca agua—. ¿La morena acaso?

—Sí, sí, señor; la morena—contestó el paje.

—Pues ya os sigo—dijo el caballero, y despidiéndose de sus amigos, siguió al paje.

Recorrieron gran parte de la ciudad y allá en uno de los términos de ella, junto a la marina, entraron en una muy bella casa que doña Magdalena había tomado y alhajado con mucho gusto y riqueza.

Llevó el paje al hidalgo a uno de los estrados, en donde le dejó diciéndole que iba a avisar a su señora. A poco apareció doña Magdalena, hermosa como una ilusión. Nuestro hombre se levantó, y todo rendimiento, saludó a doña Magdalena, y quiso tomarla una mano para besársela. Pero doña Magdalena la retiró diciéndole:

—No hay para qué, que, aunque por cumplimento puede pasar y por sencilla cortesanía, yo soy de tierra donde tales cortesías no se usan, y no tengo la costumbre. Sentaos si os place, señor mío.

El hidalgo se sintió más que medianamente contrariado, porque la aventura no tenía trazas de ser amorosa y más cuando doña Magdalena, cortés, sí, pero seria, le dijo:

—Vos habréis extrañado que se os llame de parte de una dama; pero cuando yo os diga, señor, por qué os he llamado, cesará vuestra extrañeza y asimismo las imaginaciones que tal vez han podido asaltaros; al venir yo de la iglesia, os he oído el nombre de un pariente mío, a quien en gran manera estimo, y cuyo

paradero ignoro; digo que os oí el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra...

—¡Gran persona!—dijo el caballero, sonriendo cortésmente, haciendo de tripas corazón y de la necesidad virtud—. Y si como es muy posible le amáis, señora, comprendo bastantemente que de ningún otro podáis aficionaros.

—Ya os he dicho que es mi pariente; vine a Civitavecchia para acercarme a Argel y rescatarle; pero cuando envié mi emisario, me encontré con que ya estaba rescatado, y con que no se sabía a dónde se había ido. He buscado inútilmente noticias suyas y, como os he oído nombrarle, para que de él, si las tenéis, me deis noticias, os he llamado; ahora os ruego me perdonéis el que me haya tomado esta licencia que tal vez os molesta.

—Moléstame mucho más, señora, el no poder daros las noticias que deseáis. Yo, para servirlos, me llamo don Gabriel de Mendoza; tengo mi solar en Asturias, y como veis llevo el hábito de Santiago. Cautivo he estado en Argel más de dos años en el baño de Hassan-Agá y en él conocí al señor Miguel de Cervantes, de quien he admirado la bondad, el valor y el ingenio y la mucha caridad que con sus compañeros tenía, librando a muchos de ellos de las crueldades de Hassan-Agá y procurando varias veces libertarse y libertarnos a todos con él; y cuando vos pasábais, contaba yo a mis amigos una terrible crueldad de Hassan-Agá, de la cual estuvo a pique de ser víctima Cervantes.

—¿Y cómo fué eso?—preguntó maquinalmente doña Magdalena.

—Había en Argel un moro muy rico—dijo el hidalgo—que se llamaba el hagib-Morato, y por otro nombre el arraez Maltrapillo. Yo no sé por qué Hassan-Agá llevó preso al baño a este Maltrapillo y, cuando allí le tuvo, junto a una *pala* que había mandado preparar, le preguntó acerca de una carta, de cuya procedencia y contenido estaban, por lo visto, enterados Maltrapillo y Cervantes; preguntado éste por Hassan-Agá, nada quiso revelar, por lo que el dey mandó le encerrasen en una hedionda mazmorra; recurriendo luego a Maltrapillo, que por no hacer aclaración alguna sufrió la muerte más cruel del mundo, siendo, como he dicho, un milagro el que no matase también a Cervantes.

Doña Magdalena, que se había puesto pálida como una muerta al saber que Hassan-Agá había llevado preso a Morato a su baño, al oír que allí le había dado muerte cruel, lanzó un grito terrible y se desmayó. Llamó el caballero apresuradamente al ver aquel accidente; acudieron y socorrieron a doña Magdalena.

El caballero, para que no pensasen mal de él, y atribuyesen a algún mal hecho suyo el desmayo de doña Magdalena, contó a doña Blanca lo que había sucedido, y cuando doña Blanca oyó que a su marido había dado cruelísima muerte en su baño Hassan-Agá, lanzó otro grito espantable y cayó desmayada junto a su hija, que estaba ya en los brazos de Paulina y de Darahimarah, y que aun no había vuelto en sí.

Asombrado el caballero al ver que por su causa se habían desmayado dos señoras, demostró de tal manera su confusión que Paulina no pudo menos de decirle que aquel de cuya cruda muerte había hablado, no era otro que el esposo de la una de las damas desmayadas y el padre de la otra; con lo cual recibió tal sobresalto y sintió tal sorpresa el buen hidalgo, que escapó espantado, harto diferentemente de cómo había pensado salir.

Volvieron al fin en sí las desmayadas, y todo fueron lágrimas y sollozos, y desesperarse la una y la otra, que la noticia no era para menos, y acusábanse ambas de la muerte de Morato, al que habían dejado en grandes compromisos, por lo que se veía, en Argel. Dieron ambas en el lecho, y en él estuvieron algunos días, y de no poco cuidado. Y alentando doña Magdalena una esperanza de que tal vez se hubiese engañado quien le había dado aquella funestísima noticia, envió un fiel emisario a Argel, con cartas para Arnaute-Mamí, en que le suplicaba le diese noticias de su padre, y si era cierto que había perecido a manos del cruel Hassan-Agá, y que si así era se lo dijese, que ellas habían ya recibido la funesta noticia y recibido el golpe. Arnaute-Mamí contestó doliéndose mucho de lo que había sucedido, protestando de que él no había podido evitarlo y confirmando la tristísima nueva. A esta carta acompañaba un espléndido regalo, y la proposición a la hermosa Saruh-Yemal de que volviera a Argel, y se consolaría encontrando en él un esposo, en cambio del padre que había perdido. Doña Magdalena contestó al enamorado bajá, dándole las gracias por la veracidad con que le había contestado, y devolviéndole su presente «porque—decía—presente para novia es, y ni yo puedo aceptar la felicidad de ser tu esposa, ni a Argel puedo volver, donde por todas partes se me representaría la sombra ensangrentada de mi padre».

No sabemos si tuvo gran pena por esta contestación el enamorado Arnaute-Mamí. Lo que sí sabemos, es que esta fué la última vez que tuvieron noticias el uno del otro. Argel no debía sentir más la planta de la encantadora Saruh-Yemal.

Esta y su madre se restablecieron al fin, que no hay dolor, por agudo que sea, que si no mata, no se calme, y se pensó por la

madre y por la hija ir en busca de Cervantes, que era lo único que les quedaba en el mundo.

Estaban libres para ello. Paulina, que comprendía harto claro, por más que doña Magdalena pretendiera disimularlo, que ésta amaba con toda su alma a Cervantes y que, si no iba a buscarle era por no exponerla a la peligrosa fatiga de un viaje y por no dejarla en el grave estado en que se encontraba, le manifestó un día que no sólo estaba decidida a cumplir el voto que a Dios había hecho de ser su esposa, sino que ya la tardaba el hacerlo, y que por tanto quería entrar en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento.

Con tal empeño lo pidió Paulina, que hubo de convenir en ello doña Magdalena, y además, en que Darahimaráh en el mismo convento entrase, y con Paulina tomase el velo.

Un mes después se cumplió la voluntad de las dos jóvenes, infortunada la una, y dichosa la otra porque tan pronto había cambiado su amor terrenal en amor divino. Dotólas espléndidamente doña Magdalena, asistió a la solemne ceremonia, que con gran pompa tuvo lugar, de la toma del velo de las dos desposadas de Jesucristo y quince días después partía con su madre, ambas de riguroso luto, para Barcelona, a la que llegaron con tiempo propicio. Apenas descansaron, en un coche y con suficiente escolta que las defendiera de los bandoleros que abundaban por los caminos, se pusieron en viaje para Madrid, donde esperaban tener noticias de Miguel de Cervantes.

En cuanto a Paulina y Darahimaráh, para concluir de una vez acerca de ellas, diremos que Paulina murió un año después, edificando con su piedad a las monjas, y que Darahimaráh, con el nombre de María del Rosario de la Santísima Virgen, vivió muchos años feliz en la clausura, y murió al cabo de una larga vida de piedad y de práctica de las más severas virtudes, en olor de santidad.

CAPITULO XVII

Llegaron con buen viaje a Madrid doña Blanca y su hija. Las acompañaba como hasta entonces, y ya de edad madura, aquella doña Inés Gómez de Salazar, que había acompañado con el nombre de tía a doña Magdalena, cuando ésta conoció a Cervantes en Madrid.

Le tenían cariño al *Mesón de la viuda de Paredes*, y a él se fueron. Se aposentaron en el mismo cuarto en que durante tan poco tiempo habían estado aposentadas algunos años antes. Doña Magdalena llamó a la Mari-Gómez, la posadera, y le dijo:

—Vengo a pedirnos merced, que estoy segura podréis darme.

—Pregunte vuesa merced, señora mía—dijo la Mari-Gómez—, que yo la responderé lo que supiere.

—¿Hace mucho tiempo que no veis al señor Miguel de Cervantes Saavedra?—le preguntó doña Magdalena, poniéndose levemente encendida.

—Bien hará año y medio; y en verdad que día de mayor alegría no he tenido ni le tendré en todos los días de mi vida; que yo creía que no había de volver a ver al buen hidalgo.

—¿Y por qué?

—Porque de Argel creíamos que no habría quien le rescatara, a causa de su gran desventura.

—¿Y quién os dijo que el señor Miguel de Cervantes estuviera cautivo en Argel?—preguntó con un gran interés doña Magdalena.

—¿Quién había de ser sino su propio hermano, el señor Rodrigo de Cervantes? ¡Y si viérais qué bien parece con sus preases de alferez de los tercios viejos de Flandes! Está para enamorar, aunque ya no es niño; como que es mayor, de dos años lo menos, que su hermano.

—¿Y dónde está el señor Rodrigo de Cervantes?—preguntó con un creciente interés doña Magdalena.

—Abandonó la corte, en la cual no le permitía estar más su pobreza; no paraba el pobre, yendo y viniendo a las secretarías de Estado, rogando siempre se le ayudase con algún dinero para el rescate de su hermano, y sin sacar en limpio más que buenas palabras. Murieron uno tras otro sus padres y hubo de

irse a Alcalá, al cuidado de sus hermanas; pero habían quedado tan pobres que el buen alférez, no sin dejarlas para ellas solas lo poco que de su hacienda les había quedado, volvió a Madrid; solicitó ir a Flandes a una compañía de infantería y allá se fué, y no le he vuelto a ver; pero tengo confianza en que no he de morirme sin verle volver, hecho todo un maestre de campo, o por lo menos capitán, que bien lo merece el mozo. ¡Vaya por Dios... y que dos hermanos!... En lo alentados, no hay diferencia entre ellos; pero háyla sí, y grande, en la fortuna y en el ingenio; que el señor Rodrigo poco tiempo estuvo cautivo y, si sirvió bien al rey, alférez es y está en buenos términos de acrecentarse; y su hermano, en Argel se estuvo pudriendo años y años y, cuando volvió, ni siquiera a sargento le subieron, y de soldado quedóse, y gracias si le han dado algún socorro.

—Herencia es del ingenio la desventura—dijo suspirando doña Magdalena—; que tales son los hombres de ingenio que consigo llevan siempre y sin que de ella puedan librarse y como prenda inseparable la pobreza y los sueños que nunca se realizan y que los hacen tan ricos de corazón que en otra riqueza no piensan.

—¡Lástima de señor Miguel de Cervantes!—dijo la posadera—. Por aquí andaba que parecía que le faltaba algo; y no así como se quiera, sino un pedazo de su alma.

Sobresaltóse doña Magdalena. ¿Sería ella aquel pedazo de alma que faltaba a Cervantes?

—Siempre fué el señor Miguel de Cervantes enamorado—dijo con la voz turbada—y por donde quiera que va, las aventuras amorosas le salen de debajo de los pies.

—Pues mirad que sus amores no los tenía en Madrid; que un día en que vino a buscarle una dueña con una carta y yo le dije: «Vamos, señor Miguel, que ya se ven señales de lo que os trae triste», me respondió:

—«Lo que a mí me entristece, muy lejos está de aquí, señora Mari-Gómez, y sabe Dios si perdido.»—y no dijo más, y se fué con la dueña.

—¿Y no pudisteis averiguar quién fuese la dueña?

—Vino otras varias veces; y como viniese un día en que no estaba aquí el señor Miguel de Cervantes, esperóle, y yo la agasajé y le dí de refrescar y preguntéle: y como las dueñas para vomitar necesitan poco, díjome que ella era dueña de la señora duquesa de Puente de Alba, que mandaba llamar de tiempo en tiempo al señor de Cervantes, para asuntos que debían ser

de importancia, pero que no eran ciertamente negocios de amor.

—¿Y qué había de decir la dueña, si era leal a su señora y quería guardar su decoro?—dijo con viveza doña Magdalena y demostrando hartó claro el interés que por Cervantes sentía.

—Yo no sé lo que podría haber en esto; lo que sé es que el señor Miguel de Cervantes no se detuvo en Madrid sino el tiempo suficiente para convencerse de que, a pesar de la información que se hizo en Argel y que decía claro cuánto había sufrido y cuánto había hecho por los cautivos españoles que allí estaban, no le quedaba nada más que gastar las suelas de sus zapatos en las losas de palacio y la paciencia en las antecámaras; págóme un día su cuenta y díjome que se iba a Alcalá con sus hermanas a arreglar su hacienda, y no le he vuelto a ver más; pero el mejor día aparecerá por esas puertas, porque él a la fuerza tiene que venir aquí a pretender.

—¿Y hacía mucho tiempo que no le llamaba la duquesa de Puente de Alba, cuando se marchó a Alcalá?

—La dueña vino el día antes.

No preguntó más doña Magdalena. Había encontrado, por el relato de la posadera, a persona que podía darle mejores informes de Cervantes. Aquel mismo día, doña Magdalena, acompañada de su madre y de su inseparable doña Inés Gómez de Salazar, se fué a la casa de doña María de los Dolores Pérez de Cañizares, duquesa de Puente de Alba, que vivía en el solar de su marido, aquel a quien, como vimos al principio de esta historia, mató en duelo Rodrigo de Cervantes. Al oír el nombre de doña Magdalena Ponce de León, que la anunció un paje, la duquesa salió corriendo al recibimiento, donde había quedado esperando doña Magdalena y su madre, con la fingida tía doña Inés.

—¡Ah! ¿Tú aquí?—exclamó la duquesa, arrojándose en los brazos de doña Magdalena y cubriéndola de besos.

—Sí, yo aquí, mi muy querida amiga—exclamó doña Magdalena, correspondiendo, aunque no de muy buen grado, a las afectuosas demostraciones de doña María.

Pasadas las caricias, separadas la una de la otra ambas amigas, la duquesa dijo:

—Ya veo a tu buena aya, la que por tu tía pasa; pero, ¿quién es esta otra señora tan hermosa?

—Mi madre—respondió doña Magdalena.

En efecto: doña Blanca parecía joven aún, y como era muy blanca y muy rubia y estaba aun de gran lujo por su marido,

parecía muy bien. Siguiéronse cariñosos saludos entre la duquesa y doña Blanca. Luego la duquesa las llamó a su estrado particular. En él había una joven, casi una niña, aunque muy desarrollada, y dotada de una hermosura prodigiosa.

—Ven, ven acá, hija mía—dijo la duquesa—; esta señora que aquí ves (y le mostró a doña Magdalena) es mi gran amiga, casi mi hermana, doña Magdalena Ponce de León, de la que tanto te he hablado yo siempre, y de la que tanto has oído hablar al señor Miguel de Cervantes nuestro amigo.

—¿Esta hija tuya, es *aquella*?—dijo con intención doña Magdalena, abrazando a la niña y besándola.

—Sí—respondió la duquesa—; mi hija única.

—¡Y cómo pasa el tiempo!—dijo doña Magdalena, sentándose en un almohadoncillo y reteniendo junto a sí a la niña—. ¡Nos hacen viejos!... ¡Oh! ¡Y es hermosísima!...

—Gracias, señora—dijo modestamente la joven—; no se puede hablar de hermosura donde estáis vos.

—¡Oh, sí!...—dijo la duquesa—. Tú, doña Magdalena, rejuveneces; no parece sino que los años corren para ti, no para envejecerte, sino para hacerte más joven.

—Haréis al fin, la madre y la hija, que me avergüence; dejemos esta conversación: ahora dejemos a mi madre y a mi tía con tu hija, y ven conmigo: tengo que hacerte algunas preguntas.

Doña Magdalena, que al parecer conocía la casa, se llevó a la duquesa a un gabinete contiguo al estrado de confianza. Sentóse allí con la duquesa en un canapé, y le dijo:

—Necesito hacerte algunas preguntas.

—Sí; a propósito de Miguel de Cervantes—contestó tristemente la duquesa.

—¿Le ha sucedido alguna desgracia?—exclamó doña Magdalena, que no podía comprender de otra manera el melancólico y triste acento de la duquesa cuando de Cervantes se hablaba.

—No, ¿pero para qué quieres más desgracia que las que sobre sí tiene? Desatendido, mancillado, despreciados sus servicios... es su fortuna negra y dura; yo he hecho que todos mis parientes, todos mis amigos le recomienden, y por él insistan, y nada se ha conseguido sino promesas; al fin el pobre se fué a Alcalá, recogió a sus hermanas, y se fué con ellas a Esquivias a ponerlas al arrimo de unos parientes que allí tienen.

—¿Está en Esquivias?—exclamó doña Magdalena—. ¿Y dónde está Esquivias?

—Esquivias es un pueblo a poca distancia de Madrid.

—¿Y por qué no ha vuelto de Esquivias?

—Está cansado del mundo, desesperado; allí, a lo menos, está apartado de los disgustos que a cada momento sufre en la corte el que pretende; además, su hermana Andrea se ha casado.

—Pues tanto mejor para dejar al arrimo de la hermana casada a la hermana doncella y venir a Madrid, donde tiene en ti una buena amiga, a seguir sus pretensiones.

—Es que...—dijo la duquesa. Y se detuvo dominada por una gran irresolución.

—¿Qué?... ¡Acaba!...—exclamó doña Magdalena que respiraba apenas—. ¿Se ha casado él también?

—Sí—dijo haciendo un violento esfuerzo la duquesa—, se ha casado..., se ha visto obligado a casarse.

Doña Magdalena se acongojó y tuvo que hacer violentos esfuerzos para dominar su congoja.

—Las malas noticias deben darse de una vez—dijo dulcemente la duquesa—, ya sabía yo que le amabas.

Doña Magdalena había sentido un dolor tal, como si le hubiesen desgarrado el corazón. La duquesa estaba también profundamente conmovida.

—No siempre las cosas suceden—dijo—como convienen para la dicha de las criaturas; él estaba desesperado; tenía sobre sí una familia; el marido de Andrea es un hidalgo pobre... y doña Catalina de Palacios Salazar...

—¿Se llama así su esposa?—dijo entre las lágrimas doña Magdalena.

—Sí; es una buena señora, no ya joven ni muy bella, pero excelentísima; una santa; es parienta, aunque lejana, de los Cervantes; tiene alguna hacienda y en el tiempo en que estuvieron solas Andrea y Luisa, cautivo Miguel, Rodrigo en Flandes y los pobres padres en la eternidad, oficios de madre hizo doña Catalina por las dos huérfanas; Miguel es agradecido, está, aunque joven, cansado de la vida, desengañado del mundo; conoció que si doña Catalina no era hermosa, tenía el alma hermosísima; conoció que ella de él se había enamorado, que sufría, y se casó.

—No hab'emos, no hablemos más de esto—dijo doña Magdalena enjugándose las lágrimas—; no estaba escrito. ¿Y por qué he de afligirme yo?... Si él me hubiese amado como yo creía que me amaba, no se hubiera casado con ninguna otra mujer; hubiera muerto antes; esto ha sido un sueño; pero, ¿cómo olvidar los hermosos sueños para que no nos atormenten?

—Hay que conformarse con la voluntad de Dios—exclamó la duquesa.

—Sí, y yo estoy acostumbrada al sufrimiento; salgamos, salgamos, hermana mía, y perdóname; había tenido celos de ti... celos de tu hija.

—¡Oh!, el amor es muy receloso; pero serénate antes de salir.

—Sí..., sí..., ya estoy serena—dijo doña Magdalena—; no temas: ni mi madre ni mi buena aya podrán conocer lo que he sufrido—y salió con la duquesa al estrado.

Estuvieron de visita con la duquesa todo lo que quedaba de tarde, y luego volvieron a su posada.

En efecto, Cervantes, cansado de recorrer uno y otro despacho de las Secretarías de Indias, de Estado y de Hacienda, se fué a Esquivias, donde se hallaban sus hermanas, al amparo de unas viejas parientas suyas.

Esquivias es un lugar del reino de Toledo, a seis leguas de esta capital. Un día Cervantes se fué a la posada donde el ordinario de Esquivias paraba, y se entendió con él, conviniendo en llevarle a Esquivias, caballero en un macho y sobre dos tercios de bacalao, a cambio de unos reales.

Al día siguiente, muy por la mañana, a las tres y media (era el mes de agosto), Cervantes se presentó en la posada, almorzó frugalmente y como acabado el almuerzo la recua estuviese ya dispuesta, montó en el macho que le señaló el arriero y se emprendió la marcha. Arrearon bien, y a las ocho, cuando ya el sol se iba haciendo insoportable, pararon en Pinto, en una posada que había junto al camino, frente al castillo que ya por aquel tiempo tenía la honra de haber servido de prisión a la princesa de Eboli, duquesa de Pastrana.

Echóse abajo de su mulejo Cervantes, tomó su espada de sobre los tercios, cifósela y fué a meterse por el portalón del mesón, al cual estaban tres cuadrilleros de la Santa Hermandad de Toledo, uno, al parecer por sus bayetas y sombrero licenciado, y dos estudiantes de los de la Tuna, que por el verano iban recorriendo los pueblos y ganándose la vida, no sólo para entonces, sino para asistir a las aulas durante el invierno.

Cervantes, que sumido en sus cavilaciones no se había fijado en una recua que venía, no pudo ver que en ella y en un gran pollino, con un quitasol para defenderse de sus rayos, que ya se dejaban sentir más de lo que hubiera sido de desear, venía una dama como de veinticuatro a veintiséis años, no hermosa, pero sí muy buena moza, morena y con los colores muy vivos y muy límpidos, que no parecía sino que las rosas se hubiesen

puesto a contribución para colorarlas. Era, además, de muy buenas carnes y, al parecer, de buena estatura, lo que se vió mejor cuando bajó de la borrica, y que era asimismo gallarda.

Habían acudido presurosos los dos estudiantes a quien llegará el primero, para ayudarla a bajar, y al que primero llegó díjole la dama con un no sé qué de desgana que olía un tanto a desprecio:

—¡Quite allá, que ya tengo yo quien me sirva sin necesidad de valerme de los de la tuna, que de ellos, aun para tomar el agua bendita, me guarde Dios!

Volvióse Cervantes al oír estas palabras, que fueron pronunciadas con voz sonora, y hallóse con la dama que hemos dicho, que ya estaba en tierra y a la que a bajar de su borrica había ayudado uno como rodrigón o escudero, que para servirla llevaba. Detrás, en otra borrica, pero sin quitasol, que de tal la servía un gran sombrero de palma, venía una moza joven, de nariz arremangada, de ojos vivos y de boca risueña, con el traje de las campesinas de la tierra, que era sin duda criada de la dama. Entráronse por el mesón dama, escudero y moza, y allá se fueron con la posadera que había acudido.

—Valiente pedazo de gracia que se nos ha entrado por las puertas—dijo el desairado estudiante a uno de los cuadrilleros—. ¿Conocéisla vos?

—Sí que la conozco—dijo el cuadrillero—; como que soy de su pueblo y ya habréis visto que cuando entró la saludé.

—Lo vi—dijo el bachiller—; y por eso de ella os he pedido y os pido noticias.

—Pues dígoos yo—exclamó el cuadrillero con algún amostazamiento—que con esa señora adelantaréis tanto como si os ocupárais en enseñar latín a la borrica en que ha venido; y déjeme en paz el señor bachiller; y si más noticias quiere, búsquelas en quien de mejor grado que yo quiera y pueda dár-selas.

Callóse el estudiante, porque el cuadrillero tenía trazas de mal sufrido. Entróse para dentro, resueito a valerse de las mozas de la posada para tomar lenguas de la dama. Entretanto, el licenciado que a la puerta del mesón estaba, y que al pasar la dama la había saludado muy cortésmente, siendo de ella no menos cortésmente respondido, al ver a Cervantes para él se fué, acortando la distancia y con los brazos abiertos.

—¿Qué, vos sois, señor Miguel de Cervantes?... ¿Cómo es esto?... ¿En qué punto habéis dejado en la corte vuestras pretensiones?

—En punto menguado, señor licenciado Astudillo—dijo Cervantes—; que con la corte merecimientos no valen, sino que por merecedor os tengan, aunque no merezcáis otra cosa que un trato de cuerda por bellaco. ¿Y qué es esto?... ¿A Madrid os vais?...

—Tengo allá, en las *Mil y quinientas*, un pleito que viene ya desde mi bisabuelo, y que tiene trazas de durar para dar que hacer a los viznietos de mi sobrina, si no muere doncella y sin descendencia.

—Pues paciencia os mando, señor licenciado—dijo Cervantes—, que asunto de *Mil y quinientas* no puede menos de durar mil y quinientos años; y así veréis vos finiquitado vuestro negocio, cuando yo vea premiados, aunque mezquinamente, mis merecimientos.

Habíanse metido para adentro Cervantes, el licenciado, el otro estudiante y los cuadrilleros, cuando he aquí que a la puerta llega un buen mozo, al parecer caballero y rico, jinete en un cuártago, con arcabuz a la espalda, gran castoreño con cresta valona a lo bravo, espadón de más de la marca y botas de gamuza, que en llegando echó pie a tierra, y llamó con voz estentórea y matona para que le tomasen el jaco, a lo cual acudió el posadero.

A este tiempo, los arrieros de las dos recuas, con ellas se habían entrado en el gran patio o corral del mesón, y descargaban las bestias para llevarlas a la cuadra; que en la posada se había determinado pasar las grandes horas del calor, que en el reino de Toledo no se pueden resistir por agosto. Habíase entrado el del cuártago en el mesón, sin dignarse apenas llevar la mano al ala de su castoreño para saludar a los que allí estaban, y con un «Dios os guarde» dicho al desgare, y como quien le tira al viento, allá al patio se fué y luego se metió por las cuadras, y en su revuelta perdióse.

—Pues dígoos que el mozo es desenfadado y de bríos—dijo el otro estudiante, que el primero por el patio andaba husmeando en qué aposento se metía la dama.

—En mal negocio se empeña—dijo el licenciado Astudillo—, y por mis órdenes que no le arriendo la ganancia; de Toledo ha venido siguiendo a doña Catalina y luego de Esquivias; pero en Madrid tiene doña Catalina, valedores, con los cuales han de valerle poco sus fueros y sus atractivos a don Gaspar.

—Pues si a algún atrevimiento aquí se propasa—dijo el cuadrillero que con el otro bachiller había hablado—, ya veremos

quién es el que lleva el gato al agua; que donde asiste la Santa Hermandad no han de sufrirse desafueros ni picardías.

Oyóse entonces una aguda voz de mujer, que venía del patio y como de los corredores de los aposentos, que gritó:

—¡Aquí de la justicia de Dios y del rey, que a mi señora se atreven!...y casi al mismo tiempo sonaron voces de otras mujeres, y un ruido de batahola que no había más que pedir.

Acudieron todos al patio y vieron que por las escaleras de los corredores caían revueltos y trabados dos hombres, a los cuales acudían el mozo de paja y cebada y algunos arrieros para detenerlos y ponerles en paz, porque venían dándose de mojicones, y tales, que el más mínimo parecía bastante, no para deshacerle a un cristiano la cara, sino para falsear a un yelmo de Milán.

Eran los trabados el jinete del cuártago y el bachiller que tras la dama se había ido. Como éste viese que el primero por las escaleras se había subido, tras él subióse, y poco después que él llegó a la puerta de un aposento, a la cual estaban la dama, su rodrigón y la moza con la posadera; y en cuanto el del cuártago junto a la dama estuvo, asíóla de un brazo, diciéndole que ya no había de escapársele y que allí mismo había de comprometerse a ser su mujer, por lo cual la criada gritó, y gritó la posadera y otra moza de la posada. Y el bachiller, que era recio y avisgado y atrevido, metiendo su cuarto no a espadas, que no la tenía, sino a brazos, asíó la siniestra mano del del cuártago. desasiéndola del brazo de la dama; por cuya acción el del cuártago dió una bofetada al estudiante, y por cuya bofetada el ofendido se engargoló a su ofensor como un gato garduño y, como al borde del primer peldaño de la escalera estuvieran, por ella bajaron entrelazados y sin poderse valer, rodando y dándose de puñadas que daba grima el verlo; y con tal violencia dieron el golpe al llegar a lo bajo, que no fué menester separarlos, que ambos quedaron inmóviles y perdido el conocimiento de la fuerza de la caída.

Sosegáronse las voces, que el peligro ya había pasado. Metídose había a toda prisa en su aposento la dama con sus criados. El licenciado acudía por ver si los caídos de tal manera se habían malparado, que necesitasen los auxilios espirituales. Los cuadrilleros declaraban presos a los dos derrengados. El otro bachiller juraba que había de hacer y deshacer si alguna desventura sobrevenia a su amigo. Los arrieros se habían vuelto a sus recuas. El mozo de paja y cebada había ido a buscar viñagre para hacer volver en sí a los privados. El mesonero ju-

raba y perjuraba que él no tenía la culpa de nada, y que si allí sobrevénia una muerte, no había para qué embargarle el mesón y perderle. Cervantes lo miraba todo esto extrañado, como una aventura en que nada le iba ni le venia.

En esto, salió del aposento donde la dama con los suyos se había entrado la posadera, y asomándose a la balaustrada del corredor, dijo:

—¿No hay por ahí por ventura alguno que sepa de curar?... Que esta señora se me ha desmayado, y se me muere.

A estas palabras soltó un mucho más redondo juramento el posadero, diciendo que algún demonio se había ahorcado aquel día, y el licenciado Astudillo y Cervantes allá partieron las escaleras arriba y en el cuarto de la dama se metieron; y, si no les siguió el otro bachiller fué porque le interesaba más que ninguna otra cosa su desmayado compañero, que de una descalabradura que se había hecho en la frente soltaba sangre en abundancia.

Hallaron el licenciado Astudillo y Cervantes a la dama puesta sobre un lecho, desmayada y asistida por su criada, por la de la posada y por la posadera, y al rodrigón dando vueltas desatinado por el aposentillo, lacrimoso y sin saber qué hacerse.

A este tiempo, la dama dió un gran suspiro; señal clara de que volvía en sí; se movió, se llevó las manos al corazón, y se incorporó, mirando en torno suyo con espanto. Entonces vió a Cervantes. Verle y borrarse de sus ojos el espanto y pintarse en ellos el asombro, y cambiarse la amarillez de sus mejillas en un vivísimo color sonrosado, fué todo en un punto; y de tal manera, que cautivado se sintió Cervantes, y por más que hizo no pudo apartar sus ojos de los de la dama, que de hito en hito le miraba, y a cada momento con más asombro. Acabóse de incorporar la dama y dijo:

—Nada fué, sino que cuando a ese malvado de don Gaspar vi, temí una desventura y de miedo me traspuse; y no creáis que motivos haya dado yo para la persecución de este hombre perverso, que yo siempre le he despreciado; pero té-mole porque capaz de todo le creo y tan soberbio y malo que de él no hay género de soberbia y crueldad que yo no tema y que temer no deba, que lo que él quiere es alcanzar de mí por miedo lo que por mi libre voluntad no ha alcanzado. Y tanto es así que por doquiera me persigüé, como lo saben todos mis criados, por lo que yo me voy a la corte, donde personas tengo

que me valgan y a raya a don Gaspar pongan y, si es necesario, a galeras le echen.

—Echaréle yo a donde más no os violente ni espante, señora mía—dijo Miguel—; y vuesamerced esté tranquila, que estando yo a su lado, nadie se ha de atrever a vuesamerced más que a respetarla y servirle, como es justo y debido.

Miró más profundamente la dama a Cervantes y más que anteriormente encendida se puso; quiso hablar y no pudo; pero como los ojos en ocasiones hablan mucho más que la lengua, más claro y expresivo con ellos le dijo algo que fué turbación para Cervantes y miedo.

—Pues si ya no conociendo a esta señora—dijo el licenciado Astudillo—tan cortés y tan galante os habéis mostrado con ella, ¿qué será cuando yo os diga que vuestras hermanas, señor Miguel de Cervantes, tan amigas son de doña Catalina de Salazar como que en su casa viven en Esquivias?

—¿Qué, el señor Miguel de Cervantes sois vos?

—¿Qué, vos sois mi señora doña Catalina de Salazar—exclamaron a un tiempo ella y él.

Ya a este tiempo doña Catalina se había echado de la cama al suelo, y se había sentado en un viejo sillón que allí cerca había, y continuaba mirando a Cervantes ya con mucho más interés y afición.

—Tanto me huelgo de conoceros, señor Miguel de Cervantes—dijo—, como que, por lo que he oído de los sucesos de vuestra vida a vuestras hermanas y hermano, en gran manera tenía deseos de conoceros y tales que ya este deseo en mí se había hecho necesidad y grande; y dígoos que, si por ventura, como presumo, a Esquivias vais para ver a vuestras hermanas, que yo a Madrid no me llevo, y con vos a Esquivias me vuelvo, porque con vuestro amparo nada temo de mi grande y mortal enemigo; que habiendo vos vencido tantas grandes empresas, no hay que decir que no habéis de vencer, porque a vos no habrá de atreverse, a quien sólo es valiente y despropasado con damas que ninguna defensa pueden tener en sí mismas, más que la firme resolución de morir antes que dejarse deshonestar o casarse con quien aborrecen.

—Pues a Esquivias voy, señora mía—dijo Cervantes—; y a gran ventura tengo el haberos encontrado y el que vos en tal manera me estiméis que bajo mi amparo os pongáis. ¿Y cómo no he de amparar yo y defender con el alma y con la vida a la que tan generoso y noble amparo a mis hermanas concede?

—Quédese esto aquí—dijo el licenciado—, que mi señora doña

Catalina tiene necesidad de reponerse de su disgusto, y vámonos allá abajo, donde tal vez suceda algo que pida nuestra presencia—y con esto y con despedirse cortés y amigablemente salieron del aposento, dejando a doña Catalina confusa, yendo no menos confuso Cervantes y en gran manera pensativo el licenciado.

En el patio ya no había nada. Sólo un poco de sangre entre las piedras, al pie de la escalera. Los arrieros acomodaron sus recuas. El mesonero repasaba la cocina. Los cuadrilleros estaban cada uno a la puerta de unos aposentos que a la cocina daban.

—Almorzaremos—dijo el licenciado—, y después tendremos tiempo de hablar de estas ocurrencias; luego yo me iré con la tardecica y entraré en Madrid a la media noche, y vos llegaréis antes del siguiente día a Esquivias, donde hallaréis a vuestras buenas hermanas que os esperan con ansia; tiempo tendremos en todo el día para hablar de lo que acontece—y como fuesen acudiendo los arrieros y una gran fuente de guisado de liebre humeaba en la mesa, a ella se acercaron el licenciado y Cervantes. Bendijo el licenciado la mesa y se empezó el almuerzo.

CAPITULO XVIII

Los dos cuadrilleros también se sentaron a la mesa, convidados por los arrieros, que querían estar bien con aquellos ministros de justicia camineros. Pero no perdían de vista dos aposentos que daban al comedor: en el uno estaba encerrado con su compañero, que de él cuidaba, el bachiller que había contenido con don Gaspar, y que había sacado en la frente una chifarrada. En el otro, don Gaspar, que se encontraba magullado de todo el cuerpo, no tanto por los muchos y feroces mojonos que le había dado el estudiante, como por el gran tumbo y golpe que había sufrido por las escaleras.

Todos comían con muy buen apetito: licenciado, cuadrilleros y arrieros. Sólo Cervantes se sentía desganado. Tenía algo que le ocupaba el alma: doña Catalina.

No era ella hermosa, y, sin embargo, Cervantes encontraba en ella algo que no había encontrado en otras mujeres. Le atraía doña Catalina, pero de una manera tranquila, como no le había atraído ninguna otra mujer.

Al fin terminó el almuerzo. Hizo el licenciado el ofertorio y todos dejaron la mesa, yendo a echarse cada cual donde mejor le pareció.

—Pues, señor mío—dijo el licenciado Astudillo a Cervantes—, tan sabroso ha estado el almuerzo y de tal manera con su saborcito a picante, que yo he engullido y tanto, que mientras esto no haga asiento y reposo, en vano quisiera hablar dos docenas de palabras seguidas. Pidamos al huésped un aposento y a él recojámonos, y cuando dormido hubiéremos dos o tres horas, lugar nos quedará para que yo os dé noticias de doña Catalina, que a lo que parece bien las habéis menester.

—Sea como vos queréis, señor licenciado, y puesto que el hablar os daña no soltéis más palabra y pidamos un aposento y a él vámonos, que yo también, y más de lo que creéis, necesito reposo.

Pidieron el aposento, diéronselo y de los mejores, al lado del que ocupaba con sus criados doña Catalina, y apenas se había echado el licenciado en la cama, cuando sus ronquidos demostraron claro que se encontraba con los justos. En cuanto a Cervantes, ni estaba cansado ni repleto, ni aunque lo estuviera durmiera, que sus imaginaciones le desvelaran. Parecía que, como para afligirle, y en aquel mismo punto, representábansele todas las imágenes de su vida aventurera, tales y tan al vivo, como si hubieran ido pasando por él a un tiempo y en aquel instante todos los sucesos de su vida.

Cervantes no daba en la resolución de sus dudas. Y se sentía atraído, aunque de una manera nueva, por doña Catalina. Ella estaba allí, tabique de por medio, tal vez combatida por imaginaciones semejantes a las que le combatían a él.

Cervantes meditaba. Sus solicitudes habían sido de todo punto inútiles; no se tenían en nada sus servicios, sus sufrimientos; había perdido una mano; se resentía de sus heridas del pecho; había sufrido cuanto puede sufrir una criatura en la cautividad; había pretendido alzarse con Argel por el rey, trayendo acerca de esto una información secreta. Pero todo había fracasado. Hubiérase contentado con un empleo; pero también aquí se le cerraban las puertas. Era de todo punto urgente tomar un partido, buscarse una mujer honrada, hida-ga, porque no se estaba en el caso de bastardear la limpia

sangre de los Cervantes casándose con una mujer de baja ralea, o zafia y descarada, aunque fuese rica, o con cualquier hembra de poco más o menos. Y cuando pensaba en esto Cervantes se le avivaba más y más la impresión extraña y desconocida que en él había causado doña Catalina de Salazar, tan inopinadamente encontrada en el mesón de Pinto y reconocida por su aventura con el obstinado don Gaspar.

Doña Catalina era algo parienta suya. Pero hasta aquel día no la había conocido Cervantes, porque cuando años pasados, cuando aún era estudiante, había ido alguna vez con su padre a Esquivias doña Catalina, que entonces era una niña, había estado con sus padres en Toledo o en Madrid. Cervantes contaba ya por este tiempo treinta y cuatro años. Doña Catalina veinticinco o más. Había, pues, entre ellos una buena proporción de edades. Doña Catalina no era rica, pero tenía lo bastante para vivir decentemente en Esquivias.

La idea de hacer una vida verdaderamente seria, de casarse, de administrar el exiguo caudal de doña Catalina, de cuidar de cerca de sus hermanas, de procurar ayudarlas, bullía en la imaginación de Cervantes. No le enamoraba doña Catalina, pero le atraía con no sabemos qué desconocida dulzura. Cervantes estaba enriquecido por un gran caudal de experiencia, y reconocía que para el matrimonio no es necesario un amor abrasador, ideal, sostenido siempre por su misma intensidad, fascinador, soñado, que viene a ser una especie de locura. Comprendía que para el matrimonio era preferible la amistad, esa especie de amistad más tierna que la que une al hombre con el hombre. Después vienen los hijos, la familia: el amor de los amores, cuyo fuego no abrasa, y que está fuera de toda impureza que le mancille. En cambio, doña Catalina se había mostrado como sorprendida, como fascinada a la vista de Cervantes. En ella existía, o por lo menos empezaba, el amor en todo su esplendor.

Así pasaron las horas. Llegó la tarde. El licenciado Astudillo, que se había llevado en un sueño, de un tirón, todas aquellas horas, roncando a veces, suspirando otras, dió un gran ronquido, se volvió en redondo, y luego soltó un descomunal bostezo, después de lo cual se incorporó, se restregó los ojos y dijo a Cervantes:

—¿Dormís, amigo?

—Bien pudiera ser—dijo Cervantes, alzándose de sobre el lecho y sentándose en el borde—, y bien me viniera el des-

canso; que pensando en mis negocios no dormí: no he logrado ni aun adormilarme.

—Bajemos y que nos den algo de refrescar, que si vos tenéis la boca reseca y amarga como yo, no os vendrá mal.

Bajaron. La posada estaba tranquila. Los cuadrilleros continuaban guardando las puertas de los aposentos en que estaban respectivamente encerrados don Gaspar y los dos estudiantes de la tuna. Los arrieros habían dormido la siesta, y se entretenían con los naipes, jugando el vino que bebían.

—¿Cuándo continuaremos la jornada?—preguntó el licenciado a los arrieros; esto es, a los que iban a Madrid.

—A la tardecita, señor cura—respondió el mayoral—; que aunque parece que no, desde ahora hasta las seis el sol pica que rabia.

—Lo mismo digo yo—dijo el ordinario, con el cual iba Cervantes—: a la tardecita seguiremos el camino, y mañana por la madrugada llegaremos con la fresca a Esquivias.

—¿Y a qué hora comeremos?—dijo el licenciado, que era insaciable.

—Para las seis cuento yo con que esté a punto—dijo la posadera.

—Pues bien; tenemos dos horas, señor Miguel—dijo el licenciado—, para solazarnos en esa arboledita que no lejos del mesón se encuentra—y con esto salió del mesón el beneficiado y tras él Cervantes y hacia la arboleda que estaba próxima se fueron.

Metiéronse por la arboleda, que era de frondosos y gentiles árboles, que sobre un suelo cubierto de fresca gama se alzaban, y donde detenidos por las verdes hojas los rayos del sol no penetraban. Sentáronse en un montecillo de tierra, al pie de un gran álamo, y dieron suelta a la sabrosa conversación. Pero había un empeño por parte del cura y también por parte de Cervantes. El licenciado, después de hablar sobre lo humano y lo divino, dejóse caer sobre el tema, pintando con vivos colores las excepcionales virtudes de doña Catalina. Cervantes, que ya no podía enfrentarse con sus aventuras amorosas, sin sentir un temor grave de que, como todos los suyos, fuera una nueva desgracia, adoptó una actitud escéptica y hasta un sí es no es suspicaz.

—En empeños se encuentra doña Catalina—dijo—, que prueban que no ha llegado a los días que tiene sin conocer el amor; y si no, recordemos lo que pasó esta mañana; que no

se desmayara ella si alguna historia, aunque secreta, no tuviera con ese hombre por quien se desmayó.

—Más pronto que de amor—dijo el licenciado—se desmayan las mujeres de miedo, y harto claro podéis conocer que no se ama a aquel a quien se teme.

—Tan extraña es en sentimientos la mujer y tan diferente del hombre que nada se puede sacar en limpio de ellas por las apariencias, de donde, sin duda alguna, viene lo que de ellas vulgarmente se dice, es a saber: que quien más las mira menos las ve..., y que, en fin, no hay mujer con la cual no se vaya a oscuras, sin saber si, por el camino por donde nos lleva, vamos a nuestra perdición o a nuestra gloria.

—Pues habéis de saber, que tanta razón tiene don Gaspar de Valenzuela para seguir a doña Catalina, como podríais tenerla vos, que hoy por la vez primera la habéis visto; voluntariedad e injusticia sería, y no pasa de ser injusticia y voluntariedad la que a don Gaspar en seguimiento de doña Catalina pone, que ella nunca le dió alas ni aun sueños de esperanzas, no embargante lo cual, él ha jurado que ella ha de ser su esposa y ha de hacer tanto que de ella se apodere y por no verse deshonrada con él se case; y ahí tenéis por qué, y porque ya le ha tendido alguna emboscada en la que ha estado a punto de caer, doña Catalina, viendo que don Gaspar tiene mucho poder en Toledo, porque es uno de los caballeros más ricos de la ciudad y mucho más poder en Esquivias, como que casi la mitad del terreno de Esquivias es suyo, a Madrid determinó irse, donde está la corte, donde hay más justicia que en ninguna parte y donde ella tiene buenos valedores y por qué al verse asida en este mesón, y cuando le creía lejos, por don Gaspar, se desmayó, creyendo que don Gaspar traía gente bastante para apoderarse de ella y por haberse apoderado, obligarla por su honra a que con él se casara.

—Pues dígoos yo—dijo Cervantes—, que dando conmigo, al dar en esta ocasión con doña Catalina, ha dado el tal caballero con la horma de su zapato y que ha de acordarse del día en que por su desventura me conoció. Y vámonos para la posada, que quiero yo ver cómo ante mí se muestra ese bravonel, que a tales atrevimientos con las honradas damas llega.

—Dejad que las cosas se vengyan rodadas, señor Miguel de Cervantes—dijo el cura—, que ellas vendrán si son de Dios; y no llaméis desventuras, que tal vez sean inútiles y perjudiciales; que por ahora cuidado no hay, y no hay para que os pongáis en ocasión de perderos, ya porque tengáis desgracia en

un lance, o porque estando en él venturoso, os veáis obligado a andar a salto de mata huyendo de la justicia. Con vos, es decir, en vuestra compañía, estoy seguro que se volverá a Esquivias doña Catalina, y con el trato vendrán los tratos, y no me parece que he de tardar mucho en echaros las bendiciones. Y cuando casada la vea don Gaspar, conformarase y buscará a otra, o colgarase de un pino; por lo que os digo que a verlas venir estéis y dejemos hacer a Dios, que Dios siempre sabe lo que hace.

En estas amigables contestaciones estaban, cuando por el camino, que a través de una abertura de la arboleda se veía, vióse pasar a rienda suelta un jinete que, o era don Gaspar de Valenzuela, o el diablo en su figura. Alzóse Cervantes, y al camino se lanzó con tanta prisa que alcanzó a ver a don Gaspar que allá se perdía entre una nube de polvo, no hacia Madrid, sino hacia Toledo. Pero iba ya tan lejos, que aunque Cervantes le llamara a voces no le oyera, por lo cual no le llamó, sino que volviéndose al cura, que tras él se había ido, le dijo:

—Malas sospechas me pone en la idea la fuga, que tal puede llamarse, de ese hombre en dirección a Toledo, y quién sabe si a Esquivias, y huélgome de ello, que tal vez Dios quiere que yo sea el que a doña Catalina liberte de su crudo enemigo; y hacia el mesón vámonos a ver lo que allí ha sucedido, y por qué los cuadrilleros han soltado al que con un tal aparato de justicia habían preso.

—En otro tiempo—dijo el licenciado, siguiendo a Cervantes, que había tomado la vuelta del mesón—, los cuadrilleros de la Santa Hermandad de Toledo cumplían con su obligación; tanto que no había oro que los ablandase, ni amenaza ni poder que en temor les pusiese; pero los tiempos están de tal manera cambiados que ahora los cuadrilleros, más prenden mirando a lo que les darán los que prenden porque los suelten, que a servir a la justicia; y esto es lo que sin duda ha acontecido, que don Gaspar no sale nunca de su casa sin llevar los bolsillos llenos de oro.

Entraron poco después en el mesón, y se encontraron con que los cuadrilleros, dejando en libertad a los que por la pendencia pasada prendieron, habían dejado el mesón, siguiendo el camino hacia Madrid. Don Gaspar había sabido que doña Catalina se volvía a Esquivias y se hizo sus cuentas sin perder un segundo.

Los estudiantes no habían podido salir del mesón. El uno de ellos, como ya se ha dicho, había sufrido una grave descala-

bradura. Esta descalabradura le había producido fiebre. Estaban, pues, detenidos: el uno por su herida, el otro por amistad a su compañero.

Era ya la tardecita, y en su aposento estaba Cervantes con el licenciado Astudillo, cuando llamaron recatada y respetuosamente a la puerta. Acababan de comer entonces el licenciado y Cervantes, que habían pedido que en el aposento la comida se les sirviera. En el suyo, con sus criados, había comido también doña Catalina.

Al oír la discreta llamada, Cervantes se fué a la puerta y la abrió. Apareció la mezquina figura de Carrancio, el rodrigón de doña Catalina.

—Dice mi señora—dijo con voz meliflua y al'autada—que espera que el señor Miguel de Cervantes tenga la dignación de pasar a su aposento.

Ajustóse Cervantes la pretina que tenía algo suelta, arreglóse el traje, y tras el rodrigón se fué, encontrándose a poco delante de doña Catalina, que le miró tímida y un tanto encendida y confusa. Le pareció entonces a Cervantes muy hermosa doña Catalina. Y era que el amor le salía al semblante. El amor es siempre hermoso. Además, aunque doña Catalina no fuese hermosa, era muy agraciada. Sobre todo, la favorecía la indudable expresión de bondad y de inteligencia y de corazón que aparecía en su semblante.

—Puesto que a Esquivias vais, señor pariente mío—dijo a Cervantes—, he determinado ampararme de vuestra compañía y a Esquivias volverme con vos; que estando vos en Esquivias, no hay por qué yo tenga que temer nada, que buena fama tenéis de valiente y discreto.

—Yo os serviré, mi señora y parienta—dijo con un no fingido ni amagado rendimiento Cervantes—, en todo aquello que pudiese y con toda mi alma.

—Yo os lo agradezco, y como ya la marcha se apareja, no os digo más; que tiempo y largo tendremos de hablar por el camino.

—Déjoos, pues, mi señora, para que a la partida os preparéis, y de aquí a luego, y que entretanto, Dios os guarde.

Salióse Cervantes, volvióse a su aposento y a poco se oyeron las voces de los arrieros que andaban por el corral cargando las mulas. Despidióse el licenciado Astudillo, que a Madrid se iba a su asunto de las *Mil y quinientas*, de doña Catalina; pagó el rodrigón de ésta al arriero que a Madrid se iba; se cambiaron los aparejos de bestias del un arriero a bestias del

otro que a Esquivias debía llevarles y se emprendió la marcha.

Era ya algún tiempo después de puesto el sol. Se acercaba la noche y venía fresca. El viaje prometía ser cómodo. Debía llegarse a Esquivias aquella misma noche, antes del mediar, por muy despacio que se fuese.

Había que pasar, una media legua antes de llegar a Esquivias, por un arroyo muy poblado de robles. Aquel lugar era muy mal afamado. Se cometían en él robos y muertes con mucha frecuencia. Hasta poco antes de aquel lugar, doña Catalina y Cervantes habían ido platicando sabrosamente. Pero Cervantes, que conocía el terreno, poco antes de llegar al arroyo se apartó de doña Catalina y llamó al capataz de los arrieros, que iba en un macho. Otros ocho arrieros a pie, porque la recua era muy grande, le acompañaban.

—Amigo—dijo Cervantes al capataz—, me parece que vamos a tener lance en el arroyo.

—Pues dígoos yo, señor hidalgo, que al que a buscarnos las narices salga, no le ha de correr muy buena cuenta; que nueve somos, y arcabuces traemos y cuchillos cachicuernos; arcabuz y espada traéis vos; soldado viejo sois, y a mi parecer no de los peores; y allá veremos lo que se llevan los que vinieren.

—Tal vez gente dura y más en número que nosotros—dijo Cervantes—nos espera en el arroyo; y así os digo yo que no será malo que con dos de los arrieros yo me adelante y reconozca el terreno para desembarazarlo si es necesario; y dígolo por la dama que con nosotros viene, y a la que es necesario excusar un susto.

—¡Eh, vosotros, Jeromo, Serapio!...—dijo el capataz—: Coged los arcabuces, encended las mechas, y con este hidalgo adelantáos, que puede haber mala gente en el arroyo.

Acudieron preparando los arcabuces los dos arrieros. Cervantes había preparado el suyo.

—Id descuidado con ellos, señor hidalgo—dijo el capataz—; que también son soldados viejos.

Adelantaron, Cervantes en su mula, los arrieros a pie. El uno de ellos iba delante haciendo punta. Lucía la luna muy clara. Pero ya cerca se veía una gran masa oscura. Era la arboleda del arroyo. Al ir a entrar en la arboleda el arriero que hacía punta sonaron algunos arcabuzazos. Algunas balas, o pelotas, como entonces se decía, pasaron silbando junto a los arrieros y Cervantes. Este, los dos arrieros, y poco después el capataz con los otros siete, tomaron los flancos del camino y adelan-

taron hacia la arboleda. Llevaban los arcabuces preparados. Pero no dispáran. No veían persona a quien disparar.

Las pelotas que habían salido de entre los árboles no habían herido, por fortuna, a nadie. Ningún otro disparo había sonado. Sin duda los que estaban emboscados, esperaban a que los que habían de pasar se metiesen por entre la espesura. Pero el capataz era prudente. No lo era menos Cervantes. De improviso, e inmediatamente después de los disparos, cuando Cervantes y los arrieros se habían hecho a los lados del camino, la mulilla en que iba doña Catalina, rozada en la cabeza por una bala, partió a la carrera, y no tuvo que desbocarse porque no llevaba freno. Pero el resultado fué igual. Escapó de una manera loca. Pasó por entre los arrieros y Cervantes, rápida como una exhalación, llevando consigo a doña Catalina, que se agarraba a las jamugas y gritaba aterrada.

Instantáneamente desapareció. La tragó la oscuridad de la arboleda. Cervantes salió de detrás de un montecillo, donde había tomado posición, y se lanzó en la espesura. Ni un solo disparo sobrevino. Los arrieros permanecieron inmóviles. Se les hacía duro y aun temeroso meterse entre aquella oscura enramada. No sabían cuántos eran los hombres que en ella podían estar emboscados.

Parecióle al capataz prudente esperar allí, en un ventorrillo inmediato, a que fuera de día, y retrocedió con los arrieros a donde la recua se había detenido. La dueña y las doncellas de doña Catalina, lloraban y gritaban por su ama. El señor Ginés Carrancio rezaba apresuradamente y en voz alta. El capataz hizo retroceder la recua, y se dirigieron a buen paso a un ventorrillo que estaba como a medio cuarto de legua de allí. En él encontraron a los mismos dos cuadrilleros que por la mañana habían estado en el mesón de Pinto. Les dieron parte de lo que había acontecido, y de cómo el señor Miguel de Cervantes y la señora doña Catalina se habían perdido, y no se sabía lo que había sido de ellos. Los cuadrilleros cogieron sus arcabuces y partieron a la carrera. Metiéronse bravamente los cuadrilleros (hagámosles la justicia de confesarlo), entre la espesura. La registraron, y nada hallaron. Si allí había habido bandidos, se habían ido. Tampoco encontraron a Cervantes ni a doña Catalina. Siguieron por el camino, avizorando, escuchando. El silencio era profundísimo. Todo, a alguna distancia, se veía vago y confuso a la luz de la luna, bastante clara.

De improviso oyeron algo vago. Algo que se parecía a inarticulados gritos de dolor. Corrieron. En una hondonada encontra-

ron un caballo muerto y debajo del caballo un hombre vivo. Los cuadrilleros se acercaron a él, le desembarazaron del caballo y entonces vieron que aquel hombre era don Gaspar.

—¡Ah... que sois vos!...—exclamó uno de los cuadrilleros.

—Sí, yo soy—dijo don Gaspar—, y yo os ruego me llevéis cuanto antes a donde me curen, que yo os recompensaré.

—¿Estáis herido?—dijo el otro cuadrillero.

—No; pero me he estropeado grandemente a la caída.

—¿Cómo ha sido ello?—preguntó el primer cuadrillero.

—¿Y qué os importa cómo ello haya sido?—contestó irritado don Gaspar—; si os dí una razonable cantidad porque me soltárais del mesón de Pinto, os daré otra no menor porque no me preguntéis nada y porque me llevéis a donde puedan curarme.

—Os llevaremos a Castillejos, que está cerca—dijo el primero de los cuadrilleros—; pero es gran lástima que haya muerto vuestro caballo; en él os llevaríamos más de prisa.

Emprendieron la marcha y al cabo de una hora llegaban a Castillejos y llamaban a la puerta de la posada que estaba en la calle Real. A poco, don Gaspar estaba acomodado en un lecho, y el médico y el cirujano del pueblo se encargaron de él. Había despedido ya a los cuadrilleros, dándoles una respetable cantidad y ofreciéndoles otra mucho mayor si encontraban y prendían a Miguel de Cervantes Saavedra. Decía que Cervantes le había acometido, que había matado de un arcabuzazo a su caballo y que se había llevado a doña Catalina de Salazar. Los cuadrilleros dijeron que harían cuanto podrían para prender a Cervantes, y se fueron resueltos a ganar aquel dinero que don Gaspar les había prometido.

El médico había puesto muy mala cara. Decía que el estado en que don Gaspar se encontraba era muy grave. Estaba contuso del brazo y de la pierna derechos. Preventivamente se había sangrado a don Gaspar. Además de esto se le habían puesto en las espaldas dos docenas de sanguijuelas. Don Gaspar juraba y perjuraba, y decía que se había de vengar de quien en tal estado le había puesto.

Y, en efecto, había sido Cervantes el que de un arcabuzazo había dejado sin caballo a don Gaspar, cuando éste galopaba a poca distancia de donde se había parado fatigada la mulilla de doña Catalina.

El caballo había caído en la hondonada en donde le hemos encontrado, deteniendo sujeto bajo sí, por la parte derecha, y por la violencia del golpe, a su jinete. Doña Catalina había visto caer a don Gaspar. Había oído su rugido de rabia y la tremen-

da blasfemia que había lanzado al caer y al sentirse cogido por el caballo, y de tal manera quebrantado por la caída, que no podía valerse.

Cervantes, que había forzado su carrera, llegó y asiendo a doña Catalina de la mano, se alejó con ella.

CAPITULO XIX

—Seguid, seguid de prisa, señora mía—dijo Cervantes—, a fin de que lleguemos lo más pronto posible a donde entre buenas y honradas gentes podamos estar seguros de los bandidos de quienes ese hombre se ha valido, que deben estar por estos alrededores, y que son muchos, porque muchos fueron los tiros que salieron de entre la arboleda.

—¡Ay de mí, señor mío!—dijo doña Catalina—. Que yo bien quisiera volar, pero son tales las cosas que me han sucedido, es tal el miedo que he pasado y tal la alegría de verme a vuestro lado y por vos salvada, que desmayada me siento y apenas si puedo dar un paso—y en efecto: doña Catalina vacilaba.

—Pues saquemos fuerzas de flaqueza, señora—dijo Cervantes—, o habré de llevaros en mis brazos; que tal es mi temor de que de nuevo os veais en peligro, que por él espero lleguen a tanto mis fuerzas, que en mis brazos os salven.

—¿Falta mucho para llegar a donde están los arrieros?—dijo doña Catalina con la voz desmayada y conmovida.

—Avivando un poco el paso—dijo Cervantes—podemos llegar en media hora.

—Avivémosle pues—dijo doña Catalina, y asida al brazo de Cervantes emprendieron la marcha.

Doña Catalina callaba. Cervantes no se atrevía a hablar. De allí a poco sintió que doña Catalina lloraba silenciosamente.

—¿Por qué lloráis, señora?—le preguntó Cervantes con acento dulce.

—Lloro, y no sé por qué lloro—dijo doña Catalina.

—¿Os pesa de encontraros a solas conmigo?

—No.

—Es que, como debéis suponer—dijo Cervantes—, para satis-

facér al mundo y evitar maledicencias contra vuestra honra, habremos de ser, y cuanto más antes mejor, marido y mujer.

—¿Es que acaso os pesa a vos de eso?—dijo doña Catalina—. Si es así no os afijáis, que si el casaros conmigo hubiera de ser para vos una desdicha, yo, que no quiero que seáis desdichado, me metería en un convento, donde no oiría las maldiciones del mundo.

—¿Desdichado yo porque fuéseis mi mujer?—exclamó Cervantes—. ¿Y quién os ha dicho eso, ni cómo puede ser eso? Por muy afortunado me tendré siendo vuestro esposo.

—Pues por vuestra esposa tenedme—exclamó doña Catalina, y su llanto, llanto de felicidad, se hizo más abundante.

Cervantes sintió a un tiempo alegría y tristeza. La combatida nave de su fortuna encontraba al fin, después de la tempestad deshecha, un puerto en que ponerse al abrigo. Tras de tantas y tan terribles aventuras, iba a gozar al fin de la paz de la familia. Podía mirar por sus hermanas. Colocarlas. Al mismo tiempo encontraría más medios para seguir sus pretensiones en la corte. Su vida entraba en una nueva faz. Pero perdía su libertad, su independencia. Esto le entristecía. Sin embargo, esta tristeza era dulce. La desgracia había dominado ya bastante a Cervantes. Sabía ya harto bien, por experiencia, que una cosa son los sueños de la imaginación, las preocupaciones del corazón y otra cosa la realidad.

—Tengo ansia por llegar a Esquivias—dijo doña Catalina.

—Y yo también, señora mía—dijo Cervantes.

—Vuestras buenas hermanas, que ya son hermanas mías, se alegrarán mucho; de seguro que ellas, que estarán durmiendo tranquilamente a estas horas, ni aun en sueños podrán creer que vos y yo nos encontramos solos en el campo—y doña Catalina dejó oír una leve y alegre carcajada a Cervantes. Estaba verdaderamente contenta.

Siguieron andando cuanto de prisa podían. Hablaron ya de su familia: de Andrea, de Luisa. No se había vuelto a hablar del proyectado, del convenido casamiento. No parecía sino que estaban ya casados.

Descubrieron, en fin, la arboleda del arroyo. Un poco más allá, a la izquierda, estaba el ventorrillo donde se habían acogido los arrieros. Siguiéron a buen paso. Rodearon para no dar en la arboleda. Allí podía haber peligro. Al fin llegaron al ventorrillo.

—¡Gracias a Dios!—exclamó entrando doña Catalina—. Ya puede venir cuando quiera con sus salteadores ese villano don Gaspar.

En el ventorrillo hubo gran alegría; todos estaban cuidadosos por doña Catalina y por Cervantes. Los criados de doña Catalina, que estaban llorosos y desesperados, se arrojaron a su señora y le preguntaron. Ella les refirió lo que había acontecido, y cómo don Gaspar se había quedado allí sujeto por su caballo muerto.

Al amanecer se emprendió de nuevo la marcha. A las ocho de la mañana llegaron a Esquivias. A poco de estar en Esquivias, todo el mundo en el pueblo sabía lo que había acontecido.

Andrea y Luisa estuvieron a punto de morir de ventura cuando vieron a su hermano. Su alegría llegó al colmo, cuando más adelante, aquel mismo día, doña Catalina, poniéndose muy colorada, las dijo que: «como ella, por aquella mala aventura de que la había librado Cervantes, había estado sola con él un largo espacio y con él sola había ido al ventorrillo, donde esperaban sus criados con los arrieros; y como la gente era de su natural maldiciente y mal pensada, el señor Miguel de Cervantes, cumpliendo como muy honrado hidalgo que era, y cumpliendo ella como doncella cuidadosa de su fama, y no siendo a ella indiferente Cervantes, ni ella a él, habían determinado casarse, y esto cuanto más antes, para que las habiillas del vulgo cesaran».

Harto conoció Andrea Cervantes, que era mayor que Miguel, que pasaba de cuarenta años, y que se encontraba viuda de su primer marido, que aunque nada parecía entrañar la lógica de doña Catalina, estaba ésta enamorada hasta lo más profundo de las entrañas de su hermano Miguel; y que si éste no estaba enamorado como un mancebo de la que debía ser su esposa, por lo menos la estimaba tanto que podía creerse muy bien que sería muy feliz casándose con ella.

Así, en verdad, lo creía también Cervantes. Estaba cansado de la vida, desesperanzado, y contaba con la paz y la tranquilidad del hogar para pasar los días que Dios le concediese de vida.

En ausencia del licenciado Astudillo que, como ya se ha dicho, se había ido a Madrid, y que era cura propio del lugar de Esquivias, el beneficiado recibió el encargo de llenar las formalidades que eran necesarias para el matrimonio, que, sin otra dilación, se fijó para de allí a quince días, cuyo término se necesitaba para sacar los papeles, y para que corriesen las amonestaciones, con arreglo a lo prevenido en el Santo Concilio de Trento, y ambos novios se ocuparon de las galas que habían de llevar aquel gran día.

Estaba tal Cervantes de pobre, que para poder comprar un traje conveniente y una golilla rizada aquel día, hubo de acudir a los pequeños ahorros del trabajo de sus hermanas. La familia se había quedado absolutamente sin hacienda. Todo se había gastado, incluso el dote de Andrea y de Luisa, que habían servido para completar el rescate de su hermano Rodrigo.

En los preparativos se habían invertido, no ya quince días, sino hasta un mes largo. El licenciado Astudillo había vuelto de Madrid, no muy contento del estado en que había dejado su negocio de las *Mil y quinientas*. Había sabido con un verdadero entusiasmo, que muy pronto debía dar la bendición nupcial al señor Miguel de Cervantes Saavedra, y a su feligresa la señora doña Catalina Palacios de Salazar. Había hecho que un hermano suyo, rico ganadero de las inmediaciones, le enviase doce corderos, y con seis pavos y doce gallinas que el dicho licenciado eligió de su propio corral, manifestó a doña Catalina y a Cervantes su mucha amistad, y la satisfacción con que veía su casamiento.

Había momentos en que Cervantes se sentía como temeroso del estado que iba a tomar, no porque temiese nada de la honradez y buenas costumbres de la que iba a ser su esposa y de las que estaba seguro daría siempre un alto ejemplo, sino porque le espantaba unir a su mala fortuna una nueva familia. Solía decir el bueno de Cervantes, al ver cuán aviesas se le mostraban siempre las aventuras de su vida, que sobre él debía haber caído alguna maldición de Dios, provocada por alguno de sus ascendientes. No comprendía él de otra manera el que en todo le persiguiese de tal modo y con tal saña la desgracia y temía, lo repetimos, dar origen con su casamiento a nuevas y mayores desventuras.

En general, sin embargo, se sentía feliz. Los momentos que faltaban para su unión con doña Catalina, le parecían siglos.

Llegó al fin aquel día tan anhelado, que debía hacer entrar en una situación mucho más normal la vida de Cervantes.

El aparato de la boda estaba muy lejos de ser el de aquellas de Camacho que de una manera tan sabrosa, tan entretenida y tan interesante, introdujo nuestro ingenio en su gran libro *Don Quijote*. Pero sin aquella ostentación, sin aquella riqueza, las bodas de doña Catalina y del señor Miguel de Cervantes Saavedra dejaron memoria en el pueblo de Esquivias.

En la taberna se daba vino de balde a los pobres. Rebosaba en el pueblo la alegría. Resonaban por doquiera las vihuelas y los caramillos, y los mozos y las mozas engalanados, iban de

acá para allá cantando y bailando. Las campanas de la parroquia, porque así lo había querido el buen licenciado Astudillo, repicaban a badajo perdido.

Muy poco después de la ceremonia empezó la comida, que duró hasta la caída de la tarde. Los músicos habían tañido durante ella. Algunos juglares que habían sido llevados de Toledo, habían amenizado la fiesta con sus gracias, sus truhanerías, sus juegos y sus canciones picantes. Empezó luego el baile, que duró hasta muy cerca de la media noche. A aquella hora se retiraron los novios. Después se fueron los convidados, quedando citados al día siguiente para la tornaboda, que fué mucho más alegre.

Terminados los festejos, el matrimonio siguió en Esquivias, pensando Cervantes en lo que haría para atender a la manutención de su familia, sin tocar a los escasos bienes de su mujer.

De todo esto fué de lo que se enteró, dos años después de ocurrir, doña Magdalena, recién llegada de Roma en busca de nuestro héroe. Ella, que trágicamente perdido su padre, o el que tal era por su amor del alma, el hagib Morato, salvadas todas sus riquezas, había esperado unirse con Cervantes, sintió el alma helada de desventura, transida de desesperación, cuando del casamiento de él tuvo noticias.

Pasó algún tiempo. Doña Blanca de Salazar, su madre, bajó al sepulcro, llevando en su alma el terrible recuerdo de la muerte de su esposo, el arraez Maltrapillo. También había muerto en Madrid la supuesta tía de Magdalena, doña Inés Gómez de Salazar. Entonces, desesperada, tomó una de esas determinaciones trascendentales que producen resultados gravísimos. Magdalena se sintió moralmente muerta. Se había quedado completamente sola en el mundo. Lo único que le había quedado, la esperanza de su amor, se había deshecho. Los cadáveres necesitan una tumba. Una criatura en la cual han muerto todas las ilusiones y se han roto todas las esperanzas, es un cadáver viviente. Para este cadáver hay una tumba, una fosa común: el claustro. Magdalena era generosa y noble, y aunque en ella no pudiera admirarse una virtud absoluta, que al fin era hija de Eva, y como tal propensa al pecado, podía decirse que estaba libre de dar en los crímenes a que la exageración de su carácter había llevado a Abigail. Esta, poseedora de las riquezas, de las inmensas riquezas de que Magdalena era poseedora, no se hubiera detenido ciertamente en reparos de conciencia.

Magdalena encontraba cerrados todos los caminos por donde podía llegar a la ventura de su corazón. Se volvió, pues, a Dios, el último, el único consuelo de los afligidos, de los desampara-

dos, de los que todo lo han perdido sobre la tierra. Decidida a encerrarse en el claustro, llamó a un notario. Se reservó una pequeña cantidad para su dote de religiosa, y una mezquina rentecilla para subvenir en la clausura a las necesidades de una modestísima manutención. Lo demás lo distribuyó entre los hospitales, las congregaciones piadosas y los establecimientos benéficos. Para desposarse con Dios se hizo pobre.

Una vez pobre, apadrinada por la joven y hermosa duquesa de Puente de Alba, entró en el convento de la Concepción Jerónima, y tomó el velo de novicia. En vano la duquesa había pretendido disuadirla. Magdalena, huérfana, completamente huérfana, dolorida en todas las fibras de su corazón, necesitaba el consuelo de la religión. Pero Magdalena, como veremos más adelante, no debía ser monja.

Dejemos correr los sucesos y volvámonos a Cervantes, que estaba en Esquivias con su doña Catalina, enamorado y feliz, resignándose a la monótona vida de lugar, haciendo versos y escribiendo prosa, vegetando, fastidiándose, que su amor no bastaba para curarle completamente del fastidio, y cuidando de su hermana Luisa. Andrea se había casado por segunda vez. Rodrigo continuaba en Flandes.

Aburrióse al fin Cervantes de Esquivias, y no pasando mucho tiempo: a los seis meses de su casamiento. Veía, además, que los bienes de su mujer, si bien eran bastantes para vivir con alguna holgura en Esquivias, no eran suficientes para vivir en la corte, a la cual su genio, su carácter inquieto, su ansia de fama y su tenacidad porque se premiasen en alguna manera sus servicios, le llamaban.

Fuése al fin a Madrid Cervantes, a seguir en sus abandonadas pretensiones, y esto fué funesto y de gran trascendencia, porque para mantenerse Cervantes en la corte y ayudar de una manera algo eficaz sus pretensiones fué necesario vender y amenguar la hacienda de doña Catalina, que no tenía otra voluntad que la de su marido.

Cervantes tenía, como vulgarmente se dice, el corazón muy alegre. Su gran ingenio lo encontraba todo bueno. Era joven aún y alentaba grandes esperanzas para el porvenir. Así los hombres de genio y de corazón se pasan la vida esperando, y esperando llegan a la vejez, y esperando aún mueren pobres y desatendidos en un hospital, y tal vez devorados por la miseria.

Cervantes era uno de esos grandes mártires, que de tiempo en tiempo Dios arroja al mundo, para que sean una parte im-

percedera de la gloria de una nación, a los que sus contemporáneos, exasperados por la superioridad que en ellos descubren, despedazan de cuantas maneras puede despedazarse a una criatura, y que los que vienen tras ellos, algunas generaciones después, honran, enaltecen y dan muestra del enorgullecimiento nacional que por ellos sienten. Si a Cervantes, viviendo, se le hubiese dado un pequeño tanto por ciento de los beneficios que se han obtenido con la continua publicación de sus obras; lo que se ha gastado en la estatua que, aunque mezquina, se le ha erigido, y en las honras que se le han hecho, el pobre Cervantes hubiera sido muy rico. Pero los contemporáneos de los hombres de genio son con ellos injustos, agresivos, y en un gran número, infames. Sienten la rabia de la envidia en el corazón, cuando al medirse con ellos se ven pequeños, y la malevolencia y la calumnia acometen aquella altura y no perdonan esfuerzo para deprimirla e infamarla.

Desde el momento en que Cervantes empezó a concurrir a las Academias madrileñas, para distraer los sinsabores que le causaban sus pretensiones siempre desatendidas, la envidia empezó a aguzar contra él su diente amarillo.

Aún no tenía un renombre público; aún no había vendido su musa; aún no la había pedido pan; aún no la había prostituido a la necesidad.

Irritaba todos aquellos ingenios hueros, que en vano se hacían zancos, elogiándose los unos a los otros para alzar la cabeza sobre la multitud, la innegable superioridad de Cervantes, su crítica levantada e independiente, la generosa indignación con que flagelaba las falsas reputaciones. Se empezó por aislarle, por reducirle a la soledad, por disimular mal el disgusto con que se le veía aparecer en las Academias y en los lugares donde se reunían las gentes del ingenio y del arte. Verdad es que los hombres de verdadera valía; los que con Cervantes coincidían en sentimientos y en ideas; los que en lo de envidiados se veían iguales a él, si no en el genio y el talento, eran de buena fe sus amigos, y le consolaban de la rabiosa acometida de los otros pigmeos, gusarapos del lodo que contra él se volvían irritados.

Se le acusaba por éstos de irascible, de que se trataba con gentecilla y de que concurría a todo género de lugares, cuando Cervantes no hacía otra cosa que dar pasto a la necesidad de expansión de su alma y demostrar únicamente, como siempre lo hizo el genio, que no conocía otra nobleza que la del entendimiento y la de la virtud; y allá se iba atrevido donde aven-

turas encontraba, ya fuera el lugar alto o bajo; pero siendo en todas partes, en todas ocasiones, el hombre honrado, digno y altivo, el gran hombre, en fin, incapaz, por una parte, de una bajeza, como de otra, del sufrimiento de una injuria.

Esta constante acometida de los envidiosos cebándose contra Cervantes, fué agriando su carácter. El sentimiento de las injusticias de que era víctima, levantó grandemente su altivez. Al verse acometido sin causa justa ni razón alguna por todo el mundo, contra todo el mundo se puso. Sintió hambre de ser, de aplastar con una posición positiva a sus villanos adversarios. El soldado de Lepanto, el héroe de Argel, el que sentía en su cerebro el sagrado fuego del genio, anhelaba una posición que le permitiese vivir con desahogo, con tranquilidad bastante, para que su *musa*, no combatida por los prosaicos y abrumadores cuidados de la vida, pudiera contenta entonar su poderoso canto, su canto mágico, asombrando con su inefable dulzura y su sabiduría innata a las gentes y produciéndole una gloria bajo la cual muriese sofocada la envidia.

Apretó, pues, en sus pretensiones. Pero la maledicencia había llevado su nombre injuriado a todas partes, a todas las regiones. Se le tenía por un hombre de gran discurso, de gran ingenio, de gran valía, pero también por un hombre aturdido, acometedor, desordenado y poco cuidadoso de su decoro. Se creía a la calumnia. Se le tenía por una especie de pícaro ilustre.

Los secretarios de Estado, de suyo prosaicos e hinchados, encontraban muy recio investir con una autoridad cualquiera a un hombre tal como aquel tal de Cervantes, soldado que había traído de la guerra, cautivo que había recogido en el baño de Argel todo género de truhanerías y de vicios, y al que, si era necesario encomiar en lo tocante al entendimiento, era necesario rechazar ante la dignidad. Le oían con un respeto, hijo de la respetabilidad que naturalmente por su solo aspecto inspiraba Cervantes; pero también con una gran reserva, por los falsos antecedentes que de él tenían: no le desahuciaban, pero daban largas a sus pretensiones.

Y entretanto, para que Cervantes pudiese continuar sus pretensiones en Madrid, se vendía una y otra tierrecilla del dote de la buena doña Catalina, y Cervantes se obstinaba, porque para él, las alegrías del corazón para lo porvenir, y los sueños y los delirios no amenguaban. La firmeza imponderable de su maravillosa voluntad hacía que todo le pareciese fácil y hacadero.

Pero pasaba el tiempo. La fortuna de Cervantes, esto es, la

de su mujer, se reducía. Era necesario bajar en las pretensiones, a fin de obtener algo. Solicitó Cervantes se le concediera comisión para cobrar lo que se adeudase en alguna o algunas provincias del reino, y al fin, después de muchos trabajos y de muchas dificultades vencidas, se le concedió lo que pedía, esto es, un humilde cargo de agente de Antonio de Guevara, proveedor general de las galeras y armadas del rey, como consta por el principio de la escritura que ponemos a continuación:

En la ciudad de Sevilla, a 12 del mes de junio de 1688 años, en presencia de mí, Pedro Gómez, escribano de S. M., y de las provisiones de sus galeras y armadas, de que es proveedor general Antonio de Guevara, del su Consejo, y testigos, pareció presenté el licenciado Juan de Nava y Cabeza de Vaca, a la colación de la Magdalena en el dormitorio de San Pablo, en las casas de Marco Ocaña y Luis Marmolejo, en la dicha colación, en la calle de Cantarranas, casa de doña Juana de Torres, vecinos de esta dicha ciudad, ambos a dos, juntamente de mancomún, a voz de uno, y cada uno por sí e por el todo, etc., se obligaron por sus personas y bienes, que Miguel de Cervantes Saavedra, residente en esta dicha ciudad, hará e usará bien, fiel y diligente, el oficio y cargo de comisario del dicho proveedor Antonio de Guevara.

Por lo que se ve, Cervantes no había podido obtener una más ruín recompensa de sus servicios, y aun esto le había costado largos años de solicitudes, de paciencia y de humillaciones ante los ministros y oficiales del rey. Entretanto, había añadido una nueva dificultad a su vida, y un nuevo empleo a la pobre Magdalena, como se verá por lo que vamos a referir a continuación.

CAPITULO XX

Apenas había entrado en el convento Magdalena, cuando, provisto Cervantes de algunos dineros, producto de unas tierras vendidas, volvió a Madrid a seguir en sus pretensiones.

Se fué a vivr al mesón de Paredes.

La antigua patrona había muerto, y en su lugar tenía el mesiano una hija suya de dieciocho años, llamada Francisca, que se había casado con un muchacho de la vecindad, honrado, valiente donde los había, y capaz para cualquier empeño de honra.

Cervantes no empleaba en sus pretensiones más que el tiempo que le era posible. Esto es: desde las nueve de la mañana a las doce del día, hora en que las secretarías de Estado se cerraban. Volvía generalmente de malhumor a su posada, a causa de las dilaciones que se le hacían sufrir; comía solo y triste acordándose de su familia, se echaba a la siesta, no para dormir, sino para cavilar, y a la tardecita se iba al Mentidero y a los lugares donde se reunían gentes de la pluma, del pincel y de la espada, estudiantes *coëteraque gentium* del ingenio, de la bravura y de la vida alegre, entre la cual tenía Cervantes sus amigos y, asimismo, sus enemigos.

Portábase muy medianamente nuestro hidalgo, porque su fortuna no le daba para presentarse como gran señor, y gastaba lo menos que le era posible, porque le parecía cosa recia dispendiar el patrimonio de su buena mujer. Aparecía, pues, desaliñado y pobre, aunque decente, y evitaba ir a los lugares donde hubiera podido igualarse, en aspecto, a otros de mejor posición que él. De aquí se tomó motivo para decir que Cervantes se cansaba de concurrir a las casas de la gente principal, porque le agradaba mucho más su trato con la gente ordinaria.

Al poco tiempo de estar de nuevo en Madrid, al pasar por la calle del Duque de Alba, sintió un siseo. Volvióse y vió que por bajo de las celosías de un mirador asomaba una mano muy pequeña y muy blanca, en la cual relucían ricas sortijas y que tenía en la mano un billete. Cervantes saludó, se quitó el sombrero y le puso como para que el billete recibiera. Y, en efecto, el billete cayó y Cervantes acudió a recibirle en su sombrero. Le guardó y se fué con él a su posada. Allí leyó lo siguiente:

Señor mío: Con la pluma en la mano, y sin acertar cómo he de deciros lo que deciros necesito, estoy ya no sé cuánto tiempo, y no sé cuántos billetes comenzados he roto. Que temo mucho que, aun conociéndome vos, por liviana me tengáis, cuando os escribo, a vos acudo, y de vos valerme pienso; pero de otra parte no extrañaréis que a vos acuda, cuando os diga que huérfana me hallo, que no ha dos meses que mi madre ha muerto, y con un tutor tirano, que esclavizada me tiene y casarse conmigo quiere, no por amor, que amor no vive donde

mora la avaricia; sino por disfrutar del titulo y de las rentas que mi mal aventurada madre me dejó. Más no os digo, que cuando nos veamos os hablaré largamente, sino que procuraréis que nuestras vistas sean posibles; para tratar de lo cual os esperará esta noche en la vecina iglesia de la Merced una mi doncella. Guárdeos Dios. La que más os estima, DUQUESA DE PUENTE DE ALBA.

Esta carta trajo a la mente de Cervantes muy gratos recuerdos, pues la que la escribía era aquella misma niña que dieciséis años antes había amparado una noche Magdalena, a quien él, como sabemos, acompañaba y a la que hacía poco tiempo había visto hermosa y feliz al lado de su madre. Apenas nuestro héroe con tan triste noticia, que trajo a su recuerdo la tristísima historia que la entonces duquesa de Alba le confiara, y se propuso servir, con alma y vida, a la hija de aquellos desventurados amores.

No se le ocurrió que la hermosa doncella podía muy bien haberse enamorado de él, que aunque ya iba por sus cuarenta años se conservaba de muy buen ver, y con las mujeres tenía muy buen lado, como lo demostraba más de una aventura galante que al paso le salía. Se sintió, no obstante, vivamente excitado, y sin tardanza salió del mesón, sin tomarse más tiempo que el de cambiarse de golilla y los puños, y se fué a la iglesia de la Merced, donde, según el billete, debía esperarle una doncella de la duquesita de Puente de Alba. Apenas entró se le acercó una joven. Era la doncella de la duquesita.

—Salgámonos del templo—dijo Cervantes—, que en él no se debe hablar de cosas profanas, y venios a mi posada, que en ella podréis decirme lo que fuere.

Salióse tras Cervantes la doncella. Pero en cuanto estuvieron en la calle, dijo:

—No iré yo a vuestra posada, señor hidalgo; que como está en la vecindad y mi señora es tan conocida por su nobleza, por su riqueza y por su hermosura, y con ella me ven siempre, que yo soy la doncella más de su confianza, conoceríanme y se daría qué decir, si no de mi señora, de mí; y no hay necesidad de dar en malas lenguas. Vámonos mejor a casa de mi señora, que ya es oscurecido y podremos entrar por el postigo sin que nadie nos sienta, y así, lo que yo había de deciros, mi señora os lo dirá y será mejor.

Nada tuvo que objetar Cervantes a tan buenas razones, y tras la doncella se fué. Abrió ésta, en llegando a él, el postigo,

entraron, cerró y asió la mano a Cervantes para guiarle en la oscuridad. Condújole por unas escaleras excusadas a un corredor, y por él a una cámara que dos bujías puestas en candeleros de plata sobre una rica mesa de jaspe alumbraban, y allí le dejó solo. A poco, y vestida de blanco, llegó la duquesita. Doña Dolores estaba ya tan crecida y desarrollada y era tan buena moza que daba contento verla.

Sobrecogióse cuando quiso hablar a Cervantes, y apenas si acertó a decir algunas palabras; encendiéndose de rubor, lo cual dió en qué pensar a Cervantes, que empezó ya a no ver claro el principal objeto de aquella misteriosa cita.

Cervantes, que en lo cortés, en lo discreto y en la dulce manera no cedía la palma a nadie, y que al verse en tal ocasión y a solas con una tan joven, hermosa y nobilísima doncella, que con lo que ya había hecho había dado muestras bastantes de que tenía en él, cuando menos, una completa confianza, empezó a sacarla de su timidez con tal cortesanía y con tal intención que a ella se la soltó la trabada lengua, empezando a dar sus ojos las señales de lo que en su alma sentía, y que era no menos, a lo que se mostraba, que un gran amor; y díjole que le había llamado aunque sabía que él era casado, porque sola se había quedado en el mundo, y tiranizada por un tutor viejo y avaro, pariente de su madre, que emparedada la tenía sin dejarla ir a ninguna parte, celoso de todo, y con ella quería casarse, lo cual era lo mismo que querer matarla, porque ella moriría de seguro si con una tal carroña vieja enlazada se viera.

Era doña Dolores, aunque inocente y joven, dispuesta y atrevida y, además, habíala complacido tanto todos sus gustos su madre que se había hecho voluntariosa, con lo cual y siendo tan rica, que ella misma no sabía lo que poseía, y tan hermosa, que la llamaban la *duquesa arcángel*, había echado soberbia y le parecía que aquello que ella desease no podía dejar de ser, fuese lo que fuese, y costase lo que costase.

Pasaba Cervantes con mucha frecuencia, viniendo del alcázar, a donde le llevaban sus pretensiones, por la calle del Duque de Alba. Muchas veces estaba en un mirador la duquesita. La primera vez que le vió agradóse de él. Renació en ella el tierno afecto que por él había sentido ya en vida de su madre, y que al volverle a ver se transformó en un amor vivísimo. Pensó en él, en volver a verle. He ahí la explicación del billete, con que se inició la historia de la hija de Cervantes. Pero es extraño cómo se enredan y entretajan las cosas y la vida. An-

tes que el conde de Carrascal, el tiránico tutor de Dolores, pudiera advertir aquellos amores, moría repentinamente, con el tiempo justo para nombrar tutora de Dolores a Magdalena Morato, que aún no había profesado. Este suceso sacó a Magdalena del convento.

Dolores estuvo algunos días en el convento, hasta que su tutora obtuvo la licencia para salir de él. Muy pronto, ya en la casa de la duquesita, ésta le reveló el secreto de sus amores con Cervantes.

Magdalena sintió algo horrible, algo indefinible, cuando supo que el seductor, o más bien, el seducido por Dolores, era Cervantes. Disimuló, sin embargo. Reprendió a Dolores. Se la llevó de Madrid a uno de sus estados de Extremadura, para que su deshonra, conocida por sus criados, no trascendiese.

Cervantes no supo la partida de Dolores. Preguntó, valiéndose de una buena y discreta manera, al portero, y supo que la señora había partido con su tutora y con una doncella a Extremadura. Cervantes no podía abandonar la corte. Ni tenía un buen pretexto para ello, ni dinero. Ignoraba que Magdalena fuese la tutora de Dolores.

Sentía una ansiedad horrible; sabía el estado en que se encontraba Dolores: nunca había tenido hijos. Se desarrolló en él un nuevo y nunca probado amor. Cervantes conoció entonces que hay un amor superior a todos los amores: el amor paternal.

¿Y qué sería de su hijo? ¿Se lo ocultarían? ¿Le abandonarían? Sabía bien Cervantes que Dolores no era muy firme en la virtud. Que todo lo sacrificaba a su egoísmo.

Un día, pasados cuatro horribles meses o algo más, Cervantes almorzaba en el mesón, en la cocina. En la puerta de la cocina hablaba con un lacayo de casa grande el mozo de paja y cebada del mesón. Cervantes había reparado que la librea de aquel lacayo era la de la casa de Puente de Alba. Escuchaba con atención. De improviso se levantó aterrado. Había oído decir al lacayo que tenía que ir a casa del sastre a que le tomase medida de una librea de luto.

—¿Y por qué eso?—dijo el mozo de paja y cebada—. ¿Ha muerto algún pariente de la señora?

—No—dijo el lacayo friamente—; la señora es quien ha muerto allá en sus tierras de Mérida, a donde se fué hace cerca de cinco meses, con su tutora—y el lacayo se fué.

Cervantes permaneció por algún tiempo mudo, consternado, aniquilado, en un estado infinitamente más terrible que la más

terrible agonía. Luego subió a su aposento, tomó su capa y su sombrero, y sombrío, demudado, loco, se lanzó a la calle. Pero ¿a dónde iba? ¿Cómo podía él preguntar y más con el semblante demudado, mortal, a los criados de la duquesa si su señora había muerto? ¿Cómo dar a ningún amigo la comisión para que lo preguntase? Esto hubiera sido causar sospechas acerca del honor de doña Dolores.

Cervantes devoró su dolor. Le aumentaba, si era posible que se aumentase, la seguridad que Cervantes tenía, atendidas las fechas, de que Dolores había muerto a consecuencia de su alumbramiento. ¿Y qué se había hecho de la criatura? ¿Había muerto también?

Conoció Cervantes, por lo que entonces sufría, que hasta entonces no había sufrido nada. Hubo de volverse a su casa, porque la emoción que le había sobrevenido no le permitió tenerse de pie. Una vez en el mesón se le agravó la calentura. Al fin perdió el conocimiento. Tan enfermo, de tal gravedad se puso, que fué necesario avisar a Esquivias. Su mujer y su hermana Luisa sobrevinieron al momento. La calentura no cesaba. Cuando se recargaba, Cervantes caía en el delirio. Este delirio reveló a doña Catalina y a Luisa, de una manera terrible, por medio de palabras inconexas, ahora una, luego otra, todo el secreto: doña Catalina sabía ya que Cervantes había tenido amores en Madrid con una gran señora; que esta señora había dado a luz, o a sombra, un hijo y había muerto. La causa de la peligrosa enfermedad de Cervantes se había revelado.

Doña Catalina sufrió lo que no puede explicarse. Tuvo, sin embargo, grandeza de alma bastante para sobreponerse a la situación, para dominarla. Lo primero era su marido. Encargó a Luisa un profundo secreto. Ni la una ni la otra se separaban un solo momento del enfermo, no sólo para cuidarle, sino también para que nadie oyese su delirio.

Un mes duró el peligroso estado de Cervantes. Durante este mes, Magdalena había vuelto a Madrid acompañando el cadáver de la desventurada Dolores. Los funerales se habían hecho con gran pompa.

Magdalena había entregado la inmensa fortuna de Dolores a un pariente lejano que la heredaba, un pobre diablo, vulgar, zafio, que había sido sorprendido allá en su tierra por la noticia de que era pariente de la excelentísima señora duquesa de Puente de Alba, grande de España, y que a él, por ser el pariente en mejor derecho, le correspondía heredarla. Este poco menos que patán, quiso que Magdalena aceptase cien ducados

para los lutos. Pero ella, agradeciéndolo mucho, no los tomó, de lo que el aldeano se alegró y no poco.

Magdalena se fué a pie, sola, triste, cabizbaja, con su hábito y sus tocas de beata, a un aposento de una posada, en la calle de Toledo. Allí, en cuanto entró, se fué vivamente a una joven y robusta nodriza que tenía en los brazos una hermosa niña de muy poco tiempo. La cogió y la besó llorando. Luego pidió la comida, y comió sobriamente, acompañada de la nodriza, que lo hizo muy bien. Llamó a seguida a un mozo de la posada y le mandó fuese al mesón de Paredes y viese si parecía por allí un tal Miguel de Cervantes Saavedra, soldado inválido manco de su mano izquierda.

Volvió el mozo diciendo que, en efecto, en la posada del Mesón de Paredes vivía, o por mejor decir, se moría el señor Miguel de Cervantes, que estaba muy enfermo de calenturas malignas y que le asistían su mujer y su hermana, que eran de Esquivias.

El mozo no podía llevar noticias más completas. Pero estas noticias pusieron a prueba todo el valor de Magdalena. Su amor a Cervantes, aquel amor tan duramente y por tantos años contrariado, no se había amenguado; por el contrario, había crecido. Se había hecho una especie de culto para la pobre Magdalena, que todo lo había perdido, sus padres, su hacienda, su felicidad. No la quedaba más que la paz de su conciencia: Ella no había hecho ni querido hacer mal a nadie. Esperó con ansiedad el resultado de la enfermedad de Cervantes que al decir de los médicos era muy peligrosa.

Algún tiempo después de la llegada a Madrid de Magdalena con la pequeña Isabel, que así se llamaba la hija de Cervantes, éste empezó a mejorar, aunque lentamente. Magdalena iba todas las tardes a la iglesia de la Merced, que era la más inmediata a la posada de Cervantes. Llevaba siempre consigo a la nodriza con la niña. Oraba desconsolada. En su casa mantenía constantemente encendida una vela del Santísimo.

Algunas veces, mejorado ya Cervantes, ibase ya doña Catalina, como mujer casada, ya Luisa acompañada de la posadera, que una de ellas, doña Catalina o Luisa, no podían ni querían faltar de la cabecera del lecho de Cervantes, a la iglesia de la Merced a rogar a Dios por el alma de su querido enfermo. Siempre, como que iban por la tarde, encontraban allí una hermosísima beata, triste y meditabunda, abismada en la oración, y teniendo junto a sí una nodriza joven y hermosa, modes-

ta y limpiamente vestida, con una criatura en los brazos envuelta en ricos pañales.

La buena Luisa, joven aun en la apariencia, aunque era algo mayor en edad que su hermano Miguel y que, si no podía llamársela bella, se la encontraba agraciada y simpática, sencilla y pura como una niña, se aficionó de aquella hermosísima beata, y nada sospechó de ella, aunque junto a ella veía una nodriza con una niña. Luisa, la anterior a Miguel, que era el menor de sus hermanos, se le parecía extraordinariamente, si no en el ingenio y en el conocimiento del mundo, en la figura y en las emociones del alma, que al semblante le salían. Magdalena la reconoció, hizo que se encontrasen una tarde al oscurecer al salir del templo, en la pila del agua bendita. Mediaron cumplimientos y saludos sobre cuál había de salir la primera, y de esta manera creció el conocimiento, que creció bien pronto.

Doña Catalina tuvo conocimiento de él, porque nada le ocultaba Luisa, y participó de él.

Doña Catalina, menos inocente que su cuñada, concibió sospechas poco favorables a Magdalena, al ver junto a ella a aquella pequeña criatura, a la que miraba con toda la solicitud del vehemente e incomparable amor de las madres. Pero en cuanto hablaron, se tranquilizó, y vió que no había reparo alguno en que Luisa y ella se tratasen con la hermosa beata.

Doña Catalina, a pesar de que era un ángel, y de que se sentía impresionada con un principio de amor por la hija de su marido, sufría. Sufría como sufren todas las mujeres que son buenas, que aman entrañablemente a su marido y que no han tenido hijos, cuando conocen al hijo que de otra su marido ha tenido. Y al mismo tiempo, lo repetimos, empezaba a amar, como si hubiese sido hija suya, a la pequeña Isabel.

Aunque se habían ofrecido recíprocamente sus habitaciones, no se habían vistado. Ni doña Catalina quería que en el estado en que Cervantes se encontraba viese a la niña y tal vez la reconociese por el parecido que con él tenía, ni Magdalena quería que Cervantes la viese de improviso delante de su mujer. Pero doña Catalina necesitaba saber; estaba poderosísimamente excitada. Apenas comía, apenas dormía, pensando en quella hija que había encontrado tan sin pensarlo detrás de de la enfermedad de su marido, y en la madre de aquella hija.

Magdalena sólo le había dicho que la niña era hija de una entrañable amiga suya, que había muerto al darle a luz. Por aquella tarde no hablaron más. Al fin Cervantes curó y pudo dejar el lecho. Los médicos le mandaron paseos por el campo.

Estaba muy débil y necesitaba apoyo de alguno. Se había quedado en la piel y en los huesos. Doña Catalina y Luisa le sacaron a paseo. Faltaron, pues, a la iglesia. Magdalena se inquietó cuando vió que no parecía ninguna de las dos. Temió que Cervantes hubiera recaído. Al día siguiente fué Luisa.

—Mi cuñada—dijo—no pudo venir ayer tarde, ni yo tampoco pude, porque ambas acompañamos en un corto paseo a mi hermano, que ya, gracias a Dios, está bueno.

Si Luisa no hubiera sido tan inocente, se hubiera alarmado al ver la inmensa expresión de alegría que iluminó el semblante de Magdalena al oír esta noticia.

—¡Loado sea Dios—exclamó—, que a vuestro hermano ha salvado!...

A medida que Cervantes mejoraba, fueron escaseando las visitas entre Magdalena y doña Catalina y Luisa. Como que ya éstas no tenían tanta necesidad de ir al templo a rogar a Dios por Cervantes. Pero Magdalena no dejaba de ir un solo día, ni por un solo momento se apagaba en su cuarto la luz del Santísimo. Para ella quedaba todavía algo grave, muy grave, después del peligro de que Cervantes acababa de salir: la pequeña Isabel. Era necesario que Isabel tuviese padre. ¿Y cómo conseguir ésto? Dios la favoreció poniendo este mismo pensamiento en el alma de doña Catalina. No se podía llegar a una mayor virtud que a la que doña Catalina llegaba.

Cervantes se había curado por completo. Se restablecía rápidamente. Pero estaba sumido en una profundísima tristeza. Doña Catalina conoció la razón de esta tristeza, y se la abrieron las entrañas. ¿Por qué había de oponerse ella a que Isabel tuviera padre y Miguel hija? Una tarde en que había salido con Cervantes a paseo y había enviado a Luisa a la iglesia para que viese a Magdalena a quien ambas estimaban en gran manera, al llegar al prado de San Jerónimo, le dijo:

—Sentémonos; me parece que estás muy cansado, Miguel.

—Estoy más cansado del alma que del cuerpo—respondió Cervantes—; estas pretensiones mías que nunca se logran y que me han postrado...

Cervantes no había logrado aún el mezquino empleo de dependiente del proveedor de la Armada. Doña Catalina no respondió. Inclino la cabeza sobre el pecho. No se atrevía a hablar. Cervantes, cuya perspicacia era grande y no se necesitaba mucha para conocer el estado del alma de la buena y sencilla doña Catalina, le dijo:

—Tú estás inquieta; tienes algo que decirme y que a decirme no te atreves.

—¿Tú crees que yo tengo algo que decirte?—dijo doña Catalina, mirando de una manera serena a su marido.

—Sí—dijo Cervantes—; y algo que debe ser muy importante: nunca te he visto como ahora. ¿He dicho yo algo en el delirio de mis calenturas, que haya podido ofenderte?

Cervantes sabía que había delirado. Había supuesto, y con razón, que en su delirio habría hecho revelaciones.

—Tú no me has ofendido; tú no puedes ofenderme jamás, Miguel—dijo doña Catalina.

—Pero tú estás triste, sufres.

—Estoy triste y sufro por ti.

—¿Por mí?

—¡Sí; por ti!...

—¿Pero, tú sabes?...

Doña Catalina alzó los ojos, los fijó en su marido con un amor, con una solicitud, con una abnegación incomparables, y dijo:

—Sí; yo sé.

—¿Que tú sabes?...—exclamó Cervantes poniéndose pálido.

—Sí... ¿Y qué tiene de extraño... ni en ti... ni en... ella...?

—¡Oh! ¡Catalina!...—exclamó Cervantes.

—¡Pero tengo celos!—exclamó doña Catalina, poniéndose sus negros y enamorados ojos en Cervantes—; celos que deben morir... que morirán... porque son celos... por una muerta.

Cervantes no supo qué decir. Acabó al fin por afrontar la situación.

—No me disculpo, ni pretendo disculparme—dijo—porque no hay disculpa posible. Pero sí te suplico que nos perdones a ella y a mí; a ella, porque ha muerto; a mí, porque necesito tu perdón.

—Mi perdón y mi alma—exclamó ardientemente doña Catalina.

—¡Ah!... ¡Eres un ángel de Dios!...—exclamó Cervantes.

Sucedió un momento de silencio. Ambos se sentían consolados el uno por el otro. Al cabo dijo doña Catalina:

—Tú sufres por una duda cruel—dijo.

Miró Cervantes con ansia a doña Catalina.

—Sufres por tu hija—prosiguió haciendo un gran esfuerzo doña Catalina.

—¡Por mi hija!...—exclamó Cervantes—. ¡Oh, Dios mío!... Pero ¿tú conoces a... mi hija?...

—Sí; y la amo.

Cervantes se sintió tocado por algo inmenso, por algo soberano, por algo augusto, en el corazón: por el alma de su mujer. Y se avergonzó. El, que no era ciego para nada, no lo era, no podía serlo para sí mismo. Una agitación peligrosa se había apoderado de él.

—Hablemos tranquilamente, Miguel—dijo asustada doña Catalina—; nada de lo que sucede sucede sin la permisión de Dios, y lo que Dios permite que suceda, cosas son de su Divina Providencia. Rebelarse contra la Santa Providencia de Dios, es desconocer a Dios.

—¡Tú eres una santa!...—exclamó Cervantes.

—No; yo no soy una santa—dijo doña Catalina—; es que te amo.

—¡Ah!... ¡Santa Teresa de Jesús!... ¡Santa Teresa de Jesús!...—exclamó Cervantes—; ¡cuán bien dijiste cuando dijiste: «El infierno es un lugar donde no se ama». Por lo mismo puede y debe decirse que la santidad es toda amor.

—¡Cálmate, Miguel, cálmate!...—dijo doña Catalina—. No vuelvas a ponerte malo; mira que yo he sufrido mucho; que sin caer en el lecho he estado tan enferma como tú, y Dios sabe, Dios sabe por dónde resollará esto todavía; ya quiero que sufras lo menos posible; quiero que estés lo más contento posible; quiero que vivas con tu hija, y que tu hija te llame padre, y que tú llames hija a tu hija; quiero ser madre de tu hija. Siendo hija tuya, ¿no es también hija mía? Y ayúdame yo en tus obligaciones, ¿no cumplo con mi obligación?

Cervantes cogió una mano de su mujer y se la besó bañándola en lágrimas.

—Quiero ver a mi hija—dijo Cervantes con acento tímido.

—Sí—dijo doña Catalina—; pero hoy, no; mañana. Estás muy agitado; volvámonos a casa.

Cervantes había sentido un gran consuelo a causa del cariño de su mujer. Se volvieron a la posada. Cervantes comió aquel día mejor. Aquella noche durmió más tranquilo. Al día siguiente por la mañana, antes de que Cervantes despertase, doña Catalina se levantó, se vistió en silencio, y salió en busca de Magdalena. Esta la recibió afectuosamente, pero cuidadosa. En el semblante de doña Catalina veía una gran palidez y una gran ansiedad.

—Amiga mía—dijo doña Catalina—, vengo a hablaros de un asunto que tal vez os interesa mucho.

—Para mí será siempre muy interesante todo lo que vos me

digáis, señora—dijo Magdalena, cuyo cuidado crecía a medida que crecía la turbación de doña Catalina.

—Mi marido—dijo ésta—está ya completamente bueno.

—¡Gracias a Dios!...—dijo Magdalena.

—Vivir en Madrid cuesta muy caro; somos aquí dos personas más y nuestra corta hacienda no basta a sufragar los gastos; con las pretensiones de Miguel andábamos muy alcanzados y con los gastos de su enfermedad nuestros apuros han crecido. Nos vamos, pues, mi cuñada y yo a Esquivias, donde gastamos muy poco, lo pasamos mejor y podemos atender más a los gastos de Miguel.

Magdalena suspiró. Se acordó con un verdadero dolor del cuantioso caudal que había dado a los pobres, cuando, desesperada por el casamiento de Miguel, se había acogido al claustro.

—Yo, señora—dijo a doña Catalina—, poseo muy poco; pero, sin embargo, tal cual ello es, está a vuestra disposición.

Se puso muy encendida doña Catalina, y dijo:

—No, no os he hablado yo de nuestros apuros para pedirlos; con lo que nos queda tenemos para pasarlo honestamente, Miguel pretendido en la corte y Luisa y yo en Esquivias; pero os hemos tomado una gran estimación, señora, tanto ella como yo, y sentimos en el alma separarnos de vos.

—¡Ah!... ¡Yo os lo agradezco con todo mi corazón!...—dijo conmovida Magdalena, que adivinó a doña Catalina.

Había reparado Magdalena, desde el principio de la conversación con doña Catalina, que ésta fijaba extraordinariamente su atención en la pequeña Isabel. Para Magdalena no era en manera alguna dudoso que doña Catalina había reparado en los rasgos semejantes que existían en la niña y en Miguel. Le había asombrado, por lo mismo, la solicitud que doña Catalina mostraba por la niña. Había en aquello una extraordinaria grandeza de alma, unido a una extraordinaria sencillez, a una buena fe admirable. Magdalena, cuya generosidad era inmensa, había sentido un afecto profundo por doña Catalina, y había acabado por amarla como si hubiera sido una buena hermana suya. Al oírle decir que sentía mucho separarse de ella, lo comprendió todo. Su afecto y su admiración por las grandes cualidades de la esposa de Cervantes crecieron.

—Pues estad segura—contió Magdalena—que para mí no será menos doloroso separarme de vosotras, amigas mías.

—¿Y por qué no os venís con nosotras a Esquivias?—dijo con la voz insegura doña Catalina—; en nuestra casa cabréis;

viviremos como hermanas, y la pobre Isabel, en vez de tener una madre, tendrá tres.

—¡Oh! ... ¡Cuán buena sois!...—exclamó Magdalena.

Y asiendo con ambas manos la cabeza de la excelente doña Catalina la besó en la boca.

Doña Catalina contestó con otro beso apasionado y suspirante al beso de Magdalena.

—Os vendréis con nosotras, ¿no es verdad?—dijo.

—Sí, pero con una condición—dijo Magdalena.

—¿Y cuál?—dijo anhelante doña Catalina.

—Vuestro marido ha de consentirlo.

—Pues por supuesto—dijo doña Catalina—; yo no hago nada sin el beneplácito de mi esposo y señor.

—Sin embargo—dijo Magdalena, después de haber permanecido en silencio y meditabunda durante algunos momentos—, necesito hablar con el señor Miguel de Cervantes; lo que vos, señora, deseáis; lo que yo también deseo, es grave. A los niños se les tiene un amor con el cual nada es comparable cuando se les cría desde pequeñitos. Se les ama como si fuesen hijos nuestros. Lo que vos queréis hacer es una adopción.

—Yo quiero más—dijo doña Catalina con un irresistible arranque de sentimiento—; yo quiero que sea nuestra hija.

—¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!—exclamó Magdalena—. ¡Qué grande y qué misericordioso eres, Señor!...—y se le arrasaron los ojos, y luego, sin poder contenerse, rompió a llorar.

—Yo os acepto con toda mi alma y con toda mi voluntad por hermana—exclamó—; yo acepto en nombre de Isabel y de mi pobre amiga, su desgraciada madre, la adopción con que la amparáis, pero que venga a verme el señor Miguel de Cervantes.

Como ya lo hemos dicho, no se habían visto aun por aquella vez Cervantes y Magdalena. Cervantes no podía ni aun sospechar que Magdalena fuese la madre adoptiva, la protectora de su hija.

—Vendrá, vendrá a veros mi esposo—dijo doña Catalina— en cuanto yo vuelva a la posada, y vendrá solo.

—Sí, sí, que venga solo—dijo Magdalena.

Para aquellas dos admirables mujeres, todo lo que se refería a Cervantes y a la pequeña Isabel era ya valor entendido. Doña Catalina se fué. Magdalena se preparó para el momento de la aparición de Cervantes, que debía ser para ella un momento cruel.

CAPITULO XXI

Hacia un hermoso y templado día y Magdalena, para quedarse completamente sola y que nada de lo que dijese en su entrevista con Cervantes pudiese trascender, mandó a la nodriza que saliese para que la niña tomase el aire.

Poco después de haberse quedado sola Magdalena, tocaron recatadamente a la puerta del aposento.

—¡El...—exclamó Magdalena, y se le apretó el corazón, se acongojó. Hubo de esforzarse para resistir la poderosa emoción que se apoderó de ella. Temblaba. Se le nublaron los ojos. No acertaba a llegar a la puerta para abrirla. La situación era todo lo difícil que podía serlo para Magdalena. Ella estaba segura de que Cervantes iba ajeno de encontrarla. Abrió al fin. Cervantes entró desenfadadamente. Adelantó. Magdalena estaba vuelta de espaldas. Adelantaba hacia la puerta de una habitación interior.

—Béseos las manos, señora—dijo Cervantes.

Su voz era trémula. Esperaba ver inmediatamente a su hija. Magdalena no contestó por el momento. Temía. No sabía lo que podía pasar por Cervantes en el momento en que la reconociese. Pero era necesario contestar.

—Guárdeos Dios—dijo, y aunque su voz se desfiguró por la emoción, a causa de su temblor, Cervantes se sobresaltó.

—¡Ah!—dijo—. ¡Yo os conozco!...

Magdalena estaba aún de espaldas.

—Pues llamad a todo vuestro valor, Miguel—dijo Magdalena, y habiendo llegado al centro de la habitación, se volvió.

—¡Poderoso Dios!...—exclamó Cervantes reconociéndola.

—¡Sí, yo soy!—dijo Magdalena.

—¡Tú!...

—¡Yo!...

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!...—y las miradas de los dos se mezclaron, se confundieron en una expresión indefinible, suprema.

—Siéntate—le dijo Magdalena—, siéntate y recóbrate.

Cervantes se sentó aturdido. Magdalena se sentó junto a él.

—¿Y mi hija?—exclamó después de algunos segundos de silencio Cervantes.

—Era necesario que nadie oyese lo que tenemos que hablar—dijo Magdalena—y he enviado a la nodriza con la niña a tomar el aire.

—¡Oh, Magdalena!... ¡Magdalena!...—exclamó Cervantes. Y miró con ansia a Magdalena.

—Tienes por esposa a una santa—dijo Magdalena. Cervantes balbuceó algunas palabras.

—No, no te culpo—dijo Magdalena—; el destino, que no quería nuestra unión, nos separó; tú no sabías lo que era de mí; habían llegado a esa edad en que un hombre siente la necesidad de la familia; has hecho bien y has sido afortunado; yo no creía que en el mundo pudiese haber una criatura tan buena, tan dulce, tan generosa, tan grande como tu mujer; ella lo sabe todo, Miguel, y, sin embargo, te ha perdonado y quiere ser la madre de tu hija.

—¡Ah!... ¡Dios se lo pague!...

—Págaselo primero tú, Miguel; la pobre tiene celos; la pobre sufre... y ya ves, Miguel, adopta a tu hija; quiere ser su madre. Tanta virtud, tanta caridad, tanto amor por ti, merece todo el amor de tu alma.

—¡Oh, sí, sí!...—exclamó Cervantes confundido, y se calló, no encontrando otra cosa que decir.

—Desde ahora—dijo Magdalena—tu hija y yo vamos a ser dos personas más en tu familia. Tú y tu mujer y tus hermanas tenéis en mí otra hermana; todos tendremos en Isabel una hija. Yo me alegro; yo no sufro; yo te amo; pero mi amor por ti ha sido siempre puro: un amor del alma, que no tiene por qué sufrir, dado ya tu casamiento con la admirable Catalina. Yo me había encerrado en el claustro; yo me había consagrado a Dios y consagrada a El continuo. El desamparo de la madre de tu hija me sacó del claustro; la orfandad de tu hija no me ha permitido, cuando murió su madre, que al claustro volviese. Yo no existo más que para servir a Dios y para servirte a ti y a tu familia. ¡Ay! ¡Ojalá que al entrar en el claustro yo no hubiera dejado mis riquezas a los pobres!...

Cervantes tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Se encontraba en la situación más grave y más solemne de su vida.

—Pero tengo algo que me había reservado para mi manutención y mi dote, que al salir del convento me ha sido de-

vuelto. Yo te lo entrego. Yo lo uno a lo que poseéis; todos viviremos juntos; todos nos ayudaremos y Dios nos amparará.

Para Cervantes se convertía todo lo que había pasado con el sentimiento del amor por su corazón hasta entonces en un sueño fatigoso, en una pesadilla horrible. El remordimiento le roía. No parecía sino que su amor llevaba consigo una maldición. Todas las mujeres que había amado habían caído en una horrible desventura. Habían sucumbido a ella. Para él sólo sobrevivían dos. Cervantes creía muerta a Abigail. Y no se engañaba: misericordioso Dios para con él, había matado a Abigail, esclava, en el serrallo de su señor, en Constantino-
pia; había muerto martirizada, enferma.

Los dos amores de Cervantes que vivían eran dos grandes mujeres, grandemente desventuradas. Sin embargo, su corazón, su fe, su amor las alentaba. La suerte se mostraba dura, pero no completamente cruel para Cervantes. Aún podía alentar la esperanza de vivir en paz alguna vez, con su familia, gozando de una fortuna por él adquirida. Su hija le atraía sobre todo. Pidió explicaciones a Magdalena y ésta se las dió completas. Le dijo que por su antiguo conocimiento con la duquesa de Puente de Alba, la había visitado, cuando a Madrid fué en busca de él. Continuó la historia, desde que salió del convento para cumplir con la tutela de Dolores, de la que había sido encargado por el tutor difunto, nombrado por su madre. Vino el asunto del nacimiento de Isabel. Y dijo Cervantes:

—La duquesa no había pensado nada respecto a su hija. No había previsto que podía morir en el alumbramiento. Yo no había pensado tampoco en ello. De tal y de tan dura manera el alumbramiento vino que la desventurada murió en el mismo punto en que su hija nació. Yo adopté a Isabel. La adopté por mí, y sólo por mí, aunque sabía que, siendo tú su padre, no habrían de dejar de ver en ella a tu hija, aunque, por ser casado, no la reconocieses. De la misma manera la hubiera adoptado aunque no te hubiese conocido. Era una criatura que me confiaba Dios. Pero Dios ha sido para nosotros muy bueno. Dios ha traído este negocio por inexplicables caminos al mejor punto a que pudiera haber llegado. Debemos, pues, todos, dar gracias a Dios. Ahora, Miguel, vete. Ya estás prevenido. Tú no me has conocido nunca, ¿sabes? Yo soy tu hermana. Entiéndelo bien.

—¡Ah, sí!... ¡La hermana de mi alma!...—exclamó Cervantes y se levantó súbitamente, cogió las manos a Magdalena, se las besó y escapó.

Se volvió al mesón de Paredes. No encontró en él ni a su mujer ni a Luisa. Estaban en la iglesia de la Merced.

Mientras doña Catalina y su hermana Luisa volvían, tuvo Cervantes lugar de dominarse. Cuando volvió doña Catalina le preguntó sin recelo. Para ella era un secreto y lo fué durante toda su vida el conocimiento que había existido durante tantos años entre él y Magdalena. No quiso esperar la próxima partida a Esquivias para la unión. Se fué a su posada y se la trajo al mesón de Paredes. Entonces, y sólo entonces, fué cuando Cervantes vió a su hija. Fué aquél para él un momento de prueba terrible.

Doña Catalina había tomado en sus brazos a la niña, la había acariciado de una manera apasionada y había entrado con ella en el aposento en que Miguel se encontraba. Se la presentó. Sonreía y lloraba a un mismo tiempo. Cervantes, enternecido, tomó a su hija en los brazos. La besó y lloró.

—No hay por qué llorar—dijo doña Catalina, que, sin embargo, lloraba—. Es nuestra hija que viene a su casa.

Cervantes miró a su mujer y, mudo por la emoción, la bendijo con su mirada.

—Mira, Miguel—dijo doña Catalina—, es necesario llamar a un escribano.

—¿Y para qué?—dijo, sorprendido, Cervantes.

—Para que la reconozcas; para que yo la adopte; para que tenga tu nombre... y el mío también.

Cervantes acabó por considerar santa a su mujer o enamorada de él con un tal amor que la llevaba a lo sublime de la santidad.

El escribano fué llamado. Isabel fué reconocida por Cervantes hija suya y de una señora difunta, cuyo nombre, por razones de honra, se callaba. El reconocimiento constaba de una manera solemne. Después, doña Catalina, por su espontánea y libre voluntad, prohibió a Isabel, manifestando que si hijos la diese Dios, se considerase y tuviese a Isabel para todos derechos al igual de sus otros hijos. Así, pues, por este reconocimiento y por esta adopción, la niña se llamó Isabel de Cervantes y Salazar.

Se hicieron otras dos escrituras además. Por la una, Magdalena donaba a Isabel lo poco que poseía, y la adoptaba también. Luisa, por la otra, entraba a la parte, por su cuenta, a la adopción. No podía ser más rica de amor y de parientes Isabel.

La vida de Cervantes entraba en una nueva faz. Sentía un

gran consuelo en el corazón. Se sentía amado como pocos hombres lo han sido en el mundo, y de la manera más desinteresada posible. Pero la carga de sus deberes se había aumentado de una manera imponderable. Era necesario obligar al destino. Vencerle a fuerza de fuerza de voluntad.

De todo punto restablecido Miguel, ocho días después de la entrada de la pequeña Isabel en la familia, partieron a Esquivias todas. Cervantes se quedó solo, siguiendo en sus pretensiones. Al fin, después de mucho tiempo, logró el mezquino empleo que ya hemos dicho se le dió en la proveeduría de la Armada. Su vida siguió con varias alternativas, una mezcla de verso y de prosa. De una parte, las cuentas de las provisiones. De otra, el comercio con las gentes de letras en que Sevilla abundaba. Cervantes había empezado a escribir tarde, pero de día en día se revelaba más lo claro de su ingenio. Sevilla era entonces no sólo el emporio de las artes, de la industria y del comercio, sino también de la literatura. Cervantes, separado de su familia, sujeto a una pobreza de la cual pretendía salir en vano, obligado a mantener una larga familia con su mezquino sueldo, y con la rentecilla de la pequeña hacienda que su mujer tenía en Esquivias, y lo poco que a los Cervantes había quedado en Alcalá, irritado por la injusticia, mirado con desdén por los que menos que él valían, punzado por todas partes, había ido contrayendo un humor acre, irascible, que a veces aparece en sus obras en una frase, en un rasgo, en un pensamiento amargo y sarcástico.

La literatura no producía nada, a excepción del teatro, que producía bien poco. Sin embargo, para éste poco trabajó Cervantes. Hizo comedias, pero no fué feliz en ellas. Al principio, las suyas, más regulares, más realistas que las farsas, los entremeses y los autos de Lope de Rueda, de Torres Navarro y de Timoneda, que más que escritores y poetas fueron cómicos, sorprendieron y agradaron, como sorprende y agrada todo lo nuevo. Pero llegó Lope de Vega, el monstruo de la literatura dramática, mucho más versista que Cervantes, mucho más conocedor del teatro que Cervantes, más culto, más aliñado, más sagaz, y llevó a Cervantes de la mano. Aquel miserable recurso faltó. Acabósele también el sueldo que tenía en la proveeduría de la Armada. Su carácter agriado y poco sufrido, poco a propósito para ningún género de dependencia, hizo que sus compañeros y sus superiores se enojasen de él y obtuvieran su separación.

En Sevilla había empezado Cervantes a cultivar la novela,

de la que debía ser reconocido rey, sin contradicción, de propios y de extraños, de los contemporáneos y de los del porvenir. Había estudiado las costumbres del pueblo; había conocido todas las maneras de ser de la gente menuda y maleante y esto produjo su novela *Rinconete y Cortadillo*, inestimable, más que por otra cosa, por la verdad y por la firmeza con que están representados sus personajes, o más bien sus personillas: Monipodio vivió, vive y vivirá. Vino después el *Diálogo de los perros*. Salieron a luz canciones, sonetos, madrigales, todo género de composiciones, producidas no sólo por la natural necesidad que Cervantes tenía de escribir, sino también por los certámenes que con una gran frecuencia proponían las academias literarias de Sevilla y por obtener el pequeño premio que en estos certámenes se ofrecía.

Cervantes gastaba su vida y su esperanza sin poder levantarse a la altura que le correspondía por su indisputable ingenio y sus grandes merecimientos, y, lo que era más doloroso para él, sin llegar a una manera de vivir independiente y en alguna manera holgada. Siempre el apuro, la miseria, las deudas. La vida al día, sin saberse lo que sería al día siguiente.

Una pobre familia compuesta de mujeres, doblegada bajo las escaseces y las privaciones de todo género; y en tanto, hombres impuros y bajos ocupando los altos puestos del Estado; poetas cortesanos y dúctiles, como los Argensolas, viviendo como príncipes; el lodo en la superficie; el dinero en los indignos; el desgobierno en el reino, decayendo el poder y la gloria de España; amenazando ya un decaimiento mortal los años oscuros, afanosos, de Felipe III, con Lerma, Uceda y Siete Iglesias; los vergonzosos de Felipe IV, y los que ya no podían compararse con ninguna otra abyección, ninguna otra impotencia, ninguna otra decepción: los de Carlos II.

Cervantes, que sentía esta decadencia, por más que nuestras armas obtuviesen todavía grandes victorias en el extranjero, por más que la voz de España todavía se escuchase con respeto y aún con temor por las otras naciones, por más que en el arte y en la literatura acreciéramos, encumbrándonos a una alta gloria, representada por las obras de todo género de cien hombres ilustres, a los que seguían cohortes de artistas y de ingenios de segundo orden; Cervantes, decimos, que bajo estas pariencias deslumbradoras veía con la claridad de su ingenio una verdad aterradora y no distante, se irritaba contra la funesta política que empujaba a España a un abismo, sosteniendo guerras infundadas e inútiles, corrompida por una

administración viciosa que no perdonaba medio para obtener el dinero que se necesitaba para tales empresas.

No eran éstos buenos elementos para medrar cuando en las antecámaras de los grandes y de los ministros, la lisonja, la adulación, los bajos servicios, eran la sola moneda corriente. Sucedió, además, que el mal gusto del vulgo, que hizo decir a Lope:

*El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
en necio hablarle para darle gusto,*

empingorotaba a autores de bien poca valía, que se inflaban, que se creían dioses, que se juntaban en cofradías y hacían continuamente los unos por los otros el coro de los elogios mutuos, ganando mucho más dinero que los verdaderos ingenios, que el vulgo no entendía bien, porque escribían no para la inteligencia obtusa de las multitudes, sino para el juicio depurado del buen gusto, que ya existía, aunque representado por pocos en aquellos tiempos: Cervantes se irritaba contra estas obras infladas de soberbia, las criticaba y ridiculizaba, pero, a la par, se hacía enemigos, que era una lástima, irconciliables, groseros, tenaces, que, no pudiendo negar a Cervantes un ingenio que todos reconocían y tocaban, a su vida privada se iban, no perdonando calumnia ni infamia para desagraviarse de los maltratamientos repetidos que Cervantes, indignado por tanta injusticia, tanta ignominia y tanta torpeza, les hacía sufrir continuamente.

Hubo de volver a pretender Cervantes. Se fué a la corte. Se mermó más aún la pobre hacienda. Se pasaron días, semanas, meses, años... y al fin Cervantes, y por medio de una nueva fianza que prestó su mujer, sobre su ya menguadísimo dote, vino a ser... *alcabalero* del rey; especie de alguacil de apremio, encargado de cobrar por acá y por allá lo que al rey se debía de las alcabalas y tercias reales; oficio mezquino, escaso, enojoso, odioso; indigno de todo punto de un hombre tal como Cervantes, nacido para vivir en esferas a las que no había podido alzarse, sino en los sueños de su ingenio, y que en la realidad marchaba cansado, despechado, pobre e irritado, sobre el lodo de lo positivo, de lo prosaico, de lo vulgar.

Fué Cervantes con su comisión de apremio, con *vara alta*, como decía la real orden de comisión, al reino de Granada, y por él se anduvo apremiando a diestro y siniestro, haciendo

odios y superando situaciones difíciles, para obtener los medios de una miserable subsistencia.

La manera de cargo y descargo de las cantidades que realizaban los recaudadores era de todo punto informal, embrollada, expuesta a errores.

Por uno de estos errores, no suyos, sino de otros a quienes Cervantes había girado, encontróse Cervantes en descubierto en algunos miles de maravedises, por lo cual se le procesó y se le prendió en Sevilla. Sus detractores se aprovecharon de esto y se encarnizaron con cuanta rabiosa envidia les roía el alma contra Cervantes.

De Sevilla había salido Cervantes para la Mancha, con una comisión de cobro para Argamasilla y el Toboso. En esta primera población fué preso.

Acababa de dar sus cuentas, a principios de 1603, en el Tribunal de Contratación Mayor, el receptor de Baza, don Gaspar Osorio de Tejada, y había presentado para su descargo una carta de pago que le dió Cervantes en 1594, cuando estuvo comisionado para cobrar en aquella ciudad las rentas atrasadas. Los contadores dieron en Valladolid informe, en 24 de junio del mismo año, exponiendo que, aunque constaban las cantidades que Cervantes había remitido a la Tesorería general, apareciendo sólo en descubierto de mil seiscientos y tantos reales, para el completo de lo que se le mandó cobrar por real orden de 13 de agosto de 1594, no había dado cuenta de la respectiva procedencia de ellos, o sea de lo que había logrado cobrar en cada pueblo, y para que así lo hiciese, se había mandado al señor Bernabé de Pedrosa, procurador general de la Armada, le soltase de la cárcel donde estaba en Sevilla, dando fianza de presentarse dentro de cierto término.

Poco tiempo después salió Cervantes, bajo fianza, de la cárcel de Sevilla, y se presentó en Valladolid, donde su hermana Andrea, ya tercera vez viuda, habilitaba la ropa blanca del marqués de Villafranca, don Pedro Toledo de Osorio, que acababa de regresar de la expedición de Argel. En el archivo de esta casa se encuentran cuentas de aquel trabajo, algunas de ellas del puño y letra de Cervantes. De modo que si el pobre Miguel vivía, o más bien moría, de ser apremiador de acreedores de la real hacienda, las pobres mujeres de su familia vivían de la costura, en una situación servil y enojosa.

Algunos amigos, algunos personajes ilustres que conocían la probidad y los méritos de Cervantes hicieron que viviese libre y que, aunque no dejó de ser perseguido, se le diesen otras co-

misiones, debiendo únicamente su tranquilidad Cervantes al convencimiento de su conducta pura y generosa, y su subsistencia a los frutos de su trabajo y de su ingenio y a la protección, aunque escasa, de algún personaje ilustre, como don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos.

Tan apurado se vió Cervantes, allá a fines de 1598, reducido casi a la miseria, echado de la casa en que habitaba en Valladolid, por deshaucio a causa de atrasos en el pago de los alquileres, tan reducido al último extremo, y tan desesperado, que se tuvo por feliz obteniendo una comisión de apremio contra Argamasilla, el Toboso y otros pueblos de la Mancha.

Pues bien, en aquel lugar de la Mancha, de cuyo nombre, y con razón, no quería Cervantes acordarse, vivía un hidalgo de lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor, y este hidalgo, a quien Cervantes llamó Don Quijote, escribiendo sobre él una historia más hermosa que todas las que escribieron Turpin y demás embebecadores que se ocuparon en borrar las aventuras de los andantes caballeros, era Alonso Quijano *el Bueno*, hombre de no gran riqueza, aunque de buena hacienda, alcalde de Argamasilla, de la catadura sobre poco más o menos que dió Cervantes a su ingenioso hidalgo, y dado a la lectura, como dice Cervantes de Don Quijote, de los libros de caballerías, que en aquel tiempo estaban muy en boga, y hasta tal punto dado a este entretenimiento peligroso que de tanto cavilar en aquellas maravillosas, estupendas e increíbles aventuras, y del mucho leer y del poco dormir, vino casi a punto de sorberse el cerebro (cerebro decimos hoy) y a que le faltase poco para ser declarado loco de remate y enviado a Sevilla para ser encerrado en una jaula.

Cervantes, que, a pesar de sus desgracias, era festivo y burión, en cuanto vió al bueno del alcalde Alonso Quijano le caló y le conoció punto por punto, y, para facilitar el desempeño de su comisión, le dió *cordete*, es decir, le siguió la manía, se declaró amante y admirador de los libros de caballería, aseguró que merecía el más mínimo de ellos la alta loa que las grandes obras del ingenio merecen, aseguró que nada había tan verdadero como aquéllas, que gentes envidiosas, estúpidas y soeces llamaban disparatadas aventuras, propias sólo para divertir a necios, y de este modo, yéndose con la corriente del alcalde, hizo fácil el cobro de los reales que al rey debía Argamasilla y engendró en su cabeza su libro inmortal *Don Quijote*. Pero sigamos el hilo de nuestra narración. Era verano. Fuerza era caminar de noche. Salióse una de Argamasilla Cer-

vantes, caballero en un rocín flaco, para el Toboso, saldadas ya las cuentas con el lugar de donde salía y llevando recomendaciones del alcalde de Argamasilla para el del Toboso, a fin de que, con la misma facilidad con que en Argamasilla había cobrado los atrasos debidos al rey, allí los cobrase. Caminó gran parte de la noche Cervantes solo, pero siempre acompañado de los tesoros de su inagotable fantasía, y al amanecer cayó en la gran ciudad del Toboso, ilustre madre de tinajones, que aun existen en algunas bodegas de la Mancha, y entróse por la calle Real y a poco en la posada, donde dejó el rocín, y por ser día de precepto de oír misa fué (que era Cervantes muy bien cristiano y sabía bien que si Dios no le favorecía poco podían aprovecharle los hombres), entróse en la iglesia y oyó misa con gran devoción y recogimiento, orando a Dios no solamente por sí, sino por las pobres criaturas que lejos de él vivían fatigadas y doblegadas por la miseria, y especialmente por su hija Isabel.

Acercábase a la pila del agua bendita Cervantes cuando sintió una mano que por su forma parecía de jayán y que le codeaba como apartándole de la pila, y al volverse airado, que era muy pronto en la ira Cervantes, se encontró, no con un jayán ni cosa que lo pareciese, sino con una señora de lugar, alta, hermosa, de edad mediana, entre los veinticuatro y los treinta, y con todas las garrambinas y ridiculeces de estas nobilísimas damas de lugar, que no se cambiarían no ya por la gran reina Micomicona, pero ni tampoco por la altiva emperatriz de la gran Tartaria.

Cortóle la admiración la ira a Cervantes. Era ella a propósito para hacer abrir al menos espantadizo los ojos y la boca, y hasta las válvulas del corazón; porque, prescindiendo de cierta rudeza que en ella aparecía, no podía darse una hermosura más fresca, más protuberante y más tentadora.

Saludó a lo cortesano Cervantes. Agradecióselo ella mucho a lo que parecía. Tomó el agua que le ofreció, le soltó un «Dios os guarde» con una voz un tanto hombruna y salió, grandilocuente y magnífica, seguida de una criada vieja que quería parecer dueña y de un patán que pretendía asimilarse a un escudero.

—¡Miren doña Aldonza y cómo va ella!...—dijo una muchacha de poco más o menos—. Que no parece sino como que la tierra se ha hecho para ella sola.

—¿Aldonza se llama esa dama?—preguntó Cervantes.

—Bien se conoce que sois forastero—dijo la muchacha—, y

aun de tierra de lejos de aquí; que aquí y en veinte leguas a la redonda no hay quien no conozca a doña Aldonza Lorenzo, la del Toboso.

—¿Y es viuda, casada o doncella?—preguntó Cervantes.

—Sábelo ella—dijo la muchacha—, que aquí no sabemos más sino que nunca fué casada, por lo que no pudo llegar a viuda, y que casarse no quiere porque no hay quien la contente, y dígalo sino el señor Alonso Quijano *el Bueno*, el de Argamasilla, que anda por ella volviéndose loco a puñados y ni ella le hace caso ni se lo hará en todos los días de su vida.

Agradeció Cervantes estas noticias a la muchacha, dióle dos maravedís y díjole que le siguiese y tras de él se entrase en la posada. Una vez en su aposento, pidió Cervantes recado de escribir, y habiendo escrito un billete amoroso díjole a la muchacha que lo llevase a doña Aldonza Lorenzo, y que si tenía respuesta se ganaría otros dos maravedís.

Con este incentivo fué la moza, corrió sin aliento a casa de doña Aldonza y hallóla en un cenador del patio de su casa aligerándose de ropa, que el calor empezaba ya a picar, y, muy a sus anchas, se apercibía a despachar con muy buen apetito una fuente de torreznos que le habían puesto para que almorzara.

—¿Y a qué vendrás tú, Yumela?—dijo doña Aldonza en cuanto vió a la muchacha—. Toma un pedazo de pan pringado y vete y dale gracias a Dios, porque hoy empieza para ti harto bien el día.

—Dios se lo pague a su merced y le dé la gloria por su caridad—dijo la muchacha tomando un tarugo de pan bañado en la grasa de los torreznos que doña Aldonza la daba—. Pero yo tengo que dar a su merced algo que puede saberle a gloria.

—¿Y qué es ello?—dijo doña Aldonza.

—Una carta que para su merced me ha dado un forastero que con su merced ha hablado en la iglesia.

—Da acá—dijo doña Aldonza.

La muchacha le entregó la carta de Cervantes. Pero era el caso que a doña Aldonza le estorbaba para leer lo blanco de los ojos. Necesitaba secretario. Llenaba estas funciones, cuando había necesidad, el sacristán. Dió dos vueltas a la carta doña Aldonza, y, tomando con el tenedor un torrezno de los mayores, le dió a Yumela y le dijo:

—Ahora mismo te vas trotando a buscar al sacristán y a decirle que venga, que yo le necesito.

Fuése la muchacha comiéndose el torrezno y el tarugo.

Buscó al sacristán, dióle el mensaje de doña Aldonza. Púsose el sacristán el bonete y allá se fué a escape, casa de la noble dama. Entre tanto, Yumela se fué a dar parte del resultado de su comisión a Cervantes.

Encontróse Pero Anguila, que así se llamaba el viejezuelo que hacía el oficio de sacristán en el Toboso, a doña Aldonza toda encendida y agitada y toda impaciente con la carta de Cervantes en la mano y echada en un canapé por arrobos.

—Leedme por vuestra vida esta carta, Pero Anguila—dijo al sacristán—; pero primero me habéis de jurar por Dios y Santa María que me guardaréis el secreto.

—¿Y cuándo no he guardado yo el secreto a su merced?—dijo el sacristán.

—¿Secretos? No habéis tenido que guardarme ninguno—saltó doña Aldonza—; que yo secretos hasta ahora no tuve, ni por qué tenerlos, ni tenerlos quiero; que lo que se tiene secreto es porque no conviene a la honra ni a los intereses que se sepa, y si yo os digo que acerca de esto me guardéis secreto es porque es la primera vez de mi vida que carta de varón recibo.

—Gran milagro que si la recibisteis la contestaseis, que no creía yo que vos, en toda vuestra vida, a carta ni palabra amorosa hicierais caso, pues no parece sino que os habéis caído de las nubes, según os mostráis indiferente al beneficio del amor, siendo causa de la desesperación de medio mundo; que si vos no fueseis así, ya estaríais cansada de estar casada; dígalo sino el señor Alonso Quijano *el Bueno*, el de Argamasilla, que no deja la ida por la venida y que dicen que de tantas ganas y desganas se está volviendo loco, que no hay quien le ataje.

—Dejadme a mí de Alonso Quijano, que no puedo verle, y sólo de oírle nombrar me dan congojas; y con la condición de que el secreto me guardéis, tomad esta carta y leédmela.

Tomó el sacristán la carta. Se armó para leer y leyó, no sin alguna dificultad, que Cervantes no tenía la letra muy buena, lo siguiente, que se contenía en el sobre:

A la muy ilustre y hermosa señora, reina de mi alma enamorada, doña Aldonza Lorenzo.

—¡Ay!—dijo doña Aldonza dando un recio suspiro—. Esto sí que es escribir fino y amartelado; no como otros, que aun escribiendo rebuznan; y si esto es en el sobre, ¿qué será dentro?... Seguid, Pero Anguila, seguid, que yo os prometo unas medias de lana azules que os van a ser de mucho provecho este invierno.

Desdobló la carta Pero Anguila y leyó lo siguiente:

Hermosa señora de mis ojos; y digo mal de mis ojos, que debía decir de mi ceguedad, porque veros y cegar del resplandor celeste que de vuestros magníficos ojos fluye, fué todo en un punto, y quedar cautivo de la grande hermosura que, pródigos los cielos, han echado en vos a manos llenas, y en tal manera, que yo nunca juntos tantos encantos vi, ni lo creyera si no fuera que vistolos he, y penando muero, y ansiando vivo, de una vida tan triste y de una muerte tan dulce, que ni sé lo que me pasa, ni en dónde estoy, ni a dónde voy, ni qué será de mí, ni qué dejará de ser. Que si vos no recompensáis con vuestra voluntad y amor esta honesta y ansiosa voluntad y deseo voraz que en mí con solo veros habéis puesto, cosa acre para mí es la vida, tan enojosa y negra, que de ella habré de librarme, no teniendo fuerzas para sufrir un tal infierno, por la sola culpa de haberos conocido. Así, pues, señora mía, decidme si puedo atreverme a ir a besaros las manos y a escuchar de vuestra hermosa boca la sentencia de vida o de muerte, por cuya duda agonizando espero. Guárdeos Dios.— Miguel de Cervantes.

Leído había con admiración esta carta Pero Anguila. En su vida había él conocido unos tales conceptos, unas tales ternezas, una tan meliflua y grata manera de decirle a una hembra: «Yo os quiero».

Así es que, leyendo esta carta, abría los ojos y la boca, y se abría todo a la admiración y al entusiasmo, y sentía ansia por conocer al ilustre forastero, que no podía menos de ser ilustrísimo quien de una tal manera sabía escribir y enamorar.

En cuanto a doña Aldonza Lorenzo, no hay que decir lo que la acontecía. Estaba traspuesta. Se le salía el alma por la boca. Parecía que un fuego interno hacía hervir dentro de ella algo que le agitaba, que le salía por los ojos y le tenía muda, seria y pálida, y con un semblante que nadie en ella había visto hasta entonces. Reparábalo esto el sacristán y se decía:

—¡A cada puerco le llega su San Martín!

Relatividad que no era en manera alguna galante, pero que encontraba una cierta razón en la hermosa y fresca y suave crasitud de doña Aldonza.

—Esta carta—dijo Pero Anguila—habría que mostrársela al señor Alonso Quijano para que aprendiese la doctrina del amor y cómo a las mujeres se enamora y se les ofrece el alma entre ternezas y ansias, que no parece sino que a poco más el que escribe desfallece con la pluma en la mano.

—No hay quien enseñe a amar—saltó vivamente doña Aldonza—a Alonso Quijano el Bueno, ni quien a decir ternezas a una mujer le exceda ni aun le iguale; a lo que sería menester enseñarle es a ser otro, no tan flaco, ni tan feo, ni tan vahido; que si yo os digo la verdad, a lástima me mueve, y una cierta afición le tengo de verle por mí tan espiritado y casi loco, que otra cosa que yo no tiene presente, ni en otra cosa cree ni espera, fuera de Dios, que en mí; pero ni yo soy mujer a quien hayan de venir andrajos de tienda, ni tan desesperada estoy que a unir me vea obligada mi edad florida con su vejez amojamada y con olor de cordobán ahumado. Y así, bien se están las cosas, él en Argamasilla y yo en el Toboso, y no me volváis a hablar de él, que me acongojo de una parte y de otra de mí misma me repugno y me canso sólo de pensar que en tales maridamientos había yo de emplear mi hermosura, haciendo de mi tálamo tumba y de mi amor purgatorio.

Púsosele largo y cariacontecido el rostro a Pero Anguila, a quien el señor Alonso Quijano tenía comprada con algunos maravedís y alguna que otra cuartera de trigo que de cuando en cuando le daba la voluntad para que le sirviese de arcabuz y de emisario y de soplón con doña Aldonza, hizo un puchero, se le condolieron los ojos y, haciendo un esfuerzo de tráquea, como si se le hubiese atravesado un bocado, fué a hablar y no pudo, porque no se le ocurrió nada que decir sino que Dios era bueno.

—Pues no parece sino que os han dado varapalo, según me habéis quedado de cicatero y mohino—dijo doña Aldonza—; idos y traeros menesteres de escribir, que, como yo no los necesito, no los tengo, y volved cuanto antes.

Dió Pero Anguila la carta a doña Aldonza y fuése, dejándola esponjada de contenta, y doliente y cuidadosa y dando vueltas a la carta y desesperándose, porque un su tío canónigo había estorbado le enseñaran a leer y a escribir, por guardarla más de las tentaciones del amor; pero el amor al fin le tentaba, y de tal manera que no se sufría, y a pesar de que las letras que componían la carta no fuesen para ella más que patas de mosca, en cada una de ellas, para ella, se levantaba un millón de requiebros, un mundo de ternezas y rendimientos y un cielo de inefables dulzuras, y todo el cuerpo le hormigueaba, y no podía estarse quieta un punto, que ya se levantaba y ya volvía a sentarse, y un color se le iba y otro se le venía, y un sudor se le secaba y otra congoja le hacía sudar hasta el quilo.

Habíasele pegado fuego el alma a doña Aldonza y no había que pensar en que nada pudiera apagar aquel fuego, como no fuese el mismo fuego del amor, que de tal manera la trasponía y trastocaba, del hielo que hasta entonces para los hombres había sido, en la lava que a raudales por los ojos, en ardientes miradas, y por la boca en hondísimos y dolientes suspiros se la salía.

Llegó, en fin, Pero Anguila con un pliego de papel moreno y bromo, que de otra manera en el pueblo no le había, y con un tintero de cuerno que era del alguacil, y sentándose junto a la mesa y sacando un pedazo de pluma desbarbada y raída del tintero, púsose en espera de lo que doña Aldonza le dictara.

A lo que ella le dijo:

—¿Y qué hacéis que no escribís?

—¿Y qué he de escribir pesiami—dijo Pero Anguila—si yo no soy ni mujer, ni hermosa, ni pretendida como vuesa merced y yo en tales pasos en mi vida anduve, por lo que célibe me hallo y en estado de profesar, que no le trocaría por todos los amores del mundo?

—¡Pues bien sabéis venirme con recados del señor Alonso Quijano, y ponderarme que no sólo por mí se muera, sino que miserablemente está condenado, y que por mí no vive ni reposa y no parece cuando me lo decís sino que a vos os sucede dos cuartos de lo mismo!

Encendiósele el magro semblante al sacristán, le relampaguearon los ojos, refrescóse con la lengua los secos labios, hizo otro movimiento como para tragar algo que se le agurrullaba en la garganta, quiso hablar y dió un hipido.

—Poned ahí—dijo ya impaciente doña Aldonza—que a este señor se le recibirá en esta su casa de esta su amiga, cada y cuando que venir quisiere, con todo el merecimiento que le es debido; y no pongáis más, no lo echéis a perder, y con una cruz que yo pondré por no saber firmar, ya habrá bastante. Y no tardéis, y cuando la carta escrita estuviere, id a llevársela al señor Miguel de Cervantes, que en la posada debe de estar, y traedle aquí, que de presumir es que él no sepa la casa, y no hay para qué preguntar, y para que estas agencias os sean amables, sabed que os doy la cría de la jumenta, con más dos ducados, y un brial con oropes para vuestra sobrina.

Pareció que se le soltaba al oír esto a Pero Anguila toda la actividad que Dios le había dado, y plumeaba de lo lindo sin parar, y en tres minutos llenó con letra gorda y bárbara y con

una total ausencia de la ortografía dos carillas, después de lo cual, leyendo lo que había escrito, resultó lo siguiente:

Hermoso caballero de mis entrañas

—¿Qué es lo que habéis escrito, desalmado?—dijo escandalizada doña Aldonza—. Puesto que eso que decís sea cierto, ¿creéis que una dama tan honesta y de tantos respetos como yo puede decir tales ternezas, así, de buenas a primeras, a un hombre al que solo una vez ha visto?

—Yo he escrito lo que en vuesamerced veo, y como cuando ese señor venga lo mismo ha de ver que yo veo, bueno es que vaya prevenido, no sea que de la alegría de verse tan bien recibido le acontezca acongojarse, y tal vez ponerse tan en las últimas que os pese de ello; pero si no os pareciese en su punto y razón lo que yo por vos digo, borrarélo, y pondré un más seco introito.

—Teneos y no borrréis—dijo doña Aldonza—, que en verdad, ¡ay de mí!, lo que habéis escrito escribisteis; pero decidme, ¿no pensará él mal de mí, porque yo amado de mis entrañas le llame?

—Creo yo que, no tan mal, sino tan grandemente bien ha de parecerle, que cuando a vos llegue, doblado y aun amontomado y a todo rendimiento puesto traerá el amor, y así se hará más pronto la boda y nos chuparemos los dedos.

—Pues como va se quede, y veamos cómo habéis seguido.

Continuó Pero Anguila:

Amor es cosa que yo no entiendo, ni nunca entender quise: pero si amor es ahogarse pensando en un sujeto, y tener celos, y no poder reposar ni estarse quieta, algo de amor debe de haber en mí, que en verdad es que desde que os vi no me sufro, ni sé lo que quiero, ni lo que espero, y desesperome, y bascas me devoran y tocada de mal de rabia me creo. Y no digo más, porque lo que en mí pasa no es ni puede ser sufrido sino a la fuerza y con ansias de muerte. Y maldigaos Dios como a este lugar hayáis venido a sacarme de mi tranquilidad y contento. Vos pondréis lo que falta, y besándoos las manos acabo y aun no empiezo, poniendo por firma esta cruz, que es el emblema del martirio y de las angustias en que me habéis puesto.

—Todo eso me parece muy bien—dijo doña Aldonza—, que no parece sino que en mi alma os habéis metido y la habéis visto, y yo tengo para mí que el que es honrado debe decir lo que siente; pero lo de la maldición no me parece tan bueno.

—¡Ay, señora de mi alma—dijo el sacristán—, que la maldición es lo mejor que la carta lleva! Que cuando su merced

le leyere, conmovérase, aunque, como no lo muestra, de piedra sea; pues qué, ¿no habéis oído decir a las mozas enamoradas: «¡Ah, maldito, y cómo me tiene porque le quiero?»

—Pues si así es ello, quédese así, y a buscar a ese caballero idos, y cuanto antes traedle—dijo doña Aldonza.

El sacristán se fué más dado a los diablos que lo que él mismo creía. Había escrito la carta por lo que en su alma hablaba, que eran celos y amargura de ver a doña Aldonza, a quien creía insensible, al fin de un hombre enamorada, que él enamorado de ella andaba, y sin saberlo, que de respeto ni aun había llegado a pensar que lo que de él hacía doña Aldonza tiraba, era amor, y necesitó para saberlo que se lo anunciassen, como buenos maestros, los celos que hasta entonces no había sentido; porque si bien Alonso Quijano, el de Argamasilla, le pagaba para que trajese y llevase de doña Aldonza a él, y de él a doña Aldonza, nunca doña Aldonza había contestado razón que no fuese desabrida y dura al de Argamasilla, lo que contentaba a Pero Anguila, sin que él cuenta se diese de su contento, que era el ver a doña Aldonza con todo el mundo tan zahareña y tan de hielo que no parecía sino que para desesperar a todo el que la buscase enamorado al mundo había venido, y con una hermosura tal y tan de bulto que era necesario ser de corcho para no sentirse por ella arrebatado al infierno del amor no correspondido, y cuando más tierno, más a las ansias de la desesperación llevado.

Halló el sacristán en la posada a Cervantes, y viéndole ya viejo y no hermoso, asombróse y sacó en limpio que las mujeres no se han hecho sólo para los lindos, que en la primavera de la vida se pavonean y a las mujeres más hermosas pretenden, sino para quien Dios quiso, alto o bajo, chico o grande, feo o hermoso, joven o viejo, y aumentáronsele los celos y la ira y dijo a Cervantes, después de haberle saludado con una casi genuflexión y con la voz cascarreña, aunque cortés y respetuosa:

—Esto para vos me han dado y hanme dicho que la contestación que he de llevar es vuestra propia persona, que yo guiaré; y esperándoos quedan, yo no sé con cuántas amarguras y cuántos temores, de lo cual yo me felicito, porque siempre gozo como propio bien mío el bien ajeno.

Quedóse suspenso Cervantes al oír este insólito mensaje y suspendióse más aún cuando leyó la carta, creyendo que no de honesta mujer se había agradado, sino de hembra fácil y an-tojadiza, de lo cual, más que deseo, debía sentirse hastío. Y como después de haberlo pensado bien se había arrepentido

del paso que había dado, y reprendídose de aquella mala costumbre que de sus mocedades guardaba, acordándose de su mujer y de la niña de su vida y de que Dios no podía ayudarle en sus aprietos si ya en la edad madura no se iba a la mano en los vicios, contestó desabrido al sacristán que sus quehaceres no le consentían ir a besar las manos a doña Aldonza tan presto como quería, y que tiempo habría y que ya se vería lo que convenía; sin embargo que él, entre tanto, agradecía mucho la buena y favorable manera de la contestación de su carta y que se fuese, que ya pasaría él cuando tuviera lugar y holgura para ello.

Compungióse el sacristán, que era la más extraña criatura que podía darse. Lastimáronsele las entrañas sólo de considerar lo que iba a ser de doña Aldonza, si tal contestación le llevaba. Diéronle miedo los resultados que preveía, y dijo:

—No seré yo el de la mano cruel e impía que una tal y tan fiera puñalada dé al corazón más sensible, más bueno y más dulce del mundo; que cuando una señora que nunca amó y a los millares de enamorados cautivos de su hermosura desesperó y dejólos muriendo en vida a rigores de sus crueles ansias, sus entrañas siempre al amor insensibles; cuando esa señora, digo, a un hombre ama y se lo dice y a él se rinde, si de tal manera es pagada, asesinato en ella se hace, sobre todas las crueldades impío y sobre todas las ferezas carnicero; máxime cuando ella nada dijo, sino lo que le dijeron, y ella lo que le dijeron creyó, y en tórtola amante sintióse traída de grande altura y a toda fineza y rendimiento ajena; y si vos, señor hidalgo, hubieseis creído que doña Aldonza Lorenzo es cosa traída y llevada, y a todo desvarío y libertad puesta, yo os ruego que os arrepintáis de haberla ofendido con tal pensamiento, y que no hagáis nada por lo cual parezca que en tal pensamiento habéis caído, que si de ello se apercibe, mataréisla; y no os creo tan mal cristiano que a vuestro prójimo matéis, pudiendo darle vida y siendo en este caso vuestro prójimo una prójima como lo es doña Aldonza, que en verdad, en verdad os digo, alguno hay, y algunos en este mundo, y no muy lejos, que si supieran cómo os ha acogido doña Aldonza, asombráranse de verla tan trocada y de celosa rabia morirían; y si estas verdades y suplicantes palabras mías a misericordia no os moviesen, vedme aquí de rodillas, y en mí, si algún enojo tuvieseis que satisfacer, satisfacedlo, pero no hagáis más desventurada que mujer alguna lo fué en el mundo a quien no parece sino que ha nacido para amaros y ser vuestra esclava, porque en el punto en que os vió, no fué ya nada

suya, sino toda vuestra, y en tal manera, que si por vuestra no la quisierais, ella será de la muerte más cruda, más miserable y más infeliz de que haya podido morir mujer enamorada.

Preguntóse Cervantes a sí mismo si doña Aldonza estaba loca, y a otro loco le enviaba por mensajero; y olvidándose de su arrepentimiento de haberse metido en aquella aventura, y más empeñado por ella, alzó al sacristán, que aún estaba a sus pies de rodillas, y casi en cruz los brazos, y con el semblante hacia él alzado tan miserable y mezquino, que más a risa que a compasión movía, y díjole:

—Dad por no dichas las palabras que me oísteis, que de negro humor me hallásteis, tal vez por las ansias en que mi amor me tenía puesto, y dejad que un tanto me aliñe y pula, que no tardaré mucho, y en seguida allá con vos me voy, y muy contento, a donde con tanta ansia y tanto deseo venturoso el amor me espera—y con ponerse un traje un si es no es nuevo e hidalgo, que Cervantes guardaba como oro en polvo para las grandes ocasiones, con el sacristán, que no sabía lo que le sucedía, ni cómo había amanecido aquel día aciago, a casa de doña Aldonza se fué.

Pero encontráronse con que a doña Aldonza, con la revolución que en ella había causado aquel amor subitísimo, se le había indigestado el almuerzo, le había acometido un cólico cerrado y estaba dando gritos que los ponía en el cielo, y asistida del barbero, que otro médico no había en el pueblo, y ocupando a sus criadas en cataplasmas y unturas, y en el lecho, que no se la podía ver, ni ella la desventurada podía ver a nadie; y no así como se dice, sino de tal manera, que tenía nublados los ojos y se moría toda y no parecía sino que a cada uno de los gritos que daba iba a rendir el alma.

Picóse más y más de deseo Cervantes, porque ya se hacía cargo de que aquello era la no costumbre del amor en cuerpo craso y fuerte; y con decir que él entendía de medicinas y que los cólicos eran su fuerte, allá a la alcoba de doña Aldonza le llevaron, encontrándola en lo más recio de sus gritos y de sus retortijones, que no parecía sino que estaba endemoniada, y que toda una entera legión se la revolvía en el cuerpo.

Mandó Cervantes que cociesen romero con vino y aceite y sal, esto es, el bálsamo de Fierabrás que él propinó a don Quijote y que, en estando, se lo diesen caliente a doña Aldonza, con lo cual, cuando se hizo la prueba, empezó a arrojar, no ya sólo el almuerzo, sino las entrañas, con gran admiración del barbero y de los criados, y de los que allí estaban, que desde

aquel momento diputaron a Cervantes por un gran médico.

Alivióse cuando se hubo vaciado doña Aldonza, y entonces mandó Cervantes que la arroparan para que sudase, y con el anuncio de que él volvería por la tarde, que ya Aldonza estaría buena, volvióse a su posada, regocijado por lo que lo ridículo de todo aquello le había divertido, y temiendo entrometerse en otros amores que fuesen para él tan funestos como todos los suyos, menos el de su mujer, lo habían sido.

Propúsose, pues, acabar cuanto antes su comisión en el Toboso, y volverse a Valladolid, donde su familia había dejado, antes de que otros nuevos compromisos le cogiesen, y fuése al Consejo de la Villa a seguir con sus cuentas, que ya estaban muy adelantadas. Prometiéronle que al siguiente día le pagarían, y se alegró de ello, porque saldría del Toboso, y con esto se libraría de la tentación en que le iba metiendo, y más que a paso, aquella extraña doña Aldonza.

CAPITULO XXIII

Propúsose cien veces Cervantes dejar las cosas en el lugar y estado en que se encontraban, quitarse de la cabeza los malos pensamientos que a causa de doña Aldonza le habían asaltado, irse al día siguiente del Toboso. Tenía ya cincuenta y un años, y no era ciertamente esta edad la que podía disculpar ciertas licencias. Pero volvía a sentirse impulsado. Había comprendido lo que era aquello. Doña Aldonza se había sentido dominada por él, por la misma razón que por él se habían sentido dominadas y enamoradas tantas mujeres. Por un no sé qué misterioso que emanaba de la mirada, de la palabra, de la acción, del ser entero de Cervantes. La expresión del genio, que es siempre joven y hermosa. El fuego del amor, que es siempre brillante.

Doña Aldonza era sencilla, violenta, impresionable a su manera, candorosa y poco acostumbrada al trato de las gentes. Como que había llegado a sus veinticinco años sin haber salido del pueblo. Su espíritu era naturalmente levantado. Por lo mismo ninguno de los que la habían pretendido, rudos hidalgos

campesinos, habían podido agradaarla. Alonso Quijano había logrado llamar su atención; pero era feo; más que feo, raro; flaco, agalgado, triste, y a más de esto, daba claros indicios de locura.

Cervantes, como todos los viejos cuando se creen amados, se sentía rejuvenecido. El diablo de la sensualidad le envolvía en sus vaporosas alas, saturadas de penetrantes y deliciosos perfumes. Acabó por sonreír y dijo:

fumes. Acabó por sonreír y dijo:
a doña Aldonza.

En sus dudas había pasado el tiempo hasta la noche. Era ya oscuro cuando salió de la posada. Verdaderamente los cincuenta y un años que ya tenía encima Cervantes, y su gran experiencia y sus desengaños y sus obligaciones, debían haberle apartado de aquella aventura. Pero... La mirada penetrante de Cervantes había encontrado no sabemos qué tesoro de virginidad de espíritu en doña Aldonza. Era una flor silvestre. Cervantes, que tenía la facultad, o más bien la cualidad, o mejor aún, la necesidad de poetizarlo todo, de espiritualizarlo, de transfigurarle, había transfigurado en su pensamiento a doña Aldonza. De un ser real había hecho un ser imaginario. De doña Aldonza Lorenzo había hecho aquel trasunto espiritual, divino; aquel ser impalpable, puro, delicioso, que, representado por el deseo de don Quijote se llama Dulcinea.

Como en los pueblos todo el mundo se recoge muy temprano, y doña Aldonza había pasado un día negro, tal vez el primero que en su vida sufriera, recogióse al lecho. La puerta de su casa aparecía cerrada. No se veía, ni por un solo resquicio, señal de luz. Parecióle a Cervantes cosa recia llamar a la puerta de una casa en donde jamás había estado, y en donde parecía que todo era sueño y reposo. Había, sin embargo, un medio: hacerse sentir, como se han dejado sentir siempre los españoles, particularmente los meridionales, esto es: por medio de la música.

Cervantes era diestro en el tañer de la vihuela, a pesar de su manquedad, y aunque con la voz un tanto ronquilla, por una bronquitis crónica que padecía desde hacía muchos años, no dejaba de cantar de una manera agradable y, sobre todo, sentida. Había salido de su casa con la intención de hablar amorosamente con aquella deidad campesina, y se le hacía muy duro volverse, aguantando el no cumplido deseo. Tenía necesidad de una guitarra, y además de esto, de alguna copla acomodada

al objeto. Empezó, pues, desde el momento a buscar la copla, mientras se movía en busca de la guitarra.

Al ir a casa de doña Aldonza había pasado por la barbería. Fué allí. Halló Cervantes, en llegando, que el barbero cerraba la tienda. Le conocían ya de vista. A los tres minutos de haber llegado un forastero a un pueblo, todo el mundo le conoce. Se sabía a lo que iba; esto es, a cobrar lo que en el pueblo se debía a su Majestad. Se le había tomado entre ojos, como a todo el que va a sacar dinero.

El barbero, por ser favorito del alcalde, debía. Por consecuencia, debía serle aborrecible un hombre que iba a el Toboso de orden del rey, y con *vara alta*, para obligar al pago a los morosos.

Alegróse el barbero cuando vió a aquella hora al apremiante del Toboso. Pero por lo mismo que al verle había concebido una ruin idea, le recibió con la sonrisa en los labios. Y no sólo esto. sino que, cuando Cervantes le dijo lo que quería, esto es, que le prestase la guitarra; vino gustosísimo en ello y se la dió, sintiendo, como él decía, que para cosa de mayor momento no le hubiese buscado. Agradecióselo Cervantes, y fué templando ya la guitarra, porque la casa de doña Aldonza no estaba muy lejos; y el barbero, que había hecho como que cerraba, en cuanto vió que ya Cervantes se había alejado lo bastante para no reparar en él, salió quedo y sagazmente, a lo zorro, y favorecido por la noche, que era un tanto oscura, tras él se fué, sirviéndole de guía el ruido de la vihuela que Cervantes templaba.

Llegó al fin nuestro hombre, y a alguna distancia de él el barbero, delante de la casa de doña Aldonza, que era la mayor del pueblo; como que doña Aldonza, por lo antiguo de su nobleza, y por su mayorazgo, que en el Toboso radicaba, pudiera muy bien haberse llamado señora del Toboso, lo cual quiso indicar Cervantes, llamando a la dama adorada por don Quijote Dulcinea del Toboso, y como tuviese ya templada la guitarra, y compuesta de memoria, y como Dios había querido, dos coplas; después que hubo punteado y rasgueado un largo espacio, como para hacer que doña Aldonza despertara, entonó con voz no muy desagradable, la una tras la otra, las siguientes quintillas:

*Señora, cerrada hallé,
cuando te buscó mi amor,
tu puerta; pero mi fe
busca otra puerta mejor
que con mi amor yo abriré.*

*Entren, pues, por tus oídos
mis cantares apenados
y mis amantes gemidos,
que si son de ti escuchados
serán ya correspondidos.*

De la una a la otra copla había pasado un largo intermedio de punteo y de rasgueo y de bizarrías guitarrescas, que todavía sabía ser galán Cervantes.

Antes de la primera copla, doña Aldonza, que no dormía, se había sobresaltado. Cuando la primera copla llegó y penetró por sus oídos, la puerta que Cervantes deseaba le fuese abierta se abrió con estremecimientos de las entrañas de doña Aldonza; es decir, se la abrió el amor. Mientras duró el largo ritornello, antes de la segunda copla, doña Aldonza se vistió apresuradamente, y mientras que la copla cantaba Cervantes, abrió las maderas del mirador, y no sólo las maderas, sino las celosías, y esto con tal desenfado, y tan sin recato, y con una tal intención de que el ruido que causaran las hojas y la celosía al abrirse llegasen a los oídos del músico, que éste no pudo menos de oír aquel ruido. Metióse la guitarra bajo el brazo Cervantes, y acercándose a la casa y poniéndose bajo el mirador, dijo:

—¿Sois vos, por mi ventura, señora mía?

—Yo soy que os oí...—dijo doña Aldonza, y de turbada y sobresaltada no pudo decir más.

—Muy alta estáis—dijo Cervantes—y viento corre, y yo temo que las palabras de mi amor lleguen a vos por el viento enfriadas, y no ardiendo en las vivas llamas con que envueltas de mi pecho salen.

Hizo doña Aldonza un esfuerzo y dijo con la voz trémula y enamorada:

—No temáis eso, que a bajar voy, y así el viento no se llevará vuestras palabras, que en verdad en verdad, desde aquí yo no las entiendo bien; allegaos a una reja que tenéis a siniestra mano, que allá voy yo.

Quitóse del mirador doña Aldonza sin entretenerse a cerrarle, fué a la reja Cervantes, y el barbero, que vió que doña

Aldonza había salido a los miradores, y que el otro a la reja se había acercado, túvolo ya bien sujeto, pues le dejaba pelando la pava y se fué a buscar algunos compadres, irritado doblemente contra el forastero. Que no bastaba que hubiese ido al pueblo a apremiarle, sino que a la buena moza del pueblo apremiaba y, lo que era peor, la buena moza se prestaba al apremio, y aun con aspecto, a lo que parecía, de que el apremio no fuese mayor. Esto no era para sufrido ni aun para mentado.

El barbero se fué al alguacil del pueblo, y al sacristán y al sochantre, que eran tres mozos capaces para cualquier asunto; díjoles lo que acontecía, es decir: que doña Aldonza, la ingrata para todos, se había vuelto de cera para el forastero, por lo que, admirados todos, sacaron en limpio que Cervantes no podía menos de ser brujo; y, armándose de garrotes, allá se fueron, con la intención de dar a Cervantes una paliza tal que del Toboso escapase y no quedara con deseos de volver a él.

En dulcísimos coloquios y enamoradas ternezas estaba Cervantes, saboreando lo que hacía ya mucho tiempo no saboreaba, y con deliquios de doña Aldonza, a la que el amor le parecía una gloria; como dos tórtolas, en fin, que a su purísimo amor se abandonan, cuando doña Aldonza dijo:

—¡Ah!..., señor mío..., que por allí viene tres bultos, y a esta hora con buena intención no vienen, y son en este pueblo tan bárbaros y tan soeces y de tan mala sangre, que mucho me temo no os acontezca una desdicha.

Despertó de su sueño amoroso Cervantes, volvióse y, en efecto, vió los bultos que doña Aldonza decía y que no eran tres, sino cuatro, y que ya se le venían encima.

—Acudid a la puerta, que a abrir voy, y entraos—dijo doña Aldonza—, que muchos son y darán de vos buena cuenta—y se quitó de la reja.

Ya Cervantes se había vuelto y bien a tiempo, porque apenas si le tuvo para parar con la guitarra un limpio garrotazo que el uno de los bultos había descargado. Y fué el caso, que al que le descargo, le dolió el golpe, porque rompió la guitarra, que era suya, de donde se saca que el primer acometedor de Cervantes había sido el barbero.

Ya Cervantes, que conservaba todo su vigor, había tirado de la espada, tomaba distancia y acometía bravamente a sus acometedores, que al conocer su brío entraron en miedo, se apartaron, se pusieron a gran distancia y, desde allá, sobre Cervantes empezaron a llover piedras, de las que por el suelo había

en abundancia y, aunque por su buena suerte Cervantes no había recibido en los principios ninguna pedrada, de seguro que de él dan fin si allí continúa. Pero abrióse la puerta de la casa, sonó un tiro, dió un grito el uno de los apedreadores y escapó, y los otros no se detuvieron ni un punto, sino que dieron a correr como liebres espantadas, y desaparecieron.

Era Dulcinea, llamémosla así, la que en fuga había puesto a los malsines. Hembra de pelo en pecho y brava y a más de esto enamorada y más de un tanto irritada por el amor, no se había andado con reparos, sino que antes de abrir la puerta había corrido a la cocina y había cogido una de las escopetas preparadas que allí tenían los mozos para defender si era necesario la casa, había encendido la mecha en el rescoldo que aún quedaba en el fogón, y armada ya había ido a abrir la puerta, y apenas la abrió, cuando sin encomendarse a Dios ni al diablo, sobre uno de los bultos (era el barbero) descerrajó y le alcanzó, pero con la buena suerte para el huído, o más bien para el partido, de que la escopeta sólo estaba cargada con perdigones zorrunos. Una vez alejado el ejército enemigo, Dulcinea se acercó a Cervantes, le asió por un brazo y amorosísima le dijo:

—Por mi esposo y señor os tomo, y así, en vuestra casa entrad, y en ella estad como su dueño y dueño mío, que si en la calle os quedarais en peligro quedaríais, que ellos volverán con medio pueblo, y Dios quiera que dentro de la casa no tengamos que defendernos—y tirando de Cervantes en su casa le entró y cerró la puerta.

Estos fueron los principios de los amores de Cervantes con Dulcinea del Toboso, la ocasión de la saña y de la venganza de Alonso Quijano, el de Argamasilla, y la causa del nacimiento del nunca bastante celebrado *Don Quijote*.

Quedó todo en silencio y nadie apareció. Nadie turbó los amores de Cervantes y de doña Aldonza. El barbero y sus cofrades conocieron que si la casa de doña Aldonza asaltaban, por más que fueran reforzados con otros compañeros, podría suceder saliesen escarmentados, porque los mozos de doña Aldonza eran gente dura y de mala sangre. Así es que remitieron a manos más fuertes su venganza, y uno de ellos, el sochantre, que era un andarín famoso, salió, después de una breve conferencia con sus compañeros, para el próximo pueblo de Argamasilla, a dar cuenta a su alcalde, Alonso Quijano el Bueno, de quien todo el mundo en el Toboso sabía andaba

enamorado, perdido y sin esperanza de doña Aldonza, a decirle lo que acontecía.

A ninguno de sus mozos ni de sus mozas había llamado Dulcinea; pero todos y todas (ellos eran tres y dos ellas) habían oído el guitarró y el canto, y luego habían sentido que la señora andaba por la casa y el tiro, y después que la señora con un hombre en la casa entraba. Pero como nadie los había llamado, quedos se estuvieron, pero no tanto que algún tiempo después las dos doncellas y los tres mozos no se concertaran y se fuesen a espiar a su señora, cosa que ha sucedido en todos tiempos, para propalar al otro día por el pueblo que, al fin, su señora se casaba y que iba a haber bodorrio. Había, pues, larga materia de escándalo.

Cervantes, en vista de que nadie aparecía, salióse de casa de doña Aldonza, cruzó el pueblo y se metió en la posada. No encontraba otro medio para salir de aquella situación difícilísima que huir. Lo de la cobranza del Toboso, podía dejarlo para otra ocasión. De todos modos, él llevaba apremios para otros muchos pueblos del reino de Toledo y para esta misma ciudad.

—Sea como fuere—dijo—, allá veremos lo que sucede—y se bajó a la caballeriza, cuando todavía no era de día claro, ensilló su jabelgo, pagó su cuenta y se salió del Toboso a punto que clareaba.

Respiró con alguna más facilidad cuando se vió en el campo, y que de nadie había sido notado, ni nadie le seguía; y para evitar que le viese algún viandante que fuera o viniera al Toboso, dejó el camino y se metió por una senda y luego por otra, y siguió andando de prisa a campo traviesa, por eriales tan solitarios y desde los cuales de tal manera no se veía ni habitación ni torre a ninguna distancia, que no parecía sino que caminaba por un desierto. •

Creció el calor a medida que creció el día, refrenando su marcha el jaco, que era ya poco menos que decrépito, y un hambre voraz se dejaba sentir a Cervantes, cuando en una hondonada, en la cual se alzaban algunos árboles al lado de un arroyo y al lado de un caminejo, teniendo junto a sí una frondosa huertecilla, descubrió una venta, que era como si hubiera descubierto un oasis. Fuése a la venta Cervantes, y se encontró con un viejo de no muy buena traza, y con una mujer hombruna, que sin duda era su mujer, y con una mocetona rubia como de unos veinte años, hija sin duda de los dos, por los rasgos de semejanza que con los dos tenía.

Pidió de comer Cervantes; diéronle lo que tenían, que eran

huevos frescos; y en cuanto al pan, hubo de contentarse Cervantes con un pedazo del de centeno, y de edad por lo menos de quince días. Pero como a buen hambre no hay pan duro, comiósele con muy buen sabor Cervantes, y en cuanto al caballo, se le soltó al prado para que en él pastase a su placer, porque pienso no había ni para qué hablar de él en el ventorrillo. De aquel caballo escuálido debió tomar algo para *Rocinante*, Cervantes.

Preguntó a dónde iba aquel caminejo, y dijéronle que a tres cuartos de legua de allí iba a parar al camino real de Toledo, y cerca de aquella ciudad; con lo que Cervantes, y porque con el calor que hacía no era hora de ponerse otra vez en camino, se echó en una cabezada que le dieron, y rendido con todo lo que por él había pasado, se durmió.

Dejemos a Cervantes durmiendo la siesta en el ventorrillo, y volvámonos al Toboso.

El sacristán. Pero Anguila, intermediario de los amores de doña Aldonza y de Cervantes, se había lastimado de tal manera al ver que al fin la buena moza del Toboso había caído en el mal de amores por un forastero, y por un forastero que había ido a apremiar al pueblo para hacerle pagar lo que nunca había pensado pagar el pueblo, se sintió de tal manera herido y desconsolado, y lastimado en lo más íntimo de su alma, y sintió tal hambre y tal sed, no de justicia, sino de venganza (que ya sabemos que, aunque él no lo hubiese dicho ni aun se hubiera atrevido a pensarlo, enamorado andaba, y muy al cabo, por la hermosísima Dulcinea), que no siendo él persona fuerte ni capaz para vengarse, en buscar pensó a persona que, vengándose, le vengase a él, y esta tal persona no podía ser otra que aquel de Dulcinea enamoradoísimo esclavo, Alonso Quijano el Bueno, el de Argamasilla.

Envió, pues, a aquel personaje un propio, que apesar de que llegó en altas horas de la noche a Argamasilla, encontró al señor Alonso Quijano desvelado, tirándose al colete la parte más enrevesadas y maravillosa de *Tirante el Blanco*, cuyo propio era portador de la siguiente misiva:

Señor Alonso Quijano el bueno, el de Argamasilla, mi dueño: por aquí se nos ha venido un tal de Cervantes Saavedra que, con apremios para el pueblo, de la corte le han enviado; y, como si esto no fuera bastante, en apremio ha puesto a mi señora doña Aldonza, y compelióla ha, y tan en aprieto la tiene, que la buena señora no puede resollar de enamorada;

y tan es esto, que ha cogido un cólico que yo creo que sea de amor; porque papeles se han cambiado, y tan tiernos, que no parece sino que han de deshacerse el uno por el otro como la sal en el agua. Y dígoos que si no acude pronto vuesa merced a poner el remedio, en el Toboso va a suceder una desdicha, es a saber: que a perder vamos a nuestra buena señora, por la que estamos cuidadosos, porque presumimos que brujo debe ser el tal apremiador del rey. Y véngase cuanto antes vuesa merced y vea cómo proveer en esto, que a todos nos tiene atosigados, principalmente a este su humildísimo siervo, que sabe bien cuánto ha de ser el dolor de vuesa merced, si estos comienzos de amores llegan, no a su fin, sino solamente a sus medios. Y sin más, yo beso a vuesa merced las manos y ruego a Dios que le guarde.—Pero Anguila.

Quando leyó esta carta Alonso Quijano, botó sobre el asiento y arrojó a *Tirante el Blanco*, llamando a seguida a su mozo, alguacil y escudero, todo en una pieza, llamado Sancho, y le mandó ensillar el rocín y enalbardar el rucio y quitar la lanza del astillero; y aun no era de día, y aun en camino para el Toboso no se había puesto Alonso Quijano, cuando recibió otra carta que le llevó otro propio, del propio sacristán Pero Anguila, en que le contaba lo de la música de Cervantes a doña Aldonza y lo de la pendencia y lo del escopetazo que doña Aldonza, defendiendo a su enamorado amadísimo, había apretado al barbero y de cómo después de esto doña Aldonza se había llevado para sus interiores a Cervantes. Segunda carta que de tal manera avivó el rabioso fuego de los celos en Alonso Quijano el bueno que no el corazón le alentaba, sino un volcán de encendidos furoros, tantos y tan tremebundos, que espanto hubieran puesto en el pecho al mismísimo Fierabrás de Alejandría.

Así es que con esta última y pavorosa noticia, no se detuvo un punto, y saliéndose de Argamasilla a toda prisa, caminó tanto y tan sin descanso, que a la caída de la tarde vino a dar en el Toboso y en casa de doña Aldonza, aunque autoridad para ello no tuviese, porque nunca en su casa doña Aldonza habíale recibido, ni aun se la había ofrecido. Encontróse con que la jaula estaba sin pájaro, y con que nadie sabía a dónde doña Aldonza se había ido. Que de casa habíase salido cabalgando en un mulo, sólo de un mozo y de una moza acompañada, aunque muchos creyeron que se había dirigido a Ciudad Real, donde tenía mucha hacienda y algunos parientes.

Pero había quien estaba en lo justo por ser, por su desdicha, secretario de los amores de doña Aldonza y Cervantes, y con esto ya hemos dicho que este tal era el sacristán Pero Anguila, a quien, no habiendo Cervantes ido a almorzar con doña Aldonza, que le había convidado, y como tardase, a que le buscase enviólo; hallóse Pero Anguila con que aquel amanecer habíase ido el apremiador sin decir a dónde se fuese, y con la mayor alegría, aunque disimulándola, fué a decir a doña Aldonza que Cervantes se había ido del pueblo sin decir a dónde, a lo que doña Aldonza nada dijo, sino que se puso muy pálida, y luego muy encendida, y se le cargaron los ojos, que no parecía sino que reventaban por llorar; cosas todas que significaron a Pero Anguila a cuánta gravísima y tenaz locura habían llevado a doña Aldonza aquellos amores.

Despidióle sin hablarle más palabras doña Adlonza y huyó tomando un lienzo de narices que allí por acaso se había dejado olvidado Cervantes, besólo y, silbando como hubiera podido silbar un gañán, acudió dando corcobos un lebrél precioso; doña Aldonza le hizo oler el pañuelo, y a seguida el galgo venté y partió y a poco volvió gruñendo como diciendo a su señora que ya sabía él por donde se había ido *aquel cruel Uli-ses; aquel fugitivo Eneas*.

Pero doña Aldonza, muy al contrario de exclamar *Saturno te acompañe, allá te avengas*, púsose apresurada uno de sus trajes de caza, que los tenía muy buenos (y era el traje a propósito, porque a cazar iba), y no en jamugas, sino a horcajadas, montó en un macho, llevando a las ancas una doncella, tan capaz como su ama de todo, y con un mozo en otra mula, prevenido de dos escopetas, venteando el lebrél, salióse del Toboso y tras el lebrél fuése, que corría y volvía, no pudiéndole seguir las mulas, y volvía, y tornaba a correr, y así, a punto que la noche cerraba, llegaron al ventorrillo donde había parado Cervantes, y donde éste, bien comido y bien bebido y bien dormido, ponía ya el pie en el estribo para seguir hacia Toledo.

—Bien parece la ingratitud en los villanos, la descortesía en los soeces y la ingratitud en los desalmados—le dijo doña Aldonza abalanzándose a él—; pero no en los buenos y honrados hidalgos como vos os preciais de serlo; y dígoos yo, que ningún motivo os di para que así me dejáredes y abandonáredes, sino más bien cuantas muestras de amor y de respeto y de humildad puede dar una hembra bien nacida al hombre que la enamora; y dígoos yo, que de aquí no habéis de pasar sin dar fe

y palabra y juramento de esposo ante estos mis criados que aquí me acompañan y estas buenas gentes que aquí se ven; y de no, con este puñal (y sacó uno que debajo de las sayas llevaba) en mí misma haré sacrificio de mi propia desgracia, no pudiendo en vos satisfacer mi despecho y mi ira, porque tanto os amo, señor mío, que habíais de matarme y contra vos no me volvería aunque pudiera, ni aun me quejaría del dolor que vuestras heridas me causasen, que no puede ser mayor que el que vuestro desconocimiento y vuestra ingratitud me causan.

Cervantes que estaba muy tierno, y no tan decidido como parecía a apartarse de doña Aldonza y que con el pie puesto ya en el estribo andaba en dudas de si seguiría hacia Toledo o se volvería al Toboso, inclinándosele la balanza del lado de doña Aldonza, le dijo:

—Por Dios te ruego, hermosa señora mía, que contra ti no vuelvas tus iras que de ti no huía yo, ni me apartaba, que mal podría yo huir y apartarme de mi vida sin dar en mi muerte; sino que la rabiosa saña de los del Toboso se irritaba contra mí y yo no era bastante contra todos, y por lo mismo, a cobardía ni demérito mío lo tomes, sino a prudencia; y resuelto iba a avisarte, en cuanto a lugar seguro llegase, de cuál este lugar fué; y si espera tu amor te hubiera dado, no tardaras en saber que ni yo de ti me desagenaba, ni desagenarme podía, sino por el contrario, doliente y desesperado te llamaba no pudiendo vivir sin el encanto de tu hermosura y las venturas de tu amor.

—Pues siendo esto así—dijo doña Aldonza—, de ello no se hable, que yo sólo por haberos visto y oído dóime por contenta y bien pagada, y espero que me perdonéis mis dudas, que no hay amor que no dé en las dudas y en los temores, y si en ellos no da, amor no es; entrémonos a esta venta y comamos, que en todo el día no he comido, y con veros, y de vos satisfecha, háseme abierto de tal manera el apetito, que no puedo sufrirme según que los vahidos me suben del estómago a la cabeza; y con esto venid y tomadme en vuestros brazos para que venga a tierra.

Desmontó Cervantes, en sus brazos tomó a doña Aldonza y en tierra la puso, saltó en limpio la doncella o moza que no se andaba con repulgos, echóse cachazudamente de su macho al suelo el mozo, y todos en la venta se entraron. Bien quisiera el autor que en la venta hubiesen sobrevenido aquella noche, que ya había cerrado, peregrinas y nunca oídas ni vistas aventuras para recreo de sus lectores; pero no aconteció otra cosa

sino que doña Aldonza hubo de contentarse con unas sopas que del pan que llevaban se hicieron, con una tortilla de una docena de huevos, y con lo demás que en las alforjas iba, y el vino de la bota; después de lo cual descansaron hasta que clareó el día, y cantó el gallo, y todos se fueron levantando. Tomando un refrigerio cabalgaron, y para Toledo se fueron, entrando en el medio del camino en una floresta, comiendo de lo que en las alforjas quedaba, pasando a lo pastoril los dos algunas dulces horas, y siguiendo a la tardecita hacia Toledo, a donde llegaron a tiempo que la campana de la iglesia mayor daba las Animas.

Metiéronse en la posada de la *Sangre*, que era la única que entonces había en Toledo, y allí se propusieron estarse tranquilamente en tanto que lo del Toboso se arreglaba; que doña Aldonza estaba segura de que sí se arreglaría, en lo que no contaba con la huéspedada, porque no sabía con cuánta saña la buscaba Alonso Quijano el *bueno*, del cual ella se había olvidado, como si no hubiera sabido que tal Quijano había en el mundo.

CAPITULO XXIV

Buscaba entretanto, desalado y llevado de los diablos Alonso Quijano a doña Aldonza, y seguiale socarrón y solapado su escudero, alguacil o mozo Sancho Zancos, dándole cordelete, porque él sabía bien lo desesperados que eran los amores de su amo por doña Aldonza, que no la conseguiría ni aunque la hechizasen y adobasen para hacerla suya, todos los encantadores de los libros de caballería en que su amo se engolfaba, perdiendo en ellos miserablemente el juicio; pero le iba a la mano, porque así le contentaba y le sonsacaba, y con lo que de él tomaba y él le consentía le tomase, aumentaba su peculio, disminuíndole sus gastos y a su Teresa tenía contenta, que ya se iba dando en Argamasilla ínfulas y ribetes de dama.

Pero por mucho que volvían y revolían y buscaban y preguntaban por todos los pueblos circunvecinos, ni rastro hallaban de doña Aldonza, ni de Cervantes, ni de nada que a ellos

oliese, y como por ser fuera de camino el ventorrillo donde doña Aldonza había encontrado a Cervantes, por él no hubiesen pasado, y como no se le había ocurrido a Alonso Quijano que a una ciudad tan populosa como entonces lo era Toledo, y donde doña Aldonza tenía algunos nobles y ricos parientes, hubiera ido sin temor ni respeto alguno por el decir de las gentes, por Toledo no se le ocurrió ir; bien que si fuese no le aprovechara, que por lo mismo que en Toledo buenos parientes tenía doña Aldonza. de la posada no salía ni para misa, ni por un resquicio se dejaba ver, no obstante lo cual estaba contenta, porque con el amor de Cervantes que el alma le llenaba, el alma tenía satisfecha, y así, a lo turco, sin dejarse ver de nadie más que de su adorador sultán, hubiera estado todos los días de su vida sin que otra cosa alguna le hubiese hecho falta.

Entretanto Cervantes hacía sus apremios en Toledo, y doña Aldonza enviaba emisarios seguros al Toboso, para que tomaran lenguas de lo que allí acontecía, y supiese que el Toboso estaba alborotado y que no se hablaba de otra cosa que de la escapatoria de la buena moza, y que no sólo Alonso Quijano el *bueno*, el de Argamasilla, la buscaba, sino que también la justicia del Toboso andaba que bebía los vientos en su busca, lo que sabido por Cervantes y recordándolo más tarde, pudo ser la causa de aquel pasaje del Quijote en que el taimado Sancho Panza dice: «Liebres córrenla, galgos la siguen; Dulcinea no parece.»

Pasaron así bien quince días.

Pero el demonio, que muchas veces se vale del acaso, hizo que un día, estando fuera Cervantes a sus diligencias de apremio, llegase a Toledo y en la posada de la *Sangre* parase un bachillerote capigorrón, gran literato, que se escribía en exámetros la historia del preste Juan de las Indias a poco que se picase, y que en una y otra academia literaria había conocido en Madrid a Cervantes; y como a poco de haber a la posada llegado se hubiese encontrado en el corredor a Cervantes, y a la puerta misma de su aposento, a él con los brazos abiertos se fué, diciendo a grandes voces:

—¡Oh *terque quaterque beatus*; y cómo había yo de esperar un tal contentamiento como el de veros, señor Miguel de Cervantes! ¡Y qué remozado que os hallo! ¿Cómo siguen mi respetable señora vuestra esposa y vuestra hermosa hija?

Púsose un dedo en los labios Cervantes como imponiendo silencio al bachiller, de lo que éste se asombró no poco y, llevándose a un lado, con él estuvo poco rato, por el ansia que

tenía de ver si aquellas peligrosas palabras, de doña Aldonza habían sido oídas.

Pero doña Aldonza que no era simple, ni aunque lo fuera le faltaba la malicia que en los lugareños supera al estudio y muchas veces al entendimiento, si bien se sobresaltó en gran manera cuando aquellas palabras oyó y se puso pálida y temblorosa, mientras Cervantes volvía tuvo tiempo de serenarse y, aunque éste pretendió sagazmente sonsacarla, ella disimuló y éi se convenció de que nada había oído, por lo que quedó tranquilo; que ya había prevenido al bachiller para que éste no cometiese por ignorancia nuevos errores y tranquilo se fué a sus apremios y contento, que no tenía entonces por qué quejarse; y tanto más cuanto que tan rendida veía a doña Aldonza, que creía que cuando llegase el caso imprescindible de decirle la verdad, ella pasaría por todo, y se sometería a lo que no podía ser de otra manera.

Si astuta anduvo doña Aldonza para engañarle y tenerle confiado desde que recibió la noticia de que era casado, con no menos sagacidad, y valiéndose del mozo que la había seguido, y éste de otras personas, hizo que a Valladolid se preguntase, y se averiguó, por los de justicia de Toledo, y también secretamente, de dónde provenía Cervantes, y no pasando ocho días supo, no sólo que Cervantes era casado, sino que además tenía una hija natural, dos hermanas, viuda la una y doncella aunque ya quintañona la otra, y una beata no joven, pero todavía hermosa, de la que murmuraban malas lenguas si había tenido, o las tenía, o podía tener relaciones amorosas con el señor Miguel de Cervantes.

Dió con estas nuevas por cierta su desdicha doña Aldonza y púsose verdaderamente mala; pero disimuló de tal manera, que Cervantes no pudo ni aun sospechar la causa de su enfermedad. Pero el amor (al menos ella así lo creía por aquellos días) habíase cambiado en ella en odio y en venganza, y en saña de muerte, y por el deseo de vengarse, sirviéndole esto de medicina, sanó y a Cervantes dijo que lo del Toboso ya estaba compuesto, que ella había acabado con todas las diferencias por medio de las gentes que allá había enviado, y que podían volverse, puesto que él decía que no podía menos de apremiar a la justicia del Toboso, para que hiciese pagar a los que en deuda con Su Majestad estaban, y que él había terminado ya toda su comisión en el reino de Toledo, y no le quedaba más que el Toboso.

Creyóle Cervantes, que no tenía para qué no creerle, y con-

fiadamente y por su propio valor ingénito, que nunca le faltaba, al Toboso se fué con ella y ella en el Toboso sin miramiento alguno se entró mano a mano con él y a su casa se lo llevó con gran escándalo de todo el pueblo.

Entretanto, y como llegase a Argamasilla la noticia de que doña Aldonza al Toboso había vuelto, y acompañada del apremiador que de la corte había venido, y en su casa le tenía, Alonso Quijano no pudo sufrirlo, y allá se fué al Toboso, ardiendo en vivas iras, con Sancho Zancos, resuelto a todo lo que fuera menester para vengarse. Y como al llegar en la plaza le hallase que con el cura se paseaba, a Cervantes se fué levantando la vara de una manera tan furiosa y descomedida, que Cervantes, que como saben nuestros lectores era hombre de muy mal genio cuando se lo buscaban, le dijo, poniendo la mano a la espada:

— ¡Haceos atrás, don bellaco, o, vive Dios, que en la cabeza os dé dos cuchilladas!

Pidió el alcalde favor a la justicia. Arremetió Sancho Zancos a Cervantes como pudiera un toro. Dióle Cervantes tres testarazos que sonaron sobre él como sobre un odre, y le pusieron muy en respeto. Sofocada doña Aldonza, que en los miradores de su casa estaba, y que, cuando vió en peligro a su adorado de su alma, enloqueció, como suele acontecer a las mujeres que bien aman, y le quiso más con sus entrañas, acudió a la plaza con sus mozos, le valieron sus amigos, dió voces que ninguno fuese osado a maltratarle, y de tal manera ayudó a Cervantes, que hacía ya por su parte todo lo que podía para valersè, que al fin y habiéndose vuelto, dominado por la pública opinión, el alcalde del Toboso contra el de Argamasilla, éste se vió obligado a dejar el campo, dándose por contento de no ser aporreado, y a su pueblo volvióse, donde sin pérdida de tiempo, poniéndose un viejo arnés que allá de sus ascendientes guardaba, todo negro y abollado y con el yelmo sirviendo de gola y guardapapo, acompañándose inmediatamente como por escudero, de Sancho Zancos, y con cincuenta o sesenta mozos de Argamasilla, armados de escopetas, rabioso por vengar sus celos y su injuria, se fué a poner campo sobre el Toboso y lo cercó y dijo que, si en el mismo punto no le entregaban al delincuente que contra él había dado en desacato grave, gravísimo contra la justicia, tendría al Toboso como por lugar rebelde a Su Majestad y lo combatiría y lo entraría a sangre y fuego; con lo que, irritados los del Toboso, dijeron: «Que estaban ya cansados de la soberbia de los de Argamasilla y que se

alegraban de que llegase la hora de que se supiera *quién* a *quién*, y que ello iba a verse muy pronto.»

Y con esto, se apercibieron y se pusieron en formación delante de los de Argamasilla, en un extenso y florido valle que entre los dos pueblos había; y de esto pudo tomar asunto Cervantes para la aventura de los alcaldes de los rebuznos.

Sólo Dios sabe lo que hubiera sido del Toboso, o lo que hubiera venido a ser Argamasilla, si personas pudientes de ambos pueblos no hubieran interpuesto sus consejos y aun sus súplicas; y se dirimió la cuestión declarándose: que si bien el alcalde de Argamasilla no tenía jurisdicción alguna en el Toboso, por tener éste su alcaldé propio, no podía desconocerse que el señor Miguel de Cervantes Saavedra en delito de desacato había incurrido, faltando al respeto a un alcalde que vara de justicia regentaba, y aporreando a su alguacil, que también vara de justicia tenía; y que, por lo tanto, y para obviar dificultades, el dicho señor Miguel de Cervantes debía ser entregado al alcalde de Argamasilla, Alonso Quijano el bueno, para que en la cárcel de su pueblo le pusiese y allí le tuviese y se querellase contra él, para que el rey le castigase.

Este acuerdo de los dos consejos entregó a Cervantes indenfeso a la vengativa saña de Alonso Quijano; y puesto que doña Aldonza, arrepentida ya de haberle metido en aquella ratonera, porque al fin su cariño se había sobrepuesto a su orgullo y a sus celos y a su despechada furia, al ver que no podía tener para ella sola a aquel hombre que había causado el milagro de que ella amase, quiso impedir que el que sus entrañas abrasaba y su corazón encendía, de la libertad fuese privado. No pudo, sin embargo, hacer nada en su provecho, que todos, hasta sus más allegados y obligados a servirla, se negaron, a causa de la *salus populi*, gran razón que en todos los tiempos ha disculpado y aun justificado grandes injusticias; y Cervantes, no pudiendo valerse con tanta gente en su daño conjurada, fué triunfalmente preso por Alonso Quijano y conducido con cadenas y esposas y atravesado en un asno, como un detestable facineroso a Argamasilla, encerrándole en su cárcel, que había de ser el lugar donde se engendrarse el libro más maravilloso que vieron los tiempos pasados, y han visto los presentes, y verán los venideros.

Y por cierto que el tal libro se vino al mundo sin voluntad de nadie; ni aun de su propio autor, que no le vió sino después que empezó a hacerle, y como brota una fuente de la tierra que tiene oculta el agua, y porque Dios así lo quiso.

para honra y gloria de la patria de aquel gran hombre desventurado, que, siendo de alma tan rica, y de claro y superior entendimiento, a vivir de apremios de alguacil vióse obligado por su pobreza y por la ceguedad de su tiempo, y por la envidia de sus contemporáneos. Y que dar hay gracias a Dios por esto; que si a apremiador y casi alguacil o a alguacil entero no llegara Cervantes, ni fuera a Argamasilla, ni al Toboso, ni conociera a Alonso Quijano, ni a doña Aldonza, ni a Sancho Zancos, ni al rocín del uno, ni al asno del otro, y no tendríamos ni *Don Quijote*, ni Dulcinea, ni Sancho Panza, ni *Rocinante*, ni rucio, ni toda la otra familia que vive y alienta, y alentará y vivirá eternamente en las páginas del libro sin par, en que la fantasía más rara y peregrina que Dios ha permitido en un hombre, ha encerrado todo un mundo, tan verdadero en su forma, que no parece sino que historia es cierta, que pasó y fué punto por punto tal y como Cervantes la relata.

Y estando así aherrojado Cervantes en aquel lugar donde toda tristeza e incomodidad tenían su asiento, yendo y viniendo en su imaginación sobre cómo tomar venganza de aquel alcalde loco, que de tal manera en él ensañaba sus celos, queriendo enderezarle una filípica que le sacase a pública plaza, a la vergüenza, con todas sus extravagancias e insensateces, con pluma destemplada y agria en un pedazo de papel que le había procurado la hija del carcelero, a zaherir empezó a Alonso Quijano. Mas cuando llegó a aquello de los libros de caballería, que tan en las manos de todo el mundo andaban por aquellos tiempos, y a tantos cuerdos habían vuelto locos, y aquello de que a Alonso Quijano, del tanto leer y del tan poco dormir, se le había venido a secar el cerebro, Don Quijote, con toda su balumba de caballerías y de aventuras se le presentó armado desde la bacía hasta los calcañares, y hallóse a su lado a Sancho, bellaco y socarrón, y taimado, y casi tan loco como su amo, y las ráfagas de viento de la gloria empezaron a dar vueltas en la mente de Cervantes, y deshaciendo la diatriba contra el alcalde de Argamasilla, con *Don Quijote* embistió diciendo:

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía no ha muchos años...», etcétera, con lo que sigue, llevándose de un tirón las primeras páginas de la primera parte de *Don Quijote*, hasta la peregrina aventura del vizcaíno.

Parece que en los principios no quiso Cervantes que *Don Quijote* tuviese más cuerpo, o por mejor decir, más longitud que su novela *Rinconete y Cortadillo* (que pluguiera a Dios hu-

biese crecido inconmensurablemente, y ella nos guardara latente una faz muy importante de aquellos tiempos), y que dió pronto de mano a su trabajo, volviendo a cogerle después, y a renovarle, tal vez para entretener y consolar con la ficción, consolándose tal vez a sí mismo de sus verdaderas desdichas, como parece demostrarlo este terceto de su *Viaje al Parnaso*:

*Yo he dado en «Don Quijote» pasatiempo
al pecho melancólico y mohino,
en cualquiera ocasión, en todo tiempo.*

Las lágrimas se nos vienen a los ojos. Que el *Quijote* haya sido primero y principalmente el consuelo de las amarguras, de la pobreza, de la miseria, de la desesperación de su autor, es horrible. No puede formularse una acusación más terrible de las injusticias, de la saña y del desprecio de que se hizo víctima a Cervantes por sus contemporáneos, que esos tres versos, de los que brotó la queja más triste, más dulce y más conmovedora que al gemir ha podido producir una criatura.

No puede darse nada más sencillo, nada más elocuente, ni una contestación mejor, a los que le detractaron, detractan hoy y detractarán mañana; porque hay tales genios que tienen el privilegio de producir una envidia de ultratumba; que la envidia no se rinde jamás y ella es el sedimento de hiel que en el fondo de la copa de la gloria encuentran los pocos elegidos que la apuran.

Cuando la valía del entendimiento no puede negarse, los que de prestado viven, los que con galas ajenas se adornan, los que en vano pretenden causar la admiración de los otros, alimentándose del placer con que todos acogen lo que a deslustrar el brillo del genio contribuye, no hay bajeza que no inventen, injuria que no propaguen, exceso que no atribuyan, degradación que no supongan, ni crimen que no crean posible, en aquel que no ha cometido otro crimen que el de nacer con la desventura de ser superior a los demás.

Dulcinea que vió tan malparado a su amor, fué poco menos que haldas en cinta a la corte, dejando a oscuras en Argamasilla y cebándose en su víctima a Alonso Quijano, a quien no sabemos por qué llamaban el *bueno*, y una vez en la corte (Dulcinea, se entiende, o doña Aldonza, que es lo mismo), tanto hizo, que puesto que la querrela de desacato interpuesta por Alonso Quijano fuese grave, logró, no menos que con la intercesión de personas tales como don Pedro Fernández de

Velasco, conde de Lemos, gran señor, al que puede llamarse casi protector de Cervantes, que a los cinco meses de su prisión saliese en libertad bajo fianza (no se dice de quién, pero debió ser de Dulcinea), y con su entonces pobre, o más bien pequeño manuscrito, que tan grande debía ser después, sobre el pecho, bajo la raída ropilla, salió de nuevo al mundo y a sus aventuras Cervantes.

Acogióle doña Aldonza, que fuera de la cárcel, sin cuidado alguno a la rabia de Alonso Quijano le esperaba y, ya en libertad, a Valladolid tornóse con su familia Cervantes, y a sus cuidados, llevando a la cola a Dulcinea, que olvidada de todo y aconsejada por su amor, no se paró en barras; y de ella no cuenta la verdadera historia, donde nuestras noticias hallamos, sino que de allí a algunos años, murió feliz, y no de otra enfermedad que de una fuerte congestión.

En la manera a veces dulce, extremadamente poética y delicada, y a veces acre y burlona con que Cervantes se refiere a Dulcinea en su libro, ya en boca de don Quijote, ya en la de Sancho Panza, ya alguna vez por cuenta propia del autor, se nota que entre ellos hubo altos y bajos, contentamientos y enojos, riñas y conciliaciones.

Pero ¿entre qué enamorados no hay estas alternativas?

De todos modos, cuenta la historia, que Dulcinea vivió lo bastante para ver dada a la estampa la historia de Don Quijote, en la que tan principal papel hacía ella, aunque fantástico, y que murió con la seguridad de que la fama de su *fermosura* había de llegar con los siglos hasta los tiempos más remotos.

EPILOGO

Continuaron las desdichas y el poco aprecio que de Cervantes se hacía por los ministros del rey, puesto que en 1593, y siendo ya viejo, se le encuentra ocupado en comisiones de cobro de tercias y alcabalas, según consta por real provisión.

Por dicha provisión se ve que Cervantes, a la edad de cincuenta y siete años, andaba hecho un azacán de ceca en meca y era

ministro de justicia; alguacil poco más o menos, apremiando a diestro y siniestro, sufriendo por todas partes disgustos y en todas partes soportando camorras que los contribuyentes, siempre reacios en pagar, le acarreaban. Haciéndose enemigo de morosos y de infelices.

Cervantes se había resignado, había perdido la esperanza, había comprendido que la miseria y el sufrimiento eran su destino.

Pasaron así los años hasta 1605. Cervantes había probado todas las amarguras y todas las miserias. Ni aun de la humillación y del apuro se libró de ser arrojado de la casa que habitaba en Madrid, por deshaucio, por falta de pago de los alquileres, mediando antes el embargo y ejecución y remate de muebles, y de verse en medio del arroyo, con cuatro pobres mujeres, vieja ya la una, de edad madura la otra, joven la tercera, niña aún la cuarta; a saber: su hermana Andrea, ya por entonces de sesenta años; doña Isabel de Cervantes, su hija, de veinte; la pobre beata Magdalena Ponce de León, que con él vivía como una hermana, y su pobre mujer, ya de más de cincuenta años.

Era también para Cervantes, ya en su ancianidad, un dolor inmenso, ver que, olvidado, desatendido en su patria, menospreciado en ella, maltratado, injuriado, sus obras se traducían y se admiraban en el extranjero, y que los que alguna vez iban a verle y se asombraban de su miseria, extranjeros eran que le avergonzaban en nombre de su patria cuando le decían:

—«¿Y cómo un hombre tal como vos no está mantenido por el erario público?»

La primera edición del Quijote había aparecido, después de mil dificultades, de una larga espera, y mezquinamente pagada por un librero.

Pero uno de los episodios de la vida de Cervantes que más amargó los días de su vejez fué el relacionado con los amores de su hija Isabel de Cervantes y Salazar, salidos a luz pública y comprometiendo aparentemente, ante la maledicencia, el honor del gran ingenio, por la muerte de don Gaspar de Ezpeleta junto a una ventana de su casa, donde según declaración de la propia interesada iba a conversar aquella noche. Esto trajo la prisión de toda la familia y de algunas otras personas, que fueron tratadas con exceso de rigor, como si fueran criminales, no obstante la confesión espontánea del matador.

Ocurrieron estos hechos en Valladolid, donde a la sazón se encontraba la corte y donde se había trasladado Cervantes, para atender a los asuntos que le encargaban los que o no tenían medios o no querían ir a arreglar personalmente los suyos. A esos

años se defendía y mal Cervantes con la literatura y con esta especie de agencia que tenía montada.

Da pena ver a una de las inteligencias más grandes que han pasado por la tierra, afanándose en estos bajos servicios para poder ir engañando solamente los días, sin ver jamás claro, ni esperar confiadamente jamás en el buen éxito de sus esfuerzos. Por cierto, bien desgraciadas habían sido éstas en Valladolid. Pero el tiempo iba pasando, y borrando implacablemente el filo de las cosas.

La corte se volvía a Madrid. Con la corte debía irse de Valladolid Cervantes con su familia. Como que sólo en la corte podía ejercitar las agencias, que eran su principal recurso. La pensoncilla que le daba el cardenal de Toledo, y alguno que otro donativo del conde de Lemos, no le bastaban para mantener a su familia.

A principios del año siguiente de 1606, volvía la corte a Madrid, y con ella Cervantes, yendo a vivir con su familia a la calle de la Magdalena, a una casa a espaldas de la de la duquesa de Pastrana, que vivía en la de Atocha. La edad ya avanzada de Cervantes, que rayaba en los sesenta años, no había menguado ni su actividad ni su entereza, ni apagado su genio. Su espíritu se conservaba joven, y esto se advierte en sus escritos.

Doña Andrea, que era seis años de más edad que Cervantes, le ayudaba. Esta señora había sido también muy desgraciada. Se había casado tres veces: la primera ya de edad madura, puesto que pasaba de los treinta años, con Nicolás de Ovando; la segunda con Sancte Andresi, florentino, y la tercera con el general Alvaro de Mendoza; viuda del cual, se había acogido a su hermano Miguel con su hija Constanza, proveniente de su primer matrimonio. Con ella, Luisa, Magdalena y la heroica Constanza su esposa. Y así seguía el calvario de su vida.

Cervantes esperando. Buscando por medio de los negocios y de los trabajos literarios el pobre pan de la familia. Envejecido por cada día un año. Resignado y grande siempre. Su pobre familia, ayudándole con el trabajo de sus manos.

Esto era vivir en una insoportable miseria. Apenas si se ganaba lo necesario para el sustento y para vestir miseramente. Apenas si Cervantes tenía tres camisas; su ropilla estaba siempre bajo la aguja de ellas; las gorgueras y los puños se zurcían y rezurcían. Respecto a las mujeres, todas ellas habían echado hábito, no sólo por devoción, sino también porque el hábito era más barato. La tristeza pesaba sobre la casa.

De tiempo en tiempo, Cervantes escribía, haciéndose una

violencia enorme, regando a veces el papel con las lágrimas que le arrancaba su desventura, una humildísima carta al conde de Lemos o al cardenal de Toledo, don Fernando de Sandoval y Rojas. El conde de Lemos le enviaba tardíamente alguna pequeña cantidad, que se consumía en deudas. También el cardenal, de una manera tardía, mandaba le pagasen algunos de los meses atrasados de la pensión que le había señalado.

Lo que más apuraba a Cervantes, eran dos cosas: en primer lugar, la salud de Isabel, a la que no podía cuidarse como hubiera sido necesario, por falta de recursos. Además de esto, la renta de la casa.

Entonces no se pagaba por meses, sino por años, en una época fija: por San Martín, por ejemplo.

Cervantes no podía ahorrar. Ganaba muy poco. Tenía mucha familia. Algunos meses antes de que llegase el plazo del pago de la casa, Cervantes empezaba a aterrarse. Veía que le era imposible cumplir con el arriendo. Algún tiempo antes de cumplirse el plazo, buscaba recursos. Recurría a los libreros. Pero los libreros no querían dar nada a cuenta, pues eran necesarias una multitud de licencias para imprimir un libro, y de una a otra de estas formalidades indispensables, se pasaba un siglo. Había lugar para escribir otros cuatro libros como el que estaba esperando el *ereat*.

Los libreros, pues, no querían exponer su dinero a una prohibición de la censura; pero al fin, rogando, vendiendo sus manuscritos de una manera escandalosa, lograba tener Cervantes algún dinero. La casa le absorbía. Y como había andado moroso en el pago, le pedían firma para permitirle continuar habitando la casa.

Cervantes se irritaba y se mudaba. Pero al año siguiente el mismo apuro: el cuchillo a la garganta. Los libreros haciéndose los reacios. Viéndose obligado Cervantes a llevar sus manuscritos de acá para allá.

Napoleón el grande dijo: «No hay grande hombre para un ayuda de cámara.» Nosotros decimos: «No hay autor ilustre para un librero.»

Habían ido mudando de casas. Al fin dió en la calle de Bordadores. Llegó el plazo fatal. Cervantes acudió con *Rinconete y Cortadillo* a su librero. Este se negó. Redondamente. Terriblemente.

Dominó su desesperación, y escribió al conde de Lemos, que estaba en Nápoles. A los Argensolas, para que estimulasen al magnífico conde de Lemos. Pero antes de que pudiese llegar la

contestación, el casero lo tomó por lo serio, y entabló demanda de deshaucio. Cervantes, que era inteligente y práctico en los negocios, le entretuvo durante tres meses. Pero con esto no hizo otra cosa que aumentar las costas.

Sufrió cuantas humillaciones son imaginables. Se le trató como a un pícaro cualquiera que pretenda vivir sobre el país. Se le quebrantó la altivez cuanto podía quebrantársele. Un día resistió, espada en mano, a los alguaciles que pretendían echarle a la calle con su familia y sin más que lo justo. Los pobres muebles, incluso las camas y los manuscritos de Cervantes, debían responder, no sólo a la deuda, sino también a las costas.

—Si estuviéramos sanos—dijo Cervantes desesperado al escribano—, nos iríamos todos al hospicio; mejor; sabría todo el mundo, que el autor del *Don Quijote* había ido a comer el potaje de los pobres recogidos por caridad.

—Tanto me da a mí de Don Quijote como de Sancho Panza—dijo el escribano—, lo que yo necesito es el arriendo y las costas y no de los muebles.

—;Entrad!... ;Mirad!—dijo Cervantes desesperado.

Y le llevó a la alcoba donde, en un gravísimo peligro, estaba Isabel.

Había perdido el estómago. La excitación de sus nervios se había hecho tal, que ya se habían presentado síntomas congestionales. Llevaba algunos días de mucho peligro Isabel. El pavor helaba la sangre a Cervantes. Cuando oía los agudos gritos que de tiempo en tiempo lanzaba su hija, arrancados por el dolor, se levantaba consternado de su mesa de trabajo. Un doctor caritativo, amigo de Cervantes, cuidaba asiduamente de la enferma. Era severo, y daba muy pocas esperanzas.

A Isabel la mataba un exceso de sentimiento. Aquel mismo día había dado un terrible susto a toda la familia. El ataque había sido tan fuerte, que se había quedado inmóvil, rígida, helada, como muerta. Se había avisado a Cervantes, que estaba fuera de casa. Se le había dicho que su hija estaba acabando. Por no decirle, Isabel ha muerto. Cervantes levantó su espíritu al Señor.

—;Mi hija, Padre!—exclamó.

Y Dios le oyó. Resucitó Isabel. Por lo menos, Cervantes la encontró vuelta en sí, y empezando una saludable reacción, y en aquel momento, y cuando el desdichado Cervantes daba gracias a Dios, se presentó la justicia para notificarle la tremenda sentencia del desahucio, del lanzamiento, de la ejecución.

—Mirad—dijo Cervantes al escribano—lo que me impide salir

aí momento de esta casa maldita: mi hija entre la vida y la muerte.

El escribano sonrió de una manera infame.

—Esos recursos son ya muy viejos y no sirven—dijo—; en todo caso, ¿para qué han hecho los bienhechores los hospitales?

Cervantes enloqueció. Corrió a su espada, que estaba en un rincón, la desnudó y se fué sobre el escribano. Pero algunos vecinos caritativos que allí habían acudido, a causa del estado de Isabel, lo sujetaron y se lo llevaron. Luego cargaron cuatro con la cama en que estaba Isabel y la trasladaron al cuarto de uno de ellos. Toda la familia se repartió entre la vecindad.

Las aves de rapiña cayeron entonces sobre los míseros despojos. Los muebles fueron arrebatados. Pero a punto, avisado por un vecino caritativo, el librero de Cervantes acudió con la bolsa abierta. Aquello le había parecido demasiado fuerte.

Se rescataron los muebles, las ropas y, sobre todos, los manuscritos. Algunos días después, habiéndose restablecido algún tanto Isabel, Cervantes se fué a vivir con su familia a la calle de Francos, esquina a la del León.

Hoy tiene esta casa, que fué la última en que vivió Cervantes, la puerta a la calle de Francos (1), y sobre ella el busto de Cervantes, sin parecido alguno, de perfil, de medio relieve, en un medallón, sobre una lápida en que se consigna que allí vivió y murió, y el día de su muerte. Pero en aquel tiempo, esta casa tenía la entrada por la calle del León.

Poco después de haberse mudado a esta casa Cervantes y cuando se ocupaba en ella de *La Galatea*, llegó una carta de Nápoles de Lupercio Leonardo de Argensola, conteniendo un libramiento de quinientos ducados, don del conde de Lemos.

Cervantes sonrió. Contestó con toda la expresión de su agradecimiento al conde de Lemos. Se fué a cobrar la libranza. Volvió con algunas cosas buenas de comer, que hacía mucho tiempo que no probaba la pobre familia. Bendecía al conde de Lemos, y juraba que había de consagrarle su vida y su alma, si un día las necesitaba. Y lloraba el pobre viejo, sin importarle nada que le viesan llorar los que iban por la calle.

Llegó a su casa. Magdalena le apagó la alegría y le secó las lágrimas.. Se encerró con él en su aposento y le dijo:

—Miguel, es necesario tomar una determinación; yo no te he dicho nada porque no podías tomarla; pero ahora que puedes, es necesario que te hable con lisura.

(1) Hoy, Cervantes. (N. del E.)

—¿Y qué tienes que decirme, hermana mía?—dijo cuidadoso Cervantes.

—En el convento de las Trinitarias hay dos pensiones, provenientes de su fundación, para dos doncellas pobres.

—¡En el convento de las Trinitarias!—exclamó Cervantes, al cual se le heló la sangre.

—Sí, en el convento de las Trinitarias—repuso tristemente Magdalena—. Nosotras, Isabel y yo, hemos logrado que se nos concedan esas plazas; pero para ello es necesario que tomemos el hábito y, para tomarle, es indispensable una dote de doscientos ducados cada una.

—Importan poco los cuatrocientos ducados—dijo Cervantes—; ¡pero separarme de vosotras! Isabel, apesar de su tristeza, es la alegría y el consuelo de mi vejez... Tú... tú... Magdalena, eres siempre mi amor.

—Dios lo ha querido—dijo Magdalena—. Isabel necesita de los consuelos de la religión, del retiro del claustro; yo, también; además, no podemos trabajar. Miguel: somos dos bocas, dos cuidados, dos gastos continuos; con tu pensión, con la de Andrea y con lo que trabajes, no teniendo el cuidado de nosotras dos, podréis ir tirando, no necesitarás trabajar tanto, estás ya viejo; tu hidropesía se hace de día en día más grave. Es necesario, de todo punto necesario.

Cervantes se tapó el rostro con las dos manos y rompió a llorar. Comprendió entonces toda la vanidad de la soberbia, toda la orfandad del desventurado. Comprendió que la vida no es para el bueno, sino para aquel a quien favorece la suerte, aunque sea un malvado. Se sentía viejo, débil, impotente, al fin de su azarosa carrera, olvidado, desatendido, miserable, y como si esto no bastase, destrozado, mordido, despedazado por la envidia. Comprendió que él no tenía derecho a tener a su hija, por la ley de la miseria. Sintió cuanta amargura puede sentir el alma humana, y lloró largamente toda la amarga hiel que de su corazón rebosaba.

De improviso se irguió violentamente. Sus lágrimas se habían secado. Levantó, como Ajax, los ojos y los puños al cielo, y exclamó:

—¡Ah! ¡Es mentira! ¡No hay Dios! ¡No puede haber Dios! —y a seguida dió un grito, cayó de rodillas, pegó la frente al pavimento y exclamó—: ¡Oh, perdón! ¡Perdón, Dios mío! ¡Mi desventura es tan grande, que me vuelve loco!...

Magdalena le alzó.

—Valor, hermano—le dijo—; valor; no vamos a separarnos.

de ti; tú nos verás; cuando no nos veas, sabrás que estamos en el seguro de Dios, en medio de sus esposas, esposas tuyas también; tendrás el consuelo de saber que hemos arribado a buen puerto y que en él vivimos en paz, preparando nuestro camino para otra vida libre de miserias, en la cual nos encontraremos para no separarnos en toda una eternidad.

—Pero ¿Isabel consiente?—exclamó Cervantes.

—Isabel lo desea.

—Cúmplase, pues, la voluntad del Señor—dijo Cervantes—. Y puesto que tú has procurado que se os concedan esas dos pensiones, encárgate tú de las dos dotes. Toma de ese talego cuatrocientos ducados.

—Luego, luego—dijo Magdalena—; ahora tranquilízate—y salió.

Las chucherías que Cervantes había comprado alegremente para dar un buen día a su familia fueron inútiles. Ninguno comió aquel día en la casa. Todos estaban atribulados. Cervantes, gracias a su mismo valor, parecía haber recobrado la calma. Pero tenía el corazón deshecho.

Magdalena hizo cuantas diligencias fueron necesarias. Buscó recomendaciones para que se ahorrasen algunos gastos. Al fin, enterado de lo que sucedía el cardenal arzobispo de Toledo, tomó mano en ello y Magdalena e Isabel fueron admitidas a tomar el hábito. El cardenal Lerma las apadrinó y pagó los gastos de la fiesta.

A ella asistió Cervantes con un vestido nuevo (se habían pagado algunos meses de atrasos de su pensión). Asistieron, llorasas y tristes, doña Catalina, doña Andrea, doña Constanza. La fiesta fué magnífica. ¡Como que apadrinaba su eminencia!

Pero Cervantes hubiera perdonado aquella magnificencia de buen grado. Volvieron todos tristes, apenados, a la que podía llamarse casa mortuoria.

EXITOS DE LA COLECCION JIRAFÁ

JUANA DE ARCO

por

Mark Twain

EN LA TEMPESTAD APOCALIPTICA DE LA GUERRA DE CIEN AÑOS, UNA NIÑA... UNA HIJA HEROICA DE FRANCIA... DECIDE EL DESTINO DE SU PATRIA Y SACRIFICA SU VIDA POR ELLA...

LA OBRA...

«Juana de Arco» es el relato realista, vigoroso, dramático, magnífico y evocador, que nos transporta a la plenitud de la guerra de Cien Años, con toda su grandeza. La acción gira en torno de la figura sublime, insigne y valerosa de Juana de Arco. Es una verdadera estampa realista y espléndida del siglo, llena de majestuosidad y armonía. A través de estas emocionantes páginas se suceden, una tras otra, escenas de heroísmo, unidas a la figura leal de Sieur (Louis de Conte, escudero de Juana y compañero de sus triunfos en el campo de batalla, al que el genio narrativo de Twain hace presunto autor de esta grandiosa evocación en que el sitio de Orléans está reflejado con todo su patetismo y fidelidad.

EL AUTOR...

Uno de los más famosos y leídos novelistas de América del Norte escribió a raíz del grandioso éxito de esta obra: «Estoy ahora plenamente convencido que *Juana de Arco*, el último de mis libros, es el que he logrado plenamente...» Es su obra favorita y la que Mark Twain pondrá por encima de todas sus reminiscencias autobiográficas.

Volumen gigante.—Precio: 30 ptas.

EDITORIAL TESORO.—Avda. José Antonio, 43.—MADRID

EXITOS DE LA COLECCION JIRAFÁ

CAPITAN DE CASTILLA

por

Samuel Shellabarger

LA VIDA AUTENTICA DEL SIGLO XVI... CON
SUS COSTUMBRES Y SUS CRUDEZAS... SU
ALEGRIA Y SU CRUELDAD... SU PASION, SU
ORGULLO Y SU DECADENCIA

LA OBRA...

En un escenario que se traslada de España a Cuba y Méjico y en pleno siglo XVI se desarrolla esta formidable novela de aventuras, en la que desfilan junto con personajes históricos como Cortés, Moctezuma, el rey Carlos V, otros seres y otras personas que si no vivieron merecieron la pena de haber vivido... El colorido del escenario, la agilidad de la acción y la emoción que se desprende de todas sus páginas justifican el rotundo éxito de esta obra en América, en la cual se han vendido más de cuatro millones de ejemplares.

EL AUTOR...

Exaltador de los temas heroicos de tradición netamente europea, ha sido esta maravillosa novela la que le ha puesto a la cabeza de los escritores de su patria en su época, creando en la masa del público norteamericano un noble interés hacia nuestra cultura, nuestros héroes, nuestra letras.

Volumen gigante : Pesetas 30,—

EDITORIAL TESORO.—Avda. José Antonio, 43.—MADRID

Exitos de la Colección JIRAFÁ

ERAN TRES SOLDADOS (Gunga Din)

por

RUDYARD KIPLING

LOS AGUDOS TOQUES DE LA CORNETA DE GUNGA DIN, TRASPASANDO LAS MONTAÑAS..., ESCRIBIERON UNA PAGINA GLORIOSA EN LA HISTORIA DE LA INDIA INGLESA

LA OBRA...

El brutal y sanguinario ataque a una patrulla británica en el escarpado desfiladero del Khebyr es una advertencia para el comandante del cuartel de Muri que los terribles sectarios *thungs* están en pie de guerra. Es la chispa que prende la revuelta en la frontera noroeste de la India. El espíritu de sacrificio y el culto al compañerismo es el objeto de este rosario de conmovedoras narraciones, en las que se reseñan en tono festivo las aventuras de tres sargentos británicos, que fueron interpretados magistralmente en un memorable *film* por Víctor McLagle, Douglas Fairbanks y Cary Grant, y que con la ayuda del heroico aguador Gunga Din consiguieron sofocar y hacer abortar una rebelión de los sicarios de la monstruosa divinidad india Kali.

EL AUTOR...

Rudyard Kipling es el autor de las glorias del Imperio Británico, cuyas obras aún se leen a los doce años de su muerte en todos los hogares ingleses. Obras como *Kim*, *En tinieblas*, *Capitanes intrépidos* y otras le han dado una fama tan sólida como imperecedera.

Volumen corriente : Ptas. 20,—

EDITORIAL TESORO.—Avda. José Antonio, 43.—MADRID

EXITOS DE LA COLECCION JIRAFÁ

Locura de amor

por

Francisco José Orellana

«¡SILENCIO!... ¡DUERME!... NO LE DESPER-
TEIS», DECIA EN SU LOCURA LA INFORTU-
NADA DOÑA JUANA ANTE EL FERETRO DE
SU ESPOSO POR LOS CAMINOS DE CASTILLA

LA OBRA...

Bajo el eterno tema de los celos, se da en esta inol-
vidable novela una semblanza estupenda y maravillosa
de lo que debió ser la vida atormentada de la Reina
de Castilla Doña Juana, a la que la Historia ha llamado
la Reina loca de amor. En torno a la enajenación
mental de esta Reina, de tristes destinos, se nos da
una visión en vigorosas pinceladas de las Cortes de
España y Flandes en aquella época, choque de pasio-
nes desbordadas, luchas caballerescas, intrigas palacie-
gas, conversaciones veladas, diplomacia secreta en las
Cortes europeas... Recientemente, y bajo el argumento
de la emotiva vida de esta Reina, la película *Locura
de amor* logró un éxito indiscutible.

EL AUTOR...

Francisco José Orellana, uno de los novelistas más
significativos del siglo pasado, logró, a la par de Fern-
nández y González, Ortega y Frías y Parreño, fama y
renombre. Sus novelas históricas *Isabel I* y *Locura de
amor* (la Reina loca de amor) son dignas del mejor es-
critor.

Volumen corriente : Ptas. 20.—

EDITORIAL TESORO.—Avda. José Antonio, 43.—MADRID